

En defensa de
LA REVOLUCIÓN
DE OCTUBRE

Fundación Federico Engels

Colección Crítica marxista

Primera edición: septiembre 2007

© 2007, Fundación Federico Engels

Contraportada basada en el cartel
Golpear los blancos con la cuña roja de El Lissitzky.

ISBN: 978-84-96276-41-3
Depósito Legal: M-40267-2007
IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Publicado y distribuido por la Fundación Federico Engels
C/ Hermanos del Moral 33, bajo
28019 Madrid
Teléfono: 914 283 870 · Fax: 914 283 871
E-mail: fundacion_federico@engels.org · Web: www.engels.org

ÍNDICE

Nota de la editorial	7
LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE	
I. La revolución de febrero. El fin de la autocracia zarista	13
II. Preparando Octubre. La teoría de la revolución permanente	27
III. El doble poder. Las tesis de abril	37
IV. De las jornadas de abril al I congreso de los sóviets ..	45
V. La revolución rusa y la cuestión de las nacionalidades	55
VI. Las jornadas de julio	65
VII. De la reacción a la lucha por el poder	73
VIII. La insurrección	83
IX. De Octubre a la formación de la III Internacional	93
X. Del comunismo de guerra y la NEP al surgimiento de la burocracia	103
LENIN Y OCTUBRE	
I. Los bolcheviques deben tomar el poder	115
II. El marxismo y la insurrección	119
III. Consejos de un ausente	125
IV. Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado	129
V. La III Internacional y su lugar en la historia	147
EN MEMORIA DE LEÓN TROTSKY	157

Índice onomástico	207
Glosario	
Términos y acontecimientos políticos	223
Prensa	233
Bibliografía	235

Nota de la editorial

Independientemente de lo que se piense del bolchevismo, es innegable que la revolución rusa es uno de los grandes acontecimientos de la historia de la humanidad, y la llegada de los bolcheviques al poder, un hecho de importancia mundial.

John Reed, *Diez días que estremecieron el mundo*

Hemos empezado nosotros. No importa dónde, cuándo ni qué trabajadores o en qué país sean los que finalicen este proceso, lo verdaderamente importante es que se ha roto el hielo, se ha trazado la senda, el camino está libre.

Lenin

Este año se cumple el 90º aniversario de la revolución socialista de octubre, cuando los trabajadores, los soldados y los campesinos pobres de Rusia se sacudieron el peso de siglos de explotación y humillación bajo el zarismo, acabaron con el poder de la burguesía y los terratenientes, y establecieron las bases para una nueva sociedad. Los gigantescos acontecimientos que tuvieron lugar en Rusia entre febrero y octubre de 1917 conmocionaron al mundo entero porque fueron la demostración de que los esclavos podían liberarse del yugo de sus amos, que las masas oprimidas podían organizar la sociedad sin el concurso de sus explotadores. La onda expansiva de la Revolución de Octubre se dejó sentir en todo el mundo: Alemania, Finlandia, Hungría, Italia, Bulgaria, el Estado español, los países coloniales... fueron contagiados por el mensaje internacionalista de Octubre. Nunca antes el capitalismo había estado tan amenazado.

En el prólogo a su magna obra sobre la revolución rusa, Trotsky señala: "El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el Estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la nación; la historia corre a cargo de los especialistas de este

oficio: los monarcas, los ministros, los burócratas, los parlamentarios, los periodistas. Pero en los momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insostenible para las masas, éstas rompen las barreras que las separan de la palestra política, derriban a sus representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo régimen. Dejemos a los moralistas juzgar si esto está bien o mal. A nosotros nos basta con tomar los hechos tal como nos los brinda su desarrollo objetivo. La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos”.

Estas palabras de Trotsky son aplicables a cualquier revolución, no sólo a las revoluciones proletarias. Si observamos las revoluciones burguesas de Inglaterra, Francia, EEUU, etc., así fue cómo actuó la burguesía, la nueva clase ascendente, en su combate contra las caducas instituciones políticas del feudalismo y las relaciones de producción sobre las que descansaban, que eran un obstáculo para el avance de la civilización. En aquellos acontecimientos históricos, la burguesía revolucionaria agrupó tras su bandera a la nación oprimida para acabar con el viejo orden feudal, pero no por ello dejó de mantener la estructura clasista de la sociedad, encumbrando un nuevo tipo de explotación: la del trabajo asalariado.

Hoy, noventa años después, Octubre sigue teniendo una enorme significación histórica para los trabajadores y jóvenes que luchamos contra el orden decadente del capitalismo. Las lecciones de aquella revolución deben estudiarse a la luz de los acontecimientos del presente. Para los dirigentes de las organizaciones tradicionales de la izquierda (ex socialistas, ex comunistas, ex sindicalistas), la revolución rusa es un mero hecho histórico sin ninguna trascendencia práctica en la actualidad, consideración que no es en absoluto ajena al papel de estos individuos en la lucha de clases: ser un punto de apoyo decisivo para darle estabilidad al capitalismo y hacer viables las políticas antiobreras de la burguesía. La burocracia reformista, que ha abandonado cualquier vínculo con las ideas del socialismo, jamás se podrá conciliar con la revolución rusa. En su momento se opuso a ella, formando en el ejército internacional de la contrarrevolución; en la actualidad la denigra siempre que puede, ocultando su auténtica naturaleza y difundiendo una imagen distorsionada y falsa de la misma.

Los reformistas del movimiento obrero, vulgares transmisores de los prejuicios y mentiras que la burguesía ha fabricado durante décadas, no se cansan de repetir que la revolución rusa fue un golpe de Estado que

condujo inevitablemente a la dictadura estalinista. Cualquiera que haya estudiado honestamente la génesis y el desarrollo de la Revolución de Octubre llegará a la conclusión de que esa visión interesada es una grosera falsificación. Nunca la historia ha registrado una revolución más popular, más participativa y democrática. Nada más alejado de un golpe de mano que la toma del poder, a través de la insurrección armada, protagonizada por los trabajadores y los soldados rusos en Petrogrado y Moscú el 25 de octubre (según el viejo calendario ruso) de 1917, una insurrección sancionada democráticamente por el II Congreso de los soviets de toda Rusia, la representación más genuina, directa y democrática de las masas rusas.

Octubre es la gesta más importante de la humanidad. Por primera vez en la historia, el objetivo de una revolución no fue perpetuar la división de clases, la explotación económica o el Estado como instrumento de opresión, sino justamente el contrario: eliminar esas reliquias de la sociedad clasista y crear las condiciones materiales y culturales para un salto sin precedentes en la civilización.

El programa socialista e internacionalista de la revolución rusa y del partido bolchevique, dirigido por Lenin y Trotsky, sigue estando absolutamente vigente para los revolucionarios de hoy en día. Las tareas y problemas que afrontaban los marxistas en 1917 son, esencialmente, las mismas que se afrontan hoy en Latinoamérica, en los países capitalistas desarrollados e imperialistas, en Oriente Medio... Toda la experiencia histórica de las nueve décadas transcurridas desde entonces demuestra que no hay terceras vías para conseguir la emancipación de los oprimidos. La ilusión de un capitalismo de rostro humano, que cobró fuerza entre sectores de la intelectualidad de izquierdas tras el colapso de la URSS y demás regímenes estalinistas de Europa del Este, fue un efecto de la ofensiva ideológica de la burguesía contra las ideas del socialismo. El único capitalismo posible es el que estamos sufriendo, una pesadilla cotidiana para miles de millones de seres humanos.

Conocer, estudiar, comprender las lecciones de la revolución rusa de 1917 es una obligación para todo militante revolucionario que lucha por la transformación de la sociedad, sobre todo para quien se considere comunista. Tras décadas de falsificación del marxismo a manos de la burocracia estalinista, reconvertida ahora en la nueva clase capitalista de sus países, es imprescindible volver a las esencias de Octubre, al auténtico leninismo. Este es el único camino para garantizar la victoria de la clase obrera mundial en las duras pruebas que nos deparará la lucha de clases.

Como tributo a la Revolución de Octubre, y reafirmandonos en la validez y actualidad del bolchevismo, la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS y el periódico obrero EL MILITANTE, portavoz de la Corriente Marxista Internacional en el Estado español, hemos querido publicar una selección de textos introductorios al estudio de la revolución rusa.

Este libro recopila diez artículos publicados en las páginas centrales de *El Militante* a lo largo de 1997, con ocasión del 80º aniversario de la revolución. Creemos que son una buena guía para una comprensión marxista de todo el proceso.

Esta edición también incluye una selección de cinco textos de Lenin sobre la revolución y los debates que suscitó entre los bolcheviques. *Los bolcheviques deben tomar el poder* y *El marxismo y la insurrección* son dos cartas que Lenin, exiliado a consecuencia de la represión que siguió a las jornadas de julio, envió al comité central bolchevique (la primera, dirigida también a los comités de Petrogrado y Moscú) a mediados de septiembre de 1917, con el fin de vencer los recelos hacia la insurrección y la toma del poder que mostraban un número significativo de cuadros del partido; el comité central discutió ambas el 15 (28) de ese mes. *Consejos de un ausente* es una carta dirigida a los bolcheviques de Petrogrado, que iban a participar en un congreso de los sóviets el 10 (23) de octubre. Los últimos son dos textos esenciales de Lenin sobre la Internacional Comunista, la creación política más importante de la revolución soviética: *Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*, aprobado en su I Congreso, y *La III Internacional y su lugar en la historia*.

Finalmente, para complementar el libro, incluimos un trabajo, escrito en el año 2000, del teórico marxista Alan Woods, dirigente de la Corriente Marxista Internacional, sobre la vida y el pensamiento político de León Trotsky, el otro gran dirigente, junto con Lenin, de la Revolución de Octubre.

Este libro es el primero de los dedicados a la revolución rusa de 1917, pues es nuestra intención publicar, en cuanto podamos, dos obras fundamentales sobre la misma: la ya citada *Historia de la revolución rusa* de Trotsky y los materiales de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, actualmente imposibles de encontrar en castellano. Animamos a todos nuestros lectores y amigos a colaborar y apoyar el esfuerzo de la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS para que estos dos proyectos editoriales vean la luz lo antes posible.

Septiembre 2007

LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

I. La Revolución de Febrero. El fin de la autocracia zarista

Laureano Jiménez

En sólo cinco días, del 23 al 27 de febrero de 1917 según el viejo calendario bizantino (del 8 al 12 de marzo en el calendario occidental), la insurrección de las masas de obreros y soldados de San Petersburgo, entonces capital del imperio ruso, derribaba al zar Nicolás Romanov y ponía fin a trescientos años de monarquía zarista sustentada en la opresión, la sangre y el sufrimiento de decenas de millones de oprimidos de toda Rusia.

Como dijo Trotsky, “el rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos”, sacudidas por acontecimientos excepcionales que las sacan abruptamente de la rutina y el conservadurismo social reinantes. Esbozaremos aquí los factores históricos y sociales que hicieron posible la Revolución de Febrero de 1917 en Rusia, preámbulo de la Revolución de Octubre, dirigida por el partido bolchevique ocho meses más tarde.

Rusia, ejemplo de un país campesino atrasado, se incorporó muy tarde a la cadena de la economía capitalista mundial, a finales del siglo XIX, cuando en Europa y Norteamérica ya existían países capitalistas avanzados y desarrollados.

Favorecida, fundamentalmente, por las exportaciones de capital procedentes de Francia, Inglaterra y Alemania, Rusia sufrió en apenas dos décadas, entre 1880 y 1900, una transformación original, nunca vista antes en ningún país de sus mismas características. La combinación del atraso del campo —donde existían relaciones semif feudales

(la servidumbre de la gleba no fue abolida hasta 1861) y la mayor parte de la tierra estaba en manos de un puñado de terratenientes — con la existencia de grandes fábricas e industrias en los principales núcleos urbanos — que dieron origen a un proletariado muy concentrado, joven y vigoroso — imprimió a la economía y la sociedad rusas un carácter y un desarrollo desigual y combinado.

LA RUSIA CAMPESINA

El 80% de la población era rural, pero 30.000 terratenientes disponían de la misma cantidad de tierra que 10 millones de familias campesinas. Al mismo tiempo existían millones de campesinos sin tierra, que se veían obligados a trabajar como jornaleros en los inmensos dominios de los terratenientes. Esta situación condenaba a los campesinos a la pobreza, la miseria y el hambre, lo que conducía a revueltas periódicas, que eran sangrientamente reprimidas por la autocracia zarista.

Rusia no conoció un desarrollo industrial armónico y progresivo como Occidente, sino que fue importado “de golpe” por el capital extranjero, reflejando las tendencias inherentes del capital monopolista en su fase imperialista, de acaparar mercados y colonias en todo el mundo para la producción y venta de sus mercancías. Aunque la productividad de la industria rusa era menor que la de los países más avanzados, en cuanto a técnica y estructura capitalista se encontraba al mismo nivel y, en algunos aspectos, los sobrepasaba. Así, mientras que en 1914 las fábricas de más de 1.000 obreros empleaban al 41'4% de los obreros rusos, en Estados Unidos sólo empleaban al 17'8%.

La base que nutrió la formación de la clase obrera rusa fue el campo, preparada por la disolución de las relaciones feudales de la tierra pocos años antes, dando paso a un proletariado de 10 millones de obreros muy concentrado y combativo. La brusca ruptura con sus viejas relaciones sociales, unida a la opresión despiadada que ejercía el zarismo, hizo que estuviera abierto a las ideas revolucionarias más avanzadas de su tiempo.

Otro elemento que añadía contradicciones en la sociedad rusa era el yugo que la autocracia zarista ejercía sobre multitud de pueblos y naciones que constituían el Imperio Ruso: polacos, finlandeses,

ucranianos, letones, lituanos, musulmanes, etc., y que sufrían la opresión nacional a manos de la casta dominante gran rusa. Las luchas de liberación nacional jugaron un papel muy importante en la Revolución Rusa y asestaron golpes mortales al putrefacto imperio.

Todos estos elementos, llenos de contradicciones, acumulaban pólvora en los cimientos de la sociedad rusa. La I Guerra Mundial, que estalló en 1914, no hizo sino encender la mecha para que la revolución hiciera saltar todo por los aires.

Objetivamente, la existencia de la autocracia zarista, y el atraso del país que le era inherente obligaban, en teoría, a que la burguesía se opusiese al régimen, para tomar el timón en sus manos. Los desarrollos futuros demostrarán que la burguesía rusa estaba incapacitada para encabezar tal tarea. El principal partido burgués era el Partido Demócrata Constitucionalista, conocido como partido kadete por su acrónimo.

La clase obrera rusa disponía ya de su propio partido de clase, el POSDR (Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia), fundado en 1898, pero que en 1912 se escindió entre el ala revolucionaria, el partido bolchevique dirigido por Lenin, y el ala reformista, el partido menchevique, que desde 1903 habían venido funcionando como fracciones del POSDR. Había diferencias irreconciliables entre ambas, tanto en cuestiones de organización interna como en la actitud hacia la burguesía liberal rusa, diferencias que se agudizaron con el transcurso de los años. Mientras los bolcheviques defendían consecuentemente la línea revolucionaria, los mencheviques se desviaron al reformismo y la colaboración de clases.

Aunque el campesinado, por su papel social, es el sector de la sociedad menos indicado para disponer de organizaciones centralizadas y estables, sí existía un partido basado en la pequeña burguesía urbana y que recogía las principales demandas de los campesinos: el Partido Social-Revolucionario, los eseristas, fundado en los albores del siglo XX.

LA REVOLUCIÓN DE 1905

Todos los ingredientes para el estallido de una revolución estaban presentes en la sociedad rusa a comienzos del siglo XX. De hecho, antes de 1917, la revolución rusa había conocido un “ensayo general”,

como lo definió Lenin, cuando en 1905, por primera vez en la historia de la clase obrera mundial, la huelga general revolucionaria irrumpió como herramienta de lucha, paralizando la industria, los transportes y el telégrafo. Los campesinos, electrizados por los acontecimientos, ocuparon las tierras de los terratenientes y prendieron fuego a las cosechas y a los palacios de la nobleza. Otro elemento a destacar es que, por primera vez desde la Comuna de París, los obreros rusos improvisaron sus propios órganos de poder: los sóviets o consejos obreros, que nacieron inicialmente como comités de lucha formados por delegados elegidos y revocables en cualquier momento en cada fábrica para coordinar la movilización, y que terminaron uniéndose a nivel de barrio, de localidad y de todo el país, asumiendo tareas de dirección estatal: control obrero en las fábricas, organización del transporte, reparto de subsistencias, etc., disputando al poder zarista sus propias atribuciones. Así, al igual que la Comuna de París en 1871, el sóviet se reveló como la forma embrionaria al fin descubierta para organizar el futuro Estado obrero, una vez eliminado el capitalismo.

La revolución de 1905 fue derrotada en diciembre, cuando la insurrección armada de los obreros de Moscú fue aplastada sangrientamente por el ejército. El fracaso de la revolución se debió fundamentalmente a que no pudo ganar de manera decisiva el apoyo de los campesinos, que en diferentes momentos permanecieron al margen de los obreros urbanos, y el zarismo pudo así utilizar las tropas, que eran de extracción campesina, para aplastar la revolución. Pero a pesar del fracaso de la revolución, el zar se vio obligado a hacer algunas concesiones democráticas limitadas, instituyendo una especie de parlamento: la Duma.

La burguesía, que al principio apoyó más o menos directamente las movilizaciones obreras contra la autocracia porque quería utilizar la presión obrera para forzar cambios en la dominación política del zarismo y tomar así un papel dirigente en la dirección del Estado, se echó finalmente en brazos de la reacción cuando las reivindicaciones obreras, con las armas en la mano, apuntaron directamente a sus propios intereses (jornada de 8 horas, aumentos salariales y ocupaciones de fábricas), jugando así un papel contrarrevolucionario en el momento decisivo.

Aunque el zarismo pudo sobrevivir a los acontecimientos y estabilizarse temporalmente, la revolución de 1905 provocó una ruptura

radical en las relaciones entre las diferentes clases, alineando definitivamente al proletariado y al campesinado frente a la autocracia zarista.

Después de varios años de profundo reflujo y apatía, a partir de 1912 estalló una oleada huelguística, que se prolongó hasta el comienzo de la I Guerra Mundial, que amenazaba con provocar una nueva crisis revolucionaria. Su estímulo fundamental residía en el auge económico capitalista que había comenzado un año antes y que ayudó a que la clase obrera rusa recuperase la confianza en sus propias fuerzas.

A la cabeza de la mayoría de las huelgas se encontraba el partido bolchevique, que en aquellos momentos era el principal partido obrero en Rusia, agrupando a las tres cuartas partes de los trabajadores organizados.

LA GUERRA IMPERIALISTA

El estallido de la guerra en 1914 cortó bruscamente todo el proceso. Rusia se alineó con Francia e Inglaterra contra Alemania y Austria-Hungría. La I Guerra Mundial fue la consecuencia inevitable de la lucha por los mercados y por un nuevo reparto del mundo entre las principales potencias imperialistas. La crisis de la economía capitalista, comenzada un año antes, desembocó directamente en la mayor carnicería humana jamás conocida hasta entonces, que demostraba palpablemente que el capitalismo había agotado ya su papel histórico progresista.

El espíritu patriótico y belicista penetró en todas las capas de la sociedad rusa. La clase obrera, desorientada al principio, también se vio afectada mayoritariamente por esta situación. La ola chovinista y patriótica, y la movilización de millones de campesinos y obreros hacia el frente desarticulaban y atomizaban, temporalmente, el espíritu y la conciencia de los trabajadores, provocando que el partido bolchevique quedase aislado completamente de las masas durante todo un período.

Los efectos materiales de la guerra se hicieron sentir en todos los países que participaron en la contienda. Pero las cargas de la guerra se hicieron particularmente insoportables para los países más atrasados, como Rusia. El esfuerzo bélico devoraba todos los recursos.

Se perdieron las minas de carbón y las fábricas de Polonia. Durante el primer año de guerra, Rusia perdió cerca de la quinta parte de su industria. El 50% de la producción total y cerca del 75% del textil hubieron de destinarse a cubrir las necesidades del ejército y la guerra.

Las derrotas en el frente, el nefasto aprovisionamiento de la tropa, la desorganización del transporte y la indignidad y los abusos de los oficiales acabaron por desmoralizar completamente a los soldados rusos, en su gran mayoría campesinos. Las insubordinaciones y deserciones adquirieron proporciones masivas. Por otro lado, la escasez, la miseria, el hambre y la subida vertiginosa de los precios en el interior del país hacían insoportables las condiciones de vida de los obreros y campesinos. Todo esto minó la moral "patriótica" del pueblo ruso, haciendo recaer sobre el círculo dirigente del zar toda la responsabilidad del desastre.

LA CONCIENCIA SOCIALISTA

La convivencia en las trincheras de campesinos y obreros, muchos de los cuales habían sido enviados al frente como castigo por participar en huelgas, ayudó a elevar la conciencia de los primeros y a cimentar la unión y confianza entre ambas clases oprimidas. Lo mismo ocurrió con los soldados de la retaguardia, agrupados en los cuarteles de las grandes ciudades industriales. Los obreros, muchos de los cuales tenían una importante experiencia revolucionaria y cuyo nivel de comprensión era más elevado que el de los campesinos, ayudaban a dar un enfoque concreto y coherente a los confusos pensamientos del soldado sobre la guerra, la paz y la tierra. Así, el campesinado pobre encontró en los obreros un útil aliado en quien apoyarse para formular sus reivindicaciones e intereses. Y viceversa, sólo con el apoyo de la tremenda fuerza revolucionaria de millones de campesinos pobres podía la clase obrera rusa, como dirigente de todas las clases oprimidas, lanzarse con garantías de éxito por la senda de la revolución. Un nuevo fermento comenzaba a cristalizar, lenta pero obstinadamente, en lo más profundo de la sociedad: en las trincheras y los hospitales, en las fábricas y en los barrios, en las humildes cabañas campesinas y en las interminables colas de racionamiento de pan en las ciudades.

El crecimiento del malestar entre los soldados, los obreros, las mujeres en los barrios y los campesinos tenía su reflejo en las divisiones que atravesaban los círculos dirigentes de la camarilla del zar, la nobleza, la oficialidad del ejército y la burguesía. A finales de 1916, entre estos últimos se abrió paso la idea de que la continuación de la guerra era insostenible, culpando al entorno del zar del desastre. Las intrigas palaciegas se sucedían. Esto culminó con el asesinato de Rasputín, sacerdote venal que resumía en su persona todo lo putrefacto y corrompido de la autocracia zarista, y que era el consejero y guía espiritual del zar y la zarina.

COMIENZA EL MOVIMIENTO HUELGUÍSTICO Y LA REVOLUCIÓN

En enero de 1917 tienen lugar huelgas importantes, fundamentalmente en San Petersburgo, encabezadas por los obreros metalúrgicos. En diversos puntos de la ciudad se saquearon las panaderías. La temperatura de la sociedad se encaminaba al punto crítico de su ebullición, que se alcanzaría a finales de febrero.

El día 23 de ese mes (según el viejo calendario) era el Día Internacional de la Mujer Trabajadora. Nadie podía pensar que ese día marcaría el inicio de la revolución. A primeras horas de la mañana las obreras de algunas fábricas textiles, desoyendo las consignas de las organizaciones obreras de no salir a la calle para evitar enfrentamientos con la policía y las tropas, salen a la huelga y envían delegaciones a los obreros metalúrgicos para que se les unan. Ese día se declaran en huelga cerca de 90.000 obreros y obreras de San Petersburgo. La jornada, a pesar de todo, transcurre sin incidentes ni víctimas.

Es importante observar que la Revolución de Febrero fue impulsada desde abajo, venciendo las resistencias de las propias organizaciones revolucionarias.

El día 24 de febrero el movimiento huelguístico cobra un nuevo ímpetu. Casi la mitad de los obreros industriales de San Petersburgo fueron a la huelga. Los trabajadores van a la fábrica por la mañana, se niegan a trabajar, organizan mítines y se dirigen en manifestación al centro de la ciudad. Desde los barrios, la gente se une al movimiento. El grito inicial de "pan" pronto es superado por el de "abajo la autocracia" y "abajo la guerra".

El día 25 había ya 240.000 obreros en huelga. Se paralizan los tranvías y se cierran muchos establecimientos comerciales. Miles de personas toman las calles, produciéndose los primeros choques armados con la policía. Los barrios de Viborg y Peski se hallan en manos de los obreros, que asaltan y destruyen las comisarías. La consigna general es desarmar a la policía, odiada intensamente por las masas. A media tarde son sacadas a la calle las primeras tropas. La huelga en San Petersburgo se había convertido ya en general, reproduciendo a una escala superior las experiencias de 1905, y las manifestaciones callejeras ponían en contacto a las masas revolucionarias con los soldados.

El 26, a pesar de que era domingo y no se trabajaba, los obreros se van concentrando y se dirigen al centro de la ciudad desde todos los barrios. La policía dispara camuflada desde azoteas y balcones, causando varios muertos y heridos, y este día también intervienen decisivamente las tropas, a quienes se da orden de disparar. El soldado, sintiendo en su nuca el cañón del revólver del oficial, obedece a regañadientes. Se cuentan 40 muertos y numerosos heridos. La lucha entra en su fase decisiva.

EL PAPEL DE LOS SOLDADOS

Los soldados, obligados a disparar el día 26, saben que al día siguiente serán obligados a lo mismo. Los obreros y obreras no retrocedían, a pesar de las balas. Los sentimientos de impotencia, vacilación e indignación y odio contra sus oficiales se entremezclan en sus cerebros. El intercambio molecular constante entre obreros y soldados en los meses previos, en las trincheras y en la ciudad, comenzaba a cristalizar. Los obreros seguían de cerca el estado de ánimo de los soldados y conocían su descontento. Las vacilaciones de la tropa a la hora de disparar en las calles daban más confianza y audacia a las masas, convencidas de que la autoridad era impotente para aplastar el movimiento, de que las tropas las apoyaban y de que, inexorablemente, se pasarían a su lado.

Es una ley de toda revolución que los soldados sólo se ponen del lado del pueblo insurrecto cuando este demuestra estar dispuesto a ir hasta el final a cualquier precio, cuando la atmósfera revolucionaria es tal, que la seguridad de la victoria es lo suficientemente fuerte como para vencer el miedo a la represión de los oficiales ante un

eventual fracaso de la insurrección; cuando, en definitiva, el triunfo revolucionario no sólo mejorará la situación de todos, sino que también les garantiza su seguridad personal.

El 27 de febrero es el día decisivo. A primera hora de la mañana, representantes de 40 fábricas, reunidos en el barrio de Viborg, verdadero centro de la insurrección proletaria y donde los bolcheviques tenían su base más numerosa, deciden continuar el movimiento. La asamblea se vio interrumpida por la noticia de que los batallones de la reserva de la Guardia Imperial se estaban sublevando, uno tras otro, cuando eran sacados a la calle por los oficiales. En algunos sitios, los obreros penetran en los cuarteles y sublevan a los soldados, quienes se apoderan de las armas y encierran o fusilan a los oficiales que les amenazan. Obreros y soldados trazan un plan de acción: apoderarse de las comisarías, desarmar a los gendarmes, liberar a los presos políticos y sublevar a los soldados que aún no lo han hecho. Automóviles blindados con la bandera roja desplegada recorren la ciudad.

Los escasos focos de resistencia afines al gobierno son barridos por los fusiles y las ametralladoras. Las tropas sacadas para reprimir la revuelta se ven rodeadas inmediatamente por una multitud de obreros, mujeres, adolescentes y soldados sublevados, y se unen a los insurrectos. Se asaltan las cárceles y se pone en libertad a los presos políticos. En la mañana del 28 cae la fortaleza de Pedro y Pablo, el último bastión zarista. Los sublevados controlan toda la capital y la región de San Petersburgo. Los miembros del gobierno son detenidos o huyen, así como los oficiales reaccionarios. El tren en que huían el zar y su familia es bloqueado por los obreros ferroviarios, quienes lo retienen hasta que las nuevas autoridades revolucionarias decidan qué hacer con él.

Las masas de obreros y soldados no tienen aún una idea muy clara de lo que quieren, pero sí de lo que no quieren: guerra, autocracia, hambre, miseria e injusticia.

LA CLASE OBRERA DERRIBA AL ZARISMO

Una vez tomado Petrogrado, nuevo nombre dado a la capital de Rusia, en los días siguientes el resto del país se adhiere rápidamente sin oposición alguna. El régimen zarista, sin ninguna base social, cae como una manzana podrida.

Frente al coraje y la iniciativa de las masas, las direcciones de las organizaciones revolucionarias dieron muestras de una increíble vacilación. Hasta el día 25 no aparece una hoja del comité central bolchevique llamando a la huelga general en todo el país, y hasta el día 27 el comité bolchevique de la capital no lanza una hoja dirigida a los soldados, cuando la sublevación de éstos ya se había producido.

No cabe duda de que la espontaneidad de las masas fue un factor clave en la revolución. Pero no hay que olvidar que a la cabeza de los insurrectos se destacaban los obreros bolcheviques, la mayoría de los cuales poseía una rica experiencia revolucionaria, de organización, de tradiciones, de discusión, de ideas y de perspectivas. Sólo sobre esta base pudieron convertirse, en el momento decisivo, en la columna vertebral de la revolución, pese a las vacilaciones de sus dirigentes.

La Revolución de Febrero tuvo un resultado paradójico. Si bien fue dirigida por los obreros y soldados, fue la burguesía liberal la que asumió el poder formal del país, pese al pánico que le tenía a la revolución, en la que veía un peligro mortal para su propia dominación social de clase.

El 27 de febrero por la tarde, una inmensa multitud de obreros y soldados se dirigió al palacio de Táurida, sede de la Duma, con la intención de conocer las intenciones de ésta después del triunfo revolucionario. Por el peso de los propios acontecimientos, la Duma creó un comité provisional para estudiar la situación, formado por representantes del partido kadete y otros elementos pequeñoburgueses, con la secreta esperanza de que un milagro de última hora hiciera fracasar la revolución. Conscientes de la imposibilidad de que Nicolás II siguiera siendo zar —había tenido que abdicar—, intentaron que el duque Mijaíl se hiciera cargo de la sucesión dinástica, el cual obviamente declinó tal propuesta.

Es algo muy común en toda revolución, fundamentalmente en las primeras semanas, cuando refleja todavía su inmadurez, que frente al protagonismo indiscutible pero anónimo de las masas salgan a la palestra todo tipo de elementos oportunistas desligados de ella (periodistas, abogados, elementos pequeñoburgueses “progresistas” y gente con un pasado revolucionario) que se alzan por encima del movimiento, impulsados por la propia ola revolucionaria, y que, utilizando su posición y adaptando su discurso a las circunstancias,

captan cierta atención entre las masas recién despertadas a la vida política. Uno de estos elementos fue Kerensky, abogado y miembro del Partido Social-Revolucionario, que aceptó entrar en el gobierno provisional.

EL SÓVIET DE OBREROS Y SOLDADOS

En contraste con la actividad de los políticos burgueses en otras dependencias del palacio de Táurida, los dirigentes obreros volvían a organizar, después de 12 años, el *sóviet de diputados obreros*, el nuevo poder obrero nacido silenciosamente de la vieja sociedad, a cuya cabeza se situó un comité ejecutivo, integrado principalmente por ex revolucionarios que habían perdido en años anteriores el contacto con las masas, pero que conservaban el “nombre”. La mayoría de ellos pertenecían al partido menchevique. Por su parte, los dirigentes locales del partido bolchevique, cuyos cuadros fundamentales estaban en el exilio o desterrados en Siberia, no tenían una concepción muy clara de qué actitud adoptar ni qué programa defender dentro del sóviet.

En la primera reunión se decidió unir a los soldados en un sóviet común de diputados obreros y soldados. Desde el primer momento, el sóviet, a través de su comité ejecutivo, empieza a obrar como poder: control de las subsistencias, la guarnición y el transporte, ocupación del Banco Nacional, la Tesorería y la fábrica de moneda, etc. El poder estuvo en manos del sóviet desde el primer momento. Los obreros y empleados de Correos y Telégrafos, de la radio, de las estaciones de ferrocarril, de las imprentas... no querían someterse más que al sóviet. En adelante, los obreros y los soldados, y algo más tarde los campesinos, sólo se dirigirán al sóviet, como órgano en el que se concentran todas sus esperanzas y reflejo vivo de su poder en la sociedad.

Sin embargo, las ideas conciliadoras (utilizamos el término de la época) y pequeñoburguesas presidían las intenciones de los dirigentes mencheviques y eseristas, quienes, poseídos de una desconfianza orgánica hacia la clase obrera y la revolución, entendían que era la burguesía la encargada de dirigir la sociedad, relegando la función del sóviet a vigilar y hacer la función de leal oposición al gobierno

burgués. Con esta idea, una delegación del comité ejecutivo del sóviet fue a visitar al comité provisional de la Duma, para plantearle que se hiciera cargo del poder. Una vez que este último comprobó amargamente la irreversibilidad del triunfo de la revolución, tuvo que aceptar a regañadientes el ofrecimiento. Como "concesión" a las masas, Kerensky entró en el nuevo *gobierno provisional*. La intención secreta que se marcó el gobierno provisional, a cuya cabeza se situaron el príncipe Lvov y Miliukov (jefe del partido kadete), era ganar el máximo tiempo posible para intentar descarrilar la revolución, si las circunstancias se lo permitían. El nuevo gobierno fue recibido por las masas con gran recelo y desconfianza.

En los primeros días de marzo se organizan sóviets en todas las fábricas, barrios, localidades y regiones. En las elecciones, los mencheviques y eseristas copan la mayoría, dejando a los bolcheviques en minoría. El resultado no tiene por qué sorprender. La inmensa mayoría de los obreros mencheviques, eseristas y sin partido habían apoyado a los bolcheviques en su acción directa contra el zarismo, pero sólo una pequeña minoría podía distinguir, en esos primeros compases de la revolución, las diferencias entre las distintas tendencias obreras. En la medida que mencheviques y eseristas disponían de cuadros intelectuales mucho más considerables, que afluían hacia ellos de todas partes y les facilitaban un número enorme de agitadores, las elecciones, incluso en las fábricas, dieron una superioridad inmensa a estos dos partidos.

En esencia, la influencia de mencheviques y eseristas no era fortuita: reflejaba el gran porcentaje de la pequeña burguesía y, sobre todo, de las masas campesinas, recién despertadas a la política, entre la población rusa. Además, el peso específico del campesinado estaba sobredimensionado por los millones de campesinos concentrados de manera compacta en el ejército como soldados. Su protagonismo en la revolución elevaba su consideración ante los obreros, que deseaban estrechar al máximo sus relaciones con ellos.

La situación de Rusia tras la revolución era de una total inestabilidad. El *doble poder* en la sociedad, que surge en todo proceso revolucionario, no podía durar eternamente. El poder real estaba en manos de los sóviets y era el único en que confiaban las masas. El poder formal y oficial residía en el gobierno provisional, controlado por la burguesía. Pero cada ofensiva de las masas por sus propias

reivindicaciones e intereses (firma de la paz, jornada de 8 horas, control obrero en las fábricas, subidas salariales, entrega de la tierra a los campesinos, etc.) entraba en contradicción frontal con el gobierno provisional. La confusión reinante en las direcciones de los partidos obreros sobre el carácter de la revolución rusa (democrático-burgués o socialista), sobre la convocatoria de una Asamblea Constituyente, sobre el papel de los sóviets, sobre la continuación o no de la guerra y sobre el apoyo al gobierno provisional, confusión que reflejaba los intereses de clase contrapuestos en pugna, se irá dilucidando en las semanas y meses que siguieron a Febrero. Las ilusiones y el entusiasmo de las primeras semanas se irán diluyendo, y nuevas conclusiones y tareas habrán de ser abordadas por las masas en el fuego de los acontecimientos.

II. Preparando Octubre. La teoría de la revolución permanente

Carlos Ramírez

La revolución pone a prueba, sin concesiones, ni tregua ni piedad, las organizaciones, los programas y a las personas. Los acontecimientos se desarrollan y evolucionan a velocidad de vértigo; si en condiciones normales la maduración de los procesos se mide por años e incluso por décadas, en una revolución las unidades de medida pasan a ser los días, las horas o incluso los minutos.

Por tanto, para que el partido revolucionario pueda estar a la altura de las circunstancias, es imprescindible que cuente con una base práctica y teórica sólida que le permita orientarse en la vorágine. Ganarse el derecho a ser reconocido y escuchado por las masas durante una revolución exige un trabajo previo que haya permitido al partido echar raíces entre la clase obrera y los otros sectores oprimidos de la sociedad. Además, para dotarse de una perspectiva, estrategia y táctica que lleve a la victoria, el partido tiene que comprender las leyes que rigen el proceso histórico y la toma de conciencia de las masas.

Partiendo de esta base, la clave para comprender el desarrollo de los acontecimientos posteriores a Febrero y el papel que en ellos jugaron las diferentes organizaciones que se consideraban revolucionarias reside en los debates políticos, teóricos y prácticos que forjaron el Partido Obrero Social-Demócrata Ruso (POSDR) en los primeros años del siglo XX.

MATERIALISMO HISTÓRICO

El marxismo explica que el motor de la evolución de la sociedad es el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, la capacidad del ser humano, en cada período histórico, para crear riqueza. Así, un sistema social dado (una forma concreta de propiedad de las fuerzas productivas y de distribución de la riqueza creada) es más avanzado que otro si permite que las fuerzas productivas avancen, y deja de ser viable cuando sus leyes internas se convierten en un obstáculo absoluto para que las mismas puedan seguir desarrollándose.

Pero, antes de llegar a esa situación límite, en el seno del viejo sistema social han ido madurando las formas que deberá tomar la nueva sociedad.

La clase propietaria de los medios de producción es, por tanto, la clase dominante. La nueva sociedad, que se encuentra en embrión dentro de la vieja, cuenta con su clase llamada a ser dominante, produciéndose en este proceso la lucha de clases, la lucha entre la vieja y caduca clase propietaria, que se aferra a sus privilegios, y la nueva, que representa el futuro y juega un papel revolucionario.

Por ejemplo, fue la propia sociedad feudal, dominada por la nobleza y el clero, la que creó las condiciones para que naciese y se desarrollase la burguesía, que en un momento dado —de incapacidad del sistema feudal para seguir desarrollando las fuerzas productivas— se puso a la cabeza de todos los sectores oprimidos de la sociedad (pequeña burguesía urbana, campesinos y proletariado incipiente) y destruyó la sociedad feudal —sus formas de propiedad y sus leyes—, abriendo así paso al desarrollo capitalista. La gran Revolución Francesa de 1789 es el modelo histórico de la revolución burguesa.

Pero la historia no se detuvo ahí. Tras un período de desarrollo, el nuevo sistema social, el capitalismo, también entró en crisis. La burguesía es ahora la vieja y caduca clase social, y el proletariado, nacido en el seno de la sociedad burguesa, es la clase llamada a derrocarla. Los obreros, dirigidos por el partido revolucionario, luchan por acabar con el capitalismo y por organizar la sociedad sobre la base de la propiedad socialista, para que las fuerzas productivas puedan seguir avanzando.

Al igual que el triunfo del capitalismo no se concretó en todos los países del mundo a la vez ni en las mismas condiciones, necesitando de todo un período histórico, el socialismo también necesitará de la

misma mecánica (aunque más rápida, debido a la poderosa base material con la que contará) para imponerse en todo el planeta.

A este respecto, Marx explicó que los países capitalistas avanzados serían los primeros en que se dieran las condiciones materiales para la caída del capitalismo, debido a su mayor desarrollo industrial y fortaleza, y al nivel técnico y cultural de su proletariado.

Armados con esta base teórica general, las diferentes corrientes que componían el POSDR trazaron y debatieron las perspectivas para la revolución en Rusia.

El imperio de los zares era un país atrasado donde la clase obrera y la industria eran islas en un mar de campesinos y grandes latifundios. En la mayor parte del país, las formas sociales eran más propias del feudalismo, y el nivel cultural estaba muy por detrás del de los países desarrollados de la época.

Las tareas de la revolución burguesa seguían pendientes: una reforma agraria que acabara con los latifundios y repartiera la tierra entre los campesinos, eliminando así la base material del servilismo, así como un período de desarrollo industrial que elevara el nivel técnico de la sociedad y convirtiera al proletariado en la clase mayoritaria de la sociedad rusa.

Es evidente que, tomando la teoría general marxista como una ley absoluta y rígida, Rusia no encajaba en el modelo de países “aptos” para el socialismo.

Los mencheviques (Plejánov, Axelrod, Zasúlich, Márto, etc.) utilizaban este planteamiento general marxista como si de una receta de cocina se tratara. Planteaban que, dado que la revolución burguesa estaba pendiente en Rusia, la revolución que se estaba gestando tendría esa naturaleza de clase; en consecuencia, el papel dirigente en ella le correspondía a la burguesía liberal, como pretendiente natural a dirigir la sociedad. La victoria de la burguesía abriría un período de desarrollo capitalista, de duración indeterminada, que colocaría al proletariado en condiciones de luchar por el socialismo. Hasta que se diesen estas circunstancias, el papel del proletariado sería el de aliado de izquierdas de la burguesía liberal frente a la reacción, aunque también defendería sus intereses contra esa burguesía.

Haciendo una interpretación mecánica del juicio correcto de Marx según el cual “los países avanzados señalan el modelo de su desarrollo futuro a los países atrasados”, los mencheviques veían

como una aberración que el proletariado ruso emprendiera la lucha por el poder antes de que los países desarrollados hubieran establecido un precedente.

LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

El enfoque menchevique de la cuestión no era compartido, ni mucho menos, por otras corrientes de la socialdemocracia, como los bolcheviques y el grupo de Trotsky, que insistían en el papel reaccionario de la burguesía rusa y su incapacidad, por tanto, de dirigir una lucha consecuente contra los restos del pasado feudal; sólo los obreros y campesinos pobres podrían hacerlo.

Que la implantación del socialismo, al ser un sistema de producción superior al capitalismo, requiere una base material es abecé para un marxista. Pero la experiencia revolucionaria real demostraba que el abecedario tiene más de tres letras y que, además, hay que saber combinarlas correctamente.

La primera revolución rusa (1905) trasladó a la arena de la realidad práctica los debates teóricos. La burguesía, que en un primer momento apoyó las movilizaciones obreras, tardó poco en aliarse con la monarquía y los terratenientes para aplastar el movimiento de los trabajadores. Pero ese ensayo general de 1905 fue una experiencia de valor incalculable de la que los marxistas rusos sacaron valiosas lecciones.

En 1906, Trotsky publica una extensa obra titulada *1905. Resultados y perspectivas*, donde hace un balance de los acontecimientos del año anterior y expresa esencialmente lo que posteriormente se conoció como la *teoría de la revolución permanente*. En ella, Trotsky explica la dinámica del proceso de la revolución en un país atrasado y las tareas del partido revolucionario. Para Trotsky, hacía tiempo que el capitalismo había triunfado como sistema social dominante en el mundo; es más, las condiciones básicas generales, tomando la economía mundial en su realidad, es decir, como un todo, para el paso del capitalismo al socialismo ya estaban dadas. En este contexto, los países atrasados se veían obligados a asimilar a marchas forzadas las conquistas técnicas y productivas (o parte de ellas) de los países avanzados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados avanzan a saltos, obviando así algunas de las etapas

históricas por las que los países avanzados habían tenido necesariamente que pasar para alcanzar su nivel de desarrollo. Las distintas etapas del proceso histórico se confunden y se mezclan. Las relaciones de producción más primitivas, sobre todo en el campo (servilismo, propiedad feudal de la tierra, trueque, etc.), conviven con focos industriales concentrados y relaciones sociales modernas. Los países atrasados incorporan, adaptándolas a su propio atraso, las conquistas más modernas.

Este *desarrollo desigual y combinado* da a las relaciones entre las clases un carácter más complejo, en el que es imposible orientarse con esquemas rígidos y abstractos. Los procesos sociales reales no tienen por qué transcurrir según un patrón general diseñado previamente (la burguesía derroca al feudalismo, ésta desarrolla el capitalismo y crea las condiciones para el socialismo). Hay que adoptar el patrón general a la realidad, y no al revés, como hacían los mencheviques.

PAPEL DE LA BURGUESÍA LIBERAL

Rusia avanzaba hacia una revolución burguesa provocada por el freno que, para el desarrollo de las fuerzas productivas, suponían las condiciones políticas semif feudales caducas que seguían dominando el país.

Pero el carácter burgués de la revolución no quería decir que inevitablemente la burguesía debía y podía encabezar la revolución.

La clave de la revolución burguesa para romper el corsé en que se encontraban las fuerzas productivas era solucionar el problema agrario, lo que sólo era posible expropiando las tierras de los grandes terratenientes y repartiéndolas entre los campesinos. La destrucción de la monarquía estaba íntimamente ligada a ello.

Por otro lado, la ecuación social de la realidad rusa ya contenía un elemento decisivo: un proletariado joven, combativo, muy inferior numéricamente al campesinado, pero con un gran peso social específico y muy enfrentado a la burguesía.

A su vez, la burguesía estaba unida por multitud de lazos a la gran propiedad agraria (hipotecas bancarias, muchos burgueses también eran terratenientes, etc.), por lo que tenía mucho más en común con los grandes hacendados que con los campesinos que reclamaban la tierra.

La diferenciación extrema entre las clases urbanas (burguesía y proletariado), junto a la unidad de intereses entre la burguesía y los terratenientes, dejaba en evidencia que la burguesía rusa no se pondría al frente de las masas, sumando su peso social y su experiencia política a la energía revolucionaria de éstas, para realizar las tareas históricas de la revolución burguesa.

Para Trotsky, por tanto, la clase obrera era la única clase social que contaba con la suficiente consistencia, homogeneidad y fuerza para dirigir la revolución que se estaba incubando.

La revolución burguesa rusa sólo podría realizarse siempre y cuando el proletariado, respaldado por los millones de campesinos (apoyo que ganaría incorporando a su programa la revolución agraria), consiguiera concentrar en sus manos la dirección de la nueva sociedad.

La clase obrera expropiaría los latifundios, repartiría la tierra entre los campesinos y liberaría al país del dominio de las burguesías imperialistas de los países desarrollados, realizando íntegramente las tareas democráticas de la revolución burguesa.

Pero, para poder llevar estas tareas hasta el final, el proletariado necesitaría dotarse de los medios y la fuerza suficientes, y para ello tendría que atacar cada vez más profundamente la propiedad privada de los medios de producción, rebasando inmediatamente los propios límites de la revolución burguesa, para abrazar así las reivindicaciones de carácter socialista. Además no hay que olvidar que estamos hablando de un país atrasado parte de la economía mundial, que tomada en su conjunto (y no puede tomarse de otra forma) ya estaba madura para el socialismo.

En Rusia no existía margen para un desarrollo capitalista de duración similar al de los países imperialistas del occidente europeo. En estas condiciones, la economía, la técnica, la ciencia, las costumbres, etc. se irían revolucionando; las relaciones sociales se transformarían paulatinamente y el país iría saliendo de su atraso histórico.

Paralela e indisolublemente unida al desarrollo interno de los procesos en el nuevo régimen, estaría la perspectiva de la revolución mundial, sobre todo en los países avanzados. El internacionalismo proletario no es un principio de solidaridad abstracta entre los oprimidos del mundo. El capitalismo crea el mercado mundial, desarrolla las fuerzas productivas más allá de la capacidad que tiene el estado nacional para albergarlas y da a la lucha de clases un carácter internacional.

Cualquier economía nacional, por muy poderosa que sea, depende de una instancia superior, el mercado mundial, que forma un todo con sus propias leyes y dinámica de las que ningún país puede escapar.

En consecuencia, la contención de la revolución proletaria dentro de un solo país (por muy extenso y rico que sea) no podría ser más que un régimen transitorio. De continuar aislado, más tarde o más temprano caería devorado por las contradicciones internas y externas que ese aislamiento provocaría. La revolución socialista en un país solamente era un eslabón de la cadena de la revolución mundial, que, pese a sus reflujos temporales, había que abordar como un proceso permanente. En determinadas condiciones, la clase obrera podría conquistar el poder en un país atrasado antes que en los desarrollados, pero la consolidación del socialismo en dicho país seguiría dependiendo de la victoria de la clase obrera en éstos.

LENIN Y LOS BOLCHEVIQUES

Mucho se ha escrito (y mentido), acerca de las diferencias que Lenin y Trotsky mantuvieron sobre esta cuestión fundamental.

La profundidad de esas divergencias se puede medir por las palabras del propio Lenin, extraídas de sus obras completas: “En el momento de la conquista del poder y de la creación de la República Soviética, el bolchevismo apareció unido, se atrajo a la mejor de las tendencias del pensamiento socialista que le eran afines”.

Esta es una alusión clara al grupo de Trotsky, que se unió a los bolcheviques en julio de 1917. Lenin, hombre poco dado a ocultar o minimizar las diferencias políticas que le separaban de sus adversarios, mostraba que en el balance final que hacía de divergencias pasadas no veía, ni mucho menos, dos líneas estratégicas irreconciliables.

Para ser exactos, la diferencia más importante que, durante un tiempo, separó a Trotsky de Lenin no fue la concepción de la revolución rusa, sino la tendencia conciliadora hacia los mencheviques que Trotsky había manifestado, sobre todo durante el período de reacción que siguió a la revolución de 1905. En este asunto, la historia dio la razón a Lenin, que refiriéndose a él dijo en la sesión plenaria

del sóviet de Petrogrado celebrada el 1 (14) de noviembre de 1917: “¿El acuerdo? Ni tan siquiera puedo hablar de esto seriamente. Trotsky dijo hace tiempo que la unificación era imposible. Trotsky comprendió esto y desde entonces no ha habido mejor bolchevique que él”. Poco después de la muerte de Lenin, el acta de esta sesión histórica fue suprimida por orden expresa de Stalin.

Dejando a un lado las falsificaciones históricas, lo cierto es que a ambos les separaban algunos aspectos de las perspectivas para la revolución en Rusia.

La iconografía estalinista presenta el pensamiento de Lenin como algo innato a él, permaneciendo almacenado en una especie de base de datos colocada en alguna parte de su cerebro, de la que extraía, según conviniera, fórmulas acabadas de una aplicación y efectividad infalibles. Nada más lejos de la realidad. El genio teórico y práctico de Lenin se forjó en el desarrollo vivo del proceso hacia la revolución, a través de aproximaciones sucesivas, contradicciones, rectificaciones y confirmaciones.

Lenin, partiendo de la perspectiva de la revolución mundial y del inevitable papel reaccionario de la burguesía en la futura revolución rusa, preveía la necesidad de una alianza entre los obreros y los campesinos para culminar el proceso.

La colaboración entre las masas de la mayoritaria pequeña burguesía campesina y el menos numeroso proletariado industrial era una experiencia nueva y, por lo tanto, también lo serían las formas políticas que esa colaboración tomase.

Por otro lado, las tradiciones insurreccionales del campo ruso, junto con la existencia de una numerosa capa de intelectuales muy sensibilizados con la miseria de los campesinos, empujaban a Lenin a no descartar que éstos pudieran estar representados por un partido propio, independiente de la burguesía y del proletariado, capaz de aliarse con el partido obrero contra la burguesía; incluso contemplaba la posibilidad de que el partido campesino pudiera tener la mayoría en el gobierno surgido de esa alianza.

Para Lenin, estas consideraciones planteaban preguntas que no podían ser contestadas a priori: ¿Podrían o no, sabrían o no los campesinos crear un partido independiente? ¿Estaría en mayoría o minoría dicho partido en el gobierno revolucionario? ¿Cuál sería el peso específico de los representantes del proletariado en dicho gobierno?

Lenin dejaba abierta esta cuestión, que se iría precisando y concretando según la realidad fuese suministrando nuevos datos, y ponía en primer plano la lucha irreconciliable de los obreros y los campesinos contra la burguesía y los terratenientes.

Hasta el momento de su comprobación histórica, Lenin concretó la cuestión del poder revolucionario resultante de la alianza de los oprimidos en la fórmula “dictadura democrática de obreros y campesinos”, que recogía todas las incógnitas que veía en el camino de la revolución. Ni que decir tiene que para Lenin, a pesar de todo, era vital que el partido proletario mantuviera una política independiente con respecto al partido campesino.

Trotsky replicaba que los campesinos, a pesar de su inmenso peso social y potencial revolucionario, no podían tener, por su composición social heterogénea, ni una política ni un partido independientes, y en una época revolucionaria se verían obligados a elegir entre la política de la burguesía o la política del proletariado.

Mientras el planteamiento de Lenin abría la perspectiva de la alianza de obreros y campesinos —dejando sin concretar el peso específico de cada clase en esa alianza, a la espera de acontecimientos que permitieran hacerlo—, del análisis de Trotsky surge la idea de un gobierno obrero apoyado por las masas de campesinos pobres.

Además, Trotsky alertaba del riesgo de que una interpretación rígida, mecánica, esquemática y no condicional de la fórmula leninista pudiese llevar a subordinar el partido obrero al partido campesino, que a su vez se subordinaría inevitablemente a la burguesía. Cuando se analice la actuación de la dirección bolchevique hasta la llegada de Lenin, el 4 de abril, esta advertencia aparecerá como profética.

LA PRUEBA DECISIVA

La Revolución de Febrero de 1917 vuelve a trasladar las discusiones, análisis y conclusiones elaboradas en el período anterior a los procesos sociales reales, poniéndolas a prueba. Las organizaciones aupadas al poder por la revolución se encontraron con tareas urgentes a resolver, que emanaban de las necesidades imperiosas de las masas. Había que acabar con la guerra, repartir la tierra y mejorar las condiciones de vida de la mayoría de la población. Pero, ¿cómo hacerlo?

Ya hemos visto que la burguesía era incapaz de solucionar el problema de la tierra, del que dependía, junto al fin de la guerra, cuyas necesidades consumían la parte del león de la riqueza rusa, la mejora de las condiciones de vida de las masas. Pero la burguesía rusa, debido a su atraso, debilidad y pretensiones anexionistas, estaba atada a las otras burguesías de la Entente. Firmar una paz por separado supondría enfrentarse directamente con las burguesías británica y francesa, que retirarían inmediatamente sus inversiones en Rusia y cortarían la concesión de créditos. Desde el punto de vista burgués, esta perspectiva era impensable.

Los mencheviques se encontraron bien pronto en el gobierno. De todas sus principios, sólo mantuvieron la conclusión política de que el proletariado no debía aproximarse al poder, mientras se plegaban incondicionalmente al programa de la burguesía en todos los temas: continuar la guerra mundial hasta la victoria, mantener la propiedad terrateniente de la tierra hasta la futura Asamblea Constituyente (que no tenían intención de convocar) y seguir pidiendo sacrificios a las masas para salvar la patria.

Los eseristas, en ese momento el partido mayoritario entre los campesinos, utilizaron su preponderancia para entregar a éstos, atados de pies y manos, a la burguesía liberal.

Por su parte, la dirección del partido bolchevique —con Zalutski, Shlyápnikov y Mólotov primero y, a partir de mediados de marzo, con Kámenev y Stalin— planteó el apoyo crítico al gobierno provisional y adoptó una postura defensiva ante la guerra, que, en la práctica, significaba seguir participando en ella, impidiendo así que el partido jugase un papel independiente y claramente diferenciado de la burguesía, los eseristas y los mencheviques.

Al mismo tiempo, Lenin ya contaba con los datos que necesitaba para resolver las incógnitas planteadas. Abandona la fórmula de “dictadura democrática de obreros y campesinos” y adopta el programa de la toma del poder por los sóviets, de gobierno obrero apoyado por las capas pobres del campesinado, ideas que transmite al partido, primero en sus *Cartas desde lejos*, en marzo, y después en las tesis de abril, coincidiendo plenamente con la teoría de la revolución permanente expuesta por Trotsky.

III. El doble poder. Las tesis de abril

Ferran Alemany

La Revolución de Febrero había derrocado al zar y su feroz régimen, que hundía sus orígenes en la Edad Media. En apenas un mes, Rusia se había convertido en una república. Pero no sólo eso. Los campesinos, obreros y soldados, fruto precisamente de la revolución, estaban organizados en comités democráticos: los sóviets. Ya no estaba el zar, pero ¿qué pasaba con la guerra? ¿Había que continuarla? ¿Y la tierra? ¿Y la jornada de 8 horas? ¿Sobre quién deberían recaer estas tareas?

Por primera vez, los oprimidos de Rusia se sentían dueños de su destino. Los debates se producían en cada plaza. La paradoja de la situación era la existencia de dos poderes. Por un lado, el gobierno oficial, burgués, que no tuvo otro remedio que admitir al eserista Kerensky en su seno, para darle un barniz “revolucionario” y tratar de obtener así una base social. Por otra, los sóviets —los consejos de obreros, soldados y campesinos surgidos durante las jornadas revolucionarias de febrero, y que constituían un poder real en la ciudad y en el campo—, en cuya composición predominaban los eseristas y los mencheviques frente a los bolcheviques, que todavía eran una minoría.

Una vez derrocado el zar cabía preguntarse si estos organismos de poder obrero debían disolverse, ser un apéndice del gobierno provisional o tomar todo el poder en sus manos, lo que llevaba directamente a establecer cuál era el carácter de la revolución. Éste era el tema a debate en marzo de 1917, antes de la llegada de Lenin a Rusia.

Las masas desconfiaban abiertamente del gobierno provisional, que deseaba restablecer el orden, su orden, y proseguir la guerra. Por supuesto, la cuestión agraria tendría que esperar, cómo no, a que la situación mejorase. Lo mismo cabía decir de la jornada de 8 horas.

El marxismo siempre ha explicado que la sociedad de clases se sostiene mediante la violencia, pero la violencia por sí misma no basta. Después de febrero, la burguesía no podía ejercer la violencia contra las masas porque no tenía ejército ni policía: éstos estaban fusionados con las masas y controlados de hecho por los sóviets. El gobierno provisional estaba, pues, en una situación delicada. Para mantenerse tenía, por un lado, que hacer concesiones y, por otro, apoyarse en la muleta de los dirigentes obreros reformistas.

Así, las posturas de la burguesía rusa a favor de la continuación de la guerra se disfrazaron de ideas “defensistas”: para defender la revolución era necesario defender Rusia contra el agresor alemán, el gobierno tiene que buscar una paz justa, etc. Estas ideas calaron hondamente, sobre todo entre los dirigentes mencheviques, que descartaban totalmente la perspectiva del socialismo.

Aparentemente, mencheviques y bolcheviques tenían un programa común. Pero en la práctica, mientras los bolcheviques lucharon inmediatamente por la jornada laboral de 8 horas, los mencheviques declararon “inoportuna” esta reivindicación, al tiempo que protestaron por los “excesos” bolcheviques. Éstos alentaron la creación de milicias obreras; los mencheviques se oponían al reparto de armas entre los obreros. Los bolcheviques se esforzaban en obrar como revolucionarios consecuentes; los mencheviques lo sacrificaban todo en interés de la alianza con los liberales y del gobierno provisional.

LA SITUACIÓN ANTES DE LA LLEGADA DE LENIN

A pesar de su base, la dirección bolchevique en el interior de Rusia no estuvo a la altura de las circunstancias en los primeros compases del movimiento revolucionario. Debilitada por años de lucha a contracorriente, por la represión, el exilio y las deportaciones, una capa de los viejos bolcheviques no entendía cuál era la situación. Pesaban más su pesimismo, su rutina y las viejas fórmulas. Como diría la vieja bolchevique Ludmila Stahl en la conferencia del partido del 14 de

abril: “Antes de llegar Lenin, los camaradas erraban todos, ciegos, por las tinieblas, no había más fórmulas que las de 1905. Veíamos que el pueblo obraba por cuenta propia, pero no podíamos enseñarle nada. Nuestros camaradas se limitaban a preparar la Asamblea Constituyente por el procedimiento parlamentario y no creían posible ir más allá” (Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, t. 1, p. 292).

El desconcierto y las vacilaciones van en aumento. En la práctica, la dirección bolchevique va a la zaga de los mencheviques. En *Pravda* se puede leer: “la misión fundamental consiste (...) en la instauración del régimen democrático republicano”. En la reunión del sóviet de Petrogrado, donde los bolcheviques contaban con 40 diputados de un total de 400, sólo 19 votan en contra de la entrega del poder al gobierno provisional. Pero los obreros bolcheviques se estrellaron contra el gobierno en sus reivindicaciones. La base demostró un instinto revolucionario mucho más certero que la dirección. En la barriada de Viborg, a iniciativa de estos obreros, se vota en contra de la entrega del poder al gobierno provisional, aunque la propuesta es vetada por la dirección bolchevique de Petrogrado.

Tras volver del destierro en marzo, Kámenev y Stalin se hacen cargo de la dirección de *Pravda* e imprimen un giro aún más derechista, como refleja el manifiesto bolchevique *A los pueblos del mundo*, aprobado el 14 de marzo: “mientras el soldado alemán obedezca al káiser, el soldado ruso debe permanecer en su puesto, contestando a las balas con balas y a los obuses con obuses. Nuestra consigna no debe ser un ¡Abajo la guerra! sin contenido. Nuestra consigna debe ser ejercer presión sobre el gobierno provisional con el fin de obligarle (...) a tantear la disposición de los países beligerantes respecto a la posibilidad de entablar negociaciones inmediatamente (...) entre tanto, todo el mundo debe permanecer en su puesto de combate”.

Lenin, exiliado en Zúrich y separado de Rusia por un continente en guerra, intentaba todo para hacer oír su voz. El 6 de marzo telegrafía: “Nuestra táctica: desconfianza absoluta, ningún apoyo al gobierno provisional (...) no hay más garantía que armar al proletariado”. En todos sus mensajes, Lenin es tajante. Prefiere estar solo que seguir esa táctica, confundiendo la guerra imperialista con una guerra defensiva. No es hasta abril cuando Lenin consigue un medio de llegar a Rusia, el famoso tren blindado.

Nada más llegar, trueno su voz. En el mitin de bienvenida en la estación de Finlandia, dice: “No está lejos el día en que, respondiendo a nuestro camarada Karl Liebknecht, los pueblos volverán las armas contra sus explotadores (...) La revolución rusa (...) ha iniciado una nueva era”.

Inmediatamente, para combatir a los sectores conciliadores del partido, presenta sus opiniones, que entran en la historia como uno de los documentos más importantes en el desarrollo de la revolución: las *tesis de abril*, cuyo contenido coincidía tanto con la teoría de la revolución permanente, que algunos bolcheviques acusaron a Lenin de... ¡trotskista!

LAS TESIS DE ABRIL, EL CAMINO A LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA

El 4 de abril, Lenin expone sus tesis en dos reuniones. Hay que destacar que fueron presentadas únicamente en nombre propio y que fueron mal acogidas por los responsables de *Pravda*.

El programa de Lenin se resumía en las siguientes consideraciones:

- La guerra es imperialista, de rapiña. Es imposible acabar con ella con una paz democrática, sin derrocar al capital.
- La tarea de la revolución es ahora poner el poder en manos del proletariado y los campesinos pobres. Ningún apoyo al gobierno burgués. No a la república parlamentaria. Volver a ella desde los sóviets es un paso atrás.
- Los bolcheviques están en minoría. Deben, por tanto, desarrollar una paciente labor de explicación y propaganda.
- Nacionalización de todas las tierras del país y su puesta en manos de los sóviets locales de braceros y campesinos. Nacionalización de la banca bajo control obrero.
- Celebrar inmediatamente un congreso del partido. Romper con la II Internacional y construir una internacional revolucionaria.

El informe que había presentado Stalin el 29 de marzo era bien distinto: “El poder está compartido por dos órganos. El sóviet ha asumido la iniciativa de las transformaciones revolucionarias. El sóviet (...) es un órgano destinado a controlar al Gobierno. Éste, por su parte, ha abrazado en la práctica la misión de consolidar las conquistas del pueblo”. Para Stalin, los obreros y soldados hacen la revolución y los burgueses la consolidan.

En los debates, Lenin pregunta: ¿por qué no se ha tomado el poder? La respuesta que obtiene de Kámenev es que la revolución burguesa aún no ha acabado. Lenin contesta que la única razón es que el proletariado no es todavía lo bastante consciente y subraya que la fuerza física está en manos del proletariado. Los viejos dirigentes, pesimistas, se atrincheraban en la vieja teoría, sin tener en cuenta las circunstancias del momento. Por el contrario, Lenin, apoyándose en la práctica, ponía al día la teoría y, sobre todo, las tareas del bolchevismo. El partido y sus dirigentes debían estar a la altura. Debían ganar la mayoría en los sóviets, “explicar pacientemente”. La experiencia se encargaría de demostrar que su orientación era la correcta.

En un momento revolucionario decisivo, el partido bolchevique estaba, pues, en plena crisis. Pero era un partido vivo, con miles de cuadros forjados durante los años anteriores. Los debates, lejos de desmoralizar, enriquecieron la organización. Con la llegada de Lenin, éste enlazó su experiencia con la táctica adecuada. ¡Qué distinto sería después el partido de Stalin! Sin duda, si alguien se hubiera atrevido a discrepar de esta forma en tiempos de Stalin, lejos de propiciar un debate, hubiese sido condenado como traidor a la revolución. El partido que dirigió la revolución en tiempos de Lenin tenía la más amplia libertad imaginable a la hora de debatir y la máxima unidad a la hora de actuar. Éste era su secreto.

Lenin tuvo que combatir contra aquellos que aplicaban las fórmulas teóricas sin más. “El marxismo no es un dogma, sino una guía para la acción”, repetía continuamente frente a los que insistían en que lo principal era establecer una república parlamentaria —“consolidar las libertades”, que se diría ahora— y dejar para más adelante la lucha por el socialismo.

A partir de febrero existían dos poderes, pero esta situación no podía durar siempre. Uno de los dos prevalecería. O el gobierno provisional, es decir, la burguesía, o los sóviets. De darse el primer caso, los terratenientes, que estaban representados en el gobierno, no harían la revolución agraria, ni los capitalistas renunciarían a nuevas anecciones ni mejorarían las condiciones de vida de los trabajadores. No iban a renunciar a apoyar a las potencias imperialistas, de la misma forma que un tigre no puede dejar de comer carne, nos guste o no. La única solución era, pues, que el poder obrero prevaleciera. De lo contrario, una dictadura militar restablecería el “orden”.

“Lenin veía tan claro como sus contrincantes que la revolución democrática no había terminado aún o, más exactamente, que apenas iniciada se volvería ya atrás. Pero de aquí se deducía precisamente que sólo era posible llevarla hasta el fin bajo el régimen de una nueva clase, al cual no se podía llegar más que arrancando a las masas de la influencia de los mencheviques y socialrevolucionarios, o sea, de la influencia indirecta de la burguesía liberal. Lo que unía a estos partidos con los obreros y, sobre todo, con los soldados, era la idea de defensa (‘defensa del país’ o ‘defensa de la revolución’). Por eso Lenin exigía una política intransigente frente a todos los matices del socialpatriotismo. ‘Hay que dejar viejo el viejo bolchevismo’, repetía. Es necesario establecer una línea divisoria clara entre la pequeña burguesía y el proletariado asalariado” (Trotsky, *op. cit.*, t. 1, p. 284).

Lenin luchó firmemente contra la teoría de las dos etapas defendida por los mencheviques: primero la revolución burguesa, que el proletariado debe apoyar, y cuando ésta acabe, en un futuro indeterminado, preparar la lucha por el socialismo.

La realidad fue que el proletariado, junto con los soldados, en su mayoría campesinos, había establecido, durante la revolución burguesa, un embrión de Estado obrero paralelo, que los partidos reformistas — eseristas y mencheviques, que en los primeros meses disputaron de la mayoría en los sóviets— habían subordinado a la burguesía. Pero en el transcurso de la revolución las cosas no habían salido exactamente como se habían previsto. La burguesía no acometió ninguna de las tareas democráticas propias de la revolución burguesa. Como escribió Lenin en sus *Cartas sobre táctica*: “Según la fórmula antigua, resulta que, tras la dominación de la burguesía, puede y debe seguir la dominación del proletariado y el campesinado, su dictadura. Pero en la vida misma ya ha sucedido de otra manera. Ha resultado un entrelazamiento de lo uno y lo otro. Un entrelazamiento extremadamente original, nunca visto. Existen una al lado de la otra, juntas, al mismo tiempo. Tanto la dominación de la burguesía (el gobierno de Lvov y Guchkov) como la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado, que entrega voluntariamente el poder a la burguesía”.

Lenin no aplicó viejas fórmulas — como su consigna de “dictadura democrática de obreros y campesinos”, que, como él mismo reconocía, estaba superada por los acontecimientos —, sino la teoría

marxista, que exige tener en cuenta los procesos objetivos. El armamento del pueblo, esclarecer los errores y eliminar las concepciones reformistas de la revolución eran las tareas inmediatas.

CAMBIO DE ORIENTACIÓN

A lo largo de abril, los cuadros bolcheviques fueron cambiando de actitud. A finales de ese mes, del 24 al 29, se celebró la conferencia del partido, que asumió definitiva y plenamente las tesis de Lenin. Éste se apoyó en el sector más ligado a las masas, un sector joven pero ya templado en la lucha. Los “viejos” bolcheviques, anclados en las viejas fórmulas. Lenin, en la tradición del partido. Nada de medias tintas, actitud intransigente contra las clases dominantes.

Hubo, sin embargo, una excepción en lo referente a la internacional. Lenin planteó una ruptura con los agrupamientos centristas y confusos, como el creado en Zimmerwald y dominado por la llamada tendencia “del centro”, dirigida internacionalmente por Kautsky. Esta tendencia, aunque se reclamaba internacionalista, en la práctica se limitaba a “declararse dispuestos a presionar por todos los medios a los gobiernos para que consulten al pueblo y éste exprese su voluntad de paz”. La opinión de Lenin, también expresada, entre otros documentos, en las tesis de abril, era que “la única forma de acabar con la guerra es la revolución proletaria”. Los kautskianos no defendían esta necesidad, siempre encontraban algún subterfugio para no hacerlo. No explicaban que el enemigo es el propio gobierno. “Los kautskianos son revolucionarios de palabra y reformistas de hecho; internacionalistas de palabra pero de hecho auxiliares del socialchovinismo (...) no puede tolerarse por más tiempo la charca zimmerwaldiana. No podemos permitir que, por culpa de los kautskianos, sigamos aliados a medias con la internacional chovinista de los Plejánov y Cía. Hay que romper inmediatamente con esa internacional, permaneciendo en Zimmerwald sólo con fines de información”.

Sin embargo, para muchos bolcheviques Zimmerwald significaba internacionalismo. Los delegados no se decidían a abandonar la denominación de socialdemócratas ni a romper definitivamente toda ligazón con la II Internacional. Zinóviev presentó una resolución para participar en una conferencia internacional de zimmerwaldianos.

Lenin intentó restringir la participación del partido a fines puramente informativos. La propuesta se aprobó con un solo voto en contra, el de Lenin. La conferencia nunca llegó a celebrarse.

El día a día de los militantes bolcheviques no varió con este cambio. De hecho, ellos fueron los auténticos dirigentes de la revolución. Como diría más tarde Olminski, un viejo bolchevique: “nosotros nos orientábamos inconscientemente a la revolución proletaria, imaginando que navegábamos proa a la revolución democrática burguesa”. Lenin no consiguió el cambio en el partido por su enorme autoridad moral ni porque el partido fuera personalista, sino porque se apoyó en la experiencia viva de la clase obrera y en los acontecimientos.

EL PAPEL DEL INDIVIDUO EN LA HISTORIA

Cabe preguntarse qué hubiera ocurrido sin Lenin. Desde el punto de vista marxista, la revolución es independiente de ésta o aquella persona porque responde a causas objetivas, a fuerzas históricas superiores a cualquier individuo. La situación impulsaba a muchos bolcheviques a plantearse la dictadura del proletariado. La crisis originada por la llegada de Lenin se hubiera producido de todas formas, pero la llegada de Lenin la precipitó.

El resultado de la revolución estaba implícito en la situación, pero sin el partido no se hubiera podido instaurar la democracia obrera. Sin Lenin, el proceso podría haber sido más lento y los bolcheviques podrían haber resuelto su dilema demasiado tarde. Sin Lenin, el partido no hubiese sido más que un hábil propagandista. Lenin no fue más que un eslabón en la historia, aunque un eslabón muy importante. Pero ni el partido ni Lenin fueron fruto del azar. Fueron el resultado de años de formación, de experiencia, de heridas restañadas, de selección... Un partido, una dirección, no se improvisa.

Una vez solucionada la crisis, esclarecida la táctica, los bolcheviques tenían una tarea que hacer: cambiar el mundo, empezando por dirigir la revolución socialista en Rusia.

IV. De las jornadas de abril al I Congreso de los Sóviets

Miguel Jiménez

Los obreros, soldados y campesinos rusos tenían depositadas sus esperanzas en los dirigentes reformistas conciliadores del recién formado comité ejecutivo del sóviet. Éstos, con el poder en sus manos, se lo habían regalado a la burguesía, que intentó imprimir un giro derechista a los acontecimientos.

En realidad, el poder del gobierno provisional sólo existía sobre el papel. Los sóviets pasaban de ser órganos de vigilancia y fiscalización a órganos de gobierno, desplazando a los representantes locales del gobierno “oficial” en todos los rincones del país. Y esto de manera completamente natural y, la mayor parte de las veces, sin esfuerzo alguno. Los sóviets decretaban la jornada de ocho horas, organizaban el abastecimiento y el transporte, y hasta dirimían las cuestiones judiciales. Y todo ello reglamentándolo, con nuevas normas y leyes. Paradójicamente, al frente de la mayoría de estos organismos todopoderosos se hallaban eseristas y mencheviques, a los que indignaba la consigna bolchevique de “¡todo el poder a los sóviets!”.

Tras años de derrota, reacción y alejamiento de las masas, estos dirigentes conciliadores habían sacado conclusiones netamente pesimistas. Ahora se limitaban a la esfera de “lo posible”, abandonando cualquier tipo de perspectiva revolucionaria de transformación de la sociedad y adaptándose a la influencia ideológica de la hasta entonces clase dominante: “Hay que ser prácticos, realistas...”.

Veían, por tanto, como lo más natural del mundo, que se construyese un orden democrático burgués donde cada cual ocupase su sitio, limitándose ellos a ser el ala izquierda.

Elevados de repente a la cúspide por la acción revolucionaria de las masas, estos dirigentes esperaban un languidecimiento paulatino de la revolución, ilusionándose en poder controlar el proceso. Habiendo abandonado toda estrategia revolucionaria, no tenían ningún programa que oponer al de la burguesía, y toda decisión que tomaban favorable a las masas era bajo la hercúlea presión de éstas. Así, en la indecisión permanente, preferían ir dejando pasar los problemas, con la esperanza de que se solucionasen por sí solos.

Lo malo para ellos era que la revolución no podía seguir esos derroteros. Estaba la cuestión del nivel de vida, que empeoraba constantemente por la subida de los precios; de la reforma agraria y el reparto de la tierra; de la convocatoria de una asamblea constituyente auténticamente democrática; de la guerra, que llevaba hasta límites insoportables todas las contradicciones existentes en la sociedad. Todos estos problemas se agravaban de día en día, de semana en semana, agobiando a las masas y provocando, en medio de una situación revolucionaria, un avance notable del nivel de conciencia, según las masas iban aprendiendo a través de su propia experiencia.

LAS JORNADAS DE ABRIL

Miliukov, ministro de Exteriores y líder del partido kadete, manifestó el deseo de anexionarse los despojos de los países vencidos, lo cual entraba en flagrante contradicción con los supuestos fines defensistas de la guerra. Correctamente, las masas de la clase obrera asociaron esto con más sufrimiento, más sacrificio y más muertos...

De manera espontánea, los regimientos de soldados de reserva de Petrogrado se echan a la calle con las armas en la mano al grito de "abajo Miliukov". En una reunión posterior del sóviet de Petrogrado, los conciliadores trataron de controlar el movimiento. El 21 de abril, la movilización cobra nueva fuerza con un llamamiento del partido bolchevique. En la manifestación participan los sectores fundamentales del proletariado. Las consignas bolcheviques contra la guerra imperialista comienzan a penetrar en la conciencia de las masas obreras y de soldados: publicación de los tratados secretos, ruptura con los planes de conquista de la Entente, proposición de paz a todos los países beligerantes.

La burguesía trata de maniobrar, en un intento, más o menos encubierto, de medir sus fuerzas con el sóviet. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no puede movilizar ningún regimiento. Viéndole las orejas al lobo, el comité ejecutivo del sóviet cursó una orden, dando medio paso al frente, en la que se declaraba a los soldados que "el derecho de disponer de vosotros pertenece exclusivamente el Comité Ejecutivo". El doble poder surgido en febrero se mantenía vivo. Simplemente con este gesto, se apreciaba cómo el sóviet tenía el poder efectivo: hasta las academias de oficiales se negaron a salir a la calle si no lo ordenaba el sóviet.

La crisis de gobierno, provocada por las ansias anexionistas de la burguesía rusa, escondía la contradicción más evidente de aquel período: aunque los socialistas conciliadores habían agitado el señuelo de la paz, su política en la práctica significaba una continuación de la guerra, y eso fortalecía a la burguesía. Cuando ésta quiso comprometer a fondo a la revolución con la política imperialista de los aliados, la reacción de los trabajadores obligó a los dirigentes conciliadores a frustrar temporalmente los deseos de la burguesía.

Paradójicamente, el conflicto se resolvió con un fortalecimiento de la alianza entre la burguesía y los conciliadores. Miliukov, el odiado ministro de Exteriores, fue sacrificado y obligado a dimitir. Pero la burguesía rusa, consciente de su debilidad, emplazó a los conciliadores a formar un gobierno de coalición, para así ampliar su base social, incorporando al mismo a los dirigentes reformistas del campo socialista.

LA PRIMERA COALICIÓN Y EL DOBLE PODER

De los quince ministerios del nuevo gobierno de coalición, los socialistas obtuvieron seis, haciendo figurar en ellos a algunos de sus más destacados representantes: por parte de los eseristas se incorporaron Kerensky, como ministro de la Guerra, y Chernov, en Agricultura. Por los mencheviques, Skóbelev figuró en Trabajo y Tsereteli, uno de sus principales dirigentes, como ministro de Correos, aunque en realidad constituía la pieza de enlace fundamental entre el gobierno de coalición y el comité ejecutivo del sóviet.

A pesar de que la burguesía utilizaba a estos dirigentes del campo socialista para sus fines, la mayor parte de las masas veía con

satisfacción la participación de sus líderes en el gobierno: “Si antes teníamos uno, ahora son seis”. Sólo en base a su experiencia comprenderán que “sus” ministros no estaban en el gobierno para hacer su política, sino la de la burguesía.

El gobierno seguía siendo provisional. La convocatoria de una asamblea constituyente elegida democráticamente se postergaba *sine die* porque los kadetes eran conscientes de que quedarían en franca minoría, perdiendo el poder frente a eseristas y mencheviques. Estos, a su vez, tenían pánico de ejercer el poder (aunque, de hecho, ya lo tenían) y verse enfrentados a unas tareas que no podían solucionar, porque hubiera significado enfrentarse a la burguesía y los terratenientes rusos y a las potencias imperialistas de la Entente, que empujaban a Rusia a continuar desangrándose en la guerra mundial. Mientras tanto, la dislocación de la economía continuaba: la mitad de las líneas de ferrocarril no funcionaban, las cosechas disminuían, las ciudades estaban desabastecidas y los precios de los productos básicos crecían cada vez más...

En la industria, la burguesía, que había obtenido fabulosos beneficios con el negocio de la guerra, empezó una labor sistemática de boicot a la producción. Para los capitalistas, el avance del poder obrero era una amenaza a combatir. Los cierres patronales fueron una forma de debilitar y atomizar al proletariado, si bien se hicieron de manera gradual, para no provocar una explosión general.

Los trabajadores veían todo este proceso y actuaban en consecuencia, produciéndose constantes huelgas contra el descenso del nivel de vida. Esto robustecía la autoridad de los bolcheviques, cuyos militantes exponían una clara voluntad de lucha a los ojos de todos los trabajadores, demostrando ser los más abnegados y, sobre todo, los únicos dotados de unas perspectivas políticas correctas, que eran asimiladas por las masas a medida que se iban correspondiendo con su experiencia. Los bolcheviques vieron cómo crecía su prestigio y cómo arrastraban, primero en los conflictos económicos y luego en los políticos, a los que antes se habían inclinado hacia los eseristas y los mencheviques. Así, el partido bolchevique fue el primero en reivindicar la jornada de ocho horas, el armamento obrero y el control de la producción, frente a la política de los dirigentes eseristas y mencheviques, que intentaban someter la voluntad y las aspiraciones del pueblo a los intereses del capital.

Poco a poco, empezando por los sectores más avanzados y organizados, la clase fue asimilando la idea de que, en las condiciones creadas por la guerra, las huelgas económicas no bastaban, que había que remover los cimientos mismos de la sociedad. De esta manera, empiezan a llover resoluciones y delegaciones sobre el comité ejecutivo del sóviet y sobre el gobierno, pidiendo que el Estado se haga con el control de las fábricas. Pero estas peticiones no son escuchadas, y progresivamente va penetrando la idea de que hace falta un gobierno exclusivamente socialista. De ahí que las consignas bolcheviques “¡echar a los ministros capitalistas del gobierno!” y “¡todo el poder a los sóviets!” empiecen a encontrar un apoyo creciente entre las masas.

LA SITUACIÓN DEL EJÉRCITO Y LA OFENSIVA DE JUNIO

Los socialistas liberales fomentaban la idea de que la continuación de la guerra era la salvaguarda de las conquistas de la Revolución de Febrero. Al principio, esta idea caló en un sector de las masas de soldados, pero, así y todo, la guerra era entendida como defensiva. Se repetía mucho en esos días: “mientras el gobierno no consiga la paz, habrá que defenderse”. Más adelante, esta idea enlazaría con otra más avanzada: “no más ofensivas”, con la perspectiva de una paz general.

Pero la paz tan ansiada era imposible dentro de la política conciliadora menchevique y eserista. Rusia estaba atada a la guerra imperialista por Francia y Gran Bretaña que, además, dominaban la parte del león de la economía rusa, controlaban amplios sectores de la industria, habían financiado la deuda pública del régimen zarista y del nuevo gobierno, aseguraban el suministro de armamento, etc.

En esta situación, los dirigentes del comité ejecutivo del sóviet no tenían la menor intención de poner en evidencia el carácter imperialista de la guerra. Pero la Rusia capitalista estaba enferma de muerte: la deuda pública equivalía casi al total de la riqueza nacional, por lo que el país necesitaba préstamos de los aliados, no ya para continuar con el gigantesco esfuerzo bélico, sino para poder subsistir. Los gobiernos aliados, a su vez, conscientes de la debilidad rusa, utilizaban la presión económica y política para forzar una ofensiva que debilitase al ejército alemán en el frente oriental. Por consiguiente, aceptar los límites del capitalismo significaba la continuación de la guerra.

La continuación de la guerra también traería otras ventajas, como explica Trotsky: “justificaría la conservación del aparato burocrático y militar del zarismo, el aplazamiento de la Asamblea Constituyente, la subordinación del interior revolucionario al frente, o, lo que es lo mismo, a los generales que formaban un frente único con la burguesía liberal. Todos los problemas interiores, y muy principalmente el problema agrario, y toda la legislación social se aplazaban hasta la terminación de la guerra, que, a su vez, se aplazaba hasta la consecución de una victoria en la que los liberales, por su parte, no creían. Y así, la guerra destinada a agotar al enemigo se convertía en una guerra destinada a agotar la revolución”.

La situación de doble poder, en medio del enfrentamiento decisivo de las clases sociales, se expresaba en el ejército en el enfrentamiento de los soldados con los oficiales. En efecto, los conciliadores trataban de no herir las susceptibilidades de la oficialidad, por lo que la depuración de elementos reaccionarios fue mínima. Esto llevaba a que los soldados se tomaran la justicia por su mano no pocas veces. Los conciliadores reproban estos hechos y pedían insistentemente la obediencia a los jefes anteriores, con lo que perdían progresivamente el crédito ante los soldados. Los oficiales, inquietos por este estado de cosas, giraban progresivamente a la derecha, echándole la culpa de todo a la revolución que había dado lugar a la formación de los comités de soldados, que cuestionaban su autoridad, y anhelando el poder del que disfrutaban en la vieja sociedad. A la larga, con el aprendizaje de las masas, la democracia reformista perdió toda base social en el ejército, por arriba y por abajo.

La situación en el ejército fue empeorando paulatinamente. Cuando los soldados vieron que todo seguía como antes, que persistía el mismo yugo, la misma esclavitud e ignorancia y el mismo escarnio, rebrotaron los desórdenes y aumentaron las deserciones en masa y la descomposición moral del ejército. Y lo que más temía la burguesía: en el frente crecía la confraternización con los soldados alemanes.

En este contexto, la ofensiva militar en el frente oriental, inspirada por los aliados y la burguesía rusa y aceptada por los dirigentes reformistas del sóviet y del gobierno, suponía un crimen contra la revolución, que sólo podía aumentar el saldo de muertos, heridos y sufrimiento para el pueblo ruso.

Los bolcheviques denunciaron la ofensiva como una aventura contrarrevolucionaria. El ambiente entre las tropas era tal, que regimientos enteros se negaron a combatir y los más eran arrastrados de mala gana con la promesa de que, con la entrada en guerra de EEUU, bastaría con que Rusia diera un pequeño empujón para que la guerra finalizase. Gracias a una inmensa presión moral e hipotecando la idea del pretendido carácter de defensa de la revolución que tenía la guerra, se inició la ofensiva. Pero ésta confirmó al soldado ruso lo que había visto durante los tres años anteriores: superioridad austro-alemana, ineptitud de la oficialidad, falta de medios y... más muertos.

¿Por qué vertía su sangre el soldado ruso? Millones de soldados habían llegado al convencimiento definitivo, a través de su experiencia, de que las promesas sobre la libertad y la tierra no les valían de nada si se tenía que morir en el frente. La ofensiva no conducía a la paz, como se les había prometido, sino a más guerra. Y los soldados no querían nuevas víctimas ni más calamidades. Un sentimiento de crítica y un deslizamiento a la izquierda se extendieron por los regimientos. En particular, en la guarnición de Petrogrado, más politizada por estar en contacto directo con lo más granado del movimiento obrero ruso, las consignas bolcheviques contra la guerra encontraban un apoyo mayoritario. Mientras, el Gobierno pretendía deshacerse de esos incómodos regimientos radicales mandándolos al frente, con la excusa de la ofensiva.

EL I CONGRESO DE LOS SÓVIETS Y LA MANIFESTACIÓN DE JUNIO

A este primer congreso asistieron delegados de todos los sóviets de Rusia. Nos podemos hacer una idea de su filiación política por una encuesta que se hizo entre 777 de ellos: 285 eseristas, 243 mencheviques, 105 bolcheviques y 134 de otros.

Con un predominio abrumador de los conciliadores, el congreso sancionó la participación socialista en el gobierno provisional y también la ofensiva bélica que se estaba desarrollando, y rechazó un decreto legalizando la jornada de 8 horas.

Se daba así una situación peculiar, y era que la influencia bolchevique iba haciéndose mayoritaria entre los soldados y obreros de Petrogrado y de algunas otras zonas aisladas, mientras que la influencia

conciliadora era superior en el resto de Rusia. Esto engendraba una contradicción en la capital de la revolución, contradicción que tarde o temprano estallaría por cualquier nimiedad.

El gobierno mandó clausurar un local del sóviet de la barriada de Viborg, la más avanzada y combativa de la capital y donde los bolcheviques tenían más fuerza, lo que indignó a los obreros, que se pusieron en huelga en decenas de fábricas. La provocación del gobierno estalló como una bomba en mitad del congreso, y los bolcheviques anunciaron una manifestación de protesta. El congreso la prohibió. Los bolcheviques no querían preparar una insurrección, por prematura, y, ante el veto del congreso conciliador, no iban a convocar una manifestación que originaría una semiinsurrección sin preparación. Desconvocaron la marcha, pero las protestas de los obreros y de los propios militantes bolcheviques frente a la dirección de su partido fueron estruendosas.

Envalentonados por este hecho, sectores de los conciliadores plantearon la guerra total contra los bolcheviques. El ministro menchevique Tsereteli pidió el desarme de los bolcheviques, lo que en la práctica significaba desarmar a los obreros, ya que los bolcheviques no tenían ningún depósito propio de armas. Sin embargo, la mayoría de los conciliadores se dieron cuenta de que estaban yendo demasiado lejos y perdiendo base social. Después de rechazar la propuesta de Tsereteli, convocaron una manifestación para el 18 de junio, con el objetivo de demostrar su fuerza y dejar claro el aislamiento de los bolcheviques entre las masas.

Sin embargo, la manifestación del 18 de junio dejó las cosas claras para todo el mundo sobre quién tenía más fuerza en la capital. Más de 400.000 participantes, obreros y soldados, columna tras columna, portaban en sus carteles y pancartas las consignas bolcheviques: ¡Abajo los diez ministros capitalistas! ¡Abajo la ofensiva! ¡Todo el poder a los sóviets!

Como relata Trotsky en su *Historia de la revolución rusa*: “La manifestación del 18 de junio produjo una inmensa impresión a los propios manifestantes. Las masas vieron que el bolchevismo se convertía en una fuerza, y los vacilantes se sintieron atraídos hacia él. En Moscú, Kiev, Járkov y otras muchas ciudades provinciales, las manifestaciones pusieron de relieve los inmensos avances conseguidos por los bolcheviques” (t. 2, p. 109).

Las masas habían ido probando a sus dirigentes, dejándose llevar por la línea de menor resistencia y confiando en las promesas. Sin embargo, ninguna de las cuestiones trascendentales estaba en vías de solución. Las masas empujaban y obtenían toda una serie de avances. Así fortalecían su confianza en sí mismas y sometían a los conciliadores a pruebas durísimas que los desgastaban progresivamente debido a su actitud vacilante. Incluso en una época revolucionaria, las masas necesitan dejar en evidencia muchas veces a la vieja dirección y las viejas ideas antes de aceptar otra línea política más radical, más dura, y unos nuevos dirigentes. Pero estos acaban imponiéndose al fin y al cabo.

La práctica había demostrado que los objetivos de la Revolución de Febrero, que todo el mundo había asumido que eran burgueses, no se podían conseguir dentro de los límites de la democracia burguesa, tal como utópicamente pretendían los reformistas. Se imponía la necesidad de una nueva revolución, pero una nueva revolución que impusiese una transformación radical y sin miramientos de la vieja sociedad, una revolución genuinamente socialista.

V. La revolución rusa y la cuestión de las nacionalidades

Jordi Rosich

El imperio zarista distaba mucho de ser un estado nacional, en el sentido de un estado homogéneo. Era un estado plurinacional en el que la nacionalidad rusa era la dominante y sometía a las demás nacionalidades a la más feroz opresión, un estado centralista que practicaba la rusificación a ultranza y la explotación más brutal, asfixiando cualquier tipo de manifestación cultural o lingüística que no fuera rusa. El ruso se imponía en la escuela, en el ejército y, por supuesto, en toda la administración, mientras que la Iglesia imponía la religión ortodoxa, ejerciendo así de “policía espiritual”.

Según el censo de 1897, el último bajo el régimen imperial, de una población de 129 millones de habitantes sólo 55'6 millones eran rusos, un 43% del total. Sin embargo, la lengua rusa, la religión ortodoxa oficial y la administración zarista eran impuestas al 57% restante, compuesto por decenas de nacionalidades y grupos étnicos: Ucrania, con 22'4 millones de habitantes; Bielorrusia, con 5'9 millones; Polonia, con 7'9 millones; Finlandia, con 2'1 millones; Lituania, con 1'6 millones; Letonia, con 1 millón; 5 millones de judíos; la amalgama de pueblos caucásicos, que sumaba 5 millones de personas; los pueblos turco-tártaros, que ascendían a 13 millones; los de origen finés eran 4 millones; 100 mil moldavos; 1'8 millones de alemanes, etc.

Para afianzar su dominio, el zarismo recurría a menudo al exterminio de poblaciones enteras, especialmente en el Cáucaso. También utilizaba habitualmente la política del “divide y vencerás”, fomentando el odio entre diferentes nacionalidades y llegando a organizar

directamente pogromos. La opresión nacional en la Rusia zarista fue más brutal que en los países vecinos debido a las exigencias del enorme aparato estatal ruso y al atraso de la población, mayoritariamente compuesta por campesinos pobres analfabetos.

LA FORMACIÓN DEL ESTADO RUSO

El carácter multinacional del imperio ruso, esa “cárcel de pueblos”, se debía a su peculiar desarrollo histórico. Mientras que en el siglo XIX el capitalismo industrial estaba ya muy avanzado en el occidente europeo, en Rusia la servidumbre de la gleba alcanzó su apogeo en el siglo XVIII y no fue abolida jurídicamente hasta el año 1861. La formación de estados nacionales en Francia, Alemania, Italia y, en general, en Europa corrió paralela al desarrollo del modo de producción capitalista y a la intensificación de la circulación de mercancías. La unificación de territorios en otros más extensos, un proceso necesario para la creación y ampliación del mercado capitalista, se hacía en base a una lengua común, que constituye “el instrumento más importante de contacto entre los hombres y, por tanto, de vinculación de la economía” (Trotsky, *op. cit.*, t. 3, p. 141). Así, mientras la formación del estado nacional en estos países fue, por decirlo de algún modo, natural, en Rusia el proceso estuvo condicionado por su atraso histórico.

Desde principios del siglo XVI hasta el siglo XIX —en que Rusia seguía siendo fundamentalmente rural, con una estructura medieval y unas técnicas agrícolas muy primitivas—, el crecimiento del imperio zarista se produjo mediante la conquista de nuevos territorios y la instauración en ellos del régimen de servidumbre. Esas nuevas tierras —previo desalojo de la población nativa— eran repartidas entre los terratenientes, los funcionarios, los comerciantes, los campesinos ricos rusos y, por supuesto, el zar. Así, durante siglos, la agricultura rusa creció sólo en extensión, sin avances en los métodos de producción, manteniéndose en el atraso.

La expansión del imperio iba indisolublemente ligada a la explotación y humillación de las poblaciones conquistadas, compuestas en su inmensa mayoría por campesinos. A menudo, los funcionarios, los maestros, los curas y los terratenientes, todos ligados al régimen

zarista, ni siquiera hablaban o entendían la lengua nativa, aparte, evidentemente, de tener un nivel económico, unas costumbres y una vida social totalmente diferentes a las de la masa de población nativa. La aparición, a finales del siglo XIX, de los primeros grupos capitalistas rusos no alivió en nada la situación del campesinado. Se estableció rápidamente un vínculo de intereses entre la burguesía urbana y los terratenientes rurales, al dedicarse fundamentalmente los primeros a la exportación de materias primas poco elaboradas a los países más industrializados de Europa. Así, la explotación del campesino pobre, tanto ruso como de las nacionalidades oprimidas, se intensificó con el desarrollo del capital comercial y la influencia de la burguesía en la política del zar.

La participación de Rusia en la I Guerra Mundial endureció todavía más la opresión nacional: los fusilamientos, la expulsión en masa de la población autóctona por foráneos, la absoluta prohibición de cualquier prensa nacional y la represión sangrienta contra los pueblos orientales se intensificaron.

La unidad del estado ruso se cimentaba, pues, en la opresión, y en estas condiciones era inevitable que, tarde o temprano, se manifestaran fuertes tendencias separatistas en las nacionalidades oprimidas. Esto se vio claramente en la revolución de 1905 y, sobre todo, en 1917.

LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO

La Revolución de Febrero acabó con la dictadura zarista y dio a la burguesía rusa, a través del gobierno provisional y del partido kadete, la oportunidad de poner en práctica su política en los temas fundamentales que preocupaban a las masas: la guerra, la tierra y la cuestión nacional. Enseguida se vio que, en los temas centrales, la política de la burguesía no variaba sustancialmente respecto a la del zar.

Las declaraciones de buenas intenciones no satisfacían a nadie y sólo servían para acentuar las tendencias centrífugas. El restablecimiento de las libertades formales puso en evidencia las carencias reales de las nacionalidades oprimidas: la lengua de la administración seguía siendo el ruso y había que emplearlo para cualquier gestión, los burócratas rusos se resistían a removerse de su sillón, no existían

periódicos en otras lenguas, que tampoco se enseñaban en las escuelas por falta de profesores y de recursos materiales. Los pueblos atrasados seguían atados a las cadenas de la servidumbre cultural y económica, algunos ni siquiera tenían alfabeto. A los ucranianos, el establecimiento de la igualdad de derechos civiles con los rusos no les aportó nada nuevo, puesto que ya la tenían desde que fueron absorbidos a la fuerza por estos últimos. Tampoco satisfacía a los finlandeses, que aspiraban a la separación.

El programa del partido kadete, aprobado en su congreso de mayo de 1917, era bastante claro respecto a la política a seguir en este terreno: “El Partido de la Libertad Popular intenta encontrar una solución que permita a las diversas regiones rusas instituir una autonomía en base a una legislación propia sin que, al mismo tiempo, destruya la unidad estatal de Rusia. La conservación de la unidad estatal de Rusia es el límite dictado para las resoluciones extremas del partido, que considera imposible la disgregación en unidades soberanas independientes (...) El Partido de la Libertad Popular no considera que sea acertada, en el momento actual, la solución del problema en el sentido de la organización nacional territorial”.

EL GOBIERNO PROVISIONAL

En la práctica, el gobierno provisional dio también sobradas muestras de hostilidad hacia los derechos de las nacionalidades. En cuanto a Finlandia, al primer encontronazo disolvió por la fuerza de las armas el Sejm. Respecto a Ucrania, adoptó una política similar, rechazando sus modestas aspiraciones. En cuanto a Polonia, aceptó su independencia cuando el país estaba ocupado por los alemanes, por lo que en la práctica no hacía ninguna concesión.

La cuestión nacional acabó convirtiéndose en un verdadero problema para la burguesía y su recién estrenado gobierno. No sólo el papel de los propietarios reaccionarios, sino el de toda la burguesía liberal y sus partidarios quedó en evidencia.

La burguesía intentaba disfrazar su política reaccionaria con el ropaje de la Revolución de Febrero. Así, al igual que defendían la participación de Rusia en la guerra “para defender la revolución del enemigo alemán”, a nivel interno decían que era necesario mantener la

unidad de Rusia “para mantener la unidad de la revolución”. Todo esto era pura palabrería, y las masas lo sabían porque lo contrastaban con la práctica. Los campesinos escuchaban atónitos cómo los terratenientes de toda la vida —quienes los habían mantenido a ellos y a sus antepasados en la más absoluta miseria— les decían que para satisfacer sus aspiraciones tenían que esperar a las elecciones a la Asamblea Constituyente. En muchas zonas, sobre todo las más atrasadas, los terratenientes, en nombre de la democracia, mantenían la opresión más humillante de la mayoría de la población. En general, todas las reformas que suponían un verdadero cambio a mejor en las condiciones de vida y los derechos de las masas se iban aplazando, en nombre del realismo, de la democracia, de la Revolución de Febrero o de las elecciones a la Asamblea Constituyente.

LA ACTITUD DE LOS PARTIDOS CONCILIADORES

En lo que a la cuestión nacional atañe, la política de los eseristas y los mencheviques no se diferenciaba, en lo esencial, de la de la burguesía. Se limitaba a intentar hacer más llevadera la existencia a las nacionalidades oprimidas, pero siempre dentro del marco del estado ruso, posicionándose en la práctica al lado de la nacionalidad opresora y revistiendo el nacionalismo ruso de una apariencia democrática.

La postura de los bolcheviques fue totalmente diferente. “Lenin —escribe Trotsky— había calculado con suficiente anticipación el carácter inevitable de los movimientos nacionales centrífugos en Rusia y durante años había luchado obstinadamente, especialmente contra Rosa Luxemburgo, por el famoso párrafo 9 del viejo programa del partido, que formulaba el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, es decir, a separarse completamente del estado. Con ello, el partido bolchevique no se comprometía de ningún modo a hacer propaganda separatista. A lo único que se comprometía era a luchar con intransigencia contra todo tipo de opresión nacional, incluyendo la retención por la fuerza de cualquier nacionalidad en los límites de un Estado común. Sólo por este camino el proletariado ruso pudo conquistar gradualmente la confianza de las nacionalidades oprimidas” (*Op. cit.*, t. 3, p. 142).

EL PROGRAMA BOLCHEVIQUE

Esta era la clave. Sólo ganándose la confianza de las masas de las nacionalidades oprimidas, sólo convenciéndolas de que su postura era honesta, y no un engaño o un truco, podían los bolcheviques hacer efectivo el otro componente de su política sobre la cuestión nacional: la defensa de la unidad de los trabajadores y de todas las masas oprimidas en la lucha contra la opresión capitalista.

Los bolcheviques tenían su apoyo fundamental entre la clase obrera urbana. Debido a la composición social de Rusia, el problema nacional era, en gran medida, un problema campesino, en muchos casos ligado a la cuestión de la propiedad de la tierra. Para el triunfo de la revolución socialista era imprescindible ganarse el apoyo del campesinado, que constituía la inmensa mayoría de la población, o al menos obtener su neutralidad.

Después de siglos de opresión, era perfectamente normal que entre las masas de las nacionalidades oprimidas hubiera mucha susceptibilidad respecto a todo lo que viniera de la metrópoli.

Defendiendo el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas, los bolcheviques educaban, en primer lugar, a las masas de la nacionalidad opresora, combatiendo el nacionalismo gran ruso. Por otro lado, querían dejar muy claro a las masas de las nacionalidades oprimidas que ni los bolcheviques ni los trabajadores rusos tenían ningún interés en la opresión nacional ni en retener por la fuerza a esas nacionalidades dentro del estado ruso.

Esta política se combinaba con la más firme defensa de la unidad de la clase obrera y del campesinado de todas las nacionalidades contra el enemigo común: la burguesía y los terratenientes. Por eso Lenin y los bolcheviques, al mismo tiempo que defendían la máxima flexibilidad en cuanto al grado de vinculación de las distintas nacionalidades con el resto del estado, incluido el derecho a la libre separación, también defendían con la misma firmeza un partido centralizado y libre de cualquier contagio de corte nacionalista. El partido revolucionario no debe ser un prototipo del futuro estado obrero, sino la herramienta más eficaz para crearlo.

Aunque en apariencia podía parecer un contrasentido, esta política no fomentaba tendencias centrífugas, sino que su efecto era justamente el contrario. Su postura ayudaba a disipar cualquier

desconfianza hacia los bolcheviques y, al mismo tiempo, su programa social ejercía un poderoso atractivo. Lenin expresó esta idea con claridad en abril de 1917: “Si los ucranianos ven que tenemos una república soviética no se separarán, pero si tenemos una república de Miliukov se separarán”.

EL PAPEL DE LA CLASE DOMINANTE DE LAS NACIONALIDADES OPRIMIDAS

En un primer momento, los sectores más acomodados de las nacionalidades oprimidas, generalmente maestros de escuela, comerciantes y pequeños funcionarios no rusificados, fueron los que asumieron la dirección de los distintos movimientos nacionales. Su programa social era idéntico al de los mencheviques y eseristas rusos, que pretendían retener la revolución dentro de los límites de la democracia burguesa. Sin embargo, la total conquista de las libertades democráticas y nacionales, así como el reparto de la tierra y el fin de la guerra, entraban totalmente en contradicción con los intereses de la burguesía y con la existencia del capitalismo. Esas tareas le correspondían a la clase obrera, y no a la burguesía rusa, firmemente ligada a los intereses de los terratenientes y subordinada al imperialismo, ni a las débiles burguesías de las nacionalidades oprimidas, incapaces de jugar un papel independiente.

Era esencial arrancar a las masas de la influencia de los conciliadores de las nacionalidades oprimidas. Sin embargo, como escribió Trotsky, “la subordinación de los movimientos nacionales al proceso esencial de la revolución, a la lucha del proletariado por el poder, no se realiza de golpe, sino en varias fases y en formas diferentes según las diversas regiones del país. Los obreros, los campesinos y los soldados ucranianos, los bielorrusos y tártaros, por su misma hostilidad hacia Kerensky, a la guerra y a la rusificación, se convertían por esa razón —a pesar de la dirección de los conciliadores— en los aliados de la revolución proletaria. Después de haber apoyado objetivamente a los bolcheviques, se vieron obligados en la etapa siguiente a lanzarse subjetivamente por la vía del bolchevismo. En Finlandia, en Letonia, en Estonia y, menos, en Ucrania, la disociación del movimiento nacional adquiere ya tal importancia que sólo la intervención de las tropas extranjeras puede impedir el éxito de la

revolución proletaria. En el Oriente asiático, donde el despertar nacional adoptaba las formas más primitivas, sólo gradualmente y con considerable retraso llegaría a ser dirigido por el proletariado, después de la toma del poder. Si consideramos en su totalidad ese proceso complejo y contradictorio, la conclusión es evidente: el torrente nacional, al igual que el torrente agrario, se vertía en el lecho de la Revolución de Octubre" (*Op. cit.*, t. 3, p. 157).

La cuestión nacional está totalmente entrelazada con los intereses de las distintas clases y capas de la sociedad porque, en última instancia, tiene raíces materiales y económicas. A la autocracia zarista, y luego a la burguesía, el nacionalismo gran ruso le era muy útil para explotar a las masas de la periferia y mantener engañado a su propio pueblo, que también era exprimido. Por supuesto, el patriotismo de los burgueses rusos no era un impedimento para que se llevasen las grandes fortunas que amasaban a costa del pueblo a Europa, donde vivían gran parte de ellos disfrutando de las comodidades de los países desarrollados. Por otro lado, las débiles burguesías de las nacionalidades oprimidas veían en el nacionalismo un buen envoltorio con el que disputar a la burguesía central parte del botín y seguir manteniendo su cuota de beneficios a costa de la explotación de los trabajadores de su misma nacionalidad.

Los cuadros bolcheviques estaban educados en el mayor respeto y sensibilidad hacia las minorías nacionales y lucharon consecuentemente contra cualquier tipo de opresión nacional y contra el chovinismo gran ruso, pero esto no les hacía albergar ni la más remota esperanza de que las clases dominantes de las nacionalidades oprimidas pudiesen desempeñar un papel progresista ni emancipador respecto a su propio pueblo.

LOS INTERESES DE CLASE Y LA CUESTIÓN NACIONAL

Las burguesías de las provincias bálticas, tradicionalmente firmes defensoras del zar, se convirtieron repentinamente al más radical de los separatismos cuando se trató de luchar contra la Rusia bolchevique. Este fenómeno fue bastante común entre la burguesía de la periferia. Incluso los altos jefes cosacos, firmes pilares del centralismo zarista, en pocos meses se hicieron partidarios de una federación con

los jefes musulmanes, para aislar a la población de la influencia bolchevique. Utilizaban los sentimientos nacionales del pueblo para preservar sus propios privilegios.

Pero también para los oprimidos la cuestión nacional era una cuestión concreta y tangible: el derecho a hablar en su propio idioma y a aprenderlo en la escuela, la lucha contra la ignorancia y la pobreza, la lucha contra la opresión del terrateniente y la burocracia zarista... En Letonia, por ejemplo, el antagonismo entre los terratenientes y los campesinos era también el conflicto entre la minoría opresora, de origen alemán, y la mayoría letona. Como dijo Trotsky, el nacionalismo de las masas era "la cáscara de un bolchevismo inmaduro".

Los bolcheviques supieron entender el trasfondo de clase de la cuestión nacional, y esto hizo posible aprovechar su enorme potencial revolucionario. Para ello no podían tener una postura esquemática, rígida, ni caer bajo la influencia del nacionalismo ruso ni del nacionalismo de la burguesía de las nacionalidades oprimidas. Tenían que mantener firmemente una política de independencia de clase en todo momento. Los bolcheviques no consideraron el derecho a la autodeterminación como algo absoluto, sino que estaba totalmente ligado y supeditado al objetivo central: la revolución socialista.

Pocos días antes de su derrocamiento, y en parte por la enorme popularidad alcanzada por el programa bolchevique, el gobierno provisional hizo una declaración a favor del derecho a la autodeterminación. Pero era demasiado poco y ya era demasiado tarde. Una revolución se caracteriza precisamente por la participación activa de las masas en los acontecimientos y su rápida capacidad de aprendizaje. Y las masas, a través de su propia experiencia, ya habían comprendido el verdadero carácter de la burguesía rusa, ya habían perdido la confianza en el gobierno provisional, ya no se confirmaban con migajas. El camino hacia Octubre estaba despejado.

La postura de los bolcheviques ante la cuestión nacional fue decisiva para el triunfo de la revolución rusa, triunfo que a su vez impulsó una oleada revolucionaria en el mundo entero. Como dijo Trotsky, "cualquiera que sean los destinos ulteriores de la Rusia soviética (...) la política nacional de Lenin entrará para siempre en el patrimonio de la humanidad" (*Op. cit.*, t. 3, p. 163).

VI. Las jornadas de julio

Bárbara Areal

En las condiciones históricas de Rusia en aquel entonces, la negativa de los dirigentes conciliadores a tomar el poder y la tentativa de regalárselo a la burguesía incubaban explosiones de indignación y descontento de las masas. Además, estaba implícito en la situación el peligro de que esas explosiones pudieran adoptar la forma de insurrecciones armadas.

Cada vez son más los obreros y los soldados que se preguntan qué ha cambiado la Revolución de Febrero, qué pasa con la guerra, los salarios, el pan y la tierra. La política del gobierno provisional lleva la economía al desastre. La burguesía, exaltada al poder, es una clase ya vieja, incapaz de resolver los problemas fundamentales y de hacer avanzar la sociedad. A principios de julio de 1917, cientos de miles de obreros y soldados de Petrogrado intentarán que el comité ejecutivo del sóviet asuma el poder. Estos acontecimientos — conocidos como las *jornadas de julio* — son el primer intento de la clase obrera por ganar todo el poder.

Los precios no paran de subir. Los empresarios siguen con su boicot a la economía con cierres de fábricas, que ya ha provocado una caída del 40% en la producción siderúrgica y un 20% en la textil. La burguesía, con la colaboración de mencheviques y eseristas, sigue participando en la guerra, que además se ha convertido en uno de los mejores argumentos para debilitar el proceso revolucionario. Con la excusa de que para consolidar la revolución era necesario ganar la guerra, todas las medidas progresistas se aplazaban hasta la supuesta victoria final. Los regimientos más revolucionarios eran enviados

al frente y apartados del movimiento de la ciudad. Con estos objetivos, como una huida hacia adelante que ocultara bajo el sentimiento patriótico la frustración acumulada, el gobierno provisional y el comité ejecutivo del sóviet, con Kerensky a la cabeza, deciden una ofensiva militar en el frente de Finlandia para los primeros días de julio. Pero, ¿qué podían ganar las masas combatiendo del lado del imperialismo francés y británico? Nada, pero sí podían perder mucho. La guerra mantenía movilizados a quince millones de hombres, estaba provocando la muerte de cientos de miles de ellos y absorbía miles de millones de rublos (10.500 sólo en los seis primeros meses de 1917). La mayoría del parque móvil estaba en el frente y las comunicaciones y el transporte, fundamentales para el abastecimiento, estaban semiparalizados. La mitad de las locomotoras necesitaban reparación y el combustible escaseaba. El hambre empieza a acercarse a las ciudades; en Petrogrado sólo quedan reservas de harina para 10 ó 15 días.

El intento de calmar el descontento de las masas a través de un gobierno de colaboración, con la inclusión de seis ministros socialistas en el gabinete burgués en el mes de junio, se verá rápidamente frustrado. Los conciliadores le entregan el poder a la burguesía, pero no se lo pueden ceder por completo, puesto que un gobierno puramente burgués no sería tolerado por las masas. El doble poder —la convivencia entre el sóviet y el gobierno provisional— es cada vez más insostenible. El problema es saber quién dirige realmente el país. La cuestión sólo se podrá dilucidar con el triunfo o el fracaso de la revolución.

LA CONSPIRACIÓN DE LA CONTRARREVOLUCIÓN

En Petrogrado, corazón y punta de lanza de la revolución, la presión y el estado de ánimo suben de temperatura. Se organizan mítines en fábricas y regimientos, que expresan el enorme descontento y demandan acción. Obreros, soldados y campesinos intentan resolver sus problemas a través de luchas aisladas, intentando sin éxito suplir el papel que los sóviets deberían jugar y no juegan por la política conciliadora que mencheviques y eseristas aplican desde la dirección. Paralelamente, la contrarrevolución se organiza, animada por el partido

kadete. La burguesía sabe que un choque armado es inevitable y se prepara, especialmente en el terreno militar, agrupando a las organizaciones más reaccionarias, como la Asociación de Oficiales (que agrupa a más de 100.000 jefes militares descontentos) o la Asociación de Soldados Cosacos. Los terratenientes se van recuperando del pánico en que los había sumergido la Revolución de Febrero y el 1 de julio celebran en Moscú un congreso de propietarios de tierras, donde la gran mayoría de los asistentes son miembros de la nobleza. La clase obrera, artífice de Febrero, no obtiene nada; la burguesía, situada en el poder por la acción revolucionaria de las masas, considera que la revolución ha cumplido sus objetivos y se alía con la reacción.

LA ACCIÓN DE LOS OBREROS MÁS AVANZADOS

Los obreros se preguntan por qué no se hace nada, si la masiva manifestación del 18 de junio había demostrado que el gobierno provisional no contaba con apoyo. Los anarquistas comienzan a ganar audiencia, llegando a conectar con los sectores más impacientes, que quieren pasar a la acción. La tensión sigue aumentando y el desenlace se precipita por la inminente partida al frente de los regimientos, fijada para el 4 de julio. El día antes, varios miles de ametralladores irrumpen en la reunión de los comités de compañía y de regimiento de Petrogrado, eligen un presidente propio y exigen que se discuta inmediatamente la cuestión de la insurrección. Rápidamente se eligen delegados encargados de recorrer fábricas y cuarteles en demanda de apoyo. En asambleas de fábrica, los obreros deciden apoyar a los soldados. La manifestación, cuya espina dorsal son los ametralladores armados, va creciendo a medida que se van incorporando nuevas fábricas y regimientos.

Algunos regimientos envían una delegación al comité central bolchevique con las siguientes demandas: separación de los diez ministros burgueses, todo el poder al sóviet, suspensión de la ofensiva, confiscación de las imprentas de los periódicos burgueses, nacionalización de la tierra, control de la producción. A las siete de la tarde, toda la actividad industrial de la ciudad está paralizada y avanza una multitudinaria manifestación. Se han iniciado las jornadas de julio.

¿Qué pasa con los bolcheviques? El 21 de junio se podía leer a Lenin en *Pravda*: “Nos hacemos cargo de la amargura, de la excitación de los obreros de Petrogrado. Pero les decimos: compañeros, en estos momentos la acción sería nociva”. ¿No era esto lo que estaban esperando, que las masas rompieran definitivamente con cualquier esperanza en el gobierno de la burguesía? Además, la influencia de los bolcheviques ha crecido; si en abril alcanzaba un tercio de los obreros, ahora se acerca a dos tercios de los delegados en la sección obrera del sóviet.

LA POSTURA DE LOS BOLCHEVIQUES

Pero la situación no es tan sencilla. De hecho, la dirección que imprimió el partido bolchevique al movimiento de julio fue lo que permitió el posterior triunfo de la insurrección de octubre. Trotsky explica claramente la razón del papel jugado por los bolcheviques: “Los anarquistas, que incitaban a la lucha, argüían que ‘la Revolución de Febrero se había producido sin la dirección del partido’. Pero el alzamiento de febrero contaba con objetivos claros, precisos, elaborados por una lucha de varias generaciones, y sobre la revolución se elevaba la sociedad liberal de oposición y la democracia revolucionaria, dispuestas a hacerse cargo de la herencia del poder. Por el contrario, el movimiento de julio pretendía abrir un cauce histórico muy distinto. Toda la sociedad burguesa, la democracia soviética inclusive, le era irreconciliablemente adversa. (...) No basta con tomar el poder. Hay que sostenerlo. Cuando en octubre los bolcheviques juzgaron que había llegado su hora, los peores tiempos para ellos empezaron después de la toma del poder. Fue necesario someter las fuerzas de la clase obrera a la máxima tensión para soportar los innumerables ataques del enemigo” (*Op. cit.*, t. 2, pp. 183-84 y 172). Los obreros y soldados de Petrogrado no tenían en cuenta que el apoyo de las provincias y del frente era necesario para la victoria de la insurrección. Las provincias, que habían recibido la revolución como un hecho consumado de la capital, necesitaban más tiempo para extraer las mismas lecciones que los obreros de Petrogrado. El fracaso de la ofensiva militar es una experiencia por la que el movimiento debía pasar, y parece ya inevitable. Constantemente llegan noticias

de batallones disueltos por insubordinación en el frente, los soldados, jóvenes campesinos fundamentalmente, están cansados de morir en una guerra que no tiene nada que ver con sus intereses.

Los bolcheviques, desde luego convencidos no sólo de la capacidad de la clase obrera para tomar el poder, sino de conservarlo para construir una nueva sociedad, comprendieron que hacía falta más tiempo, que había que tener una visión de conjunto de todo el país. Y hablaron honestamente a las masas. Junto con los artículos en *Pravda*, agitadores bolcheviques recorrían fábricas y regimientos llamando a la calma y a esperar el mejor momento para garantizar el éxito de la insurrección. Son abucheados por una parte de los obreros y soldados, que se preguntan si no serán iguales que los conciliadores. Pero, llegado el momento decisivo, cuando las masas se pusieron en marcha, los bolcheviques no eludieron su responsabilidad. Kámenev lo explica: “Nosotros no hemos incitado a la acción; pero las masas populares se han lanzado a la calle por propia iniciativa (...) Y puesto que las masas han salido, nuestro sitio está junto a ellas (...) Nuestra misión consiste ahora en dar al movimiento un carácter organizado”.

No podían dejar el movimiento en manos de aventureros, que lo llevarían a una derrota profunda. Los conciliadores sacan una conclusión totalmente diferente. Dan, un dirigente menchevique, explica: “en la calle está el pueblo revolucionario, pero este pueblo hace obra contrarrevolucionaria”. Consecuentemente, el comité ejecutivo del sóviet decide ilegalizar la manifestación del 4 de julio e inicia una búsqueda desesperada de batallones leales para aplastar el movimiento. Esta tarea no le será sencilla, puesto que la mayoría de regimientos de Petrogrado se unirán al movimiento o permanecerán neutrales hasta ver el desenlace. En una reunión a altas horas de la noche del 3, tras los acontecimientos de ese día, los bolcheviques deciden ponerse al frente de la ilegalizada manifestación del día siguiente. Pero no son los únicos que permanecen despiertos; como prueba del ambiente ascendente entre las masas, 30.000 obreros, con sus mujeres e hijos, de la fábrica Putilov llegan a las tres de la madrugada al palacio de Táurida, sede del sóviet. El partido bolchevique elabora una resolución invitando a los obreros y soldados a “expresar su voluntad ante los comités ejecutivos reunidos, mediante una manifestación pacífica y organizada”. Está claro que el objetivo no es la insurrección.

LAS ASPIRACIONES REVOLUCIONARIAS DE LAS MASAS

El 4 de julio, una multitudinaria manifestación de 500.000 personas recorre Petrogrado. A diferencia del 18 de junio, la manifestación va armada, es más compacta y tiene un marcado carácter de clase, ya no se ve a los estudiantes, funcionarios, médicos, abogados y maestros que de forma entusiasta habían participado en anteriores manifestaciones. Bajo la consigna “¡todo el poder a los sóviets!”, la manifestación se dirige al palacio de Táurida. No se trata de una manifestación contra el sóviet; al contrario, el objetivo es exigir a su comité ejecutivo que asuma todo el poder. Los obreros y soldados, antes de encontrar el camino para transformar, para renovar los sóviets, intentan someterlo a su voluntad mediante la acción directa.

Miliukov, jefe del partido kadete, cuenta que, cuando los manifestantes llegaron al palacio de Táurida, un obrero de elevada estatura gritó furioso, acercando el puño a la cara de Chernov, ministro de Agricultura y miembro del comité ejecutivo del sóviet de Petrogrado: “¡Toma el poder, hijo de perra, pues te lo dan!”. Esta frase, aunque grosera, revela de forma clara qué querían las masas. Pero los candidatos al poder, los conciliadores, siguen negándose a asumir el poder que las masas intentan arrebatarle a la burguesía para ponerlo en sus manos. Lejos de ello, siguen su incesante búsqueda de destacamentos “leales” que aplasten el levantamiento, al que califican de contrarrevolucionario.

La reacción recurre a provocadores, que disparan contra la multitud, para intentar desencadenar un choque armado que justifique la intervención de los regimientos que venían desde el frente en “auxilio” de los dirigentes conciliadores. Éstos y la burguesía necesitan una excusa para ahogar en sangre cualquier expectativa revolucionaria. Pacientemente, oradores bolcheviques consiguen que la manifestación se disuelva pacíficamente. A las cuatro de la madrugada del día 5 terminan las jornadas de julio; los últimos obreros y soldados que todavía permanecen en el palacio de Táurida son desarmados y, en algunos casos, retenidos por tropas llegadas del frente. Las jornadas se saldaron con seis muertos y veinte heridos. Al encontrarse con la resistencia, incluso armada, del organismo al que querían dar el poder, los obreros y soldados quedaron desorientados.

Las apreciaciones sobre la situación en provincias se vieron confirmadas por la prueba de la práctica. La extensión del movimiento al resto del país fue limitada. Alcanzó ciudades como Moscú, Riga, Ivanovo-Vosnesensk o Yekaterinburgo, que volvieron rápidamente a la normalidad una vez finalizada la movilización en Petrogrado, pero, salvo casos aislados, no tuvo eco en las guarniciones militares, lo que allanó el camino a la reacción; en Petrogrado, una vez finalizadas las jornadas, los batallones que se mantuvieron neutrales se colocaron del lado del comité ejecutivo conciliador. La actuación del partido bolchevique permite que el alzamiento de Petrogrado no se salde con una derrota que hunda de tal forma al movimiento, que necesite años para recuperarse.

LA REPRESIÓN Y LAS CALUMNIAS CONTRA LOS BOLCHEVIQUES

Si bien el objetivo inicial de la contrarrevolución se vio abortado por la intervención de los bolcheviques, el fracaso del alzamiento desencadenó una represión salvaje contra el partido de Lenin, la única organización con una política independiente de la burguesía. El 6 de julio se produce una derrota bélica catastrófica, las tropas alemanas rompen el frente y avanzan varios kilómetros. Aprovechando la simultaneidad en el tiempo del fracaso de la ofensiva, se acusa a los bolcheviques de colaborar con el enemigo alemán. Las consignas contra la guerra imperialista, la solidaridad y unidad internacional de la clase obrera por encima de fronteras, y la lucha sin cuartel contra la burguesía, empezando por la del propio país, son distorsionadas por la prensa burguesa, que acusa a Lenin de estar pagado por el oro alemán. A los soldados del frente se les dice que la influencia de los bolcheviques en Petrogrado hace que las guarniciones no quieran darles el relevo y que los obreros se nieguen a producir para abastecer el frente. Provocadores armados por la reacción tirotean en Petrogrado a soldados llegados del frente, para tratar de inflamar el sentimiento antibolchevique. Mencheviques y eseristas, si bien no podían compartir públicamente la acusación de espionaje, argumentan que la participación en las jornadas de julio demostraba el carácter contrarrevolucionario de los bolcheviques. A pesar de que decían defender la democracia y la victoria de la revolución, vuelven a actuar

como lugartenientes de la contrarrevolución en el seno del movimiento obrero. No podía ser de otra forma. Si bien por caminos diferentes, burguesía y conciliadores llegaban a las mismas conclusiones y aplicaban la misma política.

El partido bolchevique pagó un alto precio por ser consecuente con sus ideas. Fue ilegalizado y su congreso de finales de julio tuvo que celebrarse en la más completa clandestinidad. Sus locales fueron asaltados, sus imprentas destruidas, sus periódicos clausurados y los redactores apaleados y detenidos. Los militantes bolcheviques tuvieron que esconderse. Un joven bolchevique fue asesinado en la calle cuando repartía folletos de apoyo a su partido. Lenin, Zinóviev, Kollontai, Trotsky, Lunacharski y otros dirigentes fueron acusados de traición y reclamados para ser detenidos y juzgados. Lenin tuvo que pasar a la clandestinidad y exiliarse en Finlandia. Trotsky y Zinóviev fueron encarcelados. Idéntico destino sufrieron los dirigentes de los marineros revolucionarios de Kronstadt. Los obreros que protestaban contra las calumnias eran inmediatamente reprimidos y detenidos. La contrarrevolución se sentía fuerte y preparaba el golpe definitivo para aplastar a la clase obrera y sus organizaciones. Pero la confianza en las ideas y la capacidad revolucionaria de la clase obrera y la ligazón con los sóviets de obreros y soldados más avanzados permitieron al partido bolchevique superar la situación. Trotsky — que el 23 de septiembre, sólo un mes y medio más tarde, será elegido presidente del sóviet de Petrogrado — escribe: “El golpe asestado en julio a las masas y al partido fue muy considerable. Pero no fue un golpe decisivo. Las víctimas se contaron por docenas, y no por docenas de miles. La clase obrera no salió decapitada y exangüe de esa prueba, sino que conservó completamente sus cuadros de combate, los cuales aprendieron mucho en esa lección” (*Op. cit.*, t. 2, pp. 184-85). En menos de cuatro meses, Lenin reaparecerá públicamente, esta vez como el dirigente de millones de obreros que llevarán a su partido al poder.

VII. De la reacción a la lucha por el poder

Juan Giner

La historia no ha conocido ningún proceso revolucionario en que la clase dominante se quedara de brazos cruzados ante la posibilidad de que la clase social oprimida le arrebatase el liderazgo de la sociedad. Cualquier clase dominante siempre defenderá, y en última instancia lo hará por la fuerza de las armas, su posición de mando en la sociedad.

POLARIZACIÓN DE LA SOCIEDAD RUSA

El doble poder surgido de Febrero era un reflejo de que, por un lado, los trabajadores y los campesinos no son conscientes de que tienen el poder en sus manos a través de los sóviets, aunque sus dirigentes se nieguen a tomarlo, y, por otro lado, de que la burguesía no es lo suficientemente fuerte para liquidar los sóviets e imponer de nuevo su dominación absoluta.

Una situación así es forzosamente temporal. O vence la revolución o vence la contrarrevolución. En las condiciones concretas de Rusia, estaba descartado un régimen de democracia burguesa. Una Rusia capitalista, por la ligazón de la burguesía al imperialismo, hubiera sido una semicolonias. La debilidad de la burguesía rusa y los intereses de los terratenientes aconsejaban una dictadura militar que mantuviera el control de la sociedad por la burguesía mediante el terror.

Las fuerzas de la contrarrevolución, agrupadas en el partido kadete, luchan por ampliar su base social, sobre todo entre el campesinado y la pequeña burguesía urbana, y desde el primer momento comienzan a moverse en dirección a la dictadura militar. La victoria de la contrarrevolución sólo podía darse sobre las cenizas de los sóviets y de los partidos menchevique, eserista y, por supuesto, bolchevique. Hubieran aplicado los métodos del fascismo, el exterminio físico de los activistas obreros y campesinos, para así asegurarse años de explotación y opresión en las fábricas y el campo.

En el otro polo, los obreros y los soldados se iban agrupando cada vez más en torno al partido bolchevique. Una prueba de la enorme polarización que se estaba produciendo en la sociedad fue el proceso de diferenciación interna surgido en los partidos menchevique y eserista. Mientras un sector de estos partidos evoluciona hacia la izquierda, asumiendo la necesidad de luchar decididamente contra la contrarrevolución y orientándose, por tanto, hacia los bolcheviques, otro sector, que agrupa sobre todo a los dirigentes conciliadores de los sóviets, tiende hacia la derecha, abrazando sin tapujos los postulados de la burguesía.

LA CONTRARREVOLUCIÓN LEVANTA CABEZA

Aunque, en esencia, las jornadas de julio sólo se dieron en Petrogrado, el sentimiento de derrota entre las masas se extendió a toda Rusia, provocando un cambio brusco en la correlación de fuerzas, esta vez favorable a la reacción, aunque en aquel momento no se podía determinar con exactitud en qué grado. Julio y agosto de 1917 fueron meses de reacción dentro de un período revolucionario. Aunque esto pueda parecer paradójico, no tiene nada de contradictorio. Cualquier revolución, se dé en un país u otro, tiene fases en que los revolucionarios llevan la iniciativa y otras en las que la lleva la reacción. La revolución española de los años 30 también tuvo su fase de reacción, que fue más larga y duradera que la rusa: el llamado bienio negro, que duró desde noviembre de 1933 a febrero de 1936.

Las diferentes partes de la primera coalición de gobierno persiguieron en julio fines distintos. Los conciliadores, como después se verá por la actitud conspirativa de Kerensky al intentar un pacto con

el general Kornílov, estaban de acuerdo con el aplastamiento definitivo de los bolcheviques, de no haber sido evidente que, tras esto, los cosacos, los caballeros de San Jorge y otras organizaciones contrarrevolucionarias los hubieran barrido también a ellos.

A partir del 9 de julio, la asamblea del sóviet decide que el gobierno provisional, compuesto enteramente por "socialistas", es el gobierno de salvación de la revolución y le confiere poderes ilimitados. Como no podía ser de otra manera, Rusia caminaba hacia una dictadura. Pero más bien estábamos ante un gobierno de salvación de la contrarrevolución. Los ministros "socialistas" tomaron el poder en sus manos para devolvérselo a la burguesía.

Entre las medidas que toma este "gobierno de salvación de la revolución" destaca la restauración de la pena de muerte en el frente, abolida desde febrero. Asimismo expidió instrucciones ordenando "poner fin, con todos los medios posibles, a las acciones espontáneas en la esfera de las relaciones agrarias".

El nuevo gobierno de coalición tenía, a diferencia del primero, un mayor número de ministros "socialistas", presidido también por un "socialista", Kerensky. "A pesar de que los socialistas tenían un pequeño predominio nominal —reconoce Miliukov—, el predominio efectivo del gobierno pertenecía incontestablemente a los partidarios convencidos de la democracia burguesa".

Con todo, un sector importante de los kadetes, impaciente, se pronuncia en el congreso de su partido por el derrocamiento de Kerensky, para así acabar inmediatamente con los sóviets. Miliukov acalló estas voces proponiendo que, de momento, no se fuera más allá de la presión. Claramente, Kerensky era considerado un punto de apoyo de la contrarrevolución. Una vez barridos los sóviets, no sería difícil quitarlo de en medio.

La reacción atacaba y el gobierno retrocedía. El 7 de agosto fueron puestos en libertad los miembros más destacados de las Centurias Negras que habían participado en pogromos. Ese mismo día, destacamentos de soldados envían saludos a los dirigentes bolcheviques encarcelados.

Asimismo, bajo presión de la reacción, el gobierno provisional acepta el programa contrarrevolucionario de Kornílov, que consistía en la militarización de las fábricas y los ferrocarriles, la subordinación de la guarnición de la capital al cuartel general y la aplicación

de la pena de muerte en el interior! Claramente, la reacción daba pasos adelante. No obstante, el gobierno guardaba silencio acerca de las cuestiones fundamentales, y esto anunciaba inevitables choques con las masas.

EL PROCESO MOLECULAR DE TOMA DE CONCIENCIA DE LAS MASAS

Qué duda cabe de que una de las razones que motivaron la relativa fortaleza de la reacción durante los meses de julio y agosto fue la campaña de calumnias orquestada desde los cuarteles generales de los kadetes y los conciliadores contra los bolcheviques. Ello, unido a los efectos de la derrota de julio, creó un ambiente temporal de cierta indiferencia hacia los bolcheviques entre las masas de obreros y soldados que los seguían mayoritariamente en Petrogrado antes de las jornadas de julio, y de cierta hostilidad entre la pequeña burguesía urbana, los campesinos y los regimientos de soldados. Por ejemplo, no sólo los dueños de las imprentas se negaban a sacar periódicos bolcheviques, sino también los propios impresores. Al fin y al cabo, muchos creían que Lenin y los bolcheviques eran espías alemanes. La campaña de calumnias cosechó, por tanto, algunos resultados.

Si las cosas estaban así, ¿cómo fue posible que esos mismos obreros derrotados en julio tomaran el poder tres meses más tarde? ¿Qué pasó en sus cabezas? Los acontecimientos en el curso de una revolución tienen su causa en los cambios que se operan en la conciencia de las masas. Las relaciones materiales de la sociedad sólo trazan los cauces que siguen estos procesos.

La derrota de julio fue un punto de inflexión en el proceso revolucionario, una línea divisoria entre Febrero y Octubre. Durante los cuatro primeros meses, las masas giraban a la izquierda y los bolcheviques se fortalecían. Pero este proceso se vio cortado en julio. Las jornadas de julio demostraron a las masas que, por una parte, no era tan fácil tomar el poder y, por otra, que ya no era posible seguir por la senda de Febrero. Pero antes de abrazar una nueva senda, la de Octubre, la que marcaban los bolcheviques, la psicología de las masas tenía forzosamente que pasar por una fase de perplejidad, de reflexión y de extracción de conclusiones a partir de la experiencia vivida.

Esta “crisis” de la conciencia colectiva, unida a la campaña de calumnias, acrecentó la confusión del movimiento y le hizo batirse en retirada, que en algunos casos adoptó tintes de pánico.

La campaña de calumnias, que a corto plazo tuvo efectos notables a la hora de desacreditar y minar la autoridad de los bolcheviques entre las masas, resultó un arma de doble filo. Los obreros y los soldados se preguntaban por qué eran precisamente los reaccionarios, sus enemigos, los que atacaban tan furiosamente a los bolcheviques acusándolos de ser agentes alemanes. En todas las fábricas había bolcheviques que decían a sus compañeros si les parecía que eran agentes alemanes o trabajadores como ellos.

Las fábricas más avanzadas de Petrogrado iban reponiéndose de la derrota. Entre el 20 y el 30 de julio, un número importante de fábricas empieza a aprobar resoluciones contra la política del gobierno provisional. Los bolcheviques reanudan su labor pública de agitación denunciando la labor del gobierno y de las asambleas que en número cuantioso se estaban convocando para organizar la ofensiva contra la revolución. Cada vez más a las claras era patente para los obreros el peligro de la contrarrevolución.

Una ola de indignación recorrió fábricas y talleres. La convocatoria de una Conferencia de Estado, en Moscú, de representantes de las clases poseedoras y de los conciliadores tenía un carácter contrarrevolucionario. Esta conferencia provocó una huelga general de protesta. La iniciativa surgió desde abajo, y todos los círculos bolcheviques de Moscú la aprobaron. También los sindicatos. Sólo el sóviet de Moscú se opuso, pero los obreros mencheviques y eseristas votaron a favor. Una de las demandas de los obreros fue que se renovaran los sóviets. 400.000 obreros secundaron la huelga un día de agosto y paralizaron Moscú. A propuesta de los bolcheviques, no se hizo ninguna manifestación, a fin de evitar provocaciones de la reacción, que se frotaba las manos ante la posibilidad de unas “jornadas de agosto”. Ya era patente que el resto del país iba siguiendo los pasos de Petrogrado.

“Si los sóviets son impotentes — decía el periódico de los bolcheviques moscovitas —, el proletariado debe estrechar sus filas en torno a sus organizaciones vitales”. En vista del papel jugado por los sóviets durante las jornadas de julio, Lenin llegó a plantear la posibilidad de abandonar la consigna de “¡todo el poder a los sóviets!”, que en aquel momento significaba “todo el poder a los sóviets conciliadores”:

“Desde este punto de vista, resulta muy instructiva la lucha que emprendió Lenin contra el fetichismo soviético después de las jornadas de julio. Dado que en julio los sóviets, dirigidos por eseristas y mencheviques, se convirtieron en organismos que impulsaban francamente a los soldados a la ofensiva y perseguían a los bolcheviques, se podían y debían buscar otros caminos para el movimiento revolucionario de las masas obreras. Lenin señalaba los comités de fábrica como organismos de la lucha por el poder (ver, por ejemplo, las memorias de Ordzhonikidze). Es muy probable que el movimiento hubiera tomado esta forma de no ser por la sublevación de Kornílov, que obligó a los sóviets conciliadores a defenderse y permitió a los bolcheviques insuflarles de nuevo el espíritu revolucionario, ligándolos estrechamente a las masas por medio de su izquierda, o sea, del bolchevismo” (Trotsky, *Lecciones de Octubre*, p. 213).

Desde Finlandia, Lenin plasmó sus directrices para el congreso bolchevique de finales de julio en el opúsculo *A propósito de las consignas*. Naturalmente, en el congreso hubo polémica en torno a este asunto, pero los acontecimientos del mes de agosto zanjaron el debate: la huelga general de Moscú, cuando las masas ignoraron la decisión del sóviet de no apoyarla, y, sobre todo, el intento de golpe de Estado del general Kornílov cambiaron bruscamente la situación, revitalizando los sóviets, y los bolcheviques no abandonaron su consigna.

LA SUBLEVACIÓN DE KORNILOV

Desde hacía tiempo, la burguesía tenía la esperanza de que un golpe militar eliminara, de una vez por todas, la pesadilla soviética.

Kerensky, como fiel servidor de la contrarrevolución, aceptaba esta opción siempre y cuando él fuera el centro de la dictadura. Como la burguesía detestaba a Kerensky, éste intentó llegar a un acuerdo con Kornílov.

El complot aparecía claro. Una opción era dejar caer Riga, una de las plazas más importantes del frente ruso, en manos alemanas, y así abrirle al enemigo el camino a Petrogrado. La burguesía se había hecho derrotista, prefería a los soldados alemanes antes que a los bolcheviques rusos. No obstante, si se trataba de defender la revolución, los soldados lucharían heroicamente contra el ejército del káiser.

Pero el auténtico plan consistía en que Kerensky aprobase una disposición gubernamental de una naturaleza claramente contrarrevolucionaria para las masas, a fin de provocar una insurrección, que sería aplastada por las tropas del “salvador” Kornílov. Para ello, los servicios de contraespionaje simularían ser militantes bolcheviques y agitarían a las masas para provocar la insurrección. El comité central bolchevique planteó que no se hiciese caso a los llamamientos que no formulara el partido. Las masas ya estaban claramente con los bolcheviques y no hicieron ningún caso a los provocadores.

Los planes de Kornílov iban más allá de los deseos de Kerensky. Entre las cabezas que iban a rodar estaban las del propio Kerensky y las de los líderes conciliadores. No había posibilidad de acuerdo entre Kerensky y Kornílov, dado que no había espacio para dos dictadores. La reacción había decidido jugarse el todo por el todo. Los sóviets se vieron obligados a autodefenderse aunque sólo fuera por pura supervivencia.

Kornílov, el generalísimo de los ejércitos rusos, dio la orden de atacar Petrogrado el 27 de agosto. Aparentemente contaba con una base militar sólida, formada por cosacos y otros regimientos afines, pero que pronto se descompuso.

El plan de Kornílov fracasó estrepitosamente. Las organizaciones soviéticas revivieron por la presión de las masas. Los órganos superiores soviéticos se vieron sustituidos por la iniciativa de los de abajo o de la barricada.

Los bolcheviques habían previsto desde el principio la inevitabilidad de un alzamiento contrarrevolucionario y se habían preparado para la lucha. Presionaron al comité de defensa del sóviet de Petrogrado a fin de que se armara a los trabajadores. En los barrios obreros había colas de gente dispuesta a formar la guardia roja.

Los sindicatos no fueron neutrales. El de Correos y Telégrafos se ocupó de interceptar los mensajes destinados a las tropas de Kornílov, que eran remitidos al comité de defensa. Los ferroviarios obstaculizaron el paso de los convoyes mandándolos de un sitio a otro, sin destino prefijado. Mientras tanto, delegados de los regimientos revolucionarios fueron a hablar con los soldados de las compañías kornilovianas. Al final, hasta los cosacos participaban en los mítines. Así, el 30 de agosto se comunica a Kerensky que las fuerzas de Kornílov están desintegramse.

Mientras duró la lucha, las masas, dirigidas por los bolcheviques, no tenían ninguna confianza en Kerensky. Todos compartían temporalmente un mismo objetivo —la lucha contra Kornílov—, pero nada más. Sin embargo, quedó claro el papel de Kerensky. No liberó a los bolcheviques encarcelados, con el fin de poder entregárselos a la contrarrevolución; si ésta hubiese triunfado, habrían sido fusilados. El fracaso de Kornílov fue una derrota para la reacción, y la correlación de fuerzas se inclinó nuevamente del lado de la revolución.

EL PREPARLAMENTO Y LA LUCHA POR EL II CONGRESO DE LOS SÓVIETS

El gobierno provisional, fiel a su tradición de no aguantar ningún empuje serio, se rompió. Los kadetes lo abandonaron el 26 de agosto, un día antes de la intentona de Kornílov. También los conciliadores salieron de él, pues la complicidad de Kerensky en el complot había quedado clara. No obstante, como no podían prescindir de él, lo mantuvieron en su puesto de jefe del gobierno.

Al día siguiente de la derrota de Kornílov, Kerensky trató de poner en práctica el programa del generalísimo y retornar a la idea de la dictadura, sólo si él, claro está, era la figura central de la misma. Quería reunir en su persona las atribuciones de generalísimo del ejército y de jefe del gobierno. Además, como Kornílov, quería enmascarar su dictadura personal con un directorio de cinco miembros. Al final acabó llevando a la práctica estos planes.

Bajo la presión del momento, el directorio se vio obligado a poner en libertad, aunque bajo fianza y manteniendo todos los cargos contra ellos, a los dirigentes bolcheviques encarcelados. El 4 de septiembre fue liberado Trotsky, bajo fianza de 3.000 rublos pagados por los sindicatos de Petrogrado.

Ese mismo día Kerensky publicó un decreto que reconocía el decisivo papel de los comités revolucionarios para sostener al gobierno, pero les pedía que cesaran sus actuaciones y se disolvieran. Naturalmente, tanto los sóviets como los comités se negaron, y Kerensky, comprendiendo que la situación había cambiado desfavorablemente para la reacción, tuvo que callar. Los sóviets de Petrogrado y Moscú se habían renovado en la lucha contra Kornílov, y los

bolcheviques estaban ahora al frente de ellos. La reacción comprendió que tenía que cambiar de táctica.

La convocatoria de una Conferencia Democrática, a mediados de septiembre, decidida días antes de la sublevación de Kornílov, perseguía paralizar la convocatoria de un nuevo congreso de los sóviets, para así eliminarlos a través de su sustitución por distintos organismos “democráticos”. También perseguía que se avalara “democráticamente” la formación de un nuevo gobierno de coalición, puesto que los sóviets se oponían a ello. Antes de acabar las sesiones, la conferencia eligió en su seno a un organismo permanente: el parlamento.

¿Qué actitud debían adoptar los bolcheviques ante este organismo? El objetivo de un partido revolucionario cuando participa en un parlamento es que sus ideas lleguen más fácilmente a las masas, pero sin fomentar ilusiones en el sistema parlamentario. Por tanto, sólo le dará la espalda cuando las masas hayan abandonado sus ilusiones en la mascarada parlamentaria de la burguesía y su fin inmediato sea el derrocamiento del régimen existente.

El abandono del parlamento, decidido por el comité central no sin cierta polémica, hizo ver a las masas que el partido bolchevique rompía de una forma clara todos los lazos que le ligaban con la sociedad oficial.

Sólo restaba luchar por la convocatoria del II congreso de los sóviets. El primero, celebrado en junio, había decidido que los congresos se celebrasen cada tres meses. El organismo encargado de convocarlo era el comité ejecutivo central (CEC) de los sóviets, controlado por los conciliadores, que se encontraban atrapados por el acuerdo aprobado en el I congreso. Por tanto, los bolcheviques le obligaron a aceptar la convocatoria de otro congreso en el plazo más breve posible, amenazando también con convocarlo ellos. Contaban los bolcheviques con los importantes avales de los sóviets de Moscú y Petrogrado.

Sin embargo, los conciliadores pronto le vieron problemas a una convocatoria rápida del congreso, creyendo, no sin fundamento, que podían quedar en minoría y que, además, el congreso podría ser un pretendiente directo al poder bajo la batuta bolchevique. Intentaron retrasar la convocatoria, pero sólo consiguieron que les llovieran las resoluciones de congresos regionales, de sóviets locales, de fábricas y de regimientos de soldados pidiéndola.

La lucha por el II congreso allanó el camino para que numerosos sóviets locales y de provincias lejanas se bolchevizaran y creó las condiciones, por primera vez, para la conquista del poder por los bolcheviques, aupados por las masas de obreros, soldados y campesinos.

VIII. La insurrección

Raquel Estévez

En febrero de 1917, la influencia de los bolcheviques entre los trabajadores y campesinos era menor que la de los mencheviques y eseristas. La experiencia de febrero a octubre mostró cuáles eran las verdaderas intenciones de éstos y dio un vuelco a la situación, convirtiendo al partido bolchevique en el partido de las masas. Las consignas, las tácticas y la estrategia revolucionaria de los bolcheviques atrajeron a sus filas a lo mejor del movimiento obrero y campesino, sentando las bases para la victoria de la insurrección de octubre. Como decía Marx, “cuando una idea se apodera de las mentes de las masas, se convierte en una fuerza material”.

Desde la Revolución de Febrero, los obreros, soldados y campesinos habían dado todo su apoyo al sóviet, dirigido por los conciliadores. Las masas estaban dispuestas a defenderlo con todas sus fuerzas, incluida la fuerza de las armas. Pero las masas revolucionarias no perdonan ni permiten la cobardía y la traición. El poder que los trabajadores habían conquistado en febrero lo confiaron a unos dirigentes que, a su vez, se lo habían devuelto a la burguesía, refugiándose, totalmente acobardados, debajo de sus faldas. No se atrevían a tocar las tierras de los grandes terratenientes ni los bancos de los burgueses, ni a parar la guerra... Las masas iban perdiendo la paciencia, y con ello los conciliadores iban firmando su sentencia de muerte. Sintiendo traicionadas, rompieron con sus antiguos dirigentes y se unieron a las filas bolcheviques, que ganaron la mayoría en los sóviets, primero en el de Petrogrado y más tarde en los de Moscú, Kiev y toda Rusia.

Esto solamente fue posible gracias a su coherencia y a un programa correcto: hostilidad irreconciliable con la burguesía, ruptura con los socialpatriotas y total confianza en la fuerza revolucionaria de las masas.

LA NUEVA CORRELACIÓN DE FUERZAS

Después de las jornadas de julio y, sobre todo, de la sublevación de Kornílov hubo un giro importante a la izquierda entre los campesinos, que protagonizaron tomas de tierras e insurrecciones que tuvieron un gran efecto entre las tropas, mayoritariamente de extracción campesina. Este proceso puso a la cabeza a nuevos dirigentes obreros, agrupados en un comité de defensa de la revolución, que se encargó de armar a los trabajadores, ganar a los soldados más combativos y arrestar a los reaccionarios. La mayoría eran bolcheviques.

Aunque los campesinos, soldados y obreros eran los mismos en febrero que en septiembre u octubre, aunque la base económica era la misma y la diferenciación entre las clases también, la correlación de fuerzas había variado.

El estado de ánimo de la población era mucho más reflexivo, tras el derrumbamiento de sus primeras ilusiones y haber comprobado el peligro de la contrarrevolución. Las masas se habían hecho más prudentes. Deseaban la insurrección tanto o más que antes, pero temían un nuevo fracaso. Durante los tres meses anteriores a la insurrección, los bolcheviques contuvieron a los obreros y soldados para que no cayesen en las provocaciones de la contrarrevolución. La experiencia política había desarrollado la cautela no sólo entre los dirigentes, sino también entre la gente. La clase obrera aprendió que no había soluciones sencillas a sus problemas, que ya no se trataba de insurrecciones espontáneas, sino de la toma consciente del poder. En palabras de Trotsky, “el tránsito de esa espontaneidad confiada, como fue la Revolución de Febrero, a una conciencia más crítica engendra inevitablemente una crisis revolucionaria”. En ocho meses, las masas habían vivido una intensa experiencia política que les había enseñado que no se trataba de provocar acontecimientos, sino de aprender de ellos. Así, después de cada acción, los resultados eran valorados cuidadosamente, para sacar todas las conclusiones necesarias para

seguir luchando. El movimiento avanzaba con pasos de gigante. Los debates, asambleas y mítines eran cada vez más frecuentes y masivos. Los incesantes éxitos de la agitación mantenían a la gente a la expectativa.

LA INCAPACIDAD DE LA BURGUESÍA

El gobierno provisional, a pesar de la polarización de las masas, seguía eligiendo órganos que no representaban más que a ellos mismos y que sólo evidenciaban la incapacidad y la impotencia de un poder que estaba desapareciendo: “Kerensky era la viva imagen del patetismo y el aislamiento: sus órdenes no eran acatadas ni en las fábricas, ni en los sóviets ni en las unidades militares”.

Pero a pesar de que el poder de la burguesía estaba muy mermando, todavía estaba ahí, y su mera existencia era un peligro para la revolución. Esta contradicción, que se manifestaba en la dualidad de poderes, entre el poder oficial de la burguesía y el poder real de los sóviets, “debía, o bien transformarse en introducción directa a la revolución proletaria —que fue lo que ocurrió—, o bien reducir a Rusia, bajo un régimen de oligarquía burguesa, a un estado semicolonial” (Trotsky, *Lecciones de Octubre*, p. 180).

Ya no se trataba de perspectivas, sino de la elección del camino por el cual iba a ser necesario avanzar sin tardanza. Era necesario seguir la corriente de la lucha de clases. Había que organizar la insurrección y arrancarle de una vez por todas el poder al adversario.

LOS PRIMEROS PASOS HACIA LA INSURRECCIÓN

La intervención de los sóviets en la vida política tenía cada vez más trascendencia. Las distorsiones en la economía, muchas provocadas conscientemente, obligaron a los sóviets a organizar mejor el suministro y reparto de alimentos, la electricidad y el transporte, tanto en las ciudades como en el frente. Había que decidir quién, a partir de ahora, iba a dirigir la economía: si Kerensky, que era la sombra de la burguesía y no tenía ningún interés en enfrentarse a ella, o los sóviets, cuya tarea debía ser aplicar las primeras medidas

para la transformación socialista de la sociedad. Lenin presionaba e insistía en que no se podía dejar pasar más tiempo. La situación más favorable para la insurrección sería el momento en que la correlación de fuerzas estuviera mayoritariamente del lado bolchevique, y ese momento había llegado. Si el partido dejaba pasar la ocasión, si titubeaba, podía provocar el descontento, la desconfianza y la decepción de las masas, y con ello la derrota de la revolución. En palabras de Lenin, “la historia no perdonará a los revolucionarios que puedan vencer hoy pero corren riesgo de perderlo todo si aguardan a mañana”. Si en general el tiempo es un factor importante en la política, se centuplica en los días de guerra y revolución. Hoy es posible sublevarse, derribar al enemigo, tomar el poder; mañana puede ser imposible.

Lo cierto es que el partido ya había dado pasos muy importantes. Tras oponerse al envío al frente de dos tercios de la guarnición de Petrogrado, los bolcheviques crearon (16 de octubre) el Comité Militar Revolucionario (CMR), presidido por Trotsky, para organizar la insurrección. La táctica del gobierno provisional era alejar de la capital a los regimientos posicionados con los bolcheviques y, por tanto, más peligrosos. A través del CMR se nombraron comisarios bolcheviques en todas las unidades e instituciones militares, y se establecieron canales de comunicación entre los obreros y los soldados, entre las fábricas y los centros militares. Así se iba consolidando un nuevo Estado —“un grupo de hombres armados”, como lo definió Engels—, pero esta vez no para defender la propiedad privada, sino para defender la revolución. Con ello se aisló al Estado Mayor de la capital y al Gobierno, estando hecha la insurrección al menos en sus tres cuartas partes. “En resumen, teníamos una insurrección armada —aunque sin derramamiento de sangre— de los regimientos de Petrogrado contra el gobierno provisional, bajo la dirección del Comité Militar Revolucionario y con la consigna de la preparación de la defensa del II congreso de los sóviets, que debía resolver la cuestión del poder” (Trotsky, *Lecciones de Octubre*, p. 206).

La clase dominante casi había perdido cualquier confianza en sus fuerzas, pero aún mantenía en sus manos el aparato gubernamental. La clase revolucionaria tenía que apoderarse de ese poder estatal, pero para ello tenía que confiar en sus propias fuerzas.

EL II CONGRESO DE LOS SÓVIETS

Como Trotsky explicó, el gobierno de los sóviets iba elevándose desde abajo. Pero su victoria definitiva requería actuar contra los centros de la autoridad capitalista en el ejército, los ministerios y el Palacio de Invierno. Tal acción debía arrancar del II congreso de los sóviets.

El comité ejecutivo, de mayoría conciliadora, no sólo no había cumplido el plazo de tres meses para la convocatoria del II congreso, sino que pretendía no convocarlo nunca, para no arriesgar su mayoría. Pero no les resultó tan fácil como pensaban. A finales de septiembre, el sóviet de Petrogrado exigió que se convocase urgentemente el congreso, aprobando una resolución que planteaba la necesidad de prepararse para una nueva ofensiva de la contrarrevolución. El programa de defensa que trazaba el camino del ataque futuro se apoyaba en los sóviets como las únicas organizaciones capaces de sostener la lucha. Se exigía que se reforzara el papel de los sóviets donde todavía eran débiles y que allí donde el poder ya estaba en sus manos no se soltara bajo ningún pretexto. El congreso conseguiría unificar y cohesionar el papel y la acción de todas las fuerzas, para defenderse de los contrarrevolucionarios y para debatir la organización del poder revolucionario y el derrocamiento del gobierno provisional.

Los bolcheviques pidieron su convocatoria para la primera semana de octubre y amenazaron, en caso contrario, con convocarlo ellos mismos. El comité ejecutivo, ante esta situación, se vio obligado a aceptar, fechando el congreso para el 20 de octubre. Pero el congreso era un pretendiente peligroso al poder, y de ello eran conscientes los conciliadores. Ese miedo hizo retroceder al comité ejecutivo, que aplazó la fecha. Los bolcheviques, imaginando que esto podía suceder, se habían preparado. Empezaron una campaña de agitación en torno a la necesidad de la convocatoria y consiguieron ganar apoyos incluso en sóviets locales de zonas muy atrasadas, donde apenas tenían influencia, haciéndose con la mayoría. Batallones, regimientos y guarniciones militares, fábricas, sóviets locales y provinciales, incluso la conferencia nacional de los comités de fábrica, que era la representación más directa del proletariado de todo el país, se opusieron a la desconvocatoria del congreso y pidieron su inmediata celebración, uniendo a esta exigencia la consigna bolchevique de “¡todo el poder a los sóviets!”. La prensa bolchevique iba

publicando todas las organizaciones que, de forma masiva, se sumaban y unían a favor de la toma del poder.

Los esfuerzos de los delegados de los partidos conciliadores, que habían recorrido el país para movilizar a las organizaciones locales contra el congreso, fueron en vano. Cuando los conciliadores comprobaron que no podían seguir adelante con el sabotaje al congreso, decidieron convocarlo para el 25 de octubre, intentando sacar el máximo número de delegados para poder cubrirse las espaldas. Pero habían reaccionado demasiado tarde. Con el apoyo de los soldados, el CMR empezó a armar sistemáticamente a los trabajadores, reforzando la guardia roja. Destacamentos mixtos de obreros, soldados y marineros armados tomaban posiciones en los puntos estratégicos de la ciudad. Los capitalistas veían cómo la corriente de la historia los arrastraba sin que pudieran hacer absolutamente nada.

EL PARTIDO PREPARA LA INSURRECCIÓN

El comité central bolchevique, reunido el 10 de octubre, decide proceder a la insurrección armada. Pero los miedos de Lenin sobre la actitud de los viejos bolcheviques hacia la insurrección no andaban desencaminados.

Suele ocurrir que, en momentos históricos en que se produce un viraje brusco, hasta al partido más preparado y avanzado le cuesta un tiempo adaptarse a la nueva situación. Eso exactamente fue lo que le aconteció al partido bolchevique cuando pasó de la propaganda y la agitación, llevada a cabo de febrero a octubre, a la lucha directa por el poder. Las dudas y vacilaciones sobre las posibilidades de triunfo de la clase obrera llevaron a miembros del comité central, en concreto a Zinóviev y Kámenev, a oponerse a la insurrección. Pusieron en guardia al partido sobre la subestimación que éste estaba haciendo de las fuerzas enemigas, introduciendo la idea de que con los destacamentos de choque que tenían (los cosacos, el Estado Mayor, los cinco mil *junkers*, la artillería...) iban a masacrar al pueblo y aplastar la revolución. Negaban incluso que hubiera un estado de ánimo combativo entre las masas. Alegaban que, dadas las fuerzas con que contaba la revolución, la táctica debía ser exigir al gobierno la convocatoria de una vez por todas de la Asamblea Constituyente, en la que se

conseguiría, dado que la influencia de los bolcheviques había aumentado en el último período, la tercera parte de los mandatos. Esto significaba relegar al partido a un papel de opositor dentro de un organismo burgués. Infravaloraban el apoyo real de las masas a los bolcheviques y sostenían la necesidad de un "poder estatal combinado" entre la Asamblea Constituyente y los sóviets. Zinóviev y Kámenev subestimaron la fuerza real de la clase obrera y de los campesinos, lo que les llevó ¡a desvelar públicamente las intenciones del partido!, poniendo en riesgo la insurrección. Este hecho motivó que Lenin solicitase su expulsión del partido, aunque finalmente no se produjo.

La mayoría del partido estaba de acuerdo con tomar el poder. Al igual que en abril, el apoyo a la postura de Lenin provino de los obreros bolcheviques, que con su instinto de clase garantizaron el mantenimiento de una línea correcta.

Este episodio demuestra la importancia del factor subjetivo, es decir, del partido revolucionario, y también la necesidad de que éste tenga la máxima democracia interna. Tanto los debates de abril como los de octubre fueron totalmente abiertos, sin ningún tipo de cortapisas a la hora de exponer las diferencias existentes. Al contrario, gracias a esos debates democráticos y a la unidad a la hora de llevar los acuerdos a la práctica se consiguió preparar al partido bolchevique para dirigir la insurrección. La evaluación correcta de la situación del momento, la comprensión científica de las leyes de la historia y la confianza total en la clase obrera hicieron posible el triunfo de Octubre.

'TODO EL PODER A LOS SÓVIETS'

El Comité Militar Revolucionario agrupaba a 200.000 soldados, 40.000 guardias rojos y decenas de miles de marineros, situados estratégicamente para defender los locales y la prensa bolchevique. Ante esto y el horror de que el congreso de los sóviets se les escapara de las manos, el 24 de octubre el gobierno provisional decide disolver el CMR y prohibir la prensa bolchevique. El crucero *Aurora*, cuya tripulación era mayoritariamente bolchevique, recibe la orden de soltar amarras, pero el CMR, ya preparado, con Trotsky a la cabeza, organiza la defensa armada de sus imprentas, ordena que el

Aurora atraca frente al Palacio de Invierno y llama a los ferroviarios y soldados a inmovilizar las tropas contrarrevolucionarias que se dirigen a Petrogrado. El gobierno provisional se encontró impotente.

El CMR trabajaba todo el día y toda la noche, ocupando puentes, estaciones, cruces, edificios... El Instituto Smolny, sede del sóviet de Petrogrado y del partido bolchevique, estaba fortificado. Veinticuatro horas después, el Palacio de Invierno era tomado. El último reducto del gobierno burgués había pasado a manos del CMR, prácticamente de forma incruenta, derrocando así al gobierno provisional.

Ese día, el congreso de los sóviets, con mayoría de bolcheviques y eseristas de izquierdas, acepta hacerse cargo del poder que le ofrecía el CMR, formándose el primer gobierno obrero de la historia.

El internacionalismo, presente desde el primer momento en el programa bolchevique, llevó a que la primera resolución del congreso fuera un llamado a todos los pueblos en guerra para luchar por una paz democrática. Rusia había dado el primer paso, había enseñado a los trabajadores de todo el mundo el camino a seguir, que era posible derrocar el capitalismo y empezar a construir una sociedad nueva.

Como dijo Lenin, la Revolución de Octubre rompió el capitalismo por su eslabón más débil. Pero para él y para Trotsky, la revolución rusa sólo era el prólogo de la revolución mundial. Ambos creían que, dado que el socialismo significa un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas muy superior al de los países capitalistas avanzados, la construcción del socialismo sería imposible si Rusia quedaba aislada. Por tanto, la tarea más acuciante era la extensión de la revolución a toda Europa y el resto del mundo, preparando así la Federación Socialista Mundial.

La perspectiva de Lenin y Trotsky fue totalmente correcta, como demostraron los acontecimientos de Alemania en 1918-19, cuando los trabajadores estuvieron a punto de derrocar a la clase dominante. A los trabajadores alemanes sólo les faltó un factor, pero fundamental para la victoria: un partido capaz de dirigir la revolución proletaria. Como plantea Trotsky en un prólogo a *Lecciones de Octubre*: "En el año 1917, Rusia estaba pasando por la mayor crisis social. Puede decirse con certeza, sobre la base de todas las lecciones de la historia, que, de no haber existido el partido bolchevique, la inconmensurable energía revolucionaria de las masas habría sido estérilmente gastada

en explosiones esporádicas y los grandes levantamientos hubieran acabado en la más severa de las dictaduras contrarrevolucionarias. La lucha de clases es el primer motor de la historia. Necesita un programa correcto, un partido firme, una dirección valiente y digna de confianza, revolucionarios dispuestos a ir hasta el final. Esta es la mayor lección de la Revolución de Octubre".

IX. De Octubre a la formación de la III Internacional

Miguel Ángel del Barrio

El 25 de octubre (7 de noviembre), el II congreso panruso de los sóviets tomaba el poder de manos del Comité Militar Revolucionario. Siglos de opresión, miseria e ignorancia bajo la bota asfixiante del zarismo, el oscurantismo religioso, los terratenientes y, en las últimas décadas, la explotación imperialista tocaban a su fin.

Pero, como dijo Lenin, el capitalismo se había roto por el eslabón más débil. Las masas no tomaron el poder y se lanzaron a la construcción del socialismo en Gran Bretaña o Alemania, las economías capitalistas más desarrolladas, sino en el país más atrasado de Europa, con una población abrumadoramente campesina, con un índice de analfabetismo del 70% y metido de lleno en la I Guerra Mundial. ¿Cómo afrontaron los bolcheviques la construcción del socialismo?

Muchos prohombres, los dirigentes reformistas, numerosos historiadores, etc. se han hartado de “explicar” que la Revolución de Octubre fue un golpe de Estado sangriento de un partido minoritario y radical a espaldas del resto de la sociedad, que disolvió la Asamblea Constituyente y se enfrentó a los partidos “democráticos”. Repiten una y otra vez que la revolución y el propio partido bolchevique llevaban en su seno la semilla de la degeneración estalinista, del autoritarismo y la falta de democracia.

Si en la insurrección no participaron las masas de Petrogrado es simplemente porque la revolución estaba realizada en sus tres cuartas partes. La insurrección es el acto final del proceso revolucionario y la toma del Palacio de Inverno, el reflejo de las aspiraciones profundas de las masas. Nadie movió un dedo por salvar al gobierno

provisional. La mayoría del campesinado, del ejército y de la clase obrera estaba con los bolcheviques, y lo demostraron apoyándolos masivamente en los órganos más democráticos que han existido jamás: los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos.

Multitud de datos confirman esto, pero nadie mejor que los enemigos de Octubre para ratificarlo. El menchevique Sujánov describe así la situación a finales de septiembre: "Los bolcheviques estaban trabajando obstinadamente sin descanso. (...) Para las masas se habían convertido en su propia gente porque siempre estaban allí, tomando la iniciativa en los pequeños detalles al igual que en los asuntos más importantes de la fábrica o el cuartel. Se habían convertido en la única esperanza (...) las masas vivían y respiraban al unísono con los bolcheviques".

En las elecciones a los sóviets de septiembre, los bolcheviques lograron el 51% de los votos. En noviembre Mártoov, dirigente menchevique, reconocía que "casi la totalidad del proletariado apoyaba a Lenin".

Esto fue lo que permitió que la insurrección no fuese larga en el tiempo ni sangrienta, sino todo lo contrario. El 90% del trabajo ya estaba hecho. Las masas estaban con los bolcheviques, "respiraban" con ellos. Como Lenin había previsto, las masas extrajeron las oportunas conclusiones de la experiencia de los gobiernos de coalición de mencheviques y eseristas con la burguesía, y se pasaron al bando de la revolución. El gobierno de Kerensky estaba tan podrido y era tan odiado por las masas, que nadie se levantó contra la insurrección.

Uno de los líderes del partido kadete, Nabokov, nos aclara la caída del gobierno provisional: "La facilidad con que Lenin y Trotsky consiguieron derrocar al último gobierno de coalición de Kerensky demostró la impotencia interna de este último". Lo que Nabokov no aclara es que esa impotencia era extensible a la clase y al régimen social que dicho gobierno representaba.

EL PRIMER ESTADO OBRERO DE LA HISTORIA

Los bolcheviques pudieron dirigir el proceso hasta la toma del poder con la consigna "paz, pan y tierra", pero vinculada indisolublemente a la consigna de "¡todo el poder a los sóviets!". Octubre llevó al poder a un gobierno revolucionario bajo la forma del Congreso de los Sóviets, que constituyó el Estado más democrático de la historia.

Desde el principio, desde mucho antes de la revolución, Lenin tenía claro que sin democracia obrera, sin la participación consciente de las masas en el gobierno de sus destinos, la revolución se vería abocada al fracaso. Muchos de sus escritos así lo demuestran. En diciembre de 1917 escribió: "Una de las tareas más importantes, si no la más importante, de la hora presente consiste en desarrollar con la mayor amplitud esa libre iniciativa de los obreros y de todos los trabajadores y explotados en general en su obra creadora de organización. Hay que desvanecer a toda costa el viejo prejuicio absurdo, salvaje, infame y odioso de que sólo las llamadas 'clases superiores', sólo los ricos o los que han cursado la escuela de las clases ricas, pueden administrar el Estado, dirigir la estructura orgánica de la sociedad capitalista".

En el III congreso panruso de los sóviets (enero de 1918), el gobierno aprobó una directiva traspasando todos los poderes de la vieja administración zarista a los sóviets locales: "Todo el país tiene que quedar cubierto por una red de nuevos sóviets". En este congreso, Lenin diría: "se envía con mucha frecuencia al gobierno delegaciones de obreros y campesinos que preguntan cómo deben proceder, por ejemplo, con éstas o aquéllas tierras. Y yo mismo me he encontrado con situaciones embarazosas al ver que no tenían un punto de vista muy definido. Y les decía: ustedes son el poder, hagan lo que deseen hacer, tomen todo lo que les haga falta, les apoyaremos". Pocos meses después, en el XVII congreso del partido, declararía que "una minoría, el partido, no puede implantar el socialismo. Podrán implantarlo decenas de millones de seres cuando aprendan a hacerlo ellos mismos". Ideas de este tipo son las que se pueden encontrar en los escritos de Lenin y Trotsky, frente a las burdas acusaciones de que el leninismo y el estalinismo son lo mismo. No sólo tenían plena confianza en la capacidad de la clase obrera para llevar a cabo todas sus tareas históricas, sino que estaban impacientes por que comenzaran a hacerlo.

Octubre alumbró el régimen más democrático de la historia. Incluso los partidos burgueses tuvieron libertad de acción y propaganda durante los primeros meses. Pero la burguesía rusa y sus aliados imperialistas desencadenaron una ofensiva militar para aplastar al joven Estado obrero. A principios de 1918, fuerzas navales francesas y británicas ocuparon Múrmansk y Arkángel, y poco después marchaban sobre Petrogrado.

En abril, los japoneses entraron en Vladivostok, mientras el imperialismo alemán ocupaba Polonia, Lituania, Letonia y Ucrania en colaboración con los generales blancos Krásnov y Wrangel.

La contrarrevolución empezaba a organizarse fuera y dentro de Rusia, consciente del peligro que suponía la revolución rusa en el plano internacional. Hasta veintiún ejércitos imperialistas invadieron la Rusia revolucionaria, para acabar con el movimiento de los trabajadores y campesinos.

Y en el interior, la amenaza para la revolución no sólo vino de los restos del zarismo, agrupados en los ejércitos blancos, sino también de los partidos reformistas, que se pasaron abiertamente a la contrarrevolución. Primero los mencheviques y eseristas de derecha, y, más tarde, los eseristas de izquierda, que atentaron contra Lenin en 1918, se alzaron en armas contra el poder de los sóviets.

Esta fue la razón de que, como medida temporal, fueran prohibidos los partidos que intentaran aplastar violentamente la revolución. Pero esta prohibición no fue tampoco ningún golpe de mano bolchevique. Mencheviques y eseristas habían sido respectivamente el partido mayoritario entre los trabajadores y los campesinos, pero ninguno de los dos fue apoyado por las masas en la guerra civil; ya habían tenido ocasión de demostrar qué intereses defendían. Ahora las masas estaban con los bolcheviques, que les habían dado en la práctica, no en palabras, la democracia, la tierra, su destino.

INTERNACIONALISMO REVOLUCIONARIO

Sin embargo, en la situación había un elemento de una importancia fundamental: Rusia era un país atrasado. Para el marxismo, el socialismo significa un sistema social capaz de lograr un desarrollo de las fuerzas productivas superior al del capitalismo, basándose en las conquistas y adelantos de éste.

La construcción del socialismo en un solo país es una utopía reaccionaria, y más en un país agrícola y atrasado como la Rusia de 1917. Lenin y Trotsky eran completamente conscientes de ello, pero su actitud no fue la del fatalista que, como cree que no hay condiciones para el socialismo, deja pasar la oportunidad revolucionaria, ni la del idealista que se pasa la vida entera esperando que las condiciones

“estén maduras en todas partes”. Aquí entra en juego el papel de la dirección, del partido revolucionario, dotado de la mejor arma que existe: el método y el programa del marxismo. No dejar pasar los acontecimientos, sino intervenir para transformarlos.

Lenin y Trotsky creían que, si la revolución no se extendía a algunos países capitalistas avanzados, especialmente Alemania, que pudiesen socorrer a la atrasada economía rusa, la revolución estaría perdida. En sus escritos de esa época podemos encontrar muchos ejemplos, como estas palabras de Lenin el 8 de noviembre de 1918: “Desde el principio de la Revolución de Octubre, nuestra política exterior y de relaciones internacionales ha sido la principal cuestión a la que nos hemos enfrentado. No simplemente porque de ahora en adelante todos los estados del mundo están siendo firmemente atados por el imperialismo en una sola masa sucia y sangrienta, sino porque la victoria completa de la revolución socialista en un solo país es inconcebible y exige la cooperación más activa de por lo menos varios países avanzados, lo que no incluye Rusia (...) Nunca hemos estado tan cerca de la revolución proletaria mundial de lo que estamos ahora. Hemos demostrado que no estábamos equivocados al confiar en la revolución proletaria mundial, sólo añadirán combustible a las llamas que les consumirán a todos”.

El internacionalismo de los bolcheviques no venía dado por sentimentalismos vacíos, ni era un ideal de solidaridad, ni esperaban llevar adelante la construcción del socialismo en Rusia con donativos internacionales, con envíos de leche o cosas por el estilo. Era una cuestión de vida o muerte. La revolución en un solo país no podía abstraerse del capitalismo como sistema mundial. Las condiciones para el socialismo no existían en Rusia, pero sí a nivel mundial, especialmente en los países capitalistas avanzados de Europa. Los bolcheviques eran conscientes de que el triunfo revolucionario en Rusia abriría las puertas a la revolución proletaria mundial.

OLEADA REVOLUCIONARIA

Octubre de 1917 tuvo un efecto colosal en la conciencia de la clase obrera mundial. Tras años de brutal carnicería imperialista en la guerra mundial y traiciones de los dirigentes reformistas, la revolución

rusa demostraba que era posible cambiar las cosas, que había un camino, una salida al final del túnel. Octubre es un punto de inflexión en el desconcertado movimiento obrero europeo. En Alemania, Francia, Italia, Austria-Hungría, Inglaterra, las masas miraban con esperanza la revolución rusa. Hasta en el Estado español, que no participó en la guerra, se sintieron sus efectos, con la huelga general revolucionaria de 1917 y el llamado trienio bolchevique. En este contexto, con los dirigentes socialdemócratas de toda Europa apoyando la guerra desde el principio, se forman corrientes marxistas de masas en las viejas organizaciones reformistas. La máxima expresión de este proceso fue la revolución alemana de 1918-19.

En el momento de la insurrección, Rusia seguía en guerra con Alemania. La imposibilidad de mantener una guerra revolucionaria con este país llevó a los bolcheviques a negociar en Brest-Litovsk una paz por separado. Estas negociaciones fueron utilizadas por Trotsky como plataforma propagandística a nivel internacional. Sus discursos contra la guerra y por una paz sin anexiones ni indemnizaciones fueron acogidos con entusiasmo por los trabajadores de Alemania y del Imperio Austro-Húngaro.

En enero de 1918 comenzó en Alemania un potente movimiento huelguístico, con una huelga de 400.000 obreros de la industria armamentista que exigían “una paz sin anexiones ni indemnizaciones, de acuerdo con los principios formulados por los comisarios del pueblo ruso en Brest-Litovsk”. Con el movimiento obrero y el ejército en efervescencia, el proceso se fue desarrollando hasta que estalla una insurrección en la flota imperial, que da lugar, el 3 de noviembre, a la formación del primer sóviet de la revolución alemana, en la ciudad portuaria de Kiel.

Inmediatamente el movimiento se extendió y se formaron sóviets por toda Alemania. Los obreros confraternizaron con los soldados y se produjeron manifestaciones armadas que demostraron quién tenía el poder y que dejaron suspendido en el aire al gobierno burgués. Pero en Alemania se vio la importancia decisiva de la dirección, del partido revolucionario, que no se puede improvisar en medio de la propia revolución.

El 6 de enero de 1919 se convoca una huelga revolucionaria en la que los obreros toman Berlín. Pero esto era más parecido a las jornadas de julio que a la insurrección de octubre. Rosa Luxemburgo y

Karl Liebknecht se dieron cuenta de que la situación aún no estaba madura en el resto del país, pero, al igual que hicieran los bolcheviques en julio, no abandonaron cobardemente a su clase y encabezaron el movimiento, lo que les costó la vida. La revolución fue masacrada por la burguesía y los ministros socialdemócratas del gobierno.

LA GUERRA CIVIL

La derrota de la revolución alemana fue un duro golpe para los revolucionarios rusos. La guerra civil había comenzado y los bolcheviques se enfrentaban a los ejércitos blancos y a la agresión imperialista, en un país atrasado y con un ejército formado a partir de los restos del ejército zarista. En un momento dado de la guerra civil, el poder soviético sólo abarcaba dos provincias. Sin embargo, la revolución salió victoriosa.

Trotsky fue designado como responsable de organizar el Ejército Rojo, que en poco tiempo se convirtió en una fuerza formidable de cinco millones de hombres. Aquí se produjo uno de los logros más gigantescos de Octubre: la victoria sobre la contrarrevolución interior y exterior. Esto fue posible porque la guerra se desarrolló como una guerra revolucionaria: no sólo militar, sino también política. Los trabajadores y campesinos rusos no luchaban por los intereses de un gobierno que les era ajeno o de los grandes capitalistas, luchaban y morían por sus conquistas, la tierra, las fábricas, el ser dueños de su propio destino.

El internacionalismo de los bolcheviques también jugó un papel decisivo, orientándose a los soldados “enemigos”. Se produjeron motines y confraternizaciones no sólo en los ejércitos blancos, sino en los ejércitos extranjeros.

En 1920, los imperialistas tuvieron que salir de Rusia por la imposibilidad de permanecer allí. No sólo las tropas se negaban ya muchas veces a obedecer las órdenes, también en sus propios países se daban movimientos contra la intervención que, en muchos casos, desembocaron en movimientos revolucionarios. La contrarrevolución fue derrotada por la solidaridad internacionalista de la clase obrera y por la imposibilidad del capitalismo de ofrecer nada a las zonas de Rusia que llegó a controlar, excepto una represión sangrienta y la vuelta al zarismo.

LA FORMACIÓN DE LA III INTERNACIONAL

Desde antes de la revolución rusa, para Lenin y otros pocos revolucionarios había quedado claro el carácter antimarxista y antisocialista de la II Internacional, su papel en la guerra imperialista y, después, su actuación como valedor del capitalismo frente a la revolución, sobre todo en Alemania. Los acontecimientos en Rusia llevaron a Lenin a plantear claramente la necesidad de formar una nueva internacional.

La III Internacional se constituyó formalmente en marzo de 1919 como el partido mundial de la revolución socialista. Los fines que se planteó eran destruir el capitalismo y la construcción de una cadena de repúblicas socialistas soviéticas, que se federaran con la URSS, a la que no se concebía como una entidad independiente, sino como la base de la revolución mundial. La concepción de la revolución mundial como la única vía al socialismo se manifestaba en todo momento.

La formación de la III Internacional llevó rápidamente a la creación de fuertes partidos comunistas en los países más importantes del mundo: Alemania, Francia, Checoslovaquia, etc., lo que dio un nuevo impulso en toda Europa a la ola revolucionaria, como el caso de Italia, donde en 1920 los trabajadores tomaron las fábricas. Los dirigentes socialdemócratas volvieron a traicionar al movimiento, pidiendo que “se detuvieran los procedimientos inconstitucionales”.

DIFICULTADES EN RUSIA

Al tiempo que la situación en el interior de Rusia se agravaba por momentos, Lenin y Trotsky orientaban todos sus esfuerzos a la revolución internacional.

El inicio de la guerra civil llevó a los bolcheviques a implantar el *comunismo de guerra* —dirigir todas las fuerzas productivas posibles al sostenimiento del esfuerzo bélico—, lo que se tradujo en enormes sacrificios para las masas.

La idea inicial de los bolcheviques no era nacionalizar todas las fábricas, sino establecer el control obrero, para que los trabajadores aprendiesen a dirigir la producción. Pero la intervención imperialista y el boicot y sabotaje de los antiguos propietarios les obligó a

poner la parte decisiva de la producción en manos del Estado. Entre julio y diciembre de 1918, 1.208 empresas pasaron a ser de propiedad estatal.

A esto se le unía la escasez de técnicos en las empresas, la administración y el ejército, lo que forzó la contratación, con salarios más altos, de antiguos funcionarios zaristas, oficiales, ingenieros, etc. En agosto de 1920, 48.404 antiguos oficiales zaristas se habían alistado como especialistas militares. Para intentar que no se pasaran al enemigo, se les concedieron una serie de privilegios.

El historiador y disidente soviético Roy Medvedev explica que “la primera escala salarial soviética establecía una ratio de 1 a 2’1 entre los ingresos más bajos y los más altos. A principios de 1919, la diferencia entre los dos extremos se había reducido incluso más, y pasó a ser de 1 a 1’75. Esto continuó hasta el principio de la NEP, en otoño de 1921 (...) La ratio entre el nivel más bajo y el más alto (...) se fijó en 1 a 8”.

Lenin veía todos estos acuerdos como concesiones capitalistas fruto del atraso y el aislamiento de Rusia y de la dependencia de técnicos burgueses. La guerra civil y el hambre provocaron más de nueve millones de muertos, el país estaba devastado.

En estas condiciones, los dirigentes bolcheviques, obligados por el cerco imperialista, se esforzaron por defender a toda costa la revolución. A pesar del colapso de la economía por culpa de la guerra mundial y de la guerra civil, los bolcheviques y las masas rusas lograron superar las dificultades.

La revolución rusa demostró su derecho a existir. Las aspiraciones revolucionarias de todo lo vivo y progresista que había en la Rusia de 1917 se expresaron en los acontecimientos de aquel proceso.

X. Del comunismo de guerra y la NEP al surgimiento de la burocracia

Juan Ignacio Ramos

La traición de los dirigentes socialdemócratas en Alemania, Italia y otros países, unida a la inmadurez y los errores de los jóvenes partidos comunistas, permitió a la burguesía rehacer sus posiciones y derrotar temporalmente al proletariado, lo que agudizó el aislamiento de la revolución rusa. Eran las condiciones más desfavorables que se podrían imaginar para la transición del capitalismo a la sociedad socialista.

LA TEORÍA MARXISTA DEL ESTADO

Marx y Engels explicaron en numerosas ocasiones que no es posible saltar directamente del capitalismo a una sociedad sin clases. Lo impide la herencia cultural y material del capitalismo, y en Rusia esa herencia era mil veces más pesada que en los países industrializados de Europa.

Tras la revolución socialista tiene que haber un período transitorio que prepare las condiciones para desarrollar ininterrumpidamente las fuerzas productivas y poner fin a la lucha por la supervivencia y el excedente.

Marx y Engels denominaron a este período *dictadura del proletariado*, cuando la clase obrera toma el poder y destruye la vieja maquinaria estatal de la sociedad burguesa. El nuevo Estado, sin embargo, tiene un carácter muy diferente al Estado capitalista. Ya no trata de aplastar a la mayoría de la población para defender los privilegios

de una minoría, sino de mantener bajo control a un puñado de ex capitalistas y ex terratenientes.

En esta fase de transición, la clase obrera tiene en sus manos las palancas fundamentales de la sociedad, está organizada como clase dominante y no necesita, para impedir la vuelta de los antiguos propietarios, un gran aparato estatal. Lenin subrayó esta idea en *El Estado y la revolución*: “Es necesario todavía un aparato estatal, una maquinaria especial de represión: el Estado. Pero es ya un Estado de transición, no es ya un Estado en el sentido estricto de la palabra”.

Anteriormente, Engels había abundado en la misma cuestión en el *Anti-Dühring*: “Cuando, junto con la dominación de clase y la lucha por la existencia individual creada por la actual anarquía en la producción, esos conflictos y excesos que resultan de esta lucha desaparezan, en adelante no habría nada que reprimir ni necesidad de un instrumento especial de represión, el Estado. Para que el Estado desaparezca, la dominación de clase y la lucha por la existencia individual tienen que desaparecer”.

La condición previa para la transición a una sociedad sin clases es el desarrollo de las fuerzas productivas, tanto en la industria como en la agricultura, favoreciendo el avance de la técnica y la cultura. El objetivo, tantas veces enfatizado por Marx, consiste en crear las condiciones materiales adecuadas para que la clase obrera, una vez liberada de la penosa tarea de luchar cotidianamente por su supervivencia, pueda dedicar sus energías a la participación y el control de toda la actividad social, en el terreno político, económico y cultural.

Esta condición es absolutamente necesaria. Sin tiempo material, los trabajadores no pueden llevar a cabo las tareas de control y participación, y ese tiempo sólo se tiene si las fuerzas productivas se desarrollan aceleradamente.

Con la expropiación de la burguesía y la socialización de fábricas e industrias, la planificación económica puede hacer que la sociedad progrese con botas de siete leguas. En las condiciones de una economía moderna y desarrollada, la planificación, utilizando los adelantos de la tecnología, permitiría la reducción inmediata de la jornada a 30 horas, para pasar rápidamente a 25 o, incluso, a 20 horas. Utilizando en beneficio de la mayoría todo el potencial que

hoy encierra la economía mundial, el pleno empleo no sería un sueño, sino una realidad inmediata. Sin embargo, estas condiciones estaban ausentes de la sociedad rusa que los bolcheviques recibieron en 1917.

En la práctica, a pesar de que el gobierno revolucionario estableció inmediatamente la jornada de 8 horas para favorecer la participación de los obreros en el control del Estado, las dificultades económicas, la penuria, el esfuerzo de la guerra civil y la reconstrucción de la sociedad obligaron en muchas ocasiones a prolongar la jornada laboral del proletariado.

LOS PROBLEMAS DE LA EDIFICACIÓN SOCIALISTA

Entre 1917 y 1921, la guerra civil aumentó la destrucción, la miseria y el colapso económico del país, desmoronando su tejido industrial y agrícola. A pesar de las condiciones extremas, el Ejército Rojo, creado desde las fábricas por León Trotsky, demostró su enorme capacidad de combate frente a los veintidós ejércitos invasores.

La guerra no se ganó por el nivel del equipamiento y armamento del Ejército Rojo, muy inferior al de los imperialistas, sino por el carácter revolucionario que desde el principio se imprimió al conflicto: la liberación de la tierra y las ciudades era continuada con la reforma agraria, la expropiación de las fábricas, que pasaban a manos de los trabajadores, y la extensión de los derechos democráticos a las minorías nacionales oprimidas. Los bolcheviques combinaron una guerra revolucionaria en el territorio ruso con un llamamiento permanente a la clase obrera mundial a favor del derrocamiento del capitalismo y la revolución socialista. El ambiente revolucionario del proletariado europeo y la agitación bolchevique incluso contagiaron a las tropas de los ejércitos imperialistas, que fueron amotinándose y convirtiéndose en un arma inservible para los fines contrarrevolucionarios. El triunfo militar del bolchevismo fue extraordinario, pero las consecuencias de la guerra fueron devastadoras.

Todos los rasgos de la antigua barbarie volvieron a salir a la superficie. La lucha de clases no sólo no desapareció, sino que, muy al contrario, la depauperación de la vida social implicó una lucha brutal por el excedente.

LA SITUACIÓN EN EL CAMPO

El problema de la tierra presidió toda la estrategia bolchevique de transición al socialismo. El decreto sobre la tierra, promulgado en el II congreso panruso de los sóviets, recogió las reivindicaciones fundamentales del antiguo partido eserista: cualquiera que la solicitase tenía derecho a una parcela de tierra. La aplicación del programa social revolucionario en la aldea fue una medida de transición dictada por la complejidad de la realidad rusa. No era realmente el programa agrario del bolchevismo, que defendía la colectivización del campo aplicando a la agricultura los últimos avances técnicos.

Pero, en aquel contexto, la sed de tierra de los campesinos era una fuerza irresistible; los bolcheviques se habían ganado su confianza denunciando la incapacidad del gobierno provisional para suprimir el latifundio y proceder al reparto de la tierra. Por otra parte, en condiciones de colapso económico, no existían los medios materiales para que la industria proveyese de la tecnología necesaria para colectivizar la tierra.

Cualquier intento en esa dirección hubiera significado una pérdida de apoyo a la revolución entre los campesinos. Los bolcheviques nunca se engañaron al respecto; se trataba de una concesión necesaria hasta que el desarrollo de las fuerzas productivas industriales permitiese demostrar al campesinado las ventajas de la producción colectivizada frente a la pequeña propiedad.

Paralelamente, en la industria, la aprobación del decreto de control obrero en las fábricas no eliminó la necesidad de apoyarse durante un tiempo en los viejos propietarios, para aprovechar sus conocimientos técnicos y de organización.

Sin embargo, esa colaboración no funcionó, por el sabotaje continuado de los técnicos y burgueses, y finalmente el control obrero se extendió a la propia administración por medio de los comités de fábrica.

En aquellas condiciones extremas, los bolcheviques intentaron disciplinar la producción introduciendo una organización centralizada que permitiera abastecer a las ciudades y continuar la lucha del Ejército Rojo. Era inimaginable pasar directamente al socialismo desde una economía rural doméstica y una producción de mercancías a pequeña escala.

La lucha de clases se agudizó durante los primeros años. Los bolcheviques expropiaron y nacionalizaron las fábricas y la banca, establecieron el monopolio del comercio exterior y levantaron una administración obrera. Pero la insuficiencia en el terreno industrial era muy grande y la producción, escasa.

El intercambio de mercancías entre el campo y la ciudad se había reducido drásticamente. En 1918 no se disponía siquiera de la mitad del suministro mensual habitual de cereal. En palabras de Lenin, la lucha por el cereal se convirtió en la lucha por el socialismo. Se impuso el monopolio estatal del trigo y dio comienzo la lucha contra el *kulak*, el campesino acomodado. El grano necesario para alimentar a las ciudades se tuvo que obtener por métodos coercitivos, tarea en la que se involucraron los campesinos pobres, agudizando de esta forma el conflicto entre las diferentes capas del campesinado.

Los campesinos pequeños y medianos fueron obligados a entregar parte de su producción. Sin embargo, el Estado obrero sólo proporcionaba al campesino moneda con la que apenas podía comprar nada. La industria no podía ayudar a incrementar la productividad agraria porque era incapaz de proporcionarle al campesino bienes de consumo.

La situación en el campo empeoró considerablemente: las cosechas bajaron su rendimiento y las granjas colectivas estatales —*koljoses* y *sovjoses*, que representaban solamente un 3-4% de la superficie agraria útil— carecían de ganado y de aperos de labranza.

Al inicio de la guerra civil, el territorio bajo control bolchevique se limitaba a una pequeña parte de la Rusia central. Zonas vitales y ricas en grano, combustibles y materias primas, como la región del Volga, Siberia, Turquestán, Ucrania o el Cáucaso, estuvieron controladas durante mucho tiempo por los ejércitos blancos. El país desapareció como organismo económico unitario, lo que realza todavía más los logros del nuevo régimen, que fue capaz de ganar la guerra y hacer avanzar la sociedad.

EL COMUNISMO DE GUERRA

Toda la producción fue sometida a un régimen militar. En 1918 se nacionalizó el comercio interior y, para poder realizar de forma equitativa la distribución, toda la población se agrupó en cooperativas

subordinadas a un consejo de Alimentación. Todo este conjunto de medidas fueron conocidas como *comunismo de guerra*, gracias al cual se abasteció al Ejército Rojo y se resolvieron los problemas más peyoratorios de las masas urbanas. Sin embargo, la situación del campo y la industria era terrible.

En 1920 la producción de mineral de hierro y de hierro fundido cayó al 1'6% y 2'4% respectivamente de sus niveles en 1913. El carbón, al 17%; la producción general de bienes manufacturados, al 12'9%. La producción agrícola cayó un 16% entre 1916 y 1919. En 1921, la cosecha de cereales fue de sólo 37'6 millones de toneladas, un 43% de la media de preguerra. Se desataron epidemias de tifus y cólera, y apareció el hambre. En diciembre de 1919, Lenin dijo: "Estamos sufriendo una crisis desesperada".

La caída de la economía afectó directamente a la composición de la clase obrera, que en 1920 se redujo al 43% de su tamaño en 1917. "El proletariado industrial —escribió Lenin—, debido a la guerra y la pobreza y ruina desesperadas, se ha desclasado, es decir, ha sido desalojado de su rutina de clase, ha dejado de existir como proletariado. El proletariado es la clase que participa en la producción de bienes materiales en la industria capitalista a gran escala. En la medida en que la industria a gran escala ha sido destruida, en la medida que las fábricas están paradas, el proletariado ha desaparecido".

Las consecuencias de este proceso de atomización y dispersión de la clase obrera fueron dramáticas para el establecimiento de un régimen de democracia obrera viable. En muchos casos las estructuras soviéticas dejaron de funcionar, los sóviets cayeron en desuso como órganos de poder obrero o fueron sustituidos por los comités del partido. Las tareas de la administración del Estado eran atendidas cada vez más por un número importante de antiguos funcionarios del régimen zarista, mientras los mejores cuadros comunistas servían en el frente, como comisarios rojos, o estaban consagrados a la reconstrucción económica.

Lenin era consciente de la situación: aislamiento internacional, colapso económico, hambruna en el campo... Efectivamente, la situación era desesperada.

La falta de abastecimiento a las ciudades se combinaba con el hambre en las zonas rurales, y pronto se sucedieron los estallidos y las manifestaciones de campesinos y de trabajadores contra la escasez. En

Tombov se organizó un levantamiento campesino y en Kronstadt, en 1921, la guarnición naval se sublevó contra el poder de los sóviets. Esta amenaza a la revolución era aún más grave que la agresión imperialista. El desgaste, la división en el campesinado y la escasez general obligaron a los bolcheviques a dar un giro. En 1921, la introducción de la NEP (Nueva Política Económica) supuso una nueva concesión a favor del restablecimiento del intercambio comercial en el campo.

LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA (NEP)

Las palabras de Marx planeaban sobre los líderes bolcheviques: "El desarrollo de las fuerzas productivas es prácticamente la primera condición absolutamente necesaria [del comunismo], por esta razón: sin él se socializaría la indigencia y ésta haría resurgir la lucha por lo necesario, rebrotando, consecuentemente, todo el viejo caos".

La NEP sólo puede entenderse desde la óptica de las condiciones hostiles que rodeaban la transición al socialismo en Rusia. El fracaso de la revolución europea y las dificultades internas obligaron a la dirección del partido a emprender una retirada táctica. Así, en el X congreso se anunció la sustitución del sistema de entregas forzosas de grano por un impuesto en especie, con lo que los campesinos podían disponer de un excedente para comerciar en el mercado. El objetivo último era estimular la economía agrícola. Inicialmente se trataba de una experiencia limitada y supeditada a la economía planificada; el Estado seguía concentrando toda la industria pesada, las comunicaciones, la banca, el sistema crediticio, el comercio exterior y una parte preponderante del comercio interior.

Pero, a pesar de la NEP, los problemas continuaron. En 1923, el desfase entre los precios industriales y los agrarios continúa aumentando. La productividad del trabajo en la industria era muy baja, y esto significaba precios altos para los productos industriales, mientras que los beneficios obtenidos por los pequeños campesinos eran insuficientes para poder acceder a ellos.

Al mismo tiempo, los kulaks fortalecían su posición en el mercado, acaparando y comprando el grano del pequeño productor, y convirtiéndose así en los únicos interlocutores del Estado. Esto se

reflejaba también en los sóviets locales, donde su influencia era cada vez mayor. Las tendencias pro-burguesas en el campo crecían y se desarrollaban en paralelo al fortalecimiento y el aumento del peso de la burocracia.

Lenin, consciente de esta situación, empezó a denunciar enérgicamente el nuevo rumbo de los acontecimientos y advirtió: “Echamos a los viejos burócratas, pero han vuelto (...) llevan una cinta roja en sus ojales sin botones y se arrastran por los rincones calientes. ¿Qué hacemos con ellos? Tenemos que combatir a esta escoria una y otra vez, y si la escoria vuelve arrastrándose, tenemos que limpiarla una y otra vez”.

LAS BASES DE LA BUROCRACIA

“La reacción creció durante el curso de las guerras que siguieron [a la revolución]; las condiciones exteriores y los acontecimientos la nutrieron sin cesar” (León Trotsky, *La revolución traicionada*, p. 110).

Tras un período de tensiones colosales y de esperanzas e ilusiones en el triunfo revolucionario del proletariado europeo, el péndulo giró. El reflujo de la actividad política de la clase obrera rusa, junto a su atomización, el agotamiento de sus fuerzas y la desmovilización de millones de hombres del Ejército Rojo, jugaron un papel decisivo en la formación de la nueva burocracia. A finales de 1920, el número de funcionarios del Estado había pasado de poco más de 100.000 a 5.880.000, y el número seguía creciendo. Muchos de ellos no eran comunistas, ni siquiera obreros avanzados, sino elementos que provenían del viejo aparato zarista; miles de ellos fueron empleados en el Ejército Rojo como personal militar cualificado, bajo la supervisión de los comisarios rojos.

Como Trotsky comentó, en ese contexto “la joven burocracia, formada precisamente para servir al proletariado, se sintió árbitro entre las clases y adquirió una autonomía creciente”. A la vieja generación de militantes del partido se le unió una nueva, que desconocía las tradiciones bolcheviques. La necesidad de “dar un respiro” a la situación, en medio de la escasez generalizada, favoreció el aumento de la confianza de los funcionarios en su propio papel: utilizando su posición, se aprovechaban de las escasas ventajas materiales.

Las dificultades, tanto externas como internas, alimentaban el proceso. La cadena de fracasos revolucionarios en Europa occidental, especialmente el alemán de 1923, alimentó esta dinámica y concedió a la naciente burocracia la fuerza suficiente para pensar, ilusoriamente, que el socialismo podía construirse “paso a paso” dentro de las fronteras nacionales de Rusia.

En cualquier caso, fue un proceso que tuvo numerosos puntos de inflexión.

La democracia obrera fue minándose, tanto en lo relativo a los órganos de poder (los sóviets) como en el interior del partido: “La degeneración del partido fue la causa y la consecuencia de la burocratización del Estado”, escribió Trotsky en *La revolución traicionada*.

Desde su fundación, la historia del partido bolchevique estuvo jalonada por el debate y la controversia. Existía la democracia más amplia para poder exponer libremente todas las opiniones. Además, el régimen interno del bolchevismo siempre reconoció la libertad de plataformas, incluso de fracciones. En 1918, a raíz de la paz de Brest-Litovsk, no hubo una sola opinión, sino tres, representadas por Lenin, Trotsky y los llamados “comunistas de izquierda”, liderados por Bujarin y Preobrazhenski, que se constituyeron en fracción y publicaron incluso un periódico diario.

El X congreso aprobó, como medida temporal, la prohibición de las fracciones, pero no así las plataformas políticas de cara a los congresos del partido. Se trataba, como Lenin señaló, de una excepción dictada por las circunstancias del momento: los levantamientos campesinos, Kronstadt, un momento de extremo peligro para el Estado obrero. Jamás esta medida fue considerada una norma, sino una excepción.

A pesar de todo, la naciente burocracia fue afianzando sus posiciones. Lenin y los bolcheviques tuvieron siempre como primera tarea preservar al partido de las taras del poder. Sin embargo, las condiciones materiales obligaron al partido a desarrollar las funciones que correspondían a los sóviets y a la clase obrera. La dictadura del proletariado se ejerció a través del partido: “La estrecha conexión — escribió Trotsky — y, algunas veces, la fusión de los órganos del partido y del Estado provocaron desde los primeros años un perjuicio a la libertad y elasticidad del régimen interno del partido”.

Poco a poco, la democracia obrera dentro y fuera del partido fue languideciendo y el control de la base fue siendo sustituido por el control burocrático. Las causas materiales, y no las intenciones subjetivas, cimentaron el surgimiento de la burocracia. Pero este proceso no fue inevitable. Una vez que Lenin murió, Stalin y su camarilla llevaron a cabo una auténtica guerra civil unilateral contra los mejores cuadros del bolchevismo, para imponer su dominio autoritario. El *termidor* burocrático surgió del atraso económico de Rusia y de la derrota de la revolución en el resto de Europa; ese aislamiento de la revolución dentro de las fronteras rusas aceleró, a su vez, la degeneración burocrática.

LENIN Y OCTUBRE

I. LOS BOLCHEVIQUES DEBEN TOMAR EL PODER

12-14 (25-27) de septiembre de 1917

Después de haber conquistado la mayoría en los sóviets de diputados obreros y soldados de ambas capitales, los bolcheviques pueden y *deben* tomar en sus manos el poder del Estado.

Pueden, pues la mayoría activa de los elementos revolucionarios del pueblo de ambas capitales es suficiente para llevar tras de sí a las masas, vencer la resistencia del enemigo, derrotarlo, conquistar el poder y sostenerse en él; pueden, pues al proponer en el acto la paz democrática, entregar en el acto la tierra a los campesinos y restablecer las instituciones y libertades democráticas, aplastadas y destrozadas por Kerensky, los bolcheviques formarán un gobierno que *nadie* podrá derrocar.

La mayoría del pueblo *nos apoya*. Así lo ha demostrado el largo y difícil camino recorrido desde el 6 de mayo hasta el 31 de agosto y hasta el 12 de septiembre: la mayoría en los sóviets de ambas capitales es el *fruto* de la evolución del pueblo *hacia nosotros*. Lo mismo demuestran las vacilaciones de los eseristas y mencheviques, y el fortalecimiento de los internacionalistas entre ellos.

La Conferencia Democrática *no* representa a la mayoría del pueblo revolucionario, sino *únicamente a las cúspides pequeñoburguesas conciliadoras*. No debemos dejarnos engañar por las cifras electorales, pues el quid de la cuestión no está en ellas: comparad las elecciones a las dumas urbanas de Petrogrado y Moscú con las de los sóviets. Comparad las elecciones en Moscú y la huelga moscovita del 12 de agosto: ahí tenéis los datos objetivos referentes a la mayoría de los elementos revolucionarios que guían a las masas.

La Conferencia Democrática engaña a los campesinos, no dándoles ni la paz ni la tierra.

El gobierno bolchevique es el *único* que satisfará a los campesinos.

* * *

¿Por qué deben los bolcheviques tomar el poder precisamente *ahora*?

La inminente entrega de Petrogrado hará cien veces más difíciles nuestras posibilidades.

Y, mientras el ejército esté encabezado por Kerensky y Cía., *no estamos en condiciones* de impedir la entrega de Petrogrado.

No se puede “esperar” a la Asamblea Constituyente, pues Kerensky y Cía. *podrán frustrarla* siempre con esa misma entrega de Petrogrado. Sólo nuestro partido, tomando el poder, puede asegurar la convocatoria de la Asamblea Constituyente y, después de tomar el poder, acusará de demora a los demás partidos y demostrará su acusación.

La paz por separado entre los imperialistas ingleses y alemanes puede y debe ser impedida únicamente si se actúa con rapidez.

El pueblo está cansado de las vacilaciones de los mencheviques y eseristas. Sólo nuestra victoria en ambas capitales hará que los campesinos nos sigan.

* * *

No se trata del “día” de la insurrección, de su “momento”, en el sentido estrecho de la palabra. Eso lo decidirá únicamente la voluntad común de los que *están en contacto* con los obreros y los soldados, con *las masas*.

Se trata de que ahora, en la Conferencia Democrática, nuestro partido tiene de hecho *su congreso*, y este congreso *debe* (lo quiera o no) decidir el *destino de la revolución*.

Se trata de conseguir que esta *tarea* sea clara para el partido: poner a la orden del día la *insurrección armada* en Petrogrado y Moscú (comprendida la región), conquistar el poder, derribar el gobierno. Hay que pensar en *cómo* hacer agitación en pro de esta tarea, sin expresarse así en la prensa.

Recordad y reflexionad sobre las palabras de Marx respecto a la insurrección: “*la insurrección es un arte*”, etc.

* * *

Es ingenuo esperar la mayoría “formal” de los bolcheviques: ninguna revolución espera *eso*. Tampoco lo esperan Kerensky y Cía., sino que preparan la entrega de Petrogrado. ¡Precisamente las ruines vacilaciones de la Conferencia Democrática deben agotar, y agotarán, la paciencia de los obreros de Petrogrado y Moscú! La historia no nos perdonará si no tomamos ahora el poder.

¿Que no existe un aparato? Ese aparato existe: los sóviets y las organizaciones democráticas. La situación internacional *precisamente* ahora, *en vísperas* de la paz por separado de los ingleses con los alemanes, *nos es favorable*. Precisamente ahora, proponer la paz a los pueblos significa *triunfar*.

Tomando el poder *simultáneamente* en Moscú y Petrogrado (no importa quién empiece; quizá pueda empezar incluso Moscú), triunfaremos *de manera indefectible y segura*.

II. EL MARXISMO Y LA INSURRECCIÓN

13-14 (26-27) de septiembre de 1917

Entre las más malignas y, tal vez, más difundidas tergiversaciones del marxismo por los partidos “socialistas” dominantes se encuentra la mentira oportunista de que la preparación de la insurrección, y en general considerar la insurrección como un arte, es blanquismo.

Bernstein, dirigente del oportunismo, se ganó ya una triste celebridad acusando al marxismo de blanquismo, y, en realidad, con su griterío acerca del blanquismo, los oportunistas de hoy no renuevan ni “enriquecen” en lo más mínimo las pobres “ideas” de Bernstein.

¡Acusar a los marxistas de blanquismo porque conciben la insurrección como un arte! ¿Es posible una distorsión más flagrante de la verdad, cuando ningún marxista niega que fue el propio Marx quien se pronunció del modo más concreto, más claro y más irrefutable acerca de este problema diciendo precisamente que la insurrección es un *arte*, que hay que tratarla como tal arte, que es necesario *conquistar* un primer triunfo y seguir luego avanzando de triunfo en triunfo, sin interrumpir la *ofensiva* contra el enemigo, aprovechándose de su confusión, etc., etc.?

Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en una conjura, no en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. La insurrección debe apoyarse en el *auge revolucionario del pueblo*. Esto en segundo lugar. La insurrección debe apoyarse en ese momento de viraje en la historia, de ascenso de la revolución, en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, a medias, indecisos, de la revolución. Esto en tercer lugar. Estas tres condiciones, previas al planteamiento del problema de la insurrección, son las que precisamente diferencian *el marxismo del blanquismo*.

Pero, si se dan estas condiciones, negarse a tratar la insurrección como un *arte* equivale a traicionar al marxismo y a la revolución.

Para demostrar que el momento actual es precisamente el momento en que el partido está obligado a reconocer que la *insurrección* ha sido puesta a la orden del día por la marcha objetiva de los acontecimientos y que debe ser considerada como un arte, acaso sea lo mejor emplear el método comparativo y trazar un paralelo entre las jornadas del 3 y 4 de julio y las de septiembre.

El 3 y 4 de julio se podía, sin faltar a la verdad, plantear el problema así: lo justo era tomar el poder, pues, de no hacerlo, los enemigos nos acusarían igualmente de insurrectos y nos tratarían como tales. Pero de esto no se puede sacar la conclusión de que hubiera sido conveniente tomarlo en aquel entonces, pues no existían las condiciones objetivas necesarias para que la insurrección pudiese triunfar.

1) No teníamos todavía con nosotros a la clase que es la vanguardia de la revolución. No contábamos todavía con la mayoría de los obreros y soldados de las capitales. Hoy tenemos ya la mayoría en ambos sóviets¹. Es fruto *solamente* de los acontecimientos de julio y agosto, de la experiencia de las “represalias” contra los bolcheviques y de la experiencia de la *kornilovada*.

2) No existía entonces un ascenso revolucionario de todo el pueblo. Hoy, después de la kornilovada, sí existe. Así lo demuestran la situación de las provincias y la toma del poder por los sóviets en muchos lugares.

3) Entonces las vacilaciones no habían cobrado todavía proporciones de serio alcance político general en las filas de nuestros enemigos y en las de la pequeña burguesía indecisa. Hoy esas vacilaciones son gigantescas: nuestro principal enemigo, el imperialismo de la Entente y el imperialismo mundial (ya que los “aliados” se encuentran a la cabeza de éste), empieza a vacilar entre la guerra hasta el triunfo final y una paz separada dirigida contra Rusia. Y nuestros demócratas pequeñoburgueses, que ya han perdido evidentemente la mayoría entre el pueblo, vacilan también de un modo extraordinario, habiendo renunciado al bloque, es decir, a la coalición con los kadetes.

1. Los bolcheviques ganaron la mayoría en el sóviet de Petrogrado el 31 de agosto (13 de septiembre) y en el de Moscú el 5 (18) de septiembre.

4) Por eso, en las jornadas del 3 y 4 de julio la insurrección habría sido un error: no habríamos podido mantenernos en el poder ni física ni políticamente. No habríamos podido mantenernos físicamente, pues aunque por momentos teníamos Petrogrado en nuestras manos, nuestros obreros y soldados no estaban dispuestos entonces a *batirse y a morir* por Petrogrado: les faltaba todavía el “ensañamiento”, el odio hirviente *tanto* contra los Kerensky *como* contra los Tsereteli y los Chernov. Nuestros hombres no estaban todavía templados por las persecuciones contra los bolcheviques, en que participaron los eseristas y los mencheviques.

Políticamente, en julio no habríamos podido sostenernos en el poder, pues, antes de la kornilovada, el ejército y las provincias podían marchar, y habrían marchado, sobre Petrogrado.

Hoy el panorama es completamente distinto.

Tenemos con nosotros a la mayoría de la clase que es la vanguardia de la revolución, la vanguardia del pueblo, la clase capaz de arrastrar detrás de sí a las masas.

Tenemos con nosotros a la mayoría del pueblo, pues la dimisión de Chernov es el indicio más claro y palpable, aunque no el único, de que los campesinos *no obtendrán la tierra* del bloque de los eseristas (ni de los propios eseristas), y éste es el quid del carácter popular de la revolución.

Estamos en la situación ventajosa de un partido que sabe firmemente cuál es su camino en medio de las más inauditas vacilaciones, tanto de *todo el imperialismo* como de todo el bloque de mencheviques y eseristas.

Nuestro triunfo es seguro, pues el pueblo está ya al borde de la desesperación, y nosotros señalamos al pueblo entero la verdadera salida: le hemos demostrado, en los días de la kornilovada, el valor de nuestra dirección y, después, *hemos propuesto* una transacción a los bloquistas, transacción que *éstos han rechazado* sin que por ello hayan terminado sus vacilaciones².

2. Se refiere a la propuesta que Lenin hizo a mencheviques y eseristas tras el fallido golpe de Kornilov (los bolcheviques volverían a apoyar a los sóviets si ellos rompían con los partidos burgueses). Cuando el 6 de septiembre salió publicada en un periódico bolchevique, llevaba una posdata de Lenin que decía lo siguiente: “Quizá ya es demasiado tarde para ofrecer una transacción. Quizá *también* han pasado ya los días en que *aún* era posible un desarrollo pacífico de la situación. Sí, todas las señales evidencian que ya han pasado”.

Sería el mayor de los errores creer que la transacción propuesta por nosotros no ha sido rechazada *todavía*, que la Conferencia Democrática aún puede aceptarla. La transacción era una oferta hecha de *partido a partidos*. No podía hacerse de otro modo. Los *partidos* la rechazaron. La Conferencia Democrática es sólo una *conferencia*, y nada más. No hay que olvidar una cosa: la *mayoría* del pueblo revolucionario, los campesinos pobres, irritados, no tienen representación en ella. Se trata de una conferencia de la *minoría del pueblo*; no se debe olvidar esta verdad evidente. Sería el mayor de los errores, el mayor de los cretinismos parlamentarios, que nosotros considerásemos la Conferencia Democrática como un parlamento, pues aun suponiendo que se hubiese proclamado parlamento permanente y soberano de la revolución, igualmente *no resolvería* nada: la solución está *fuera de ella*, está en los barrios obreros de Petrogrado y Moscú.

Contamos con todas las premisas objetivas para una insurrección triunfante. Contamos con las excepcionales ventajas de una situación en que sólo nuestro triunfo en la insurrección pondrá fin a unas vacilaciones que agotan al pueblo y que son la cosa más penosa del mundo; en que sólo nuestro triunfo en la insurrección dará inmediatamente la tierra a los campesinos; en que sólo nuestro triunfo en la insurrección hará fracasar todas esas maniobras de paz por separado, dirigidas contra la revolución, y las hará fracasar mediante la oferta franca de una paz más completa, más justa y más próxima, una paz en beneficio de la revolución.

Por último, nuestro partido es el único que, si triunfa la insurrección, *puede* salvar Petrogrado, pues si nuestra oferta de paz es rechazada y no se nos concede ni siquiera un armisticio, nos convertiremos en "defensistas", nos pondremos *a la cabeza de los partidos de guerra*, nos convertiremos en el partido "de guerra" *por antonomasia* y libraremos una guerra verdaderamente revolucionaria. Despojaremos a los capitalistas de todo el pan y de todas las botas. No les dejaremos más que migajas y los calzaremos con alpargatas. Y enviaremos al frente todo el pan y todo el calzado.

Y, así, salvaremos Petrogrado.

En Rusia, los recursos, tanto materiales como morales, con que contaría una guerra verdaderamente revolucionaria son todavía inmensamente grandes: hay un 99% de probabilidades de que los alemanes nos concederán, por lo menos, un armisticio. Y, en las

condiciones actuales, obtener un armisticio equivale ya a triunfar sobre el *mundo entero*.

* * *

Luego de haber reconocido la absoluta necesidad de la insurrección de los obreros de Petrogrado y Moscú para salvar la revolución y para salvar a Rusia de un reparto "por separado" a manos de los imperialistas de ambas coaliciones, debemos: primero, adaptar nuestra táctica política en la Conferencia Democrática a las condiciones de la insurrección creciente; segundo, demostrar que no aceptamos sólo de palabra la idea de Marx de que es necesario considerar la insurrección como un arte.

Debemos unir inmediatamente a la minoría bolchevique en la Conferencia Democrática, sin preocuparnos del número ni dejarnos llevar del temor de que los vacilantes continúen en el campo de los vacilantes; *allí* son más útiles a la causa de la revolución que en el campo de los luchadores firmes y decididos.

Debemos redactar una breve declaración de los bolcheviques subrayando con energía la inoportunidad de los largos discursos y la inoportunidad de los "discursos" en general, la necesidad de proceder a una acción inmediata para salvar la revolución, la absoluta necesidad de romper totalmente con la burguesía, de destituir íntegramente al actual gobierno, de romper de una manera absoluta con los imperialistas anglo-franceses, que están preparando el reparto "separado" de Rusia, la necesidad del paso inmediato de todo el poder a manos de la *democracia revolucionaria, encabezada por el proletariado revolucionario*.

Nuestra declaración deberá formular esta conclusión de la forma más breve y tajante, y de acuerdo con las propuestas programáticas: paz a los pueblos, tierra a los campesinos, confiscación de las ganancias escandalosas, poner fin al escandaloso sabotaje de la producción por los capitalistas.

Cuanto más breve y tajante sea la declaración, mejor. En ella deben señalarse claramente dos puntos de extraordinaria importancia: el pueblo está agotado por tantas vacilaciones, está harto de la indecisión de los eseristas y los mencheviques; y que nosotros rompemos definitivamente con esos *partidos* porque han traicionado a la revolución.

Una cosa más: la oferta inmediata de una paz sin anexiones, la inmediata ruptura con los imperialistas aliados, con todos los imperialistas. O bien obtendremos enseguida un armisticio, o bien el paso de todo el proletariado revolucionario a la posición de la defensa, y toda la democracia revolucionaria, dirigida por él, dará comienzo a una guerra verdaderamente justa, verdaderamente revolucionaria.

Después de dar lectura a esta declaración y de reclamar resoluciones y no palabras, acciones y no resoluciones escritas, debemos lanzar todo nuestro grupo *a las fábricas y a los cuarteles*: allí está su lugar, allí está el pulso de la vida, allí está la fuente de salvación de nuestra revolución y allí está el motor de la Conferencia Democrática.

Allí debemos exponer, en discursos fogosos y apasionados, nuestro programa y plantear el problema así: o la aceptación *íntegra* del programa por la Conferencia, o la insurrección. No hay término medio. No es posible esperar. La revolución se hunde.

Si planteamos el problema de ese modo y concentramos todo nuestro grupo en las fábricas y los cuarteles, *estaremos en condiciones de determinar el momento justo para iniciar la insurrección*.

Y para enfocar la insurrección al estilo marxista, es decir, como un arte, debemos, al mismo tiempo, sin perder un minuto, organizar un *Estado Mayor* de los destacamentos de la insurrección, distribuir las fuerzas, enviar los regimientos de confianza contra los puntos más importantes, cercar el Teatro de Alejandro y ocupar la fortaleza de Pedro y Pablo, arrestar al Estado Mayor y al Gobierno, enviar contra los cadetes militares y contra la División Salvaje aquellas tropas dispuestas a morir antes que dejar que el enemigo se abra paso hacia los centros neurálgicos de la ciudad; debemos movilizar a los obreros armados, haciéndoles un llamamiento para que se lancen a una desesperada lucha final; ocupar inmediatamente Telégrafos y Teléfonos, instalar *nuestro* Estado Mayor de la insurrección en la central telefónica y conectarlo por teléfono con todas las fábricas, todos los regimientos y todos los puntos de la lucha armada, etc.

Todo esto, naturalmente, a título de ilustración, como ejemplo de que en el momento actual no se puede ser fiel al marxismo, a la revolución, *sin considerar la insurrección como un arte*.

III. CONSEJOS DE UN AUSENTE

8 (21) de octubre de 1917

Escribo estas líneas el 8 de octubre, con poca esperanza de que lleguen a manos de los camaradas de Petrogrado para el 9. Es posible que lleguen ya tarde, pues el congreso de los sóviets de la región del Norte está convocado para el 10 de octubre. Intentaré, sin embargo, acudir con mis "Consejos de un ausente" para el caso de que la acción probable de los obreros y soldados de Petrogrado y de todos sus "alrededores" se realice pronto, pero no se ha realizado todavía.

Está claro que todo el poder debe pasar a los sóviets. Debe ser también indiscutible para todo bolchevique que un poder proletario revolucionario (o bolchevique, pues hoy es lo mismo) tendría aseguradas las mayores simpatías y el apoyo abnegado de los trabajadores y explotados del mundo entero en general, de los países beligerantes en particular y, sobre todo, de los campesinos rusos. No merece la pena detenerse en estas verdades, harto conocidas por todos y demostradas hace ya mucho.

En lo que sí hay que detenerse es en algo que seguramente no está claro por completo para todos los camaradas, a saber: que el paso del poder a los sóviets significa hoy, en la práctica, la insurrección armada. Podría creerse que esto es evidente, pero no todos se han parado ni se paran a meditarlo. Renunciar hoy a la insurrección armada significaría abjurar de la consigna principal del bolchevismo (¡Todo el poder a los sóviets!) y de todo el internacionalismo proletario revolucionario en general.

Pero la insurrección armada es un tipo *especial* de lucha política, sometido a leyes especiales, que deben ser analizadas con atención. Carlos Marx expresó esta verdad con mucho relieve al escribir que "*la insurrección [armada] es un arte, lo mismo que la guerra*".

Entre las reglas más importantes de este arte, Marx destaca las siguientes:

1. *No jugar nunca a la insurrección y, una vez empezada, saber firmemente que hay que llevarla hasta el final.*

2. Hay que concentrar, en el lugar y momento decisivos, *fuerzas muy superiores* porque, de lo contrario, el enemigo, mejor preparado y organizado, aniquilará a los insurrectos.

3. Una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor *energía* y pasar obligatoria e incondicionalmente *a la ofensiva*. “Estar a la defensiva es la muerte de todo alzamiento armado”.

4. Hay que esforzarse por sorprender al enemigo, por aprovechar el momento en que sus tropas estén aún dispersas.

5. Hay que conquistar éxitos *cada día* (incluso podría decirse que cada hora, si se trata de una sola ciudad) aunque sean pequeños, manteniendo a toda costa la *“superioridad moral”*.

Marx resume las enseñanzas de todas las revoluciones, en lo que a la insurrección armada se refiere, con unas palabras de Danton, “el maestro más grande de la táctica revolucionaria que se ha conocido: *de l’audace, de l’audace, encore de l’audace* [audacia, audacia y todavía más audacia]”³.

Aplicadas a Rusia y a octubre de 1917, esto quiere decir: ofensiva simultánea, y lo más súbita y rápida posible, sobre Petrogrado, que deberá realizarse indefectiblemente desde dentro y desde fuera, desde los barrios obreros y desde Finlandia, Reval y Kronstadt; ofensiva de *toda* la escuadra y concentración de una *superioridad gigantesca* de fuerzas sobre los 15.000 ó 20.000 hombres (acaso más) de nuestra “guardia burguesa” (los cadetes), nuestras tropas de la Vendée (una parte de los cosacos), etc.

Combinar nuestras *tres* fuerzas principales (la flota, los obreros y las unidades militares) de tal modo que podamos ocupar y mantener, *cualquiera que sea el número de bajas* que nos cueste: a) la central de Teléfonos; b) la central de Telégrafos; c) las estaciones ferroviarias; y d) por encima de todo, los puentes⁴.

3. Ver Engels, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. Estos artículos, publicados en 1851-52 en el *New York Daily Tribune* con la firma de Marx, fueron en realidad escritos por Engels. Marx se lo pidió por estar muy atareado con sus estudios económicos, aunque él participó en su elaboración, como revelan sus cartas de la época, y los revisó antes de enviarlos al periódico. La autoría real no se supo hasta mucho después, cuando se publicó la correspondencia.

4. Se refiere a los puentes sobre el Neva, el río de Petrogrado, que eran estratégicos porque, al ser levadizos, permitían aislar el centro de la ciudad de los barrios obreros, como el genial Sergei Eisenstein refleja en su película *Octubre*.

Seleccionar a los elementos *más decididos* (nuestras “tropas de choque” y la *juventud obrera*, así como a los mejores marinos) y formar con ellos pequeños destacamentos destinados a ocupar los puntos más importantes y a *participar* en todas partes, en todas las operaciones de importancia, como, por ejemplo:

Cercar y aislar Petrogrado, apoderarse de la ciudad mediante un ataque combinado de la escuadra, los obreros y las tropas; he aquí una misión que requiere *arte y triple audacia*.

Formar con los mejores obreros destacamentos armados de fusiles y bombas de mano para atacar y cercar los centros neurálgicos del enemigo (escuelas militares, centrales de Telégrafos y Teléfonos, etc.). La consigna de estos destacamentos debe ser: *¡Antes la muerte que dejar pasar al enemigo!*

Confiemos en que, si se acuerda la insurrección, los dirigentes aplicarán con éxito los grandes preceptos de Danton y Marx.

El triunfo de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha.

IV. TESIS E INFORME SOBRE LA DEMOCRACIA BURGUESA Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

I Congreso de la Internacional Comunista
4 de marzo de 1919

1. El desarrollo del movimiento revolucionario del proletariado en todos los países ha hecho que la burguesía y sus agentes en las organizaciones obreras forcejen convulsivamente con el fin de hallar argumentos ideológico-políticos para defender la dominación de los explotadores. Entre esos argumentos se esgrime particularmente la condena de la dictadura y la defensa de la democracia. La falsedad e hipocresía de este argumento, repetido en mil variantes por la prensa capitalista y en la conferencia de la Internacional amarilla de Berna, celebrada en febrero de 1919, son evidentes para todos los que no quieren traicionar los principios fundamentales del socialismo.

2. Ante todo, ese argumento se basa en los conceptos “democracia en general” y “dictadura en general”, sin considerar qué clase se tiene presente. Este planteamiento de la cuestión al margen de las clases o por encima de ellas, este planteamiento de la cuestión desde el punto de vista —como dicen falsamente— de todo el pueblo, es una burla descarada de la teoría principal del socialismo, a saber, de la teoría de la lucha de clases, que los socialistas que se han pasado al lado de la burguesía reconocen de palabra y olvidan en la práctica. Porque en ningún país capitalista civilizado existe la “democracia en general”, pues lo que existe en ellos es únicamente la democracia burguesa, y de lo que se trata no es de la “democracia en general”, sino de la dictadura de la clase, es decir, del proletariado, sobre los opresores y los explotadores, es decir, sobre la burguesía, con el fin de vencer la resistencia que los explotadores oponen en la lucha por su dominación.

3. La historia enseña que ninguna clase oprimida ha llegado ni podría llegar a dominar sin un período de dictadura, es decir, sin conquistar el poder político y aplastar por la fuerza la resistencia más desesperada, más rabiosa, esa resistencia que no se detiene ante ningún crimen, que siempre han opuesto los explotadores. La burguesía, cuya dominación defienden hoy los socialistas, que hablan contra la “dictadura en general” y se desgañitan defendiendo la “democracia en general”, conquistó el poder en los países avanzados mediante una serie de insurrecciones y guerras civiles, aplastando por la violencia a los reyes, a los señores feudales, a los esclavistas y sus tentativas de restauración. En sus libros y folletos, en las resoluciones de sus congresos y en sus discursos de agitación, los socialistas de todos los países han explicado miles y millones de veces al pueblo el carácter de clase de esas revoluciones burguesas, de esa dictadura burguesa. Por eso, la defensa que hoy hacen de la democracia burguesa, encubriéndose con sus discursos sobre la “democracia en general”, y los alaridos y voces que hoy lanzan contra la dictadura del proletariado, encubriéndose con sus gritos sobre la “dictadura en general”, son una traición descarada al socialismo, el paso efectivo al lado de la burguesía, la negación del derecho del proletariado a su revolución, a la revolución proletaria, la defensa del reformismo burgués en un período histórico en que dicho reformismo ha fracasado en todo el mundo y en que la guerra ha creado una situación revolucionaria.

4. Todos los socialistas, al explicar el carácter de clase de la civilización burguesa, de la democracia burguesa, del parlamentarismo burgués, han expresado la idea que Marx y Engels formularon con la máxima precisión científica al decir que la república burguesa, incluso la más democrática, no es más que una máquina para la opresión de la clase obrera por la burguesía, de la masa de los trabajadores por un puñado de capitalistas. No hay ni un solo revolucionario, ni un solo marxista de los que hoy vociferan contra la dictadura y en favor de la democracia, que no haya jurado ante los obreros, por todo lo humano y lo divino, que reconoce ese axioma fundamental del socialismo; pero ahora, cuando el proletariado revolucionario empieza a agitarse y a ponerse en movimiento para destruir esa máquina de opresión y para conquistar la dictadura proletaria, esos traidores al socialismo presentan las cosas como si la burguesía hubiera hecho a

los trabajadores el regalo de la “democracia pura”, como si la burguesía hubiera renunciado a la resistencia y estuviese dispuesta a someterse a la mayoría de los trabajadores, como si en la república democrática no hubiera habido y no hubiese máquina estatal alguna para la opresión del trabajo por el capital.

5. La Comuna de París, a la que de palabra honran todos los que desean hacerse pasar por socialistas, porque saben que las masas obreras simpatizan con ella ardiente y sinceramente, mostró con particular evidencia el carácter históricamente condicionado y el limitado valor del parlamentarismo burgués y la democracia burguesa, instituciones muy progresistas en comparación con el Medievo, pero que exigen inevitablemente un cambio radical en la época de la revolución proletaria. Precisamente Marx, que aquilató mejor que nadie la importancia histórica de la Comuna, mostró, al analizarla, el carácter explotador de la democracia burguesa y del parlamentarismo burgués bajo los cuales las clases oprimidas tienen el derecho de decidir una vez cada determinado número de años qué miembros de las clases poseedoras han de “representar y aplastar” (*ver- und zertreten*) al pueblo en el parlamento. Precisamente ahora, cuando el movimiento soviético, extendiéndose a todo el mundo, continúa a la vista de todos la causa de la Comuna, los traidores al socialismo olvidan la experiencia concreta y las enseñanzas concretas de la Comuna de París, repitiendo la vieja cantinela burguesa de la “democracia en general”. La Comuna no fue una institución parlamentaria.

6. La importancia de la Comuna consiste, además, en que intentó aniquilar, destruir hasta los cimientos el aparato del Estado burgués —burocrático, judicial, militar y policiaco—, sustituyéndolo por una organización autónoma de las masas obreras que no conocía la división entre los poderes legislativo y ejecutivo. Todas las repúblicas democráticas burguesas contemporáneas, incluida la alemana, a la que los traidores al socialismo, mofándose de la verdad, llaman república proletaria, conservan ese aparato estatal. Por tanto, se confirma una y otra vez con toda evidencia que los gritos en defensa de la “democracia en general” son de hecho una defensa de la burguesía y sus privilegios.

7. La “libertad de reunión” puede ser tomada como modelo de las reivindicaciones de la “democracia pura”. Cualquier obrero consciente que no haya roto con su clase comprenderá enseguida que sería

una estupidez prometer la libertad de reunión a los explotadores en un período y en una situación en que los explotadores se resisten a su derrocamiento y defienden sus privilegios. La burguesía, cuando era revolucionaria, ni en la Inglaterra de 1649 ni en la Francia de 1793 dio “libertad de reunión” a los monárquicos y los nobles, que llamaban en su ayuda a tropas extranjeras y “se reunían” para organizar intenciones de restauración. Si la burguesía actual, que hace ya mucho que es reaccionaria, exige del proletariado que éste le garantice de antemano la “libertad de reunión”, sea cual sea la resistencia que presenten los capitalistas a ser expropiados, los obreros no podrán sino reírse del fariseísmo de la burguesía.

Por otra parte, los obreros saben perfectamente que la “libertad de reunión” es, incluso en la república burguesa más democrática, una frase vacía, ya que los ricos poseen todos los mejores locales sociales y privados, así como bastante tiempo libre para sus reuniones, que son protegidas por el aparato burgués de poder. Los proletarios de la ciudad y el campo, así como los pequeños campesinos, es decir, la mayoría gigantesca de la población, no cuentan con nada de eso. Mientras las cosas sigan así, la “igualdad”, es decir, la “democracia pura”, será un engaño. Para conquistar la verdadera igualdad, para dar vida a la democracia para los trabajadores, hay que quitar primero a los explotadores todos los locales sociales y sus lujosas casas privadas, hay que dar primero tiempo libre a los trabajadores, es necesario que la libertad de sus reuniones la defiendan los obreros armados, y no señoritos de la nobleza ni oficiales hijos de capitalistas mandando a soldados que son instrumentos ciegos.

Sólo después de tal cambio se podrá hablar de libertad de reunión e igualdad sin mofarse de los obreros, de los trabajadores, de los pobres. Pero ese cambio sólo puede realizarlo la vanguardia de los trabajadores, el proletariado, derrocando a los explotadores, a la burguesía.

8. La “libertad de expresión” es asimismo una de las principales consignas de la “democracia pura”. Los obreros saben también, y los socialistas de todos los países lo han reconocido millones de veces, que esa libertad será un engaño mientras las mejores imprentas y grandísimas reservas de papel se hallen en manos de los capitalistas y mientras exista el poder del capital sobre la prensa, poder que se manifiesta en todo el mundo con tanta mayor claridad, nitidez y

cinismo cuanto más desarrollados se hallan la democracia y el régimen republicano, como ocurre, por ejemplo, en EEUU. A fin de conquistar la igualdad efectiva y la verdadera democracia para los trabajadores, para los obreros y los campesinos, hay que quitar primero al capital la posibilidad de contratar a escritores, comprar las editoriales y sobornar a la prensa, y para ello es necesario derrocar el yugo del capital, derrocar a los explotadores y aplastar su resistencia. Los capitalistas siempre han llamado “libertad” a la libertad de lucro para los ricos y a la libertad de morir de hambre para los trabajadores. Los capitalistas llaman libertad de expresión a la libertad de soborno de la prensa por los ricos, a la libertad de utilizar la riqueza para fabricar y falsear la llamada opinión pública. Los defensores de la “democracia pura” también se manifiestan de hecho en este caso como defensores del más inmundo y venal sistema de dominio de los ricos sobre los medios de ilustración de las masas, son embusteros que engañan al pueblo y que con frases bonitas, bellas y falsas hasta la médula distraen de la tarea histórica concreta de liberar a la prensa de su sometimiento al capital. Libertad e igualdad verdaderas será el orden de cosas que los comunistas están instaurando, y en él será imposible enriquecerse a costa de otros, no habrá posibilidad objetiva de que la prensa sea sojuzgada directa o indirectamente por el poder del dinero, no habrá obstáculo para que cada trabajador (o grupo de trabajadores, sea cual sea su número) posea y ejerza el derecho igual de utilizar las imprentas y el papel que pertenezcan al Estado.

9. La historia de los siglos XIX y XX nos ha mostrado ya antes de la guerra qué es de hecho la cacareada “democracia pura” bajo el capitalismo. Los marxistas siempre han dicho que cuanto más desarrollada y más “pura” es la democracia, tanto más franca, aguda e implacable se hace la lucha de clases, tanto más “puras” se manifiestan la opresión por el capital y la dictadura de la burguesía. El caso Dreyfus en la Francia republicana, las sangrientas represalias de los destacamentos mercenarios, armados por los capitalistas, contra los huelguistas en la libre y democrática república estadounidense, estos hechos y miles de otros análogos demuestran la verdad que la burguesía trata en vano de ocultar, o sea, que en las repúblicas más democráticas imperan de hecho el terror y la dictadura de la burguesía, que se manifiestan abiertamente en cuanto a los explotadores les parece que su poder se tambalea.

10. La guerra imperialista de 1914-1918 ha revelado definitivamente, hasta a los obreros atrasados, el verdadero carácter de la democracia burguesa, que es, incluso en las repúblicas más libres, una dictadura de la burguesía. Decenas de millones de hombres perecieron en aras del enriquecimiento del grupo alemán o inglés de millonarios y multimillonarios, y en las repúblicas más libres se instauró la dictadura militar de la burguesía. Esta dictadura militar sigue en pie en los países de la Entente incluso tras la derrota de Alemania. Precisamente la guerra es lo que más ha abierto los ojos a los trabajadores; ha arrancado sus falsas flores a la democracia burguesa y ha mostrado al pueblo cuán monstruosos han sido la especulación y el lucro durante la guerra y con motivo de la guerra. En nombre de “la libertad y la igualdad” condujo esa guerra la burguesía, en nombre de “la libertad y la igualdad” se han enriquecido inauditamente los mercaderes de la guerra. Ningún esfuerzo de la Internacional amarilla de Berna podrá ocultar a las masas el carácter explotador, hoy definitivamente desenmascarado, de la libertad burguesa, de la igualdad burguesa, de la democracia burguesa.

11. En el país capitalista más desarrollado del continente europeo, en Alemania, los primeros meses de plena libertad republicana, traída por la derrota de la Alemania imperialista, han mostrado a los obreros alemanes y a todo el mundo cuál es la verdadera esencia de clase de la república democrática burguesa. El asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo no sólo es un acontecimiento de importancia histórica mundial porque hayan perecido trágicamente dos dirigentes y brillantísimas personalidades de la Internacional Comunista, internacional verdaderamente proletaria, sino también porque se ha puesto de manifiesto con toda plenitud la esencia de clase de un Estado avanzado de Europa, de un Estado —puede afirmarse sin incurrir en exageración— avanzado entre todos los del mundo. El hecho de que los detenidos, es decir, gente que el poder del Estado ha tomado bajo su custodia, hayan podido ser asesinados impunemente por oficiales y capitalistas, gobernando el país los socialpatriotas, evidencia que la república democrática en que tal cosa ha sido posible es una dictadura de la burguesía. La gente que expresa su indignación ante el asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, pero no comprende esta verdad, pone de manifiesto o bien sus pocas luces o bien su hipocresía. La libertad en una de las

repúblicas más libres y avanzadas del mundo, en la república alemana, es la libertad de asesinar impunemente a los jefes del proletariado detenidos. Y no puede ser de otro modo mientras se mantenga el capitalismo, pues el desarrollo de la democracia no suaviza, sino que agudiza la lucha de clases, que en virtud de todos los resultados e influjos de la guerra y de sus consecuencias ha alcanzado el punto de ebullición.

En todo el mundo civilizado se deporta hoy a los bolcheviques, se les persigue, se les encarcela, como ha ocurrido en Suiza, una de las repúblicas burguesas más libres; en EEUU se organizan contra ellos pogromos, etc. Desde el punto de vista de la “democracia en general” o de la “democracia pura”, es verdaderamente ridículo que países avanzados, civilizados, democráticos, armados hasta los dientes, teman la presencia en ellos de un puñado de personas de la atrasada, hambrienta y arruinada Rusia, a la que en decenas de millones de ejemplares los periódicos burgueses tildan de salvaje, criminal, etc. Está claro que la situación social que ha podido engendrar tan flagrante contradicción es, de hecho, la dictadura de la burguesía.

12. Con tal estado de cosas, la dictadura del proletariado no sólo es por completo legítima como medio para derrocar a los explotadores y aplastar su resistencia, sino también absolutamente necesaria para toda la masa trabajadora como única defensa contra la dictadura de la burguesía, que ha llevado a la guerra y está gestando nuevas matanzas.

Lo más importante que no comprenden los socialistas —y de aquí su miopía teórica, su sumisión a los prejuicios burgueses y su traición política al proletariado— es que en la sociedad capitalista, cuando la lucha de clases inherente a ella experimenta una agudización más o menos seria, no puede haber nada intermedio, nada que no sea la dictadura de la burguesía o la dictadura del proletariado. Todo sueño de una tercera vía es un reaccionario gimoteo de pequeño burgués. Así lo evidencian tanto la experiencia de más de cien años de desarrollo de la democracia burguesa y del movimiento obrero en todos los países avanzados como, particularmente, la experiencia del último lustro. Así lo dice también toda la ciencia de la economía política, todo el contenido del marxismo, que esclarece la inevitabilidad económica de la dictadura de la burguesía en toda economía mercantil,

burguesía que nadie puede sustituir de no ser la clase que se está desarrollando, multiplicando, uniendo y fortaleciendo por el propio desarrollo del capitalismo, es decir, la clase obrera.

13. Otro error teórico y político de los socialistas consiste en que no comprenden que las formas de la democracia, empezando por sus embriones en la antigüedad, han ido cambiando inevitablemente en el transcurso de los milenios a medida que una clase dominante iba siendo sustituida por otra. En las antiguas repúblicas de Grecia, en las ciudades del Medievo, en los países capitalistas avanzados, la democracia tiene distintas formas y se aplica en distinto grado. Sería una solemne necedad creer que la revolución más profunda en la historia de la humanidad —el paso del poder de manos de la minoría explotadora a manos de la mayoría explotada, paso que se observa por primera vez en el mundo— puede producirse en el viejo marco de la vieja democracia burguesa, parlamentaria, sin los cambios más radicales, sin crear nuevas formas de democracia, nuevas instituciones que encarnen las nuevas condiciones de su aplicación, etc.

14. Lo que tienen en común la dictadura del proletariado y la dictadura de las otras clases es que ambas están motivadas, como cualquier otra dictadura, por la necesidad de vencer por la fuerza la resistencia de la clase que ha perdido el poder político. La diferencia radical entre la dictadura del proletariado y una dictadura de las otras clases —la dictadura de los terratenientes en la Edad Media, la dictadura de la burguesía en todos los países capitalistas civilizados— consiste en que una dictadura de las otras clases fue el aplastamiento violento de la resistencia ofrecida por la inmensa mayoría de la población, concretamente por los trabajadores; por el contrario, la dictadura del proletariado es el aplastamiento violento de la resistencia que ofrecen los explotadores, terratenientes y capitalistas, es decir, la minoría ínfima de la población.

De aquí dimana, a su vez, que la dictadura del proletariado no sólo debe traer consigo inevitablemente el cambio de las formas y las instituciones de la democracia, hablando en general, sino precisamente un cambio que dé una extensión sin precedentes en el mundo al goce efectivo de la democracia por los hombres que el capitalismo oprime, por las clases trabajadoras.

En efecto, esa forma de la dictadura del proletariado que ha sido ya forjada de hecho —el poder soviético en Rusia, el *Räte-System* en

Alemania, los *Shop Stewards Committees* y otras instituciones soviéticas análogas en otros países—, todas ellas significan y son precisamente para las clases trabajadoras, o sea, para la inmensa mayoría de la población, una posibilidad efectiva, real, de gozar de las libertades y los derechos democráticos, posibilidad que nunca ha existido, ni siquiera aproximadamente, en las repúblicas burguesas mejores y más democráticas.

La esencia del poder soviético consiste en que la base permanente y única de todo el poder estatal, de todo el aparato del Estado, es la organización de masas precisamente de las clases que eran oprimidas por el capitalismo, es decir, de los obreros y los semiproletarios (los campesinos que no explotan trabajo ajeno y que recurren constantemente a la venta, aunque sólo sea en parte, de su fuerza de trabajo). Precisamente esas masas —que hasta en las repúblicas burguesas más democráticas se han visto apartadas de hecho, por medio de procedimientos y artimañas, de la participación en la vida política y del goce de los derechos y libertades democráticos, aunque con arreglo a la ley sean iguales en derechos— son las que ahora están involucradas en una participación constante y, además, decisiva en la administración democrática del Estado.

15. La igualdad de los ciudadanos independientemente de su sexo, religión, raza y nacionalidad, que la democracia burguesa ha prometido siempre y en todas partes pero que no ha dado en ningún sitio ni ha podido dar debido a la dominación del capitalismo, la realiza inmediatamente y con toda plenitud el poder soviético, o sea, la dictadura del proletariado, pues eso únicamente puede hacerlo el poder de los obreros, que no están interesados en la propiedad privada sobre los medios de producción ni en la lucha por repartir éstos una y otra vez.

16. La vieja democracia, es decir, la democracia burguesa y el parlamentarismo, fueron organizados de tal modo que precisamente las masas trabajadoras se vieran más apartadas que nadie del ejercicio del gobierno. El poder soviético, es decir, la dictadura del proletariado, está organizado por el contrario de modo que acerca a las masas trabajadoras al ejercicio del gobierno. El mismo fin persigue la unión del poder legislativo y el poder ejecutivo en la organización soviética del Estado y la sustitución de las circunscripciones electorales territoriales por entidades de producción, como son las fábricas.

17. El ejército ha sido un aparato de opresión no sólo en las monarquías. Sigue siéndolo también en todas las repúblicas burguesas, incluso en las más democráticas. Sólo el poder soviético, organización estatal permanente precisamente de las clases oprimidas antes por el capitalismo, está en condiciones de acabar con la subordinación del ejército al mando burgués y de fundir efectivamente al proletariado con el ejército, de llevar efectivamente a cabo el armamento del proletariado y el desarme de la burguesía, sin lo que es imposible la victoria del socialismo.

18. La organización soviética del Estado está adaptada al papel dirigente del proletariado, la clase más concentrada e ilustrada por el capitalismo. La experiencia de todas las revoluciones y de todos los movimientos de las clases oprimidas y la experiencia del movimiento socialista mundial nos enseñan que sólo el proletariado es capaz de reunir y llevar tras de sí a las capas dispersas y atrasadas de la población trabajadora y explotada.

19. Sólo la organización soviética del Estado puede en realidad demoler de golpe y destruir definitivamente el viejo aparato, es decir, el aparato burocrático y judicial burgués, que se ha mantenido y debía inevitablemente mantenerse bajo el capitalismo, incluso en las repúblicas más democráticas, siendo, de hecho, la mayor traba para la realización de la democracia para los obreros y el resto de la clase trabajadora. La Comuna de París dio el primer paso de importancia histórica mundial por ese camino, y el poder soviético, el segundo.

20. La destrucción del poder del Estado es un fin que se han planteado todos los socialistas, entre ellos, y a su cabeza, Marx. La verdadera democracia, es decir, la igualdad y la libertad, es irrealizable si no se alcanza ese fin. Pero a él sólo lleva en la práctica la democracia soviética, o proletaria, pues, al incorporar las organizaciones de masas de los trabajadores a la gobernación permanente e ineludible del Estado, empieza a preparar inmediatamente la extinción completa de todo Estado.

21. La bancarrota absoluta de los socialistas que se han reunido en Berna, su absoluta incompreensión de la nueva democracia, es decir, de la democracia proletaria, se ve particularmente en lo que sigue. El 10 de febrero de 1919, Branting cerró en Berna la conferencia de la Internacional amarilla. El 11 de febrero del mismo año, *Die Freiheit*, periódico que editan en Berlín los adeptos de dicha internacional,

publicó un llamamiento del partido de los “independientes” [USPD] al proletariado. En este llamamiento se reconoce el carácter burgués del gobierno Scheidemann, se reprocha a éste el deseo de abolir los sóviets —a los que se llama *Täger und Schützer der Revolution*, portadores y defensores de la revolución— y se propone legalizar los sóviets, concederles derechos estatales, concederles el derecho de suspender las decisiones del parlamento, sometiéndolas a votación de todo el pueblo.

Esta propuesta es la plena bancarrota ideológica de los teóricos que defendían la democracia y no comprendían su carácter burgués. La ridícula tentativa de unir el sistema de los sóviets, es decir, la dictadura del proletariado, con el parlamento, es decir, la dictadura de la burguesía, desenmascara por completo la indigencia mental de los socialistas y socialdemócratas amarillos, su carácter político reaccionario, propio de pequeños burgueses, y sus cobardes concesiones a la imparable y creciente fuerza de la nueva democracia, la democracia proletaria.

22. Al condenar el bolchevismo, la mayoría de la Internacional amarilla de Berna, que no se ha atrevido a votar formalmente la correspondiente resolución por miedo a las masas obreras, ha procedido acertadamente desde el punto de vista de clase. Precisamente esta mayoría se solidariza por entero con los mencheviques y los eseristas rusos, y con los Scheidemann en Alemania. Los mencheviques y los eseristas rusos, al quejarse de que los bolcheviques los persiguen, intentan ocultar que eso ocurre porque participan en la guerra civil al lado de la burguesía, contra el proletariado. De la misma manera, los Scheidemann y su partido han demostrado ya en Alemania que participan de la misma manera en la guerra civil al lado de la burguesía, contra los obreros.

Es completamente natural, por ello, que la mayoría de los hombres de la Internacional amarilla de Berna hayan condenado a los bolcheviques. Esto no ha sido la defensa de la “democracia pura”, sino la autodefensa de gentes que saben y perciben que en la guerra civil se encuentran al lado de la burguesía, contra el proletariado.

Por eso, desde el punto de vista de clase, hay que reconocer acertada la decisión de la mayoría de la Internacional amarilla. El proletariado debe afrontar sin temor la verdad y sacar todas las conclusiones políticas pertinentes.

Camaradas: Yo quisiera añadir alguna cosa más a los dos últimos puntos. Creo que los camaradas que deben informarnos de la conferencia de Berna nos hablarán de ello con mayor detalle.

En toda la conferencia de Berna no se ha dicho ni una sola palabra sobre la importancia del poder soviético. En Rusia llevamos ya dos años discutiendo esta cuestión. En abril de 1917, en la conferencia del partido, planteamos ya teórica y políticamente la cuestión “¿Qué es el poder soviético, cuál es su contenido, en qué consiste su importancia histórica?”. Llevamos casi dos años discutiendo esta cuestión, y en el [VII] congreso de nuestro partido hemos adoptado una resolución al respecto.

El *Freiheit*, de Berlín, publicó el 11 de febrero un llamamiento al proletariado alemán firmado no sólo por los líderes de los socialdemócratas independientes de Alemania, sino también por todos los miembros de su minoría parlamentaria. En agosto de 1918, el mayor teórico de los independientes, Kautsky, declaró en su folleto *La dictadura del proletariado* que era partidario de la democracia y de los organismos soviéticos, pero que los sóviets debían tener únicamente un carácter de gestores económicos y no debían considerarse, bajo ningún concepto, como órganos del Estado. Kautsky repite lo mismo en los números de *Freiheit* del 11 de noviembre y del 12 de enero. El 9 de febrero apareció un artículo de Rudolf Hilferding, también considerado como una gran autoridad teórica de la II Internacional. Hilferding propone unir el sistema de los sóviets con el parlamento por vía jurídica, a través de la legislación del Estado. Esto ocurrió el 9 de febrero. Dos días después dicha propuesta fue aceptada por todo el partido de los independientes y publicada en forma de llamamiento.

A pesar de que la Asamblea Nacional ya existe, incluso después de que la “democracia pura” es ya una realidad, después de que los mayores teóricos del USPD han declarado que las organizaciones soviéticas no deben ser órganos estatales, ¡a pesar de todo, vuelven a vacilar! Ello demuestra que, en realidad, esos señores no han comprendido nada del nuevo movimiento ni de las condiciones de su lucha. Pero, además, demuestra otra cosa: que tiene que haber causas que motiven esa vacilación. Después de todos estos acontecimientos, después de casi dos años de revolución triunfante en Rusia, cuando se nos ofrecen resoluciones como las adoptadas en la conferencia de Berna, que no dicen nada sobre los sóviets ni sobre su importancia,

cuando vemos que en esa conferencia ningún delegado ha dicho una sola palabra sobre el particular en sus discursos, podemos afirmar con todo derecho que como socialistas y como teóricos todos esos señores han muerto para nosotros.

Pero, camaradas, políticamente esto es una demostración práctica de que entre las masas se está produciendo un gran viraje, pues, de otro modo, esos independientes que estaban en teoría y por principio contra estos órganos estatales no hubieran propuesto de buenas a primeras una necedad como es unir “pacíficamente” el parlamento con el sistema de sóviets, es decir, unir la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado. Somos testigos de que todos ellos están en bancarrota como socialistas y como teóricos, y del enorme cambio que se está produciendo en las masas. ¡Las masas atrasadas del proletariado alemán se acercan a nosotros, se han unido a nosotros! Por tanto, la importancia del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, lo mejor de la conferencia de Berna, es, desde el punto de vista de la teoría y del socialismo, igual a cero; sin embargo, continúa teniendo cierta importancia porque esos elementos vacilantes nos sirven de indicador del estado de ánimo de los sectores atrasados del proletariado. En eso, a mi entender, reside la grandísima importancia histórica de esa conferencia. Nosotros hemos vivido algo parecido en nuestra revolución. Nuestros mencheviques recorrieron casi exactamente el mismo camino que los teóricos de los independientes en Alemania. Al principio, cuando tenían la mayoría en los sóviets, se pronunciaban por éstos. Entonces no se oía más que gritar: “¡Vivan los sóviets! ¡Por los sóviets! ¡Los sóviets son la democracia revolucionaria!”. Cuando los bolcheviques conquistamos la mayoría en los sóviets, entonaron otra canción, diciendo que los sóviets no debían existir en paralelo a la Asamblea Constituyente; y distintos teóricos mencheviques hacían propuestas casi idénticas, como la de unir el sistema de los sóviets con la Asamblea Constituyente e incluirlos en la estructura estatal. Esto revela, una vez más, que el curso general de la revolución proletaria es igual en todo el mundo. Primero la formación espontánea de los sóviets, luego su extensión y desarrollo, y más tarde la cuestión práctica: sóviets, o asamblea nacional, o asamblea constituyente, o parlamentarismo burgués; completo desconcierto entre los líderes y, finalmente, la revolución proletaria. Pero yo creo que, después de casi dos años de revolución, no debemos plantear la

cuestión así, sino que debemos tomar acuerdos concretos, ya que la extensión del sistema de los sóviets es para nosotros, y particularmente para la mayoría de los países de la Europa occidental, la más importante de las tareas.

Quisiera citar aquí una resolución, una sola, de los mencheviques. Pedí al camarada Obolenski que la tradujera al alemán. Me prometió que lo haría, pero desgraciadamente no está aquí. Trataré de reproducirla de memoria, pues no tengo a mano el texto íntegro.

A un extranjero que no haya oído nada del bolchevismo le será muy difícil hacerse una idea de nuestras cuestiones en litigio. Todo lo que afirman los bolcheviques lo debaten los mencheviques, y viceversa. Naturalmente, en tiempos de lucha no puede ser de otro modo. Por ello tiene gran importancia que la última conferencia de los mencheviques, celebrada en diciembre de 1918, aprobara una extensa y detallada resolución que fue publicada íntegra en la *Gazeta Pechátnikov*, periódico menchevique. En esa resolución, los propios mencheviques exponen concisamente la historia de la lucha de clases y de la guerra civil. La resolución condena a los grupos de su partido que están aliados con las clases poseedoras en los Urales, en el sur, en Crimea y en Georgia, y se enumeran estas zonas. La resolución condena a los grupos del partido menchevique que, aliados con las clases poseedoras, han luchado contra el poder soviético; el último punto condena también a los que se han pasado a los comunistas. De aquí se desprende que los mencheviques se ven obligados a confesar que en su partido no hay unidad y que unos están al lado de la burguesía y otros, al lado del proletariado. La mayor parte de los mencheviques se pasó al lado de la burguesía y durante la guerra civil combatió contra nosotros. Naturalmente, nosotros perseguimos a los mencheviques, e incluso los fusilamos, cuando participan en la guerra que se nos hace, combaten contra nuestro Ejército Rojo y fusilan a nuestros jefes militares rojos. A la guerra de la burguesía respondimos con la guerra del proletariado: no puede haber otra salida. Así pues, desde el punto de vista político, todo eso no es más que hipocresía menchevique. Históricamente no se comprende cómo, en la conferencia de Berna, hombres que no han sido declarados oficialmente dementes pudieron, por encargo de los mencheviques y los eseristas, hablar de la lucha de los bolcheviques contra ellos, pero silenciar que ellos, unidos a la burguesía, luchan contra el proletariado.

Todos ellos nos atacan encarnizadamente, pues nosotros los perseguimos. Eso es cierto. ¡Pero no dicen ni una sola palabra sobre su participación en la guerra civil! Creo que debo facilitar para el acta el texto íntegro de la resolución, y ruego a los camaradas extranjeros que le presten atención, pues es un documento histórico que plantea acertadamente el problema y ofrece los mejores elementos de juicio para apreciar el litigio entre las tendencias "socialistas" en Rusia. Entre el proletariado y la burguesía existe gente que ora se inclina a un lado, ora al otro; así ha sido siempre en todas las revoluciones y es absolutamente imposible que en la sociedad capitalista, donde el proletariado y la burguesía forman dos campos hostiles, no existan entre ellos capas intermedias. La existencia de esos elementos vacilantes es históricamente inevitable, y desgraciadamente esos elementos, que no saben ellos mismos al lado de quién van a luchar mañana, seguirán existiendo durante mucho tiempo todavía.

Quiero hacer una propuesta práctica, que consiste en que aprobemos una resolución en la que deben destacarse especialmente tres puntos.

Primero: Una de las tareas más importantes para los camaradas de los países de la Europa occidental consiste en aclarar a las masas la significación, importancia y necesidad del sistema de los sóviets. Se observa que no existe la suficiente comprensión de este problema. Si bien es verdad que Kautsky e Hilferding han fracasado como teóricos, los últimos artículos publicados en *Freiheit* demuestran, sin embargo, que reflejan fielmente el estado de ánimo de las capas atrasadas del proletariado alemán. En Rusia pasó lo mismo: en los primeros ocho meses de la revolución, el problema de la organización soviética se discutió muchísimo, y para los obreros no estaba claro en qué consistía el nuevo sistema ni si se podría formar un aparato del Estado basado en los sóviets. En nuestra revolución, nosotros no avanzamos por el camino de la teoría, sino por el camino de la práctica. Por ejemplo, la cuestión de la Asamblea Constituyente no la planteábamos antes teóricamente y no decíamos que no reconocíamos la Asamblea Constituyente. Sólo más tarde, cuando las organizaciones soviéticas se extendieron por todo el país y conquistaron el poder político, fue cuando decidimos disolver la Asamblea Constituyente. Ahora vemos que en Hungría y Suiza la cuestión se plantea de modo mucho más agudo. De una parte, eso está muy bien, pues nos

da la firme seguridad de que la revolución avanza más rápidamente en los países de la Europa occidental y nos traerá grandes victorias. De otra parte, ello encierra cierto peligro: concretamente el de que la lucha sea tan vertiginosa, que la conciencia de las masas obreras quede a la zaga del desarrollo. Incluso ahora, la importancia del sistema de los sóviets no está todavía clara para grandes masas de obreros alemanes instruidos políticamente, pues han sido educados en el espíritu del parlamentarismo y en los prejuicios burgueses.

Segundo: Sobre la extensión del sistema de los sóviets. Las noticias de la rapidez con que se propaga la idea de los sóviets en Alemania e incluso en Inglaterra son para nosotros una importantísima demostración de que la revolución proletaria ha de vencer. Únicamente por breve tiempo puede detenerse su marcha. Otra cosa es cuando los camaradas Albert y [Fritz] Platten nos dicen que entre los obreros agrícolas y los pequeños campesinos de sus aldeas apenas si hay sóviets. He leído en *Rote Fahne* un artículo contra los sóviets campesinos, pero, muy acertadamente, en favor de los sóviets de jornaleros y campesinos pobres⁵. La burguesía y sus lacayos, como Scheidemann y Cía., ya han lanzado la consigna de sóviets campesinos. Pero lo que necesitamos nosotros son sóviets de jornaleros y campesinos pobres. Sin embargo, por los informes de los camaradas Albert, Platten y otros colegimos que, excepto en Hungría, se hace muy poco desgraciadamente para la propagación del sistema soviético en el campo. En ello reside, quizá, el peligro, todavía real y bastante considerable, de que el proletariado alemán no pueda conquistar la victoria segura. La victoria podrá considerarse garantizada únicamente cuando no solo estén organizados los obreros de la ciudad, sino también los proletarios del campo, y además no organizados como antes, en sindicatos y cooperativas, sino en sóviets. A nosotros nos fue más fácil conseguir la victoria porque en octubre de 1917 marchábamos con el campesinado, con todo el campesinado. En este sentido, nuestra revolución era entonces burguesa. El primer paso de nuestro gobierno proletario fue reconocer en la ley, promulgada al día siguiente de la revolución, el 26 de octubre de 1917 (según el antiguo calendario), las viejas reivindicaciones de todo el campesinado, expresadas ya bajo

5. Alusión al artículo de Rosa Luxemburgo *Der Anfang* (El comienzo), en el n° 3 (18/11/1918), de *Die Rote Fahne*, órgano central de la Liga Espartaco y del KPD.

Kerensky por los sóviets campesinos y las asambleas rurales. En eso consistía nuestra fuerza, por eso nos fue tan fácil conquistar una mayoría aplastante. Para el campo, nuestra revolución continuaba siendo una revolución burguesa. Y sólo más tarde, al cabo de seis meses, nos vimos obligados, en el marco de la organización del Estado, a comenzar en las aldeas la lucha de clases, a instituir en cada aldea comités de campesinos pobres, de semiproletarios, y a luchar sistemáticamente contra la burguesía rural. En Rusia eso fue inevitable, dado su atraso. En la Europa occidental las cosas se producirán de modo diferente, y por eso debemos subrayar que es absolutamente necesaria la propagación del sistema de los sóviets, en formas pertinentes, quizás nuevas, también entre la población rural.

Tercero: Debemos decir que la conquista de una mayoría comunista en los sóviets constituye la tarea fundamental en todos los países en los que el poder soviético aún no ha vencido. Nuestra comisión redactora de las resoluciones discutió ayer este problema. Quizás otros camaradas hablen todavía de ello, pero yo quisiera proponer que estos tres puntos se adopten como resolución especial. Naturalmente, no estamos en condiciones de prescribir el camino que ha de seguir el desarrollo. Es muy probable que la revolución llegue muy pronto en muchos países de la Europa occidental, pero nosotros, como parte organizada de la clase obrera, como partido, tendemos y debemos tender a lograr la mayoría en los sóviets. Entonces estará garantizada nuestra victoria y no habrá fuerza capaz de emprender nada contra la revolución comunista. De otro modo, la victoria no se conseguirá tan fácilmente ni será duradera. Así pues, yo quisiera proponer que se aprueben estos tres puntos como resolución especial.

V. LA III INTERNACIONAL Y SU LUGAR EN LA HISTORIA

15 de abril de 1919

Los imperialistas de los países de la Entente bloquean Rusia, tratando de aislar a la República soviética para que no contamine el mundo capitalista. Estas gentes, que se jactan de sus instituciones “democráticas”, están tan cegadas por el odio a la República soviética que no advierten cómo hacen el ridículo. Figúrense ustedes: los países más adelantados, más civilizados y “democráticos”, armados hasta los dientes, que tienen bajo dominio militar indiviso a todo el mundo, temen como al fuego el contagio *ideológico* procedente de un país arruinado, hambriento, atrasado y que, según ellos, ¡es incluso un país semisalvaje!

Esta sola contradicción abre ya los ojos a las masas trabajadoras de todos los países y ayuda a desenmascarar la hipocresía de los imperialistas, como Clemenceau, Lloyd George, Wilson y sus gobiernos.

Pero a nosotros nos ayuda no sólo la ceguera que el odio a los sóviets causa a los capitalistas, sino también las disensiones entre ellos, que les llevan a ponerse zancadillas mutuamente. Han organizado una auténtica conspiración del silencio, temiendo más que nada la difusión de noticias verídicas sobre la República soviética, en general, y de sus documentos oficiales, en particular. Sin embargo, el órgano principal de la burguesía francesa, *Le Temps*, ha publicado la noticia sobre la fundación, en Moscú, de la III Internacional, de la Internacional Comunista.

Expresamos a este órgano principal de la burguesía francesa, a este portavoz del chovinismo y del imperialismo francés, nuestro más respetuoso agradecimiento. Estamos dispuestos a remitir a *Le Temps* un mensaje solemne para manifestarle nuestro reconocimiento por la ayuda que nos presta de un modo tan acertado y hábil.

La manera en que dicho periódico ha redactado su información, basándose en nuestro comunicado radiofónico, muestra con claridad meridiana los motivos que han guiado a este órgano del dinero. Quería disparar un dardo contra Wilson, como para mortificarle, cuando decía: “¡Vea qué gentes son ésas con las que usted admite que se entablen negociaciones!”. Los sabihondos que escriben por encargo de la gente adinerada no ven que su empeño de atemorizar a Wilson con los bolcheviques se transforma, a los ojos de las masas trabajadoras, en propaganda pro bolchevique. Otra vez: ¡Nuestro más respetuoso agradecimiento al órgano de los millonarios franceses!

La III Internacional fue fundada bajo una situación mundial en que ni las prohibiciones ni los pequeños y mezquinos subterfugios de los imperialistas de la Entente o de los lacayos del capitalismo, como Scheidemann en Alemania y Renner en Austria, son capaces de impedir que entre la clase obrera del mundo entero se difundan las noticias acerca de esta internacional y las simpatías que despierta. Esta situación ha sido creada por la revolución proletaria, que, de un modo evidente, se está incrementando en todas partes cada día, cada hora. Esta situación ha sido creada por el movimiento *soviético* entre las masas trabajadoras, el cual ha alcanzado ya una potencia tal, que se ha convertido auténticamente en un movimiento *internacional*.

La I Internacional (1864-1872) puso los cimientos de la organización internacional de los obreros para la preparación de su ofensiva revolucionaria contra el capital. La II Internacional (1889-1914) fue una organización internacional del movimiento proletario cuyo crecimiento en *amplitud* se realizó a costa de un descenso temporal del nivel revolucionario, un fortalecimiento temporal del oportunismo, que al final llevó a dicha internacional a una bancarrota ignominiosa.

De hecho, la III Internacional fue creada en 1918, cuando el largo proceso de la lucha contra el oportunismo y el socialchovinismo condujo, sobre todo durante la guerra, a la formación de partidos comunistas en una serie de naciones. Formalmente, la III Internacional ha sido fundada en su I congreso, celebrado en marzo de 1919 en Moscú. Y el rasgo más característico de esta internacional, su misión, es cumplir, llevar a la práctica los preceptos del marxismo y realizar los ideales seculares del socialismo y del movimiento obrero. Este

rasgo, el más característico de la III Internacional, se ha revelado inmediatamente en que la nueva, la tercera “Asociación Internacional de los Trabajadores” *ya ha comenzado a convertirse*, en cierto grado, en una *unión de repúblicas socialistas soviéticas*.

La I Internacional puso los cimientos de la lucha proletaria internacional por el socialismo.

La II Internacional marcó la época de la preparación del terreno para una amplia extensión del movimiento entre las masas en una serie de países.

La III Internacional ha recogido los frutos del trabajo de la II Internacional, ha amputado la parte corrompida, oportunista, socialchovinista, burguesa y pequeñoburguesa, y *ha comenzado a implantar* la dictadura del proletariado.

La alianza internacional de los partidos que dirigen el movimiento más revolucionario del mundo, el movimiento del proletariado para el derrocamiento del yugo del capital, cuenta ahora con una base más sólida que nunca: varias *repúblicas soviéticas* que convierten en realidad, a escala internacional, la dictadura del proletariado, la victoria de éste sobre el capitalismo.

La importancia histórica universal de la III Internacional, la Internacional Comunista, reside en que ha comenzado a llevar a la práctica la consigna más importante de Marx, la consigna que resume el desarrollo secular del socialismo y del movimiento obrero, la consigna expresada en este concepto: dictadura del proletariado.

Esta previsión genial, esta teoría genial se está transformando en realidad.

Las letras latinas están traducidas actualmente a los idiomas de todos los pueblos de la Europa contemporánea; más aún, a todos los idiomas del mundo.

Ha comenzado una nueva época en la historia universal.

La humanidad se sacude la última forma de esclavitud: la esclavitud capitalista, o sea, la esclavitud asalariada.

Al liberarse de la esclavitud, la humanidad adquiere por vez primera la verdadera libertad.

¿Cómo ha podido ocurrir que uno de los países más atrasados de Europa haya sido precisamente el primero en implantar la dictadura del proletariado, en organizar una república soviética? Quizá no nos equivoquemos si afirmamos que precisamente esta contradicción entre

el atraso de Rusia y su “salto” a la forma más elevada de democracia, a la democracia soviética o proletaria, por encima de la democracia burguesa; que precisamente esta contradicción ha sido una de las causas (además del peso de las costumbres oportunistas y de los prejuicios filisteos sobre la mayoría de los jefes del socialismo) que hizo particularmente difícil o retardó la comprensión del papel de los sóviets en Occidente.

Las masas obreras del mundo entero percibieron instintivamente el significado de los sóviets como arma de lucha del proletariado y como forma del Estado proletario. Pero los “líderes”, corrompidos por el oportunismo, seguían y siguen rindiendo culto a la democracia burguesa, calificándola de “democracia” en general.

¿Es acaso sorprendente que la implantación de la dictadura del proletariado haya mostrado, ante todo, la “contradicción” entre el atraso de Rusia y su “salto” *por encima* de la democracia burguesa? Cabría extrañarse si la historia nos brindara la posibilidad de implantar una nueva forma de democracia *sin* una serie de contradicciones.

Cualquier marxista, incluso cualquier hombre familiarizado con la ciencia moderna en general, al que preguntáramos si es posible el paso uniforme, armónicamente proporcional, de los diversos países capitalistas a la dictadura del proletariado nos respondería, sin duda, negativamente. En el mundo capitalista no hubo ni pudo haber jamás nada uniforme, ni armónico ni proporcional. Cada país ha ido desarrollando, con particular relieve, uno u otro aspecto o rasgo, o todo un grupo de rasgos, inherentes al capitalismo y al movimiento obrero. El proceso de desarrollo ha tenido lugar de forma desigual.

Cuando Francia llevó a cabo su gran revolución burguesa, despertando a todo el continente europeo a una vida histórica nueva, Inglaterra, aunque estaba mucho más desarrollada que Francia en el sentido capitalista, se puso a la cabeza de la coalición contrarrevolucionaria. Pero el movimiento obrero inglés de aquella época anticipó ya, genialmente, muchos de los aspectos del futuro marxismo.

Cuando Inglaterra dio al mundo el primer movimiento proletario y revolucionario, movimiento amplio, verdaderamente de masas y políticamente formado, el cartismo, en el continente europeo se desarrollaban revoluciones burguesas, en su mayoría débiles, mientras que en Francia estalló la primera gran guerra civil entre el proletariado y la burguesía. La burguesía derrotó a los diversos destacamentos

nacionales del proletariado por separado y de manera distinta en los diferentes países.

Inglaterra fue el país en que, según expresión de Engels, la burguesía, junto con la aristocracia aburguesada, había creado la élite más aburguesada del proletariado⁶. Este país capitalista adelantado resultó estar atrasado en varios decenios en el sentido de la lucha revolucionaria del proletariado. En Francia, las fuerzas del proletariado parecían haberse agotado en las dos heroicas insurrecciones de la clase obrera contra la burguesía en 1848 y 1871, insurrecciones que fueron una aportación valiosísima en el sentido histórico universal. Luego, desde los años 70 del siglo XIX, la hegemonía del movimiento obrero en la Internacional pasó a Alemania, cuando este país marchaba económicamente a la zaga de Inglaterra y Francia. Y cuando Alemania sobrepasó económicamente a estos dos países, esto es, en el segundo decenio del siglo XX, a la cabeza del partido obrero marxista de Alemania, que servía de modelo universal, se encontraba un puñado de canallas declarados, desde Scheidemann y Noske hasta David y Legien, gentuza inmundada vendida a los capitalistas, los verdugos más repugnantes al servicio de la monarquía y la burguesía contrarrevolucionaria salidos de la clase obrera.

La historia mundial conduce indefectiblemente a la dictadura del proletariado. Pero no lo hace, ni mucho menos, por caminos lisos, llanos y rectos.

A principios del siglo XX, cuando todavía era marxista, y no el renegado del marxismo en que se ha convertido al luchar por la unidad con los Scheidemann y por la democracia burguesa contra la democracia soviética o proletaria, Karl Kautsky escribió un artículo titulado *Los eslavos y la revolución*, en el que exponía las condiciones históricas que marcaban la posibilidad del paso de la hegemonía en el movimiento revolucionario mundial a los eslavos.

Y así sucedió en realidad. Temporalmente —se sobrentiende que sólo por un breve período de tiempo—, la hegemonía en la internacional revolucionaria del proletariado pasó a los rusos, tal como pasó, en diversos períodos del siglo XIX, a los ingleses, luego a los franceses y más tarde a los alemanes.

6. Véase la carta de Engels a Marx de 7 de octubre de 1858.

He tenido ocasión de decir reiteradas veces que, en comparación con los países adelantados, a los rusos les ha sido más fácil *comenzar* la gran revolución proletaria, pero les será más difícil *continuarla* y llevarla hasta el triunfo definitivo, en el sentido de la organización completa de la sociedad socialista.

Nos fue más fácil comenzar por varios factores: 1) El inusual — para la Europa del siglo XX — atraso político de la monarquía zarista originaba un empuje revolucionario de las masas de una fuerza excepcional. 2) El atraso de Rusia hizo coincidir de un modo peculiar la revolución proletaria contra la burguesía con la revolución campesina contra los terratenientes. De ahí partimos en octubre de 1917, y no hubiéramos vencido con tanta facilidad de no haber partido de ahí. Ya en 1856, Marx, al referirse a Prusia, indicaba la posibilidad de una combinación peculiar de la revolución proletaria con una guerra campesina⁷. Los bolcheviques, desde el comienzo de 1905, abogaban por la idea de la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos. 3) La revolución de 1905 contribuyó muchísimo a la educación política de las masas obreras y campesinas, tanto en el sentido de familiarizar a su vanguardia con la “última palabra” del socialismo en Occidente, como en el sentido de la acción revolucionaria de las masas. Sin este “ensayo general” de 1905, las revoluciones de 1917, tanto la burguesa de febrero como la proletaria de octubre, habrían sido imposibles. 4) Las condiciones geográficas de Rusia le permitieron sostenerse más tiempo que otros países frente a la superioridad militar de los países capitalistas avanzados. 5) La actitud peculiar del proletariado ante los campesinos facilitaba la transición de la revolución burguesa a la revolución socialista, facilitaba la influencia de los proletarios de la ciudad sobre las capas semiproletarias, más pobres de los trabajadores del campo. 6) La larga escuela de lucha huelguística y la experiencia del movimiento obrero de masas europeo facilitaron el surgimiento, en una situación revolucionaria que se exacerbaba profunda y rápidamente, de una forma tan peculiar de organización revolucionaria del proletariado como son los *sóviets*.

Esta enumeración, claro está, no es completa. Pero, por ahora, podemos limitarnos a ella.

7. Véase la carta de Marx a Engels de 16 de abril de 1856.

La democracia soviética o proletaria ha nacido en Rusia. En comparación con la Comuna de París, se ha dado el segundo paso de importancia histórica universal. La República soviética proletaria y campesina ha resultado ser la primera república socialista sólida en el mundo. Ya no puede morir como *nuevo tipo de Estado*. Ya no está sola en el mundo.

Para continuar la obra de la construcción del socialismo, para llevarla a cabo, aún hace falta mucho, muchísimo. Las repúblicas soviéticas de los países más cultos, donde el proletariado goza de mayor peso e influencia, cuentan con todas las probabilidades de sobrepasar a Rusia, si es que emprenden el camino de la dictadura del proletariado.

La II Internacional en bancarrota está agonizando y se pudre en vida. De hecho, desempeña el papel de lacayo de la burguesía internacional. Es una verdadera Internacional amarilla. Sus ideólogos más destacados, como Kautsky, cantan loas a la democracia *burguesa*, calificándola de “democracia” en general o — lo que es más necio y burdo todavía — de “democracia pura”.

La democracia burguesa ha caducado, lo mismo que la II Internacional, aunque cumplió un trabajo históricamente necesario y útil, cuando la tarea era preparar a las masas obreras en los marcos de esta democracia burguesa.

La república burguesa más democrática ha sido siempre y no podía ser otra cosa que una máquina para la opresión de los trabajadores por el capital, un instrumento del poder político del capital, de la dictadura de la burguesía. La república democrática burguesa prometía el poder a la mayoría, lo proclamaba, pero jamás pudo realizarlo, ya que existía la propiedad privada de la tierra y demás medios de producción.

La “libertad” en la república democrática burguesa era, de hecho, la libertad *para los ricos*. Los proletarios y los jornaleros podían y debían aprovecharla con objeto de preparar sus fuerzas para derrocar al capital, para vencer a la democracia burguesa; pero, *de hecho*, las masas trabajadoras, por regla general, no podían gozar de la democracia bajo el capitalismo.

Por vez primera en el mundo, la democracia soviética o proletaria ha creado una democracia para las masas, para los trabajadores, para los obreros y los pequeños campesinos.

Jamás ha existido en el mundo un poder estatal ejercido por la *mayoría* de la población, un poder *realmente* de esta mayoría, como lo es el poder soviético.

Éste reprime la “libertad” de los explotadores y de sus auxiliares, les priva de la “libertad” de explotar, de la “libertad” de enriquecerse a costa del hambre, de la “libertad” de luchar por la restauración del poder del capital, de la “libertad” de confabularse con la burguesía extranjera contra los obreros y campesinos de su patria.

Que los Kautsky defiendan semejante libertad. Para ello hay que ser un renegado del marxismo, un renegado del socialismo.

La bancarrota de los ideólogos de la II Internacional, como Hilferding y Kautsky, en ninguna otra cosa se ha manifestado con tanta evidencia como en su total incapacidad de comprender la significación de la democracia soviética o proletaria, su relación con la Comuna de París, su lugar en la historia, su necesidad como forma de dictadura del proletariado.

El periódico *Die Freiheit*, órgano de prensa de la socialdemocracia alemana “independiente” (léase: mezquina, filistea, pequeñoburguesa), publica en su n° 74, del 11 de febrero de 1919, un llamamiento titulado *Al proletariado revolucionario de Alemania*.

Este llamamiento está firmado por la dirección de dicho partido y por toda su minoría de la “Asamblea Nacional”, la “Constituyente” alemana.

En él se acusa a los Scheidemann de tener la intención de eliminar los sóviets y propone —¡no se rían!— combinar los sóviets con la Constituyente, conferir a los sóviets ciertos derechos estatales, un determinado lugar en la Constitución⁸.

¡Conciliar, unir la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado! ¡Qué sencillo! ¡Qué idea filistea más genial!

Sólo es de lamentar que la hayan experimentado ya bajo Kerensky, en Rusia, los mencheviques y eseristas unidos, esos demócratas pequeñoburgueses que se creen socialistas.

Quien, al leer a Marx, no haya comprendido que en la sociedad capitalista, en cada situación grave, en cada conflicto de clases importante, sólo es posible la dictadura de la burguesía o la dictadura del

8. Se refiere a los sóviets, o consejos (*Räte*), surgidos durante la revolución alemana de 1918.

proletariado, no ha comprendido nada ni de la doctrina económica ni de la doctrina política de Marx.

Pero la idea genialmente filistea de Hilferding, Kautsky y Cía. de unir de un modo pacífico la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado exige un análisis especial, siempre que se quiera analizar a fondo los absurdos económicos y políticos acumulados en este notabilísimo y ridiculísimo llamamiento del 11 de febrero. Habrá que aplazarlo, pues, para otro *artículo*⁹.

9. Véase Lenin, *Los héroes de la Internacional de Berna*.

En memoria de
LEÓN TROTSKY

Alan Woods

El 26 de agosto de 1879, pocos meses antes del nacimiento de Trotsky, un pequeño grupo de revolucionarios, militantes de la organización terrorista clandestina *Naródnaya Volia* (Voluntad del Pueblo), sentenció a muerte al zar Alejandro II. Este sería el inicio de un período de luchas heroicas de los populistas contra el aparato del Estado protagonizadas por un puñado de jóvenes, que culminaron con el asesinato del zar el 1 de marzo de 1881. Esos estudiantes y jóvenes intelectuales odiaban la tiranía y estaban dispuestos a dar su vida por la emancipación de la clase obrera, aunque estaban convencidos de que la “propaganda de los hechos” era lo único necesario para “provocar” la movilización de las masas. Querían sustituir el movimiento consciente de la clase obrera por las bombas y las pistolas.

Los terroristas rusos asesinaron al zar, pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no consiguieron nada. Lejos de fortalecer el movimiento de masas, los atentados terroristas surtían el efecto contrario: fortalecían el aparato represivo del Estado, que consiguió aislar y desmoralizar a los cuadros revolucionarios, lo que acabó por conducir a la completa destrucción de *Naródnaya Volia*. El error de los populistas fue su incomprensión de los procesos fundamentales de la revolución rusa. Debido a la ausencia de una clase obrera fuerte, los populistas consideraban al campesinado como el sujeto revolucionario, la base social de la revolución socialista. Marx y Engels explicaron que la única clase que podía llevar adelante la transformación socialista de la sociedad era el proletariado. En una sociedad atrasada y semifeudal como la Rusia zarista, el campesinado tendría un papel importante como auxiliar de la clase obrera, pero jamás podría sustituirla.

LOS COMIENZOS

En la década de los años 80 del siglo XIX, la mayoría de la juventud rusa no se sentía atraída por el marxismo; no tenían tiempo para la teoría, querían acción. Al no comprender que sólo explicando pacientemente las ideas podrían ganar a la clase obrera, tomaron las armas, esperando destruir al zarismo a través del terrorismo individual.

El hermano mayor de Lenin fue un terrorista. Trotsky comenzó su vida política en un grupo populista y probablemente Lenin también participó de esas ideas. En cualquier caso, el populismo ya se encontraba en declive. En la década de los 90, la atmósfera anterior en los círculos intelectuales, impregnada de heroísmo, se convirtió en desmoralización y pesimismo. Y mientras tanto, en esa década, el movimiento obrero entraba en la escena de la historia con una impresionante oleada huelguística. En pocos años, la experiencia demostraría la superioridad de los “teóricos” marxistas frente a los “prácticos” terroristas individuales. El marxismo se extendió y ganó una enorme influencia entre la clase obrera.

Al principio fueron pequeños círculos y grupos de discusión marxistas, pero el nuevo movimiento ganaba cada vez más popularidad entre los trabajadores. Entre los jóvenes activistas de esa nueva generación de revolucionarios se encontraba Lev Davidovich Bronstein, quien comenzó su trayectoria revolucionaria en marzo de 1897 en Nikolaiev, donde construyó la primera organización ilegal de trabajadores, la Liga Obrera del Sur de Rusia. Lev Davidovich fue arrestado por primera vez cuando sólo tenía 19 años, pasó dos años y medio en prisión, y después fue desterrado a Siberia. Al poco se fugó, salió de Rusia con un pasaporte falso y se reunió en Londres con Lenin. En una de esas ironías de la historia, el pasaporte estaba a nombre de uno sus carceleros: Trotsky, nombre con el que Lev Davidovich Bronstein llegaría a ser conocido en el mundo entero.

TROTSKY E ‘ISKRA’

El joven movimiento socialdemócrata aún se encontraba disperso, casi sin organización. Lenin, junto al grupo en el exilio de Plejánov (Emancipación del Trabajo), emprendería la tarea de organizar y unir a los

numerosos grupos socialdemócratas locales del interior de Rusia. Ayudado por Plejánov, Lenin lanzó el periódico *Iskra* (La Chispa), que jugó un papel clave en la organización y unificación de una genuina corriente marxista. Lenin y su infatigable compañera, Nadezhda Krúpskaya, se encargaban de la elaboración y distribución del periódico y de responder a la voluminosa correspondencia llegada desde el interior de Rusia. A pesar de todos los obstáculos, consiguieron introducir clandestinamente el *Iskra* en el país. Rápidamente, los auténticos marxistas se aglutinaron en torno a *Iskra*, que en 1903 se había convertido ya en la tendencia mayoritaria dentro de la socialdemocracia rusa.

En 1902, Trotsky se presentó en la casa londinense de Lenin, donde se reunía el equipo de *Iskra*, y allí empezó su estrecha colaboración. El joven revolucionario recién llegado de Rusia no era consciente aún de las tensiones dentro del comité de redacción, donde se producían constantes choques entre Lenin y Plejánov por cuestiones organizativas y políticas. Los antiguos activistas del grupo Emancipación del Trabajo estaban afectados por el largo período de exilio, limitándose a un trabajo de propaganda en los márgenes del movimiento obrero ruso. Eran un pequeño grupo de intelectuales, sin duda sinceros en sus ideas revolucionarias, pero que padecían todos los vicios del exilio y de los pequeños círculos intelectuales. En ocasiones, sus métodos de trabajo se parecían más a los de un club de discusión o un grupo de amigos que a los de un partido revolucionario que aspiraba a tomar el poder.

Lenin realizaba el trabajo más importante del grupo y, con la ayuda de Krúpskaya, luchaba contra esas tendencias, aunque con pobres resultados. Tenía todas sus esperanzas en la convocatoria de un congreso del partido, para que fuese la base obrera quien pusiera orden en “su propia casa”. Depositó muchas esperanzas en Trotsky, quien se había ganado el apodo de *Pero* (Pluma) debido a su habilidad como escritor.

Lenin buscaba desesperadamente un compañero joven y capacitado que cooperase con él en el comité de redacción, intentando así salir del punto muerto al que había llegado con los antiguos editores. La aparición de Trotsky, recién fugado de Siberia, fue recibida con entusiasmo por Lenin. Trotsky tenía entonces sólo 22 años, pero ya se había ganado una reputación como escritor marxista. En las primeras ediciones de sus memorias, Krúpskaya describe la actitud de Lenin hacia Trotsky:

“Las recomendaciones calurosas que se nos habían dado con respecto al ‘aguilucho’ y la primera conversación sostenida impulsaron

a Vladímir Ilich a examinar con atención al recién llegado. Habló mucho con él y salieron juntos a pasear.

“Vladímir Ilich le preguntó a Trotsky sobre su viaje a Poltava para ponerse en contacto con *El Obrero del Sur* (que vacilaba entre *Iskra* y sus adversarios), y le gustó la precisión de las respuestas de Trotsky; el hecho de que éste hubiera sabido darse cuenta inmediatamente de la esencia de las divergencias (...).

“Desde Rusia se reclamaba con insistencia el regreso de Trotsky. Vladímir Ilich quería que se quedara en el extranjero a fin de que aprendiera y prestara su concurso a la labor de *Iskra*.

“Plejánov manifestó inmediatamente su recelo hacia Trotsky, al cual veía como un apoyo para el sector joven de *Iskra* (Lenin, Márto y Potrészov) y un discípulo de Lenin. Cuando Vladímir Ilich mandó un artículo de Trotsky a Plejánov, éste contestó: ‘La pluma de vuestra *Pluma* no me gusta’. ‘El estilo’, respondió Vladímir Ilich, ‘se adquiere; Trotsky es un hombre capaz de aprender y nos será muy útil’” (Krúpskaya, *Recuerdo de Lenin*, p. 92. Estas líneas desaparecerían en ediciones posteriores de las memorias).

En marzo de 1903, Lenin planteó formalmente que Trotsky se incorporase al Comité de Redacción de *Iskra*. En una carta dirigida a Plejánov decía: “Propongo a los miembros del Comité de Redacción la cooptación de *Pero* como miembro de pleno derecho del mismo (creo que para la cooptación no basta la mayoría, sino la unanimidad).

“Necesitamos un séptimo miembro porque simplificaría el voto (seis es un número par) y reforzaría la Redacción.

“*Pero* lleva varios meses escribiendo en cada número. Trabaja para *Iskra* enérgicamente, pronuncia conferencias (con un tremendo éxito), etc. Para nuestro departamento de artículos y noticias de actualidad *no sólo será muy útil, sino indispensable. Es un hombre con una capacidad incuestionable, con un convencimiento, una energía y un compromiso por encima de la media.* Y también puede ser muy bueno para la traducción y la literatura popular.

“Debemos involucrar a los jóvenes: esto les estimulará y les llevará a considerarse escritores profesionales. Una buena prueba de la escasez de estos es: 1) la dificultad de encontrar redactores para las traducciones, 2) la escasez de artículos que examinen la situación interna, y 3) la escasez de literatura popular. Y es precisamente en la literatura popular donde a *Pero* le gustaría intentarlo.

“Posibles argumentos en contra: 1) juventud, 2) su próximo (quizás) regreso a Rusia, 3) una pluma con trazos de estilo folletinesco, demasiado pretencioso, etc.

“No propongo a *Pero* para un puesto independiente, sino para la Redacción. En ella conseguirá experiencia. *No hay duda de que posee la ‘intuición’ de un hombre del partido, de nuestra tendencia; el conocimiento y la experiencia los podrá adquirir. Asimismo, es indiscutible que es muy trabajador. Es necesario atraerlo y animarlo*”.

Pero como Plejánov sabía que Trotsky apoyaría a Lenin y que, por tanto, él quedaría en minoría, vetó coléricamente la propuesta.

“Poco después —añade Krúpskaya— Trotsky se fue a París y allí comenzó a avanzar y consiguió un destacable éxito” (*Ibid.*).

Estas líneas de la compañera de toda la vida de Lenin son más significativas si tenemos en cuenta que se escribieron en 1930, cuando Trotsky ya había sido expulsado del partido, vivía exiliado en Turquía y estaba totalmente proscrito en la Unión Soviética. Lo que salvó a Krúpskaya de la cólera de Stalin fue el hecho de ser la viuda de Lenin. Más tarde, la intolerable presión le obligaría a inclinar la cabeza y a aceptar pasivamente la falsificación de la historia, aunque se negó firmemente a unirse al coro de glorificación de Stalin.

Por desgracia, la escisión ocurrida en el II congreso del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia (POSDR), celebrado en 1903, interrumpió bruscamente esa primera colaboración entre Lenin y Trotsky.

EL II CONGRESO

Se han escrito muchas tonterías sobre el famoso II congreso del POSDR, dejando sin explicar las causas de la escisión. Todo partido revolucionario atraviesa una larga etapa de trabajo propagandístico y de formación de cuadros. Esta etapa conlleva inevitablemente hábitos y formas de pensar que, en un momento dado, pueden convertirse en un obstáculo para transformar el partido en una organización de masas. Si cuando cambia la situación objetiva el partido no es capaz de cambiar esos métodos, corre el riesgo de convertirse en una secta anquilosada.

En el II congreso, la lucha entre los dos sectores de *Iskra* sorprendió a todos, incluso a los que estaban directamente implicados. El motivo fue la incompatibilidad entre la posición de Lenin —consolidar

un partido de masas revolucionario con cierto grado de disciplina y eficacia — y la de los militantes del antiguo grupo Emancipación del Trabajo, que se encontraban cómodos instalados en la rutina, no veían la necesidad de hacer cambios y achacaban el problema a cuestiones personales de Lenin: “querer ser el centro de atención”, “tendencias dictatoriales”, “ultracentralismo” y cosas por el estilo.

Es una ley histórica que las corrientes pequeñoburguesas son orgánicamente incapaces de separar las cuestiones políticas de las personales. Cuando Lenin, por motivos completamente justificados, propuso la destitución de Axelrod, Zasúlich y Potréssov del comité de redacción de *Iskra*, éstos se lo tomaron como un insulto personal y montaron un escándalo. Por desgracia, los “viejos” activistas se las arreglaron para impresionar a Trotsky, por aquel entonces joven e inexperto, que no comprendió la situación y aceptó sin más las acusaciones de Zasúlich, Axelrod y demás. Esta tendencia, denominada “blanda” y representada por Márto, quedó en minoría y tras el congreso se negó a aceptar las decisiones y a participar en el comité central y el comité de redacción. Los esfuerzos de Lenin, tras el congreso, para llegar a un compromiso fracasaron debido a la oposición de la minoría. Plejánov, que en el congreso había apoyado a Lenin, no resistió las presiones de sus antiguos compañeros y amigos.

Al principio, Trotsky apoyó a la minoría frente a Lenin, lo que creó la impresión equivocada de que Trotsky era un menchevique. No obstante, en el II congreso, bolchevismo y menchevismo no eran todavía dos tendencias políticas claramente definidas. Las diferencias políticas entre ambas comenzaron a surgir un año después, pero no tuvieron nada que ver con la cuestión del centralismo, sino con la cuestión clave de la estrategia revolucionaria: colaboración con la burguesía liberal o independencia de clase. Finalmente, en 1904, Lenin llegó a la conclusión de que era necesario organizar los “comités de la mayoría” (bolcheviques) para salvar lo que quedaba. La división del partido se consumó.

TROTSKY EN 1905

En víspera de la guerra ruso-japonesa, el país vivía un fermento pre-revolucionario. A la oleada huelguística le siguieron las manifestaciones estudiantiles. La agitación afectaba a la burguesía liberal, que

lanzó una campaña de banquetes políticos basada en los *zemstvos*, entes de administración local en las zonas rurales, que servían de plataforma a los liberales. Entonces surgió el debate de cuál debería ser la posición de los marxistas respecto a la campaña de los liberales. Los mencheviques estaban a favor de apoyarlos totalmente; los bolcheviques se oponían enérgicamente a darles cualquier apoyo, y en su prensa criticaban la campaña y denunciaban a los liberales ante la clase obrera. Tan pronto como surgieron las diferencias políticas, Trotsky estuvo de acuerdo con los bolcheviques y rompió con los mencheviques. Desde ese momento y hasta 1917, Trotsky estuvo organizativamente al margen de ambas fracciones, aunque en todas las cuestiones políticas siempre coincidió más con los bolcheviques.

La situación revolucionaria maduraba rápidamente. Las derrotas militares del ejército zarista aumentaron el descontento, que estallaría en una manifestación en San Petersburgo el 9 de enero de 1905, que fue brutalmente reprimida. Así comenzó la revolución de 1905, donde Trotsky jugó un papel prominente. Lunacharski, que entonces era un colaborador próximo de Lenin, escribió en sus memorias: “Debo decir que de todos los dirigentes socialdemócratas de 1905-06, sin duda Trotsky demostró, a pesar de su juventud, que era el mejor preparado. De todos, era el que menos llevaba el cuño de la emigración. Trotsky comprendía mejor que nadie lo que significaba dirigir la lucha política contra el Estado. Trotsky emergió de la revolución y consiguió un enorme grado de popularidad, que ni Lenin ni Márto disfrutaban. Plejánov perdió bastante por las tendencias liberales que en él se dejaban ver” (Lunacharski, citado por Trotsky en *Mi vida*, p. 146).

Este no es lugar para analizar en detalle la revolución de 1905; nos remitimos a la obra de Trotsky *1905. Resultados y perspectivas*, todo un clásico del marxismo.

Con sólo 26 años, Trotsky fue elegido presidente del sóviet de diputados obreros de San Petersburgo, el más importante de lo que Lenin describió como “órganos embrionarios de poder revolucionario”. La mayoría de los manifiestos y resoluciones del sóviet fueron escritos por Trotsky, que también fue el editor de su periódico, *Izvestia* (Las Noticias). En las ocasiones importantes, hablaba tanto para los bolcheviques o los mencheviques como para el sóviet en su conjunto. Con todo, los bolcheviques de San Petersburgo no fueron capaces de apreciar la importancia del sóviet, y por ello tuvieron escasa

representación en él. Lenin, desde su exilio en Suecia, escribió al periódico bolchevique *Novaya Zhizn* (Vida Nueva) animando a los bolcheviques a que tuvieran una actitud más positiva hacia el sóviet, pero la carta no salió a la luz hasta treinta y cuatro años después. Esta situación se volvería a repetir en cada coyuntura política importante de la historia de la revolución rusa: los dirigentes bolcheviques del interior de Rusia se caracterizaron por su confusión y sus vacilaciones cada vez que se enfrentaron a la necesidad de tomar una decisión audaz sin las orientaciones de Lenin.

En 1905, Trotsky se hizo cargo del periódico *Rússkaya Gazeta* y lo transformó en el popular periódico revolucionario *Nachalo* (El Comienzo), de gran circulación, donde expresaba sus opiniones sobre la revolución, muy próximas a las bolcheviques y en directa oposición a las mencheviques. Era natural que, a pesar de la agria disputa del II congreso, el trabajo de los bolcheviques y el de Trotsky coincidieran en la revolución. El *Nachalo* de Trotsky y el bolchevique *Novaya Zhizn*, editado por Lenin, trabajaron conjuntamente y se apoyaron mutuamente frente a los ataques de la reacción, dejando a un lado las polémicas. *Novaya Zhizn* saludó así la aparición del primer número de *Nachalo*: “Ha salido el primer ejemplar de *Nachalo*. Damos la bienvenida a un compañero de lucha. El primer ejemplar es extraordinario por la brillante descripción de la huelga de octubre escrita por el camarada Trotsky”.

Lunacharski recuerda que, cuando alguien le habló a Lenin del éxito de Trotsky en el sóviet, el rostro de Lenin se ensombreció durante un momento y después dijo: “Bien, el compañero Trotsky lo ha conseguido gracias a su incansable e impresionante trabajo”. Años después, Lenin en más de una ocasión escribiría positivamente del *Nachalo* de Trotsky en 1905.

Tras la derrota de la revolución, los miembros del sóviet de San Petersburgo fueron arrestados y Trotsky acabó nuevamente en Siberia. Desde el banquillo de los acusados, Trotsky pronunció un incendiario discurso que se convirtió en un alegato contra el régimen zarista. Al final fue condenado a “deportación perpetua”, pero sólo estuvo en Siberia ocho días, antes de volver a escapar. De nuevo se dirigió al exilio, esta vez a Austria, donde continuó con su actividad revolucionaria. En Viena publicó un periódico llamado *Pravda* (La Verdad). Con un estilo sencillo y atractivo, el *Pravda* de Trotsky pron-

to consiguió una popularidad mayor que ninguna otra publicación socialdemócrata de su tiempo.

Los años de reacción que siguieron a la derrota de la revolución fueron, con toda probabilidad, el período más difícil de la historia del movimiento obrero ruso. Después de la lucha, las masas estaban exhaustas y los intelectuales, desmoralizados. Existía un ambiente general de desánimo, pesimismo y desesperación. Hubo incluso suicidios. En esta situación de reacción generalizada, las ideas místicas y religiosas se propagaron como una nube negra entre los círculos intelectuales e incluso encontraron eco entre el movimiento obrero, lo que se tradujo en una serie de intentos de revisar las ideas filosóficas del marxismo. En estos difíciles años, Lenin se dedicó a librar una lucha implacable contra el revisionismo y en defensa de la teoría y los principios marxistas. Pero fue Trotsky quien dotó a la revolución rusa de la base teórica necesaria para recuperarse de la derrota de 1905 y continuar la lucha hasta la victoria.

LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

La revolución de 1905 sacó a la luz las diferencias entre menchevismo y bolchevismo, entre reformismo y revolución, entre colaboración de clases y marxismo. El tema crucial fue la actitud del movimiento revolucionario hacia la burguesía y los llamados partidos “liberales”. Por este motivo, Trotsky rompió en 1904 con los mencheviques. Al igual que Lenin, Trotsky se oponía a la colaboración de clases propugnada por Plejánov y sus seguidores, al tiempo que señalaban al proletariado y al campesinado como las únicas fuerzas capaces de llevar la revolución hasta el final.

Ya antes de 1905, durante los debates sobre las alianzas de clase, Trotsky había desarrollado las líneas generales de la teoría de la *revolución permanente*, una de las contribuciones más brillantes al pensamiento marxista. ¿En qué consistía esta teoría? Los mencheviques razonaban que la revolución rusa tendría una naturaleza democrático-burguesa y que, por tanto, la clase obrera no podía aspirar a la toma del poder y debía apoyar a la burguesía liberal. Los mencheviques, con esta forma mecánica de pensar, parodiaban las ideas de Marx sobre el desarrollo de la sociedad. La teoría menchevique de las “etapas”

situaba la revolución socialista en un futuro lejano. Mientras ésta llegaba, la clase obrera tenía que comportarse como un apéndice de la burguesía “liberal”. Es la misma teoría reformista que, años después, provocaría la derrota de la clase obrera en China (1927), España (1936-39), Indonesia (1965) o Chile (1973).

Ya en 1848 Marx observó que la burguesía “democrático-revolucionaria” alemana era incapaz de jugar un papel revolucionario en la lucha contra el feudalismo y prefería negociar con él, por temor al movimiento revolucionario de los trabajadores. De hecho, el propio Marx anticipó la revolución permanente. Siguiendo los pasos de Marx —que calificó a los partidos burgueses democráticos como “más peligrosos para los trabajadores que los antiguos liberales”—, Lenin explicó que la burguesía rusa, lejos de ser un aliado de los trabajadores, *inevitablemente* se alinearía con la contrarrevolución.

“La burguesía en su mayoría —escribía en 1905— se volverá inevitablemente del lado de la contrarrevolución, del lado de la autocracia, contra la revolución, contra el pueblo, en cuanto sean satisfechos sus intereses estrechos y egoístas, en cuanto ‘dé la espalda’ a la democracia consecuente (*y ahora comienza a darle la espalda*)” (Lenin, *Obras Escogidas*, vol. 1, p. 549).

¿Qué clase social, en opinión de Lenin, encabezaría la revolución democrático-burguesa?

“Queda ‘el pueblo’, es decir, el proletariado y los campesinos: sólo el proletariado es capaz de ir seguro hasta eso, el proletariado lucha en vanguardia por la república, rechazando con desprecio los consejos, necios e indignos de él, de quienes le dicen que tenga cuidado de no asustar a la burguesía” (*Ibid.*).

¿Contra quién van dirigidas estas palabras? ¿Contra Trotsky y la revolución permanente? Veamos lo que escribía Trotsky en aquel entonces: “Esto conduce a que la ‘lucha por los intereses de toda Rusia’ corresponda a la *única clase fuerte actualmente existente*, al proletariado industrial. Como consecuencia de esto, al proletariado industrial le corresponde una gran importancia política; por lo tanto, la lucha en Rusia por la liberación del pulpo asfixiante del absolutismo ha llegado a ser un *duelo entre éste y la clase de los obreros industriales*, un duelo en el cual el campesinado otorga un apoyo importante pero sin que pueda desempeñar un papel dirigente” (1905. *Resultados y perspectivas*, p. 376. Subrayado en el original).

Y también: “Armar la revolución significa en Rusia, antes que nada, armar a los obreros. Como los liberales lo sabían y lo temían, preferían desistir de crear las milicias. Sin combate, pues, abandonaron estas posiciones al absolutismo, igual que el burgués Thiers abandonó París y Francia a Bismarck con el único objeto de no tener que armar a los obreros” (*Op. cit.*, p. 372).

Las posiciones de Lenin y Trotsky respecto a la actitud hacia los partidos burgueses coincidieron totalmente. Ambos se opusieron a los mencheviques, que justificaban la subordinación del partido obrero a la burguesía por la naturaleza burguesa de la revolución. En su lucha contra la colaboración de clases, tanto Lenin como Trotsky explicaron que sólo la clase obrera, en alianza con las masas campesinas, podría acometer las tareas de la revolución democrático-burguesa.

¿Cómo podían los trabajadores llegar al poder en un país atrasado y semifeudal como la Rusia zarista? Trotsky respondió a esto en 1905: “Es posible que el proletariado de un país económicamente atrasado llegue antes al poder que en un país capitalista evolucionado (...) En nuestra opinión, la revolución rusa creará las condiciones bajo las cuales el poder puede pasar a manos del proletariado (y, en el caso de una victoria de la revolución, así *tiene que ser*) antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de hacer un despliegue completo de su genio político” (*Op. cit.*, pp. 373-74, subrayado en el original).

¿Significa esto, como más tarde pretendieron los estalinistas, que Trotsky negó la naturaleza burguesa de la revolución? Él mismo responde: “En la revolución de comienzos del siglo XX, pese a ser igualmente burguesa en virtud de sus tareas objetivas inmediatas, se bosquejó como perspectiva próxima la inevitabilidad o, por lo menos, la probabilidad del dominio político del proletariado. El propio proletariado se ocupará, con toda seguridad, de que este dominio no llegue a ser un ‘episodio’ meramente pasajero, tal como lo pretenden algunos filisteos realistas. Pero ahora podemos ya formular la pregunta: ¿Tiene que fracasar forzosamente la dictadura del proletariado entre los límites que determina la revolución burguesa, o puede percibir, en las condiciones dadas de la *historia universal*, la perspectiva de una victoria después de haber reventado este marco limitado? Aquí nos urgen algunas cuestiones tácticas: *¿Debemos dirigir la acción conscientemente hacia un gobierno obrero, en la medida en que el desarrollo revolucionario nos acerque a esta etapa, o bien tenemos*

que considerar, en dicho momento, el poder político como una desgracia que la revolución quiere cargar sobre los obreros, siendo preferible evitarla?" (*Op. cit.*, p. 377. El segundo subrayado es nuestro).

En 1905, solamente Trotsky planteaba la necesidad de la revolución socialista en Rusia de una forma clara y audaz, y también era el único que defendía la posibilidad de su triunfo en Rusia antes que en el occidente europeo. Lenin todavía no tenía una postura clara. En líneas generales, la posición de Trotsky estaba muy próxima a la de los bolcheviques, como más tarde admitió el propio Lenin. Doce años después, la historia demostraría que Trotsky estaba en lo cierto.

LA REUNIFICACIÓN

La revolución unió a los trabajadores de ambas fracciones y dio un impulso tremendo al movimiento de reunificación de las fuerzas del marxismo ruso. Los trabajadores mencheviques y bolcheviques luchaban hombro con hombro con las mismas consignas, los comités rivales del partido se unían espontáneamente... La segunda mitad de 1905 se caracterizó por un proceso continuo y espontáneo de unidad desde la base. Sin esperar directrices desde arriba, las organizaciones menchevique y bolchevique del POSDR simplemente se fusionaron. Esto en parte reflejaba el instinto natural de los trabajadores a la unidad, pero también influyó que los dirigentes mencheviques se vieran obligados a girar a la izquierda por la presión de su propia base. Al final, a sugerencia del comité central bolchevique, incluido Lenin, se dio un paso hacia la reunificación. En diciembre de 1905 existía un único comité central y ambas direcciones estaban en la práctica fusionadas, pero fue una unidad más formal que real.

Cuando tras la derrota de la revolución llegó el reflujó, las tendencias oportunistas rebrotaron entre los mencheviques, como refleja la famosa frase de Plejánov sobre la actitud de los trabajadores en las jornadas huelguísticas de 1905: "Los trabajadores no deberían haber empuñado las armas". Las diferencias resurgieron abruptamente y de nuevo Trotsky se encontró en una posición política muy similar a la de los bolcheviques.

Las diferencias entre Lenin y Trotsky en esa época estuvieron motivadas por las tendencias "conciliadoras" de éste. Utilizando una expresión

poco amable, se puede decir que Trotsky era un "vendedor de la unidad", aunque no era el único. Desde *Nachalo*, Trotsky defendía vigorosamente la reunificación e intentaba mantenerse alejado de la lucha fraccional, pero antes del IV congreso del POSDR (el llamado "congreso de unificación", celebrado en Estocolmo en abril de 1906) fue arrestado y encarcelado por su papel al frente del sóviet.

En el momento de celebración del congreso de unificación, la oleada revolucionaria ya estaba menguando, y con ella el espíritu de lucha y los discursos "izquierdistas" de los mencheviques. Era inevitable el conflicto entre los revolucionarios consecuentes y aquellos que ya estaban abandonando a las masas y se acomodaban a la reacción. La derrota de la insurrección de Moscú en diciembre de 1905 había marcado el principio del fin de la revolución y un cambio decisivo en la actitud de los llamados "liberales". La burguesía se unió contra la "locura" de diciembre. En realidad, los liberales ya se habían pasado a la reacción en octubre, después de que el zar concediera una nueva Constitución, pero ahora aparecían con su verdadero rostro. No fue la primera vez en la historia que se vio este fenómeno. Ocurrió exactamente lo mismo en la revolución alemana de 1848, como Marx y Engels explicaron.

Los mencheviques representaban la capitulación ante la burguesía liberal, que en la práctica apoyaba abiertamente a la monarquía y se rendía a la autocracia. Esta era precisamente la cuestión central de las diferencias de Lenin con los mencheviques: "El ala de derechas de nuestro partido no cree en la victoria completa de la presente revolución, es decir, la revolución democrático-burguesa en Rusia—; tiene miedo a la victoria. (...) Está completamente desorientada porque llegó a la conclusión, esencialmente equivocada y que en realidad constituye una vulgarización del marxismo, de que sólo la burguesía puede 'hacer' independientemente la revolución burguesa, o sólo ella puede encabezarla. Los socialdemócratas de derechas no comprenden el papel del proletariado como vanguardia de la lucha por la victoria completa y decisiva de la revolución burguesa" (*Lenin, Collected Works*, vol. 10, pp. 377-78).

Al igual que Trotsky, Lenin estaba a favor de la unidad organizativa, pero bajo ningún concepto era partidario de abandonar la lucha ideológica, y mantenía una posición firme en todas las cuestiones básicas de táctica, estrategia y perspectivas. Aunque formalmente unido, el partido estaba en la práctica dividido en dos corrientes opuestas:

la oportunista y la marxista. Colaboración de clases o política proletaria independiente, reforma o revolución, ésta era la cuestión básica que separaba al bolchevismo del menchevismo, simbolizada en la actitud hacia la Duma y los partidos burgueses. Lenin y Trotsky mantuvieron la misma posición sobre estas cuestiones fundamentales, como el propio Lenin señalaría en el V congreso del POSDR (Londres, 1907). En el transcurso del debate sobre la actitud hacia los partidos burgueses, Lenin comentó lo siguiente:

“Trotsky expresó por escrito [su acuerdo con la opinión de] la comunidad económica de intereses entre el proletariado y el campesinado en la actual revolución en Rusia. Trotsky reconocía la inutilidad de un bloque de izquierdas con la burguesía liberal. Estos hechos me bastan para reconocer que Trotsky está más cercano a nuestras ideas (...) coincidimos en los puntos fundamentales de la actitud hacia los partidos burgueses”.

Partiendo de un punto de vista diferente, Trotsky luchaba por lo mismo que Lenin. Su *Pravda*, publicada en Viena, disfrutaba de una gran popularidad. Varios dirigentes bolcheviques estaban a favor de utilizar *Pravda* para conseguir la unión de aquellos bolcheviques y mencheviques partidarios de la unidad del partido. Kámenev y Zinóviev, en ese momento los más estrechos colaboradores de Lenin, tenían la intención de que *Proletari* sustituyese a *Pravda* y fuera aceptado como el órgano oficial del comité central del POSDR. Otros, como Tomski, también apoyaron la propuesta, que se aprobó con la oposición de Lenin, que propuso la creación de un periódico bolchevique y una publicación teórica mensual. Al final se llegó al acuerdo de que *Proletari* siguiera apareciendo, pero por un tiempo no superior a un mes. Mientras tanto se entablarían negociaciones con Trotsky para intentar convertir *Pravda* en el órgano oficial del POSDR. Este detalle demuestra la fuerza que tenían las tendencias conciliadoras en las filas bolcheviques y también dice mucho sobre la actitud de los bolcheviques hacia Trotsky en aquel entonces.

El error fundamental de Trotsky en ese período fue, como hemos señalado, su “conciliacionismo”, pensar que era posible unir a bolcheviques y mencheviques. Esta idea fue lo que se denominó *trotskismo*. Trotsky utilizó *Pravda* para ese objetivo, y parece que durante un tiempo tuvo éxito. Muchos dirigentes bolcheviques estaban de acuerdo con él. En el comité central, los bolcheviques N. A. Rozhkov

y V. P. Nogin eran conciliadores, al igual que Kámenev y Zinóviev, miembros del comité de redacción de *Sotsial-Demokrat*.

La acalorada denuncia de Lenin del “trotskismo” (conciliación) en ese momento iba dirigida contra aquellos bolcheviques que se inclinaban hacia esa posición. En la carta a Zinóviev del 11 (24) de agosto de 1909 y en otros escritos de ese período, Lenin se refiere a Trotsky en términos muy duros.

Lenin estaba molesto con él por su rechazo a unirse a la corriente bolchevique aunque no existían diferencias políticas que les separasen. Trotsky creía que, tarde o temprano, una nueva oleada revolucionaria empujaría a los mejores elementos de ambas corrientes a unir sus fuerzas. Trotsky cometió el error más serio de su vida al mantener esta postura conciliadora, como él mismo admitiría más tarde. Pero no debemos olvidar que las cosas en ese momento no estaban tan claras. En más de una ocasión, el propio Lenin intentó acercarse a determinadas sectores de los mencheviques. En 1908 llegó a un acuerdo con Plejánov y a “la soñada alianza con MártoV”, como la calificó Lunacharski. Pero la experiencia demostraría que era inviable porque ambas corrientes evolucionaban en sentidos opuestos. Tarde o temprano, la ruptura sería inevitable.

La iniciativa de Trotsky para conseguir la unidad del movimiento se concretó en la celebración de un pleno extraordinario para echar a los liquidadores de derechas y los *otzovistas* de ultraizquierda, e intentar conseguir la unidad entre los mencheviques de izquierda y los bolcheviques. Lenin se opuso a la iniciativa porque se negaba a participar en un pleno con elementos que de hecho se habían situado fuera del partido. El escepticismo de Lenin estaba plenamente justificado. El giro a la derecha de los mencheviques había llegado demasiado lejos. Los mencheviques de izquierda (MártoV) se negaron a romper con su ala de derechas y las diferencias irreconciliables hicieron fracasar pronto la tentativa de unidad. Más tarde, Trotsky reconocería sinceramente su error. Lenin sacó las conclusiones necesarias y rompió con los mencheviques en 1912, la auténtica fecha de formación del partido bolchevique.

En 1911 se abrió un nuevo período de luchas que continuó hasta el estallido de la I Guerra Mundial. La recién despertada clase obrera gravitó rápidamente a la izquierda. En estas circunstancias, el vínculo con los mencheviques era un obstáculo para el desarrollo del partido.

Los acontecimientos justificaban totalmente la ruptura con ellos y la organización de un partido separado. Pronto los bolcheviques representaron la mayoría decisiva de la clase obrera: en el período 1912-14, cuatro quintas partes de los trabajadores organizados en San Petersburgo apoyaban a los bolcheviques. La publicación de un periódico bolchevique diario jugó un papel decisivo. El nombre elegido, *Pravda*, enturbió las relaciones con Trotsky, que protestó en vano. A la mayoría de los activistas obreros les era indiferente y los mencheviques estaban desacreditados por su política de colaboración con la burguesía.

Trotsky, una vez más, se opuso a la escisión e intentó en vano conseguir la unidad. Este error le separaría momentáneamente de Lenin, pero fue un error honesto, el error de un revolucionario genuino cuyo único interés es la causa. En 1924 lo reconocería con franqueza cuando escribió al buró de Historia del Partido: “Como he declarado en muchas ocasiones, en mis discrepancias con el bolchevismo en toda una serie de cuestiones fundamentales el error fue sólo por mi parte. Para describir a grandes rasgos la naturaleza y el alcance de mis antiguas discrepancias con el bolchevismo, diré que durante el período de mi permanencia fuera del partido bolchevique, en ese momento en que mis diferencias con el bolchevismo alcanzaron su nivel más alto, la distancia que me separaba de las posiciones de Lenin nunca fue tan grande como la que separa la actual posición de Stalin-Bujarin de los fundamentos del marxismo y el leninismo”.

De esta forma tan honesta, Trotsky explica sus propios errores y reconoce que Lenin tenía desde el principio la postura correcta. Sin embargo, los acontecimientos pronto convertirían las antiguas diferencias entre Lenin y Trotsky en irrelevantes. La escisión en Rusia fue sólo el anticipo de otra escisión mayor, de carácter internacional, que tendría lugar dos años más tarde, ante la que Lenin y Trotsky estarían en el mismo bando.

LA I GUERRA MUNDIAL

La decisión de los dirigentes de los partidos de la Internacional Socialista de apoyar a sus respectivas burguesías nacionales en 1914 fue la mayor traición en la historia del movimiento obrero mundial. Cayó como un rayo, conmocionando y desorientando a la base de la

Internacional, hasta el punto de provocar el colapso de ésta. Desde agosto de 1914, la cuestión de la guerra concentró la atención de los socialistas de todos los países.

Muy pocas personas consiguieron mantener la orientación correcta. Lenin en Rusia, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en Alemania, James Connolly en Irlanda, John Maclean en Escocia y los dirigentes socialdemócratas serbios fueron las excepciones a la regla. Desde el principio, Trotsky adoptó una postura claramente revolucionaria, como se puede comprobar en su libro *La guerra y la Internacional*. En 1915, Trotsky redactó el manifiesto de la Conferencia de Zimmerwald, que reunió a todos los socialistas opuestos a la guerra, aprobado por unanimidad a pesar de las diferencias existentes entre ellos.

En París, Trotsky publicaba el periódico *Nashe Slovo* (Nuestra Palabra), que defendía los principios internacionalistas. Sólo tenía un puñado de colaboradores y todavía menos dinero, pero con enormes sacrificios consiguieron publicarlo diariamente, un éxito no igualado por ninguna otra corriente del movimiento obrero ruso del momento, incluidos los bolcheviques. Durante dos años y medio, bajo el ojo vigilante de la censura, *Nashe Slovo* mantuvo una existencia precaria, hasta que las autoridades francesas, presionadas por el gobierno ruso, lo clausuraron. Utilizando como excusa que se habían encontrado ejemplares de *Nashe Slovo* en poder de algunos de los marineros de la flota rusa amotinados en el puerto francés de Tolón, Trotsky fue deportado a finales de 1916. Tras un breve período en España, que incluyó una estancia en prisión, se le trasladó a Nueva York, donde colaboró con Bujarin y otros revolucionarios rusos en el periódico *Novy Mir* (Nuevo Mundo). Todavía trabajaba en este periódico cuando llegaron los primeros informes confusos sobre un alzamiento en Petrogrado. Era febrero de 1917 y la segunda revolución rusa había comenzado.

LENIN Y TROTSKY EN 1917

La política revolucionaria es una ciencia. El estudio de las revoluciones pasadas es la manera de preparar la revolución futura. La teoría no es optativa, sino una guía vital para la acción. Cuando, tras 1905, Trotsky defendió la posibilidad de una revolución proletaria en Rusia antes que en los países del occidente europeo, nadie le tomó en serio.

Pero en octubre de 1917 la superioridad del método marxista aplicado por Trotsky quedó demostrada. Al inicio de la Revolución de Febrero, Lenin estaba en Suiza y Trotsky en Nueva York. Aunque muy alejados de la revolución y entre sí, ambos llegaron a las mismas conclusiones. Los artículos de Trotsky en *Novy Mir* y las *Cartas desde lejos* de Lenin son prácticamente idénticos en lo tocante a las cuestiones fundamentales de la revolución: la actitud hacia el campesinado, la burguesía liberal, el gobierno provisional y la revolución mundial.

A pesar de todos los intentos de los estalinistas de falsificar la realidad levantando una muralla china entre Lenin y Trotsky, los hechos hablan por sí solos: *en el momento decisivo de la revolución, trotskismo y leninismo fueron una misma cosa*. Tanto para Lenin como para Trotsky, 1917 fue un punto de inflexión que convirtió en irrelevantes las antiguas polémicas entre ambos. Por esta razón, Lenin nunca se refirió a ellas después de 1917. De hecho, en su último discurso al partido (su famoso *Testamento*, oculto durante décadas por los estalinistas), *advirtió de que no se debía utilizar contra Trotsky su pasado no bolchevique. Esas fueron las últimas palabras de Lenin respecto a Trotsky y su relación con el bolchevismo antes de 1917*.

Con la única excepción de Lenin, los dirigentes bolcheviques no comprendían la situación y estaban superados por los acontecimientos. Es una ley histórica que, en las situaciones revolucionarias, el partido y, sobre todo, su dirección sufren la intensa presión de los enemigos de clase, de la "opinión pública" burguesa e incluso de los prejuicios de las masas obreras. Ningún dirigente bolchevique de Petrogrado fue capaz de resistir esas presiones, ninguno planteó que la revolución únicamente podía llegar hasta el final con la toma del poder por parte del proletariado. Todos habían abandonado la perspectiva de clase, sustituyéndola por una vulgar postura democrática. Stalin era partidario de apoyar "críticamente" al gobierno provisional y de unirse a los mencheviques; Kámenev, Ríkov, Mólotov y los demás compartían su opinión.

Sólo tras la llegada de Lenin el partido bolchevique cambió de postura, después de una lucha interna en torno a las tesis de abril, publicadas en *Pravda* con su única firma. Nadie estaba dispuesto a que le identificaran con dichas tesis. No comprendían el método de Lenin y hacían un fetiche de las consignas de 1905. El "crimen" de Trotsky fue prever los acontecimientos. En 1917, los hechos demostraron la corrección de la teoría de la revolución permanente.

Desde ese momento, nada separó políticamente a Trotsky y Lenin; todas las diferencias del pasado dejaron de existir. Cuando Trotsky regresó a Petrogrado en mayo de 1917, Lenin y Zinóviev asistieron a la ceremonia de bienvenida organizada por el comité interdistritos. En aquella reunión, Trotsky manifestó que la unidad de bolcheviques y mencheviques ya no significaba nada y que sólo aquellos que habían roto con el socialpatriotismo podían unirse bajo la bandera de una nueva internacional. En realidad, desde su llegada, Trotsky habló y actuó al lado de los bolcheviques. El bolchevique Raskólnikov lo recordaría como sigue: "León Davídovich, Trotsky, en esos momentos no era formalmente militante de nuestro partido, pero en la práctica trabajó constantemente dentro de él desde el día que llegó de América. En cualquier caso, inmediatamente después de su primer discurso en el sóviet todos lo consideramos uno de los dirigentes de nuestro partido" (*Proletarskaya Revolutsia*, p. 71).

Y con relación a las controversias pasadas, Raskólnikov señaló: "Los ecos de las antiguas discrepancias en el período previo a la guerra habían desaparecido totalmente. No existían diferencias entre la táctica de Lenin y la de Trotsky. Esa fusión, que ya se observaba durante la guerra, se demostró totalmente desde el momento en que Trotsky regresó a Rusia. A partir de su primer discurso público, todos nosotros, antiguos leninistas, lo considerábamos uno de los nuestros" (*Ibid.*, p. 150).

Si Trotsky no ingresó inmediatamente en el partido bolchevique no fue por las antiguas discrepancias, sino porque quería que también ingresase el comité interdistritos, que agrupaba aproximadamente a 4.000 trabajadores de Petrogrado y a muchas figuras prominentes de la izquierda, como Uritski, Joffe, Lunacharski, Riazanov, Volodarski y otros que posteriormente jugaron un importante papel en la dirección bolchevique. Como Trotsky explicó en su testimonio ante la Comisión Dewey: "Trabajaba junto al partido bolchevique. Existía un grupo en Petrogrado que programáticamente defendía lo mismo que el partido bolchevique, pero organizativamente era independiente. Consulté a Lenin si sería mejor que yo entrara al partido bolchevique inmediatamente o con esa organización obrera de tres o cuatro mil militantes revolucionarios" (*The case of Leon Trotsky*, p. 21).

El congreso panruso de los sóviets celebrado a principios de junio todavía estuvo dominado por los mencheviques y eseristas. El historiador

E. H. Carr, refiriéndose a Trotsky y al comité interdistritos, hace la siguiente observación: “Trotsky y Lunacharski estaban entre los diez delegados de los ‘socialdemócratas unidos’, que apoyaron firmemente a los bolcheviques durante las tres semanas que duró el congreso” (E. H. Carr, *La revolución bolchevique (1927-1923)*, vol. 1, p. 106).

Para acelerar la entrada del comité interdistritos al partido, a la que se oponían algunos miembros de la dirección de aquél, Trotsky escribió en *Pravda* la siguiente declaración: “En mi opinión, actualmente [julio] no hay diferencias, ni de principios ni de táctica, entre las organizaciones bolchevique e interdistritos. Por consiguiente, no existen motivos que justifiquen la existencia separada de ambas organizaciones” (El subrayado es nuestro).

En mayo de 1917, antes del ingreso formal de Trotsky en el partido bolchevique, Lenin lo propuso como redactor-jefe de *Pravda* y, de paso, recordó la excelente calidad de *Rússkaya Gazeta* (el periódico dirigido por Trotsky que en 1905 se transformaría en el *Nachalo*). Este hecho fue recogido en 1923 en *Krasnaya Letopis* (Crónica Roja) n° 3. Aunque la propuesta no fue aceptada por el comité de redacción de *Pravda*, demuestra la actitud de Lenin hacia Trotsky en ese momento. Estaba tan ansioso de que Trotsky y sus colaboradores se unieran a los bolcheviques, que estaba dispuesto a ofrecerles sin condiciones puestos de dirección en el partido.

Cuando el comité interdistritos se fusionó con el partido bolchevique, para considerar los años de militancia en el partido se tuvo en cuenta la fecha de entrada al interdistritos, lo que significó admitir que no existían diferencias importantes entre ambos grupos. Una nota en las obras de Lenin publicadas en Rusia después de la revolución dice lo siguiente: “Sobre la cuestión de la guerra, el comité interdistritos sostenía una postura internacionalista y sus tácticas estaban cercanas a los bolcheviques” (*Collected Works*, vol. 14, p. 448).

Tras las jornadas de julio, la reacción tomó la iniciativa durante un tiempo. En los días más difíciles, el partido estaba en la clandestinidad, Lenin y Zinóviev se vieron obligados a pasar a Finlandia, Kámenev estaba en la cárcel y los bolcheviques sufrían una campaña de calumnias acusándolos de ser agentes alemanes. Trotsky salió públicamente en su defensa y se identificó con sus posturas. En esos tiempos difíciles y peligrosos, Trotsky escribió una carta al gobierno provisional, que reproducimos íntegramente porque sirve para arrojar luz

sobre las relaciones de Trotsky con los bolcheviques en 1917. La carta está fechada el 23 de julio:

“Ciudadanos ministros:

“He tenido conocimiento de que se ha publicado una orden, en relación con los acontecimientos de los pasados 3 y 4 de julio, decretando el arresto de Lenin, Zinóviev y Kámenev, pero no el mío, por lo que desearía solicitar su atención para los puntos siguientes:

“1) Coincido con las principales tesis de Lenin, Zinóviev y Kámenev, y las he defendido en el periódico *Vpériod* y en mis discursos públicos.

“2) Mi postura hacia los acontecimientos del 3 y 4 de julio ha sido idéntica a la mantenida por ellos.

“a) Tanto Kámenev y Zinóviev como yo conocimos por primera vez los planes propuestos por el regimiento de Ametralladoras y otros más en la reunión conjunta de los burós de los comités ejecutivos el 3 de julio. Actuamos inmediatamente para detener a los soldados. Zinóviev y Kámenev poniéndose en contacto con los bolcheviques, y yo, con la organización Interdistritos, a la que pertenezco.

“b) Cuando, a pesar de nuestros esfuerzos, la manifestación se realizó, mis camaradas bolcheviques y yo pronunciamos numerosos discursos a favor de la principal exigencia de la multitud: ‘Todo el poder a los sóviets’, pero a la vez exhortamos a los manifestantes, tanto a los soldados como a los civiles, a regresar a sus casas y cuarteles en forma pacífica y ordenada.

“c) En una conferencia celebrada en el palacio de Táurida, muy avanzada la noche del 3 al 4 de julio, entre los bolcheviques y la organización Interdistritos, apoyé la posición, hecha por Kámenev, de que se debía hacer todo lo posible para evitar una nueva manifestación el 4 de julio. Sin embargo, cuando a través de los agitadores que llegaban de los distintos distritos supimos que los regimientos y los obreros ya habían decidido la salida y que era imposible detener a la multitud hasta que se hubiera resuelto la crisis gubernamental, todos los allí presentes estuvimos de acuerdo en que lo mejor que podíamos hacer era dirigir la manifestación de forma pacífica y pedir a las masas que dejaran sus fusiles en casa.

“d) A lo largo del 4 de julio, día que pasé en el palacio de Táurida, tanto yo como los camaradas bolcheviques exhortamos más de una vez a la multitud para que actuase según esta línea.

“3) El hecho de que yo no esté conectado a *Pravda* y no sea miembro del partido bolchevique no se debe a diferencias políticas, sino a ciertas circunstancias de la historia de nuestro partido que han perdido ahora toda importancia.

“4) El intento de los diarios de dar la impresión de que yo he declarado ‘no tener nada que ver’ con los bolcheviques tiene tanto de verdad como el informe según el cual he pedido a las autoridades protección frente a la ‘violencia del populacho’, o como el resto de los falsos rumores extendidos por la misma prensa.

“5) *Por todo lo que he declarado, resulta evidente que no me pueden excluir lógicamente de la orden de arresto que han lanzado contra Lenin, Kámenev y Zinóviev. Tampoco puede haber ninguna duda en sus mentes de que soy un enemigo del gobierno provisional tan irreconciliable como los camaradas anteriormente nombrados. Dejándome al margen, únicamente se consigue subrayar el propósito contrarrevolucionario que está tras el ataque a Lenin, Zinóviev y Kámenev*” (León Trotsky, *La era de la revolución permanente*, pp. 98-99. Los subrayados son nuestros).

En ese período, Trotsky expresó su acuerdo con la posición de los bolcheviques en docenas de ocasiones y llegó a ser encarcelado a consecuencia de ello.

TROTSKY Y LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

No es posible aquí hacer justicia al papel de Trotsky durante Octubre, hoy universalmente reconocido. Pero sí podemos decir que la revolución rusa demuestra la enorme importancia del factor subjetivo y el papel del individuo en la historia. El marxismo es determinista, pero no fatalista. Los viejos populistas rusos y los terroristas eran utópicos voluntariosos. Imaginaban que la historia dependía de la voluntad de los individuos, “grandes hombres” o héroes, ajena a la situación objetiva y a las leyes históricas. Plejánov y los marxistas rusos libraron una lucha implacable contra la interpretación idealista de la historia.

Pero dicho esto, hay que añadir que existen momentos históricos en que todos los factores objetivos necesarios para la revolución han madurado y, por tanto, el factor subjetivo —su preparación consciente, la dirección revolucionaria— se convierte en el factor decisivo. En esos momentos todo el proceso histórico depende de la actividad de un pequeño grupo de personas o, incluso, de un solo individuo. Engels explicó que hay períodos de la historia en que veinte años parecen un día (aparentemente no ocurre nada, por mucha actividad que

haya la situación no cambia...), pero que también hay otros en los que en unas pocas semanas o días parece que pasaron veinte años. Si no existe un partido revolucionario con una dirección marxista que aproveche la situación, ese momento se puede perder, y podrían tener que pasar años para que se presente una nueva oportunidad.

En el breve espacio de nueve meses, entre febrero y octubre de 1917, se evidenció con total claridad la importancia decisiva de la cuestión de la relación entre la clase, el partido y la dirección. El partido bolchevique fue el partido más revolucionario de la historia. Sin embargo, a pesar de la enorme experiencia y fortaleza acumuladas por su dirección, los cuadros bolcheviques de Petrogrado vacilaron en el momento decisivo. En última instancia, el destino de la revolución descansó sobre los hombros de dos personas: Lenin y Trotsky. Sin ellos, la Revolución de Octubre no habría ocurrido.

A primera vista puede parecer que esta afirmación contradice la teoría marxista sobre el papel del individuo en la historia, pero no es así. En aquella situación, Lenin y Trotsky no podrían haber hecho absolutamente nada sin el partido. Les había costado casi dos décadas de trabajo construir y perfeccionar el instrumento, ganar autoridad entre la clase obrera y echar profundas raíces entre las masas, en las fábricas, en los barracones del ejército y en los barrios obreros. Un solo individuo, por muy grande que fuese, nunca podría haber sustituido al partido, que tampoco se puede improvisar.

La clase obrera necesita un partido para cambiar la sociedad. Sin un partido marxista capaz de dar una dirección consciente a la energía revolucionaria de la clase, esa energía se despilfarra, de igual forma que se disipa el vapor si no existe el pistón. Por otra parte, todo partido tiene su faceta conservadora. En realidad, en algunas ocasiones los revolucionarios pueden ser las personas más conservadoras. Este conservadurismo es la consecuencia de años de trabajo rutinario, absolutamente imprescindible, pero que puede crear determinados hábitos y tradiciones que, en una situación revolucionaria, podrían ser un freno si la dirección no es capaz de superarlos. En el momento decisivo, cuando la situación exige un cambio profundo en la orientación del partido —el paso del trabajo rutinario a la toma del poder—, las viejas inercias pueden entrar en conflicto con las necesidades de la nueva situación. Es precisamente en este contexto cuando el papel de la dirección es vital.

Un partido, como órgano de lucha de una clase contra otra, en cierta forma se puede comparar a un ejército. El partido también tiene sus generales, tenientes, cabos y soldados. Tanto en la revolución como en la guerra, el factor tiempo es una cuestión de vida o muerte. Sin Lenin y Trotsky, los bolcheviques sin duda habrían corregido sus errores, pero ¿cuándo y a qué precio? La revolución no puede esperar a que el partido corrija sus errores porque el precio de las dudas y los retrasos es la derrota, como se demostró en Alemania durante el proceso revolucionario de 1923.

Para comprender el papel clave que Trotsky jugó en 1917 es suficiente con leer cualquier periódico de la época o cualquier libro histórico, sea amistoso u hostil. Tomemos como ejemplos las siguientes líneas, escritas sólo doce meses después de que los bolcheviques llegaran al poder: “Todo el trabajo práctico de organización de la insurrección se hizo bajo la dirección directa del camarada Trotsky, presidente del sóviet de Petrogrado. Se puede afirmar con total seguridad que el partido está en deuda, en primer lugar y sobre todo, con el camarada Trotsky, por la rapidez con que la guarnición se pasó al lado de los sóviets y por la forma de organizar el trabajo del Comité Militar Revolucionario”.

Este pasaje fue escrito por Stalin en el primer aniversario de Octubre. Más tarde, Stalin reescribiría la historia: “El camarada Trotsky no jugó ningún papel importante ni en el partido ni en la insurrección de octubre, y no otra cosa se podía esperar de quien en el período de Octubre era un hombre relativamente nuevo en nuestro partido” (*Stalin's Works*, Moscú, 1953).

Más tarde, no sólo Trotsky, sino todo el estado mayor de Lenin fueron acusados de ser agentes de Hitler y de querer restaurar el capitalismo en la URSS. En realidad, fueron los herederos de Stalin, setenta y cuatro años después de Octubre, los que liquidaron la URSS y todas las conquistas de la revolución, como Trotsky predijo.

Para ser exactos, ni siquiera la primera apreciación de Stalin hace justicia al papel de Trotsky en la revolución. En el período clave, de septiembre a octubre, Lenin pasó la mayor parte del tiempo en la clandestinidad, y el peso de la preparación política y organizativa de la insurrección recayó sobre Trotsky. La mayoría de los antiguos seguidores de Lenin (Kámenev, Zinóviev, Stalin...) eran contrarios a la toma del poder o tenían una posición vacilante y ambigua. Zinóviev

y Kámenev llevaron su oposición a la insurrección tan lejos, que hicieron públicos los planes en la prensa ajena al partido. Basta leer la correspondencia de Lenin con el comité central para comprender la lucha que libró para superar la resistencia de la dirección bolchevique. En un momento dado, incluso amenazó con dimitir y apelar a la base del partido por encima del comité central. En esta lucha, Trotsky y el comité interdistritos apoyaron la línea revolucionaria de Lenin.

Uno de los libros más célebres sobre la revolución rusa es *Diez días que estremecieron el mundo*, de John Reed. En el prefacio que escribió en 1919 para la edición norteamericana, Lenin dice que quisiera verlo difundido en millones de ejemplares y en todos los idiomas, “pues ofrece una exposición veraz de los acontecimientos”. Bajo Stalin, el libro desapareció de las publicaciones de los partidos comunistas. La razón no es difícil de comprender. El examen de su contenido revela que el autor menciona 63 veces a Lenin, 53 a Trotsky, 8 a Kámenev, 7 a Zinóviev y sólo 2 veces a Bujarin y Stalin. Un fiel reflejo de la realidad histórica.

En la lucha política dentro del partido, que se prolongó más allá de Octubre, el principal argumento de los conciliadores fue que los bolcheviques no debían tomar el poder solos, sino que debían formar una coalición con otros partidos “socialistas” (mencheviques y eseristas). En la práctica, eso hubiese supuesto devolverle el poder a la burguesía, como en Alemania en noviembre de 1918. John Reed describe la situación:

“El congreso debía reunirse a la 1 y el gran salón de sesiones estaba lleno desde hacía rato. Sin embargo, a las 7, el buró no había aparecido todavía (...) Los bolcheviques y la izquierda eserista deliberaban en sus propias salas. Durante toda la tarde, Lenin y Trotsky habían tenido que combatir las tendencias hacia una componenda. Una buena parte de los bolcheviques opinaba que debían hacerse las concesiones necesarias para lograr constituir un gobierno de coalición socialista.

“—No podemos aguantar —exclamaban—. Son demasiados contra nosotros. No contamos con los hombres necesarios. Quedaremos aislados y se desplomará todo.

“*Así se manifestaban Kámenev, Riazanov y otros.*

“Pero Lenin, con Trotsky a su lado, se mantenía firme como una roca.

“—Quienes deseen llegar a un arreglo, que acepten nuestro programa y los admitiremos. Nosotros no cederemos ni una pulgada. Si hay camaradas aquí que no tienen el valor y la voluntad de atreverse a lo

que nosotros nos atrevemos, ¡que vayan a reunirse con los cobardes y conciliadores! ¡Con el apoyo de los obreros y los soldados seguiremos adelante!” (*Diez días que estremecieron el mundo*, p. 123).

Era tal el grado de afinidad entre ambos, que las masas con frecuencia se referían a los bolcheviques como “el partido de Lenin y Trotsky”. En una reunión del comité de Petrogrado el 14 de noviembre, pocos días después de la triunfante insurrección, Lenin expuso que las tendencias conciliadoras en la dirección del partido *constituían un peligro incluso después de la revolución*. Ese día, tres miembros del comité central (Kámenev, Zinóviev y Nogin) dimitieron en protesta por la política del partido e hicieron público un ultimátum exigiendo la formación de un gobierno de coalición con mencheviques y eseristas, con el argumento de que “un gobierno puramente bolchevique sólo podría mantenerse aplicando una política de terror”. Acababan su declaración con un llamamiento a los trabajadores para formar una “coalición inmediata” bajo la consigna “¡Larga vida al gobierno de todos los partidos del sóviet!”. Parecía que esta crisis en el partido acabaría por destruir las conquistas de Octubre.

Lenin pidió la expulsión de los dirigentes desleales y fue precisamente en ese momento cuando pronunció el discurso que acaba así: “¡Ningún compromiso! Un gobierno bolchevique homogéneo”. En el texto original del discurso aparecen, además, las siguientes palabras: “Sobre la coalición, lo único que puedo decir es que Trotsky dijo hace ya tiempo que era imposible una unión. Trotsky lo comprendió y a partir de ese momento *no ha habido otro bolchevique mejor*”.

Tras la muerte de Lenin, la camarilla dominante (Stalin, Kámenev y Zinóviev) comenzó una campaña de falsificaciones destinada a minimizar el papel de Trotsky en la revolución. Para conseguirlo, inventaron la leyenda del “trotskismo” y metieron una cuña entre las posturas de Trotsky y las de Lenin y los “leninistas” (ellos mismos). Los historiadores a sueldo revolviéron en la basura de las viejas polémicas hacía tiempo olvidadas por sus protagonistas: *olvidadas porque todas las discrepancias quedaron resueltas por la experiencia de Octubre y, por tanto, no tenían otro interés que el meramente histórico*. Pero el obstáculo más serio en el camino de los epígonos fue la propia Revolución de Octubre. Poco a poco lo eliminaron, borrando el nombre de Trotsky de los libros, reescribiendo la historia y, por último, suprimiendo totalmente incluso las más inocuas menciones al rol de Trotsky.

TROTSKY Y EL EJÉRCITO ROJO

Antes de la revolución, ni Lenin ni Trotsky sabían mucho de tácticas bélicas. A Trotsky se le pidió que se hiciera cargo de los asuntos militares en un momento en que la revolución estaba en grave peligro. El viejo ejército zarista se había desintegrado sin que nada lo sustituyese. La joven república soviética estaba invadida por veintidós ejércitos imperialistas. En cierto momento, la Rusia soviética quedó reducida a la franja de territorio entre Moscú y Petrogrado y poco más. Al final se consiguió superar esta situación adversa y el Estado obrero logró sobrevivir. En gran medida, este éxito se debió al trabajo infatigable de Trotsky al frente del Ejército Rojo.

En septiembre de 1918, cuando, según Trotsky, el poder soviético estaba en su nivel más bajo, el gobierno aprobó un decreto especial declarando en peligro a la Rusia socialista. En ese difícil momento Trotsky fue enviado al decisivo frente oriental, donde Simbirsk y Kazán estaban en manos de los blancos y la situación militar era catastrófica. El tren blindado de Trotsky sólo podía llegar hasta Simbirsk, a las afueras de Kazán. Las fuerzas enemigas eran superiores en número y en organización. Algunas compañías blancas estaban compuestas exclusivamente de oficiales y luchaban en mejores condiciones que las mal entrenadas y poco disciplinadas fuerzas rojas, entre las que cundió el pánico y que se retiraban en desorden. “El mismo suelo parecía estar infectado de pánico”. Más tarde, Trotsky reconocería en su biografía: “Los nuevos destacamentos rojos llegaban con energía, pero rápidamente se hundían en la inercia de la retirada. Se comenzó a extender el rumor entre el campesinado local de que los sóviets estaban condenados. Los curas y los tenderos levantaban cabeza. En los pueblos, los elementos revolucionarios se escondían. Todo se desmoronaba. No había un solo palmo de tierra firme. La situación parecía desesperada”.

Tal era la situación que se encontraron Trotsky y sus agitadores a su llegada. Pero en sólo una semana, Trotsky regresó victorioso de Kazán, tras conseguir el primer y decisivo éxito militar de la revolución. En un discurso al sóviet de Petrogrado para pedir voluntarios para el Ejército Rojo, describió la situación en el frente:

“El cuadro que presencié ante mis ojos era el de las noches más tristes y trágicas de Kazán, cuando las fuerzas de jóvenes reclutas se retiraban presas del pánico. Eso ocurría en la primera mitad de agosto,

cuando sufrimos los mayores contratiempos. Llegó un destacamento de comunistas: más de cincuenta hombres, cincuenta y seis, creo. Entre ellos algunos que nunca antes de ese día habían tenido un fusil en las manos. Había hombres de cuarenta años o más, pero la mayoría eran chicos de dieciocho, diecinueve o veinte años. Recuerdo a uno de dieciocho años con la cara tranquila, un comunista de Petrogrado que apareció de noche en el cuartel general, fusil en mano, y nos relató cómo un regimiento había desertado de su posición y ellos habían ocupado su lugar, y dijo: ‘Somos comuneros’. De este destacamento de cincuenta hombres regresaron doce, pero, camaradas, crearon un ejército, de estos trabajadores de Petrogrado y Moscú, destacamentos de cincuenta o sesenta hombres que ocuparon posiciones abandonadas, regresaron doce. Murieron anónimamente, al igual que la mayoría de los héroes de la clase obrera. Nuestro problema y deber es esforzarnos por restablecer sus nombres en la memoria de la clase obrera. Muchos murieron aquí y no se les conoce por su nombre, sino por lo que hicieron por nosotros en ese Ejército Rojo que defiende la Rusia soviética y las conquistas de la clase obrera, esa ciudadela, esa fortaleza de la revolución internacional que ahora representa nuestra Rusia soviética. Desde ese momento, camaradas, nuestra situación es, como ya sabéis, incomparablemente mejor en el frente oriental, allí donde el peligro era mayor, con los checoslovacos y los guardias blancos avanzando desde Simbirsk hacia Kazán, amenazándonos por un lado en dirección a Nijny Novgorod, y por otro, a Vologda, Yaroslavl y Arkángel, para así unirse a la expedición anglo-francesa. Por eso nuestros mayores esfuerzos van dirigidos al frente oriental, y hemos obtenido buenos resultados” (*Leon Trotsky speaks*, p. 126).

Tras la liberación de Kazán, Simbirsk, Jvalinsk y otras ciudades de la región del Volga, a Trotsky se le encomendó la coordinación y dirección de la guerra en los muchos frentes abiertos en ese vasto país. Reorganizó las fuerzas armadas de la revolución e instauró el juramento del Ejército Rojo, en el que todo soldado juraba lealtad a la revolución mundial. Pero su éxito más destacable fue conseguir que un gran número de oficiales del ejército zarista colaborase con el poder soviético. De no ser así, no hubiera sido posible encontrar los especialistas militares necesarios para dirigir más de quince ejércitos en diferentes frentes. Por supuesto, al final, algunos de ellos fueron traidores y otros sirvieron con desgana o por rutina. Pero lo más sorprendente

fue el gran número de oficiales que se pasó al lado de la revolución, a la que sirvieron lealmente. Algunos, como Tujachevsky, un genio militar, se convertiría en un comunista convencido. Casi todos fueron asesinados por Stalin en las purgas de 1937.

El éxito de Trotsky con los antiguos oficiales sorprendió incluso a Lenin. Cuando durante la guerra civil le preguntó a Trotsky si era mejor reemplazar a los antiguos oficiales zaristas, controlados por comisarios políticos, y sustituirlos por otros, comunistas, Trotsky respondió:

“-Me preguntaba usted si no convendría que separásemos a todos los antiguos oficiales. ¿Sabe usted cuántos sirven actualmente en el ejército?

“-No, no lo sé.

“-¿Cuántos, aproximadamente, calcula usted?

“-No tengo idea.

“-Pues no bajarán de treinta mil. Por cada traidor habrá cien personas seguras y por cada desertor, dos o tres caídos en el campo de batalla. ¿Por quién quiere usted que los sustituyamos?

“A los pocos días, Lenin pronunció un discurso acerca de los problemas que planteaba la reconstrucción socialista del Estado, en el que dijo: ‘Cuando hace poco tiempo el camarada Trotsky me dijo, concisamente, que el número de oficiales que servían en el departamento de guerra ascendía a varias docenas de millares, comprendí, de un modo concreto, dónde está el secreto de poner al servicio de nuestra causa al enemigo (...) y cómo es necesario construir el comunismo utilizando los mismos ladrillos que el capitalismo tenía preparados contra nosotros’ (Trotsky, *Mi vida*, p. 348).

Los logros de Trotsky fueron reconocidos incluso por enemigos declarados de la revolución, entre ellos los oficiales y diplomáticos alemanes. Max Bauer calificó a Trotsky como “un organizador militar y un líder (...) Creó un nuevo ejército de la nada en medio de duras batallas. La forma en que después organizó y entrenó a su ejército es completamente napoleónica”. El general Hoffmann llegaría a la misma conclusión: “Incluso desde un punto de vista puramente militar, es asombroso cómo fue posible que las tropas rojas, recién reclutadas, aplastaran a las fuerzas de los generales blancos y las eliminaran totalmente” (E. H. Carr, *op. cit.*, vol. 3, p. 326).

Dimitri Volkogonov, a pesar de su hostilidad hacia el bolchevismo, dijo lo siguiente: “Su tren viajaba de un frente a otro; trabajaba duro para asegurar los suministros para las tropas, su implicación

personal en el uso de los comisarios militares en el frente tuvo resultados positivos. Además los jefes del ejército le veían como el ‘segundo hombre’ de la república soviética, un importante oficial político y del Estado, un hombre con una enorme autoridad personal. Su papel en el terreno estratégico fue más político que militar” (Dimitri Volkogonov, *Trotsky: the eternal revolutionary*, p. 140).

Demos la última palabra acerca del papel de Trotsky en la revolución rusa y la guerra civil a Lunacharski, el veterano bolchevique que se convertiría en el primer comisario soviético de Educación y Cultura: “Sería un gran error pensar que el otro gran líder de la revolución rusa es inferior en todo a su colega [Lenin]: por ejemplo, hay aspectos en los que Trotsky sobrepasa indiscutiblemente a Lenin, es más brillante, más claro y más activo. Lenin era el más adecuado para ocupar la presidencia del Consejo de los Comisarios del Pueblo y guiar la revolución mundial con ese toque de genialidad, pero nunca hubiera podido cumplir la titánica misión que Trotsky soportó sobre sus hombros, con aquellos traslados de lugar en lugar, aquellos asombrosos discursos que precedían a las órdenes en el acto, el papel de galvanizador incesante de un ejército débil, ahora en un punto, después en otro. No hay un hombre sobre la Tierra que pudiera haber reemplazado a Trotsky en este papel.

“En toda gran revolución, un gran pueblo siempre encontrará al actor adecuado para cada papel, y uno de los signos de grandeza de nuestra revolución es el hecho de que el Partido Comunista los haya creado en sus propias filas, los haya pedido prestado a otros partidos y haya incorporado en sus propios organismos las suficientes personalidades excepcionales, que fueron encajadas para cumplir cualquier función política que se les demandase.

“Y dos de las más fuertes, identificadas completamente con sus respectivos papeles, son Lenin y Trotsky” (Lunacharski, *Revolutionary Silhouettes*, pp. 68-69).

LA LUCHA DE TROTSKY CONTRA LA BUROCRACIA

La Revolución de Octubre fue el acontecimiento más importante de la historia de la humanidad. Por primera vez —si excluimos la breve experiencia de la Comuna de París, en 1871—, las masas oprimidas tomaron

su destino en sus propias manos y emprendieron la tarea de transformar la sociedad. La revolución socialista es totalmente diferente de cualquier otra revolución de la historia porque es la primera en que el factor subjetivo —la conciencia de clase— se convierte en la fuerza motriz del desarrollo social. La explicación hay que buscarla en las diferentes relaciones de producción. Bajo el capitalismo, las fuerzas del mercado funcionan de una forma incontrolada, sin planificación ni intervención estatal. La revolución socialista pone fin a la anarquía en la producción e implanta el control y la planificación por parte de la sociedad. El resultado es que, tras la revolución, el factor subjetivo se convierte también en el factor decisivo. En palabras de Engels, el socialismo es “el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad”.

Pero la conciencia de las masas no es algo separado de las condiciones materiales de vida, del nivel de cultura, de la jornada laboral, etc. Por eso Marx y Engels insistieron en que los requisitos materiales previos para conseguir el socialismo dependían del desarrollo de las fuerzas productivas. Las protestas mencheviques contra Octubre, argumentando que las condiciones materiales para el socialismo estaban ausentes en Rusia, tenían una parte de verdad, pero las condiciones objetivas sí existían internacionalmente.

Para los bolcheviques, el internacionalismo no era una cuestión sentimental. Lenin repitió en cientos de ocasiones que si la revolución rusa no se extendía a otros países sería su fin. Tras ella hubo una oleada revolucionaria y se dieron situaciones revolucionarias en muchos países (Alemania, Hungría, Italia, Francia, etc.) pero, dada la ausencia de partidos marxistas de masas, todos esos movimientos terminaron derrotados. O, para ser más exactos, en Alemania y otros países fueron traicionadas por los dirigentes socialdemócratas. Debido a esa traición, la revolución quedó aislada en un país atrasado, donde las condiciones de vida de la población eran atroces. Sólo en un año murieron de hambre seis millones de personas. En 1921, al final de la guerra civil, la clase obrera estaba exhausta.

En tal situación, la reacción era inevitable. Los resultados conseguidos no se correspondían con las expectativas de las masas. Una buena parte de los obreros más conscientes y militantes falleció en la guerra civil. Otros, absorbidos por las tareas de administración de la industria y el Estado, se fueron divorciando poco a poco de los trabajadores, a la par que el aparato del Estado se elevaba gradualmente

por encima de la clase obrera. Cada paso atrás de la clase obrera estimulaba a los burócratas y arribistas. En este contexto, surgió una casta burocrática que se sentía satisfecha con su posición y estaba en desacuerdo con las ideas “utópicas” de la revolución mundial. Estos elementos abrazaron con entusiasmo la teoría del *socialismo en un solo país*, esbozada por primera vez en 1923.

El marxismo explica que las ideas no caen del cielo. Si una idea cala en la sociedad es necesariamente porque refleja los intereses de una clase o de una casta social. Actualmente, los historiadores burgueses tratan de presentar la lucha entre Stalin y Trotsky como un “debate” sobre cuestiones teóricas en el que, por oscuros motivos, Stalin ganó y Trotsky perdió. Pero el factor determinante en la historia no es la lucha entre las ideas, sino entre los intereses de clase y las fuerzas materiales. La victoria de Stalin no se debió a su superioridad intelectual (de todos los líderes bolcheviques, era el más mediocre en las cuestiones teóricas), sino a que las ideas que defendió representaban los intereses y privilegios de la nueva casta burocrática surgida. Por su parte, Trotsky y la Oposición de Izquierdas defendían las ideas de Octubre y los intereses de la clase obrera, obligada a replegarse ante la ofensiva lanzada por la burocracia, la pequeña burguesía y los kulaks.

Las ideas y acciones de Stalin tampoco estaban planeadas de antemano. En las primeras etapas, ni él mismo sabía adónde se dirigía. En realidad, si lo hubiera sabido en 1923, cuando se empezó a gestar el proceso que lideró, lo más probable es que no hubiese tomado ese camino. Lenin era consciente del peligro e intentó avisar de la amenaza que representaba la burocracia. En el XI congreso, presentó ante el partido una contundente acusación contra la burocratización del aparato del Estado: “Tomemos Moscú, con sus 4.700 comunistas en puestos de responsabilidad. Si consideramos la enorme máquina burocrática, ese enorme gigante, debemos preguntarnos: ¿quién dirige a quién? Dudo mucho que se pueda decir sinceramente que los comunistas dirigen al enorme gigante. *A decir verdad no están dirigiendo, los están dirigiendo*” (Lenin, *Collected Works*, vol. 33, p. 288. El subrayado es nuestro).

Para apartar a los burócratas y arribistas de los aparatos del Estado y del partido se creó el Rabkrin (Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina), al frente del cual se situó a Stalin porque Lenin creía necesario poner al frente a un organizador fuerte que llevase con rigor esa tarea, y Stalin parecía cualificado por su éxito

como organizador del partido. En pocos años, Stalin ocupó distintos puestos organizativos: dirigió el Rabkrin y fue miembro del comité central, del politburó, del buró de organización y del secretariado del partido. Pero su estrecha perspectiva organizativa y la ambición personal hicieron que en poco tiempo actuase como portavoz de la burocracia en la dirección del partido, no como su adversario.

Trotsky criticó el trabajo del Rabkrin porque, en vez de ser una herramienta de lucha contra la burocracia, se había convertido en su criadero. Al principio, Lenin defendió el Rabkrin. Su enfermedad le impedía darse cuenta de lo que se estaba incubando. Stalin utilizó su atribución de seleccionar al personal para los puestos de dirección en el Estado y el partido para rodearse de aliados y funcionarios serviles, nulidades políticas que le estaban agradecidas por su ascenso. En sus manos, el Rabkrin se convirtió en un instrumento para defender su propia posición y eliminar a sus rivales políticos.

Lenin se dio cuenta de la terrible situación cuando descubrió las manipulaciones de Stalin en Georgia. Sin el conocimiento de Lenin ni del politburó, Stalin, junto con sus secuaces Dzerzhinski y Ordzhonikidze, dio un “golpe de Estado” en el partido en Georgia, purgando a los mejores cuadros del bolchevismo georgiano. Cuando al final se dio cuenta de lo que ocurría, Lenin se enfureció. Desde su lecho de convalecencia, dictó a finales de 1922 una serie de notas a sus secretarías sobre “las cuestiones de la autonomía en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas”.

Las notas de Lenin son una contundente acusación contra la arrogancia burocrática y chovinista de Stalin y su camarilla. Pero Lenin no trató el incidente como un hecho accidental, sino como la expresión del corrupto y reaccionario nacionalismo de la burocracia soviética. Vale la pena citar textualmente a Lenin:

“Se afirma que era necesaria la unidad del aparato. ¿De dónde emanaban esas afirmaciones? ¿No provenían acaso del mismo aparato de Rusia, que, como ya dije en un número anterior de mi diario, tomamos del zarismo, limitándonos a recubrirlo ligeramente con un barniz soviético?

“Sin duda alguna, habríamos debido esperar con esa medida hasta el día en que pudiéramos decir que respondemos de nuestro aparato porque es nuestro. Pero ahora, en conciencia, debemos decir lo contrario: que denominamos nuestro a un aparato que, en conciencia, nos es fundamentalmente extraño y que representa una mezcolanza de supervivencias

burguesas y zaristas; que nos fue en absoluto imposible transformarlo en cinco años, ya que no contábamos con la ayuda de otros países y predominaban las ‘ocupaciones’ militares y la lucha contra el hambre.

“En tales condiciones es muy natural que la ‘libertad de salir de la Unión’, que nos sirve de justificación, aparezca como una fórmula burocrática incapaz de defender a los miembros de otras nacionalidades de Rusia contra la invasión del hombre auténticamente ruso, del chovinista gran ruso, de ese canalla y ese opresor que es en el fondo el burócrata ruso. No es dudoso que los obreros soviéticos y soviéticos, que se encuentran en proporción ínfima, lleguen a ahogarse en ese océano de morralla gran rusa chovinista, como una mosca en la leche” (Lenin, *Contra la burocracia*, p. 141).

Después del asunto georgiano, Lenin utilizó toda su autoridad para intentar echar a Stalin de la secretaría general del partido, que ostentaba desde 1922, tras la muerte de Sverdlov. Sin embargo, el principal temor de Lenin, ahora mayor que antes, era que, en las condiciones existentes, una división abierta en la dirección podría conducir a la ruptura del partido según los diferentes intereses de clase. Por tanto, intentando que la lucha quedase confinada a la dirección, las notas y el resto del material de Lenin contra la burocracia no se hicieron públicos. Lenin escribió en secreto a los bolcheviques de Georgia (enviando copia a Trotsky y Kámenev) y, como no podía seguir personalmente el asunto, escribió a Trotsky para pedirle que defendiese en el comité central a los georgianos. Durante su enfermedad siguió luchando contra la burocratización e incluso le propuso a Trotsky formar un bloque para luchar contra Stalin en el XXI congreso del partido. Pero Lenin murió antes de poder llevar adelante sus planes. Su *Carta al congreso*, en la que califica a Trotsky como el miembro más capacitado del comité central y plantea la destitución de Stalin como secretario general, fue censurada por la camarilla dirigente y no vio la luz durante décadas.

EL ‘SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS’

Incluso con la participación de Lenin, el proceso no se habría desarrollado de forma sustancialmente diferente. Las causas no se hallaban en los individuos, sino en la situación objetiva de un país atrasado,

hambriento y aislado por el retraso de la revolución socialista en Occidente. Tras la muerte de Lenin, el grupo dirigente —la *troika*, inicialmente formada por Kámenev, Zinóviev y Stalin— ignoró la advertencia de Lenin y, en su lugar, emprendieron una campaña contra el “trotskismo”, que en la práctica significó renegar de las ideas de Lenin y de Octubre. Reflejaban inconscientemente las presiones de la casta ascendente de funcionarios privilegiados que robaban los bienes de la revolución y deseaban poner fin a la democracia obrera. La reacción pequeñoburguesa contra Octubre encontró su expresión en la campaña contra el “trotskismo” y, sobre todo, en la teoría antileninista del socialismo en un solo país.

Aunque Rusia era un país atrasado, no habría tenido esos problemas si Octubre hubiera sido el prelude de la revolución socialista mundial, que era el objetivo del partido bolchevique de Lenin y Trotsky. El internacionalismo no es un gesto sentimental, sino que está enraizado en el carácter internacional del capitalismo y la lucha de clases. En palabras de Trotsky: “El socialismo es la organización de la producción social planificada destinada a satisfacer las necesidades humanas. La propiedad colectiva de los medios de producción no es el socialismo, sólo es su premisa legal. El problema de una sociedad socialista no se puede abstraer del carácter mundial de las fuerzas productivas en la actual etapa de desarrollo humano” (Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, t. 2, p. 570). La Revolución de Octubre era considerada como el principio de un nuevo orden socialista mundial.

La teoría antimarxista del socialismo en un solo país, que Stalin expuso en otoño de 1924, iba dirigida contra todo lo que defendían los bolcheviques y la Internacional Comunista. ¿Cómo era posible construir el socialismo en un solo país, sobre todo en un país extremadamente atrasado como Rusia? Este pensamiento jamás le entró en la cabeza a ningún bolchevique, ni siquiera a Stalin, hasta 1924. Todavía en abril de este año, Stalin escribió: “Para derrocar a la burguesía no basta el esfuerzo de un solo país; la historia de nuestra revolución lo atestigua. Para la victoria final del socialismo, para la organización de la producción socialista, no bastan los esfuerzos de un país, en especial de un país campesino como el nuestro. Por eso debemos conseguir el apoyo del proletariado de los países desarrollados”. Pocos meses después desaparecían estas líneas y en su lugar aparecía lo contrario: “Después de consolidar su poder y dirección, el campesinado, siguiendo la estela del

proletariado de un país victorioso, puede construir una sociedad socialista" (Stalin, *Los fundamentos del leninismo*, p. 39). La teoría del socialismo en un solo país contradice todo lo que Marx, Engels y Lenin defendieron y demuestra lo lejos que llegó la reacción burocrática.

El nuevo programa de Stalin provocó una crisis en el triunvirato. Kámenev y Zinóviev, alarmados por el cariz que estaban tomando las cosas, rompieron con Stalin y se unieron, temporalmente, con la Oposición de Izquierdas de Trotsky en la llamada Oposición Conjunta. En 1926, en una reunión de la Oposición, Krúpskaya, la viuda de Lenin, comentó con amargura: "Si Lenin viviera, estaría encarcelado". La razón principal para la derrota de Trotsky y la Oposición hay que buscarla en el ambiente entre las masas, que simpatizaban con la Oposición pero se encontraban exhaustas y cansadas por los largos años de guerra.

El surgimiento de una nueva casta dominante tuvo efectos sociales muy profundos. El aislamiento de la revolución fue la principal razón del ascenso de Stalin y la burocracia, pero al mismo tiempo se convirtió en la causa de nuevas derrotas de la revolución mundial: Bulgaria y Alemania (1923), la huelga general británica (1926), China (1927) y la más terrible de todas, la de Alemania en 1933. Cada nuevo fracaso profundizaba el desánimo de la clase obrera soviética y estimulaba todavía más a los burócratas y arribistas. Los opositores eran perseguidos sistemáticamente: se les despedía del trabajo, se les condenaba al ostracismo y, en algunos casos, se les indujo al suicidio. Tras la terrible derrota en China, responsabilidad directa de Stalin y Bujarin, los miembros de la Oposición comenzaron a ser expulsados del partido.

Las monstruosas acciones de los estalinistas estaban en total contradicción con las tradiciones democráticas del partido bolchevique. Por ejemplo, los estalinistas reventaban las reuniones de la Oposición con la colaboración de sus rufianes, instigaban campañas maliciosas de mentiras y calumnias en la prensa oficial, persiguieron a los amigos y colaboradores de Trotsky hasta el punto de llevar a la muerte a varios prominentes bolcheviques, como Glazman (inducido al suicidio por el chantaje) y Joffe, el famoso diplomático soviético, a quien se negó la asistencia médica ante una terrible enfermedad y que también se suicidó. En las reuniones del partido, los portavoces de la Oposición sufrían los ataques de pandillas de matones, casi fascistas, organizadas por el aparato estalinista para intimidarlos. El periódico comunista francés *Contre le Courant* publicaba en los años 20 los

métodos utilizados por los estalinistas en los "debates" del partido: "Los burócratas del partido ruso han creado por todo el país pandillas de reventadores. En cada reunión del partido a las que asiste algún miembro de la Oposición, se sitúan en la entrada, formando un cerco de hombres pertrechados con silbatos de policía. Cuando el orador de la Oposición pronuncia las primeras palabras, comienzan los pitidos. El alboroto dura hasta que el orador de la Oposición desiste" (*La verdadera situación en Rusia*. Nota al pie de la página 14).

Debido al aislamiento de la revolución en condiciones de terrible atraso y al cansancio de la clase obrera y su vanguardia, el resultado inevitable fue la victoria de la burocracia estalinista. No fue el resultado de la inteligencia o previsión de Stalin, al contrario. Stalin no preveía ni comprendía nada, sino que actuaba empíricamente, como demuestran los constantes zigzags en su política. Stalin y su aliado Bujarin dieron un giro a la derecha, intentando apoyarse en los kulaks. Trotsky y la Oposición de Izquierdas avisaron repetidamente del peligro de esa política y defendieron una política de industrialización, planes quinquenales y colectivización. En una sesión plenaria del comité central, en abril de 1927, Stalin atacó sus propuestas, comparando el plan de electrificación de la Oposición (el proyecto Dnieperstroi) con "ofrecer a un campesino un gramófono en lugar de una vaca".

Las advertencias de la Oposición fueron correctas. El peligro del kulak se tradujo en sabotajes y una huelga de grano, que amenazaban con derrocar el poder soviético y situaron a la orden del día la contrarrevolución capitalista. En una reacción de pánico, Stalin rompió con Bujarin y se lanzó a una aventura ultraizquierdista. Después de rechazar desdeñosamente la propuesta de Trotsky de un plan quinquenal destinado a desarrollar la economía soviética, de repente, en 1927 dio un giro de 180° e impulsó la locura del "plan quinquenal en cuatro años" y la colectivización forzosa para "exterminar al kulak como clase". Esto desorientó a muchos opositores, que imaginaron que Stalin había adoptado el programa de la Oposición. Pero la política de Stalin sólo era una caricatura de la política de la Oposición porque su objetivo no era regresar a la democracia soviética leninista, sino consolidar a la burocracia como casta dominante.

Empezando con Kámenev y Zinóviev, muchos de los antiguos opositores capitularon ante Stalin, con la esperanza de ser aceptados de nuevo en el partido. Esto era una quimera. El que se retractaran

sólo sirvió para pavimentar el camino a nuevas exigencias y capitulaciones, hasta la humillación final de los juicios de Moscú, en los que Kámenev, Zinóviev y otros viejos bolcheviques fueron declarados culpables de los crímenes más monstruosos contra la revolución. Pero sus “confesiones” no los salvaron. Sus cabezas fueron entregadas a los verdugos estalinistas.

Trotsky mantenía su causa, aunque no se hacía ilusiones sobre el resultado de su lucha debido a la desfavorable correlación de fuerzas. Pero luchaba para legarle a las nuevas generaciones una bandera, un programa y una tradición. Como él mismo explica en su biografía: “El grupo dirigente de la Oposición se enfrentaba al final con los ojos bien abiertos. Nos dábamos cuenta de que no podríamos conseguir que nuestras ideas fueran propiedad común de la nueva generación con la diplomacia ni con las evasivas, sino sólo con una lucha abierta sin eludir ninguna de las consecuencias prácticas. Nos dirigíamos al inevitable desastre, pero confiábamos en que prepararíamos el camino para el triunfo de nuestras ideas en un futuro más lejano”.

LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDAS INTERNACIONAL

En 1927, Trotsky fue exiliado a Turquía. Stalin todavía no se había consolidado lo suficiente como para asesinarlo. Entre 1927 y 1933, desde sus distintos lugares de deportación (primero el destierro dentro de la URSS y después el exilio), Trotsky dedicó sus energías a organizar la Oposición de Izquierdas Internacional, con el objetivo de regenerar la URSS y la Internacional Comunista. El giro ultraizquierdista de Stalin en la Unión Soviética tuvo su reflejo internacional en el *socialfascismo* y el llamado *tercer período*, que supuestamente desembocaría en la crisis final del capitalismo mundial. La Internacional Comunista, siguiendo instrucciones de Moscú, calificó a todos los partidos como fascistas —sobre todo a los socialdemócratas, a los que se caracterizó de socialfascistas—, excepto a los comunistas. Esta locura política obtuvo sus resultados más desastrosos en Alemania, donde llevó directamente a la victoria de Hitler.

La recesión mundial de 1929-33 afectó de manera especialmente grave a Alemania. El desempleo alcanzó los ocho millones de personas. Grandes sectores de las capas medias quedaron arruinados. La

decepción con los socialdemócratas en 1918 y con los comunistas en 1923 hizo que las capas medias alemanas miraran con desesperación al partido nazi en busca de una alternativa. En las elecciones de septiembre de 1930, los nazis cosecharon seis millones y medio de votos. Desde su exilio en Turquía, Trotsky advirtió una y otra vez del peligro del fascismo y exigió a los comunistas alemanes la formación de un frente único con los socialdemócratas, para frenar a Hitler. Sus análisis se pueden leer en *El giro de la Internacional Comunista y la situación en Alemania* y otros artículos y documentos de la época¹⁰. Pero el llamamiento a regresar a la política leninista del frente único cayó en saco roto.

Aunque el movimiento obrero alemán era el más poderoso del mundo capitalista, a la hora de la verdad quedó paralizado por la política de sus dirigentes. En particular, por los dirigentes del estalinista Partido Comunista de Alemania (KPD), que jugó un papel pernicioso al dividir el movimiento obrero ante la amenaza nazi. ¡Incluso lanzaron la consigna “¡Golpear a los pequeños Scheidemann en los patios de recreo de los colegios!”, una inaudita provocación para que los hijos de los comunistas les pegaran a los hijos de los socialdemócratas! Esta locura alcanzó su clímax en el llamado referéndum rojo. Cuando en 1931 Hitler organizó un referéndum para derrocar al gobierno socialdemócrata de Prusia, el KPD, siguiendo las órdenes de Moscú, pidió a sus seguidores que apoyaran a los nazis. El periódico estalinista británico *The Daily Worker* escribió lo siguiente: “Es significativo que Trotsky saliera en defensa del frente único de los partidos comunista y socialdemócrata frente al fascismo. Nada más perjudicial y contrarrevolucionario se puede decir en un momento como el actual”.

En 1933, el KPD tenía seis millones de partidarios y el SPD, ocho. Entre ambos sumaban aproximadamente un millón de militantes, más que la guardia roja de Petrogrado y Moscú en 1917. Y todavía Hitler se permitió el lujo de decir: “He llegado al poder sin romper un cristal”. Esto representó una traición a la clase obrera comparable a la de agosto de 1914. De la noche a la mañana, las poderosas organizaciones del proletariado alemán quedaron reducidas a escombros. Los trabajadores de todo el mundo, sobre todo los de la URSS, pagaron un precio muy alto por la traición.

10. Los escritos de Trotsky sobre el ascenso del nazismo se recogen en el libro *La lucha contra el fascismo*. Está editado por la Fundación Federico Engels.

Trotsky esperaba que esa brutal derrota sacudiera la Internacional Comunista hasta sus cimientos y abriera un debate en el seno de los partidos comunistas, que los regeneraría y exculparía a la Oposición. Pero las cosas se desarrollaron de forma diferente. La Internacional Comunista y sus partidos eran tan estalinistas que el debate o la autocrítica ya no existían, sólo repetían las mismas políticas ya desacreditadas. La línea del KPD —y, por lo tanto, de Stalin, el gran líder, el gran maestro— fue ratificada como la única correcta. Increíblemente, los líderes comunistas alemanes lanzaron la consigna “Después de Hitler, nuestro turno”. El año siguiente todavía fue peor. Cuando los fascistas franceses de la Croix-de-Feu y otros grupos intentaron derrocar al gobierno del radical Daladier, los estalinistas impartieron instrucciones a sus militantes para manifestarse junto con los fascistas contra el “radical-fascista” Daladier.

Un partido o una internacional incapaces de aprender de sus errores están condenados. La terrible derrota de la clase obrera alemana, fruto tanto de la política estalinista como de la socialdemócrata, se saldó con una completa ausencia de autocrítica o debate en los partidos de la Internacional Comunista, lo que convenció a Trotsky de que la III Internacional estaba completamente degenerada. Mientras que en los primeros años la burocracia todavía no estaba consolidada como casta dirigente, ahora era evidente que se había convertido no sólo en una aberración histórica imposible de corregir con la crítica y la discusión, sino que representaba a la contrarrevolución triunfante que había destruido todos los elementos de democracia obrera existentes tras Octubre. Por esta razón, Trotsky planteó la necesidad de crear una nueva internacional.

LOS JUICIOS DE MOSCÚ

La expresión más clara de la nueva situación fueron los célebres juicios de Moscú, descritos por Trotsky como una “guerra civil unilateral contra el partido bolchevique”. Entre 1936 y 1938, todos los miembros del comité central de los tiempos de Lenin que todavía vivían en la URSS —excepto, obviamente, el propio Stalin— fueron asesinados. El “juicio de los 16” (Zinóviev, Kámenev, Smírnov...), el “juicio de los 17” (Rádek, Pyatakov, Sokólnikov...), el “juicio secreto de los oficiales

del ejército” (Tujachevsky, etc.), el “juicio de los 21” (Bujarin, Ríkov, Rakovski...). Los antiguos compañeros de armas de Lenin fueron acusados de los crímenes más grotescos contra la revolución. Lo normal es que fueran acusados de ser agentes de Hitler, de igual manera que los jacobinos fueron acusados de ser agentes de Inglaterra en el período de reacción terrorista en Francia.

El objetivo de la burocracia era destruir completamente todo aquello que pudiera servir para aglutinar el descontento de las masas. Aunque algunos leales servidores de Stalin también se vieron implicados en las purgas, la mayoría de las miles de personas arrestadas y asesinadas lo fueron por el “crimen” de haber estado vinculados directamente con Octubre. Era peligroso ser amigo, vecino, padre o hijo de un detenido. La condena a muerte de un dirigente de la Oposición conllevaba también la de su esposa e hijos mayores de 12 años. En los campos de concentración se encontraban familias enteras, incluidos niños. El general Yakir fue asesinado en 1938. Su hijo pasó 14 años con su madre en los campos de concentración. Uno entre muchos casos.

El principal acusado, León Trotsky, no estuvo presente en los juicios. Después de que todos los países europeos le negasen el asilo, fue acogido por México, desde donde organizó una campaña internacional de protesta contra los juicios de Moscú. ¿Por qué la burocracia estalinista temía tanto a un solo hombre? La Revolución de Octubre implantó un régimen de democracia obrera que dio a los trabajadores la máxima libertad. Pero la burocracia sólo podía gobernar destruyendo esa democracia obrera e instaurando un régimen totalitario. No podía tolerar ni la más pequeña libertad de expresión o crítica.

En apariencia, el régimen de Stalin fue similar al de Hitler, Franco o Mussolini. Pero hubo una diferencia fundamental: el poder de la nueva camarilla dominante en la URSS se basaba en las nuevas relaciones de propiedad establecidas por la revolución. Era una situación contradictoria. Para defender su poder y privilegios, esa casta parasitaria tenía que defender las nuevas formas de economía nacionalizada que simbolizaban las grandes conquistas históricas de la clase obrera. Los burócratas privilegiados que habían destruido las conquistas políticas de Octubre y aniquilado al partido bolchevique se vieron obligados a mantener la ficción de un “partido comunista”, “sóviets”, etc., y a basarse en la economía planificada y

nacionalizada. De esta forma jugaron un papel relativamente progresista y desarrollaron la industria, aunque a un precio diez veces superior al de los países capitalistas.

Los marxistas no defendemos la democracia por razones sentimentales. Como explicó Trotsky, una economía planificada necesita la democracia como el cuerpo humano necesita el oxígeno. El asfixiante control de una poderosa burocracia es incompatible con el desarrollo de una economía planificada. La existencia de la burocracia genera inevitablemente corrupción, mala administración y estafas a todos los niveles. Por esta razón, la burocracia, en contraposición a la burguesía, no podía tolerar la crítica o el pensamiento independiente en ningún campo, ni en la política ni en la literatura, la música, la ciencia, el arte o la filosofía. Trotsky era una amenaza para la burocracia porque permanecía como testigo y recuerdo vivo de las genuinas tradiciones democráticas e internacionalistas del bolchevismo.

En la década de los años 30, Trotsky analizó el nuevo fenómeno de la burocracia estalinista en su obra clásica *La revolución traicionada*, donde explicó la necesidad de una nueva revolución, una revolución política, para regenerar la URSS. Al igual que todas las clases o castas dominantes de la historia, la burocracia rusa no desaparecería por sí sola. A principios de 1936, Trotsky advirtió de que la burocracia estalinista representaba una amenaza mortal para la supervivencia de la URSS. Pronosticó con asombrosa certeza que, si la burocracia no era eliminada por la clase obrera, el proceso remataría inevitablemente en una contrarrevolución capitalista. Con un retraso de cincuenta años, la predicción de Trotsky se ha cumplido. No satisfechos con los privilegios derivados del saqueo de la economía nacionalizada, los hijos y nietos de los funcionarios estalinistas se han convertido ahora en los propietarios privados de los medios de producción en Rusia y, por tanto, han hundido la tierra de Octubre en una nueva edad oscura de barbarie, como Trotsky avisó.

Stalin y la casta privilegiada por él representada no podían ignorar a Trotsky porque los delataba como usurpadores y sepultureros de Octubre. La tarea de Trotsky y sus colaboradores representaba un peligro mortal para la burocracia, que respondió con una vasta campaña de asesinatos, persecuciones y difamaciones. Se podría buscar en vano en los anales de la historia moderna un paralelo con la persecución sufrida por los trotskistas a manos de Stalin y su monstruosa

maquinaria de matar. Hay que remontarse a la persecución de los primeros cristianos o a la infame Inquisición española para encontrarlo. Los verdugos de Stalin silenciaron uno a uno a los colaboradores de Trotsky. Compañeros, amigos y familiares acabaron en el infierno del *gulag* estalinista.

Pero incluso allí los trotskistas permanecieron firmes. Sólo ellos mantuvieron la organización y la disciplina. Lograron seguir los asuntos internacionales, organizar reuniones, grupos de discusión marxista y lucharon por sus derechos. Llegaron a organizar manifestaciones y huelgas de hambre, como la del campo de Pechora en 1936, que duró ciento treinta y seis días.

“Los huelguistas protestaban contra su traslado desde sus anteriores lugares de deportación y contra los castigos que les habían impuesto sin celebración de proceso público. Exigían una jornada de trabajo de ocho horas, la misma alimentación para todos los reclusos (independientemente de que hubieran cumplido las normas de producción o no), la separación entre los presos políticos y los delincuentes, y el traslado de los inválidos, las mujeres y los ancianos desde la zona ártica a lugares de clima más benigno. La decisión de ir a la huelga se adoptó en asamblea. Los prisioneros enfermos y los ancianos fueron eximidos, pero ‘estos últimos rechazaron categóricamente la exención’. En casi todas las barracas, los que no eran trotskistas respondieron al llamamiento, pero sólo ‘en los barracones de los trotskistas fue completa la huelga’.

“La administración, temerosa de que la acción pudiera propagarse, trasladó a los trotskistas a unas chozas semiderruidas a 40 kilómetros de distancia del campo. De un total de mil huelguistas, varios murieron y sólo dos abandonaron la huelga, pero ninguno de los dos era trotskista” (Isaac Deutscher, *El profeta desterrado*, p. 376).

Pero la victoria de los presos duró poco. El terror de Yezhov pronto tomaría nuevos bríos. Las raciones, ya escasas, se redujeron a solamente 400 gramos diarios de pan, la GPU armó a los presos comunes con porras y los incitó a golpear a los opositores, el número de ejecuciones arbitrarias aumentó... Stalin había optado por la “solución final”. A finales de marzo de 1938, los trotskistas, en grupos de veinticinco, eran llevados a la muerte en las soledades heladas de los alrededores del campo de Vorkuta. Los asesinatos se prolongaron durante meses. Los carniceros de la GPU hicieron su trabajo y

exterminaron a hombres, mujeres y niños; nadie se salvó. Un testigo relató cómo la esposa de un opositor caminaba sobre sus muletas hacia el lugar de ejecución.

“Durante todo abril y parte de mayo continuaron las ejecuciones en la tundra. Cada día o cada dos días, treinta o cuarenta personas eran sacadas (...) Los altavoces del campo transmitían los comunicados. ‘Por agitación contrarrevolucionaria, sabotaje, bandidaje, negativa a trabajar e intentos de fuga, las siguientes personas serán ejecutadas’. Una vez, un grupo numeroso, formado por unas cien personas, trotskistas en su mayoría, fue sacado del campo (...) Mientras se alejaban, entonaron *La Internacional*, y centenares de voces en los barracones se unieron al coro” (*Ibid.*, p. 377).

UN HOMBRE CONTRA EL MUNDO

No había refugio ni lugar seguro en el planeta para Trotsky. Una tras otra se le cerraban todas las puertas. Aquellos países que se autocalificaban de democracias y les gustaba diferenciarse de los “dictadores” bolcheviques demostraron no ser más tolerantes que los demás. Gran Bretaña, que anteriormente había dado refugio a Marx, Lenin y al propio Trotsky, le negó la entrada, a pesar de contar con un gobierno laborista. Francia y Noruega impusieron tales restricciones a los movimientos y actividades de Trotsky, que el “santuario” no podía distinguirse de una prisión. Al final, Trotsky y su fiel compañera, Natalia Sedova, encontraron refugio en México gracias al gobierno del nacionalista burgués Lázaro Cárdenas.

Pero tampoco en México estaba a salvo Trotsky. El brazo de la GPU era largo. Al levantar su voz contra la camarilla del Kremlin, Trotsky era un peligro mortal para Stalin, quien, como se ha demostrado, ordenó que cada mañana estuvieran en su despacho los artículos de Trotsky. Juró venganza contra su rival. A lo largo de los años 20, Zinóviev y Kámenev habían avisado a Trotsky: “Piensas que Stalin responderá a tus ideas. Pero Stalin te golpeará en la cabeza”.

En los años previos a su asesinato, Trotsky había presenciado el asesinato de uno de sus hijos, la desaparición de otro, el suicidio de su hija, la masacre de sus amigos y colaboradores dentro y fuera de la URSS, y la destrucción de las conquistas políticas de la Revolución

de Octubre. La hija de Trotsky, Zinaida, se suicidó por culpa de la persecución de Stalin. Después del suicidio de su hija, su primera esposa, Alexandra Sokolovskaya, una mujer extraordinaria que pereció en los campos de Stalin, escribió una desesperada carta a Trotsky: “Nuestras hijas estaban condenadas. Ya no creo en la vida. No creo que crezcan. Espero constantemente algún nuevo desastre”. Y concluía: “Ha sido difícil para mí escribir y enviar esta carta. Perdóname por ser cruel contigo, pero tú también debes saberlo todo sobre los nuestros” (*Ibid.*, p. 188).

León Sedov, el hijo mayor de Trotsky, que jugó un papel clave en la Oposición de Izquierdas Internacional, fue asesinado en febrero de 1938, mientras se recuperaba de una operación en un hospital de París. Dos de sus secretarios europeos, Rudolf Klement y Erwin Wolff, fueron también asesinados. Ignace Reiss, un oficial de la GPU que rompió públicamente con Stalin y se declaró partidario de Trotsky, fue otra víctima de la maquinaria asesina de Stalin, tiroteado por un agente de la GPU en Suiza.

El golpe más doloroso llegó con el arresto del hijo menor de Trotsky, Sergei, que permanecía en Rusia y se creía a salvo por no estar involucrado en política. ¡Esperanza vana! Incapaz de vengarse de su padre, Stalin recurrió a la tortura más cruel: dañar a sus hijos. Nadie puede imaginar qué tormentos sufrieron Trotsky y Natalia Sedova. Sólo hace pocos años se supo que Trotsky contempló la posibilidad del suicidio, como una salida para salvar a su hijo. Pero se dio cuenta de que no sólo no lo salvaría, sino que le daría a Stalin lo que buscaba. Trotsky no se equivocó. Sergei ya estaba muerto, fusilado en secreto en 1938 por negarse a renegar de su padre.

Uno a uno, los antiguos colaboradores de Trotsky cayeron víctimas del terror estalinista. Aquellos que se negaban a retractarse eran aniquilados. Pero incluso a los que capitularon, la “confesión” no les salvó la vida; también fueron ejecutados. Una de las últimas víctimas dentro de la URSS fue el gran marxista balcánico y veterano revolucionario Christian Rakovski, miembro de la Oposición. Cuando Trotsky escuchó sus confesiones, escribió en su diario:

“Rakovski en la práctica fue mi último contacto con la antigua generación revolucionaria. Después de su capitulación no queda nadie. Incluso aunque mi correspondencia con Rakovski se suspendió, debido a la censura, durante mi deportación, sin embargo la imagen de

Rakovski permanecía como un vínculo simbólico con mis antiguos compañeros de armas. Ahora no queda nadie. Desde hace un tiempo no he sido capaz de satisfacer mi necesidad de intercambiar ideas y discutir problemas con alguien más. He quedado reducido a un diálogo con los periódicos, o, mejor que con los periódicos, con los hechos y opiniones.

“Y aún pienso que el trabajo en que estoy comprometido ahora, a pesar de su naturaleza extremadamente insuficiente y fragmentaria, es el trabajo más importante de mi vida, más importante que 1917, más importante que el período de guerra civil o cualquier otro.

“Por el bien de la verdad seguiré en este camino. Aunque yo no hubiera estado presente en 1917 en San Petersburgo, la Revolución de Octubre hubiera sucedido igualmente *a condición de que Lenin estuviera presente y al mando*. Si ni Lenin ni yo hubiéramos estado presentes en San Petersburgo, no hubiese habido Revolución de Octubre: la dirección del partido bolchevique habría impedido que sucediera, ¡no tengo la menor duda! Si Lenin no hubiera estado en San Petersburgo, dudo que hubiera podido vencer la resistencia de los dirigentes bolcheviques. La lucha contra el “trotskismo” (contra la revolución proletaria) habría comenzado en mayo de 1917, y el resultado de la revolución habría estado en entredicho. Pero, repito, la presencia de Lenin garantizó la Revolución de Octubre y su desarrollo victorioso. Lo mismo se podría decir de la guerra civil, aunque en su primer período, en especial en el momento de la caída de Simbirsk y Kazán, Lenin tuviera muchas dudas. Pero esto sin duda fue un ánimo pasajero que, probablemente, nunca le habría admitido a nadie excepto a mí.

“Así que no puedo hablar de la ‘indispensabilidad’ de mi trabajo, *ni siquiera* en el período entre 1917 y 1921. Pero ahora mi trabajo es ‘indispensable’ en el pleno sentido de la palabra. No es arrogancia. El colapso de las dos internacionales ha creado un problema que ninguno de sus dirigentes es capaz de resolver. Las vicisitudes de mi destino personal me han situado ante este problema y me han dotado con una gran experiencia para ocuparme de él. Lo más importante para mí ahora es llevar a cabo la misión de armar a una nueva generación con el método revolucionario, por encima de los dirigentes de la II y la III internacionales. ¡Y estoy totalmente de acuerdo con Lenin (o, mejor dicho, con Turgenev) en que el peor vicio es tener más de 55 años! Necesito al menos cinco años más de trabajo ininterrumpido para asegurar la sucesión” (*Diary in exile*, pp. 53-54).

Pero Trotsky no vio cumplido su deseo. Después de varios intentos, la GPU al final consiguió poner fin a su vida el 20 de agosto de 1940.

A pesar de todo, Trotsky permaneció absolutamente firme hasta el final en sus ideas revolucionarias. Su testamento político revela el enorme optimismo en el futuro socialista de la humanidad. Pero su auténtico testamento se encuentra en sus libros y escritos, un tesoro de ideas marxistas para la nueva generación de revolucionarios. Que el fantasma del “trotskismo” continúe obsesionando a los dirigentes burgueses, reformistas y estalinistas es suficiente prueba de la persistencia de las ideas del bolchevismo-leninismo, la esencia del trotskismo.

Sobre todo en Rusia, la tierra de Octubre, el trotskismo mantiene toda su vitalidad y cada vez son más los que miran el ejemplo de los trotskistas, descrito por Leopold Trepper, el organizador de la Orquesta Roja, la famosa red de espionaje soviético en la Alemania nazi, en sus memorias:

“Todos los que no se alzaron contra la máquina estalinista son responsables, colectivamente responsables de sus crímenes. Tampoco yo me libro de este veredicto.

“Pero, ¿quién protestó en aquella época? ¿Quién se levantó para gritar su hastío? Los trotskistas pueden reivindicar este honor. A semejanza de su líder, que pagó su obstinación con un pioletazo, los trotskistas combatieron totalmente el estalinismo y fueron los únicos que lo hicieron. En la época de las grandes purgas, ya sólo podían gritar su rebeldía en las inmensidades heladas a las que los habían conducido para mejor exterminarlos. En los campos de concentración, su conducta fue siempre digna e incluso ejemplar. Pero sus voces se perdieron en la tundra siberiana.

“Hoy día los trotskistas tienen el derecho de acusar a quienes antaño corearon los aullidos de muerte de los lobos. Que no olviden, sin embargo, que poseían sobre nosotros la inmensa ventaja de disponer de un sistema político coherente, susceptible de sustituir al estalinismo y al que podían agarrarse en medio de la profunda miseria de la revolución traicionada. Los trotskistas no ‘confesaban’ porque sabían que sus confesiones no servirían ni al partido ni al socialismo” (*El gran juego*, pp. 67-68).

Ya en 1936 León Trotsky predijo que la burocracia estalinista, ese tumor cancerígeno en el seno del Estado obrero, podría acabar destruyendo todas las conquistas de la revolución: “La caída de la actual dictadura

burocrática, o es reemplazada por un nuevo poder socialista o significará el regreso a las relaciones capitalistas, con un declive catastrófico de la industria y la cultura” (Isaac Deutscher, *El profeta desterrado*, p. 376). Ahora esa predicción se ha cumplido totalmente. Los últimos cinco o seis años son la prueba de ello. Los dirigentes del llamado Partido Comunista de la Unión Soviética, que ayer juraban lealtad a Lenin y al socialismo, hoy son presa del repugnante arrebato de enriquecerse a costa del saqueo sistemático de la propiedad de la URSS. Comparado con esta monstruosa traición, las acciones de los dirigentes socialdemócratas en agosto de 1914 parecen un juego de niños.

Sin embargo, a pesar de las predicciones de Francis Fukuyama, la historia no ha acabado. La naciente burguesía rusa ha demostrado ser incapaz de desarrollar las fuerzas productivas y hacer progresar la sociedad. Los últimos diez años de la historia de Rusia representan un colapso sin precedentes de las fuerzas productivas y la civilización. Sólo la ausencia de una dirección marxista sería ha evitado el derrocamiento de un régimen corrompido y reaccionario. Los líderes ex estalinistas del Partido Comunista de la Federación Rusa han actuado conscientemente para impedir que la clase obrera tome el poder. No tienen nada en común con las tradiciones de Lenin y el partido bolchevique.

A Lenin le gustaba mucho utilizar un proverbio ruso: “La vida enseña”. Una vez la clase obrera rusa sea consciente de lo que significa el capitalismo (y cada día que pasa es más consciente), sentirá la necesidad de regresar a sus antiguas tradiciones. Descubrirán, a través de la acción, la herencia de 1905 y 1917, las ideas y el programa de Vladímir Ilich y también de ese gran dirigente y mártir de la clase obrera llamado León Trotsky. Después de décadas de la represión más terrible, las ideas del bolchevismo-leninismo —las genuinas ideas de Octubre— siguen vivas y vibrantes, y no pueden ser destruidas ni con difamaciones ni con las balas de los asesinos. En palabras de Lenin: “El marxismo es omnipotente porque tiene razón”.

ÍNDICE ONOMÁSTICO*

- AXELROD, Pavel (1850-1928): Uno de los fundadores del grupo Emancipación del Trabajo en 1883. Miembro del comité de redacción de *Iskra*. Menchevique desde 1903. Calificó la Revolución de Octubre como “un crimen político sin parangón en la historia moderna”.
- BAUER, Max (1875-1929): Coronel de artillería y miembro del alto mando del ejército alemán.
- BERNSTEIN, Eduard (1850-1932): Dirigente socialdemócrata alemán. En 1889 afirmó que el marxismo había dejado de ser válido y debía ser “revisado”, y que el socialismo no sería producto de la lucha de clases y de la revolución, sino de la gradual acumulación de reformas del capitalismo conseguidas por vía parlamentaria. Abogó por la colaboración de clases. Kautsky, Plejánov y Rosa Luxemburgo polemizaron con él. Sus ideas, aunque condenadas en los congresos socialdemócratas, eran aplicadas en la práctica por el partido, cuyo aparato ya estaba en manos de los reformistas.
- BISMARCK, Otto von (1815-1898): Político conservador prusiano que, tras las dos victorias bélicas que permitieron la unidad alemana (sobre Austria en 1866 y sobre Francia en 1870-71), proclamó el II Imperio Alemán y fue su primer canceller.
- BRANTING, Hjalmar (1860-1925): Uno de los fundadores del Partido Socialdemócrata de Suecia.
- BUJARIN, Nikolai (1888-1938): Bolchevique desde 1906. Detenido en dos ocasiones, emigra al extranjero. Internacionalista durante la I Guerra Mundial, es arrestado en Suecia y se va a EEUU, donde edita *Novy Mir* y colabora con Trotsky. Volvió a Rusia tras Febrero. Miembro del CC desde agosto de 1917 hasta 1928. Director de *Pravda* tras Octubre. Se opuso a la firma de Brest-Litovsk y encabezó a los comunistas de izquierda, editando su periódico. En 1923-27, aliado de Stalin, teórico de la transición gradual al socialismo y defensor de los kulaks. En 1928, Stalin rompe su coalición con el ala derecha (Bujarin, Ríkov y otros) y lo rebaja a suplente del CC. En abril de 1929, reemplazado como director de *Pravda* y presidente de la III Internacional (en la que había sustituido a Zinóviev). Eliminado del buró político en noviembre de 1929. Capituló más tarde y en 1933 se puso al frente de *Izvestia*. Juzgado y asesinado por Stalin en el segundo proceso de Moscú.

* Dado que este libro contiene una glosa de su vida, no incluimos a León Trotsky aquí.

- CHERNOV, Viktor (1873-1952): Fundador y uno de los principales dirigentes del Partido Social-Revolucionario. Durante la I Guerra Mundial apoyó las tesis de Zimmerwald, pero tras Febrero fue ministro de Agricultura en el gobierno de Kerensky y miembro del comité ejecutivo del sóviet de Petrogrado. Durante la guerra civil participó en un gobierno antibolchevique en Samara.
- CHJEÍDZE, Nikolai (1873-1952): Menchevique georgiano. Diputado en la IV Duma. Tras Febrero, fue presidente del comité ejecutivo central de los sóviets de toda Rusia.
- CLEMENCEAU, Georges Benjamin (1841-1929): Político francés e impulsor del Tratado de Versalles como primer ministro de Francia. En su juventud fue un radical e incluso perteneció por un tiempo al Partido Socialista, pero más tarde se transformó en el dirigente de la burguesía francesa.
- CONNOLLY, James (1868-1916): Marxista y fundador del Partido Republicano Socialista Irlandés. Internacionalista durante la I Guerra Mundial. Participó en el levantamiento de Pascua contra el ocupante británico; herido gravemente en la batalla, a pesar de que los médicos sólo le daban un par de días de vida fue atado a una silla y ejecutado.
- DALADIER, Édouard (1884-1970): Miembro del Partido Radical Socialista y primer ministro de Francia en diferentes períodos de los años 30 del siglo XX. Firmante, junto con Chamberlain, Hitler y Mussolini, del pacto de Mú-nich, que autorizó la ocupación nazi de los Sudetes checos en vísperas de la II Guerra Mundial.
- DAN, Feodor (1871-1949): Menchevique desde 1903, fue uno de sus principales dirigentes. En 1917 defendió la continuación de Rusia en la I Guerra Mundial y se opuso a la revolución de octubre.
- DANTON, Georges-Jacques (1759-1794): Político francés que desempeñó un papel determinante durante la revolución francesa. Posteriormente se opuso a Robespierre y a la continuidad del Terror, e intentó propiciar el entendimiento entre girondinos y jacobinos. Murió guillotinado.
- DAVID, Eduard (1863-1930): Dirigente reformista de la socialdemocracia alemana.
- DENIKIN, Anton (1872-1947): General zarista y uno de los dirigentes contrarrevolucionarios en la guerra civil. En el otoño de 1919, sus tropas casi ocuparon Tula. Después de la aniquilación de los blancos, se exilió en Francia.
- DZERZHINSKI, Felix (1877-1926): Ingresa en la socialdemocracia lituana en 1895. Juzgado y condenado en diversas ocasiones, sale en libertad en 1917. Fundador y primer jefe de la Cheka y, más tarde, de la GPU. Miembro del CC desde agosto de 1917 hasta su muerte.
- EBERT, Friedrich (1871-1925): Primer presidente de la República alemana (la república de Weimar, 1919). Durante la I Guerra Mundial, él y Scheidemann fueron los más ardientes defensores del socialpatriotismo. En los días finales de la dinastía de los Hohenzollern, ingresó en el gobierno para

- evitar la revolución y salvar la monarquía. Fracados sus esfuerzos, los reformistas emprendieron entonces, con éxito, la restauración del capitalismo en Alemania sobre la base de la república burguesa.
- FUKUYAMA, Francis (1952): Político conservador norteamericano que, tras la caída del muro de Berlín, escribió un ensayo titulado *El fin de la historia*, donde sostenía la tesis reaccionaria de que la historia, como pugna ideológica entre modelos sociales antagónicos, había llegado a su fin porque la desaparición de la URSS demostraba que el capitalismo era la fase última y superior de la evolución de la sociedad; por tanto, desaparecida la causa de la confrontación en el mundo, éste tenía ante sí una perspectiva de paz, desarrollo económico y extensión de la democracia. Cuando precisamente la propia historia evidenció la ridiculez de su tesis — para lo que, gracias a la política exterior estadounidense, hizo falta muy poco tiempo —, dijo que se le había malinterpretado.
- GLAZMAN, Mijaíl (18??-1924): Militante bolchevique inducido al suicidio durante las purgas. Fue secretario de Trotsky.
- GUCHKOV, Alexander (1862-1936): Político octubrista. Ministro de la Guerra en el gobierno provisional. Apoyó el golpe de Kornílov y financió a los blancos durante la guerra civil. Derrotados éstos, huyó a Alemania.
- HILFERDING, Rudolf (1877-1941): Austríaco de nacimiento pero nacionalizado alemán. En 1914 se opuso a los créditos de guerra y posteriormente se unió al USPD. En 1920 se opuso a la fusión de éste con el KPD y defendió volver a las filas del SPD. Llegó a ser ministro de Finanzas durante la república de Weimar. Se exilió a París tras la victoria nazi, pero el régimen colaboracionista de Petain lo entregó a la Gestapo, a cuyas manos murió.
- HOFFMANN, Max (1869-1927): General alemán considerado como uno de los mejores estrategias militares del período imperial.
- HOHENZOLLERN: Dinastía real prusiana desde 1701, e imperial alemana desde 1871 a 1918.
- JOFFE, Adolf (1883-1927): Expulsado de la Universidad a los 16 años por su actividad política. Miembro del POSDR desde 1903. Participa en la revolución de 1905 y abandona el país después. Colaborador de Trotsky desde 1906 y co-fundador de la *Pravda* de Viena. Detenido y deportado, es liberado tras Febrero. Miembro del comité interdistritos, ingresa con él en el partido bolchevique. Alto diplomático soviético, encabeza la primera delegación en Brest-Litovsk y después es embajador en Berlín, Pekín, Viena y Tokio. Firmante de la declaración de los 46. Encamado por una dolorosa enfermedad, los estalinistas le niegan el tratamiento médico y se suicida. Su entierro dio lugar a la última manifestación pública de la Oposición de Izquierdas y al último discurso de Trotsky en la URSS.
- KÁMENEV, Lev (1883-1936): Afiliado al POSDR en 1901. Detenido en 1902 y deportado, consigue fugarse, sale de Rusia y se une a los bolcheviques. Encabezó la fracción bolchevique de la Duma en los años previos a la I Guerra

Mundial. Detenido en 1914, es condenado a la deportación perpetua, pero queda libre tras la caída del zar. Junto con Zinóviev, se opone a la insurrección, no obstante lo cual después jugó un papel dirigente en el nuevo Estado soviético. Miembro del buró político desde 1919 a 1927. A la muerte de Lenin, forma parte de la troika dirigente junto con Zinóviev y Stalin, iniciando la lucha contra Trotsky y la Oposición de Izquierdas. En 1925, él y Zinóviev rompen con Stalin a raíz de la teoría del socialismo en un solo país y se unen a Trotsky en la lucha contra la burocracia, dando lugar a la Oposición Conjunta. Destituido y expulsado del partido por la burocracia, capitula finalmente ante Stalin. Condenado en el primer juicio de Moscú y ejecutado.

KAUTSKY, Karl (1854-1938): Después de Engels, la figura más respetada de la II Internacional. En 1906 comenzó a girar hacia el reformismo; la guerra mundial y la revolución rusa, a la que calificó de golpe de Estado bolchevique, lo transformaron completamente en un oportunista. Miembro del USPD entre 1917 y 1919, volvió después al SPD. Lenin analizó sus ideas en el libro *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*.

KERENSKY, Alexander (1881-1970): Miembro del Partido Social-Revolucionario. Diputado a la IV Duma. Tras Febrero se convirtió en el principal representante de los conciliadores pequeñoburgueses desde su cargo de jefe del gobierno provisional. Huyó a Francia tras Octubre.

KIROV, Sergei (1886-1934): Miembro del POSDR desde 1904. Participó en la revolución de 1905 y se unió a los bolcheviques. Fiel siempre a Stalin, que en 1926 lo nombró jefe del partido en Leningrado. Hombre muy popular y de creciente peso en el partido —en el congreso de 1934 fue el candidato al CC más votado (sólo 3 votos en contra), mientras que Stalin fue el menos (292 votos en contra)—, fue asesinado el 1 de diciembre de ese mismo año en el Instituto Smolny. Stalin acusó a los trotskistas y usó el asesinato como excusa para orquestar el primer juicio de Moscú. En la actualidad se cree que el instigador del asesinato fue el propio Stalin.

KLEMENT, Rudolf (1908-1938): Dirigente trotskista asesinado por la GPU en París. Fue secretario de Trotsky en Turquía y Francia.

KOLCHAK, Alexander (1874-1920): Almirante zarista y dirigente contrarrevolucionario en la guerra civil. Dirigió las tropas blancas en Siberia. Las fuerzas imperialistas lo dejaron en la estacada y cayó prisionero. Fue ejecutado por orden de un comité militar revolucionario de la ciudad de Irkutsk.

KOLLONTAI, Alexandra (1872-1952): Miembro del POSDR desde 1899. Bolchevique primero y menchevique después hasta 1915, cuando vuelve a unirse a las filas de Lenin. Miembro del comité central desde agosto de 1917. Comisaria para la Sanidad tras la revolución. Portavoz de la Oposición Obrera, volvió a la ortodoxia y fue embajadora soviética en diferentes países. Al acabar la II Guerra Mundial, ella y Stalin eran los únicos supervivientes del comité central bolchevique de octubre del 17.

KORNÍLOV, Lavr (1870-1918): General zarista. En julio de 1917 fue nombrado comandante en jefe de Kerensky y en agosto protagonizó un intento de golpe de Estado contra él. Tras el triunfo de Octubre, ayudó a formar uno de los ejércitos blancos. Murió en combate.

KRÁSNOV, Piotr (1869-1947): Teniente-general zarista y atamán de los cosacos del Don. Participó en el golpe de Kornílov, pero en octubre apoyó a Kerensky argumentando que “con el mismo diablo, pero contra los bolcheviques”. Inició por su cuenta la guerra civil en la región del Don, pero las disensiones entre los blancos lo llevaron a emigrar a Alemania en 1920. Colaboró con los nazis durante la II Guerra Mundial y acabó siendo entregado a la URSS por los ingleses, donde fue ejecutado.

KRÚPSKAYA, Nadezhda (1869-1939): En 1891 entra en un círculo marxista ilegal. Detenida y deportada en 1896. Se casa con Lenin en 1898, convirtiéndose en su principal colaboradora. Responsable de la red clandestina de *Iskra* y del enlace clandestino entre San Petersburgo y Finlandia en el período 1905-07. Apoya a Zinóviev y Kámenev cuando rompen con Stalin y se une a la Oposición Conjunta. En 1926 rompe con ella y se pliega políticamente a Stalin, a pesar de ser consciente de que el estalinismo era una degeneración política antileninista, como demuestra su comentario en una reunión de la Oposición ese mismo año: “Si Lenin viviera, estaría encarcelado”. En cualquier caso, nunca se convirtió en una adúladora de Stalin.

LEGIEN, Carl Rudolf (1861-1920): Dirigente reformista de la socialdemocracia alemana.

LENIN, Vladímír Ilich (1870-1924): Influido en su juventud por las ideas populistas, uno de sus hermanos mayores fue ahorcado por atentar contra el zar. Ingresó en un círculo marxista en 1887, iniciando la polémica contra el populismo y el llamado “marxismo legal”. Junto con Mártoev, organiza en 1895 la Liga para la Emancipación de la Clase Obrera. Deportado en 1897, emigra posteriormente a Europa, donde funda *Iskra*. Líder de los bolcheviques en 1903. Abandona Rusia nuevamente tras la revolución de 1905 y no volverá hasta abril de 1917, para plantear sus tesis y dar la batalla contra la dirección bolchevique del interior, que se muestra conciliadora con el gobierno provisional. Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo tras Octubre. Lenin sufrió un primer ataque el 25 de mayo de 1922. En octubre volvió al trabajo, pero tuvo que guardar cama nuevamente un mes más tarde. El 13 de diciembre, tras la visita el día anterior de Dzerzhinski, que le informa del conflicto provocado en Georgia por Stalin y Ordzhonikidze, sufre otro ataque, que se repetirá el 15 y el 22. El 9 de marzo de 1923 sufre un último ataque que le deja parálítico y mudo hasta su muerte, el 21 de enero de 1924. Desde diciembre de 1922, sus posibilidades de influir sobre la marcha del partido son prácticamente nulas. El último período de su vida consciente es una batalla frontal contra los síntomas de degeneración del partido, como atestiguan las polémicas sobre el monopolio del comercio

exterior, la cuestión de las nacionalidades o la Inspección Obrera y Campesina. En su *Carta al congreso*, su testamento político, recomendaba la sustitución de Stalin como secretario general del partido.

LIEBKNECHT, Karl (1871-1919): Dirigente marxista alemán y fundador, con Rosa Luxemburgo, de la Liga Espartaco y el KPD. El 3 de agosto de 1914, en la reunión del grupo parlamentario socialdemócrata, se opuso a votar a favor de los créditos de guerra, pero, bajo la presión de la disciplina partidaria, al día siguiente los apoyó en la sesión del Reichstag. Junto con Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y Clara Zetkin, publicó en la prensa socialdemócrata suiza una declaración contra la posición oficial del partido. En la siguiente votación (2 de diciembre) fue el único diputado que votó en contra. En marzo de 1915, en una nueva votación sobre créditos de guerra, 30 diputados socialdemócratas abandonaron la cámara, mientras él y Otto Rühle votaban en contra. En 1915 inició la publicación de las famosas *Cartas de Espartaco*. No pudo acudir a la conferencia de Zimmerwald porque fue llamado a filas, pero envió una carta que finalizaba así: "No paz civil, sino guerra civil: ésta es nuestra consigna". Expulsado del grupo parlamentario socialdemócrata en enero de 1916. Ese 1º de Mayo distribuyó propaganda antibelicista en Berlín, siendo arrestado y condenado a trabajos forzados. Puesto en libertad durante la revolución alemana de noviembre de 1918, participó en la fundación del KPD. Encabezó el levantamiento de los obreros de Berlín en enero de 1919. Arrestado el 15 de enero, fue asesinado ese mismo día, junto con Rosa Luxemburgo, por orden del gobierno socialdemócrata de Scheidemann y Noske.

LLOYD GEORGE, David (1863-1945): Jefe del gobierno inglés durante la I Guerra Mundial y uno de los autores del Tratado de Versalles. Atacó las conquistas de la clase obrera y aplastó el levantamiento de Pascua en Irlanda. Tras la victoria bolchevique en la guerra civil, fue partidario de restablecer las relaciones económicas con la URSS.

LUNACHARSKI, Anatoli (1873-1933): Militante desde 1892, miembro del POSDR en 1898 y bolchevique en 1903. En 1909 dirige la fracción del *Vpered* y rompe con Lenin, pasándose a los mencheviques. Internacionalista durante la I Guerra Mundial, en julio de 1917 ingresa en el comité interdistritos y posteriormente en el partido bolchevique. Comisario para la Educación, dimite como protesta por la destrucción de iglesias antiguas durante la guerra civil, pero vuelve a su puesto cuando la noticia queda desmentida. Protector de los pintores abstractos, conserva su independencia de criterio hasta 1922, cuando empieza a dar muestras de sumisión al aparato. Relevado de sus funciones en 1929, en 1933 fue nombrado embajador en Madrid, pero murió de camino.

LUXEMBURGO, Rosa (1870 ó 1871-1919): Principal dirigente del comunismo alemán, jugó un rol de primera línea en el movimiento obrero antes de la I Guerra Mundial. Nacida en Polonia, a los 18 años tuvo que emigrar a Suiza

a causa de sus actividades políticas. En 1893 fundó el Partido Socialdemócrata Polaco (conocido más adelante como Partido Socialdemócrata de Polonia y Lituania). En 1897 comenzó a participar en el movimiento socialista alemán. Con Mehring y Plejánov, inició la lucha contra el revisionismo en la II Internacional (Bernstein y Millerand), lo que obligó a Kautsky a adoptar una postura antirrevisionista. En el congreso de 1907 del POSDR apoyó a los bolcheviques contra los mencheviques en todas las cuestiones decisivas. Desde 1910 encabezó el ala marxista de la socialdemocracia alemana. Internacionalista durante la I Guerra Mundial, fue encarcelada en febrero de 1915. Desde la prisión colaboró en la publicación de las *Cartas de Espartaco*. Puesta en libertad tras la revolución alemana de noviembre de 1918, fundó el KPD junto con Karl Liebknecht y dirigió su órgano central, *Die Rote Fahne*. Arrestada tras la derrota de la insurrección de Berlín en enero de 1919, ella y Liebknecht fueron asesinados el día 15 por orden del gobierno socialdemócrata.

LVOV, Georgi (1861-1925): Príncipe y político ruso. Miembro de la I Duma tras la revolución de 1905. Durante la I Guerra Mundial fue presidente de la unión panrusa de *zemstvos*. Presidente y ministro del Interior del gobierno provisional en marzo de 1917, dimitió en julio y fue sustituido por Kerensky.

MACLEAN, John (1879-1923): Miembro del Partido Socialista Británico, uno de los partidos que se fusionarían para dar lugar al PC de Gran Bretaña. Internacionalista durante la I Guerra Mundial, llegó a ser cónsul de la Rusia soviética en Escocia. Abandonó el partido y acabó degenerando hacia el nacionalismo escocés.

MÁRTOV, Julius (1873-1923). Uno de los fundadores del POSDR. Miembro de la redacción de *Iskra*. Principal dirigente de los mencheviques a partir de 1903. Dirigente de los mencheviques internacionalistas durante la I Guerra Mundial, en 1917 se situó a medio camino entre la mayoría de éstos y los bolcheviques. Participó en el II congreso de los sóviets. Contrario al gobierno bolchevique, pidió y obtuvo permiso para emigrar.

MEHRING, Franz (1846-1919): Militante de la socialdemocracia alemana desde 1891. Fue uno de los fundadores de la Liga Espartaco.

MILIUKOV, Pável (1859-1943): Fundador y principal dirigente del partido kadete. Ministro de Asuntos Exteriores en el primer gobierno provisional, su apoyo incondicional a la continuación de la I Guerra Mundial le costó el puesto. Asesoró a los blancos durante la guerra civil y acabó refugiándose en Francia.

MÓLOTOV, Viacheslav (1890-1986): Bolchevique desde 1906. Deportado por dos años, hasta 1908. Nuevamente detenido y deportado, en 1915 logra fugarse. Dirigió *Pravda* entre febrero y marzo de 1917, oponiéndose a la línea defensiva de Kámenev y Stalin. Miembro del buró político en 1925. Presidente de la III Internacional en 1930-31. Ministro de Asuntos Exteriores

- entre 1940 y 1949, fue el artífice del pacto Mólotov-Ribbentrop de no agresión entre la Alemania nazi y la Rusia estalinista, y de reparto de Polonia entre ambas.
- El “cóctel Molotov” le debe su nombre. Aunque inventado durante la guerra civil española, fue profusamente utilizado (llegó a fabricarse en serie) contra los tanques rusos durante la guerra ruso-finesa de 1939-40. Mólotov dirigió a los finlandeses una alocución radiofónica diciendo que el ejército ruso no bombardeaba, sino que enviaba alimentos. Entre los finlandeses surgió el chascarrillo de “si Mólotov pone la comida, nosotros pondremos los cócteles”.
- NABOKOV, Vladímir (1870-1922): Líder del partido kadete. Secretario del gobierno provisional tras Febrero. En 1918 fue ministro de Justicia de un gobierno regional blanco en Crimea. Al año siguiente se fue a Inglaterra.
- NOGIN, Viktor (1878-1924): Miembro del POSDR desde 1898. Bolchevique en 1903. Deportado primero y emigrado después, regresa clandestinamente a Rusia. Conciliador en 1910. Adversario de las tesis de abril y, más adelante, partidario de un gobierno de coalición. Elegido miembro del CC en abril y agosto de 1917. Comisario para la Industria y el Comercio tras la revolución.
- NOSKE, Gustav (1868-1946): Político socialdemócrata alemán y ministro de Defensa en 1919-1920. Ya antes de la I Guerra Mundial actuó como un lacayo de la burguesía, apoyando abiertamente la política colonial del káiser. Durante la revolución de 1918 también actuó al servicio de la contrarrevolución. En enero de 1919 recurrió a los *Freikorps* (un grupo paramilitar de extrema derecha) para masacrar a decenas de miles de obreros alemanes, ahogando en sangre la insurrección proletaria. Él y Scheidemann fueron los responsables del asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.
- OLMINSKI, Mijaíl (1863-1933): Populista en 1883, se hizo bolchevique en 1904. Uno de los fundadores de la *Pravda* bolchevique.
- ORDZHONIKIDZE, Grigori (Sergei) (1886-1937): Miembro del POSDR y bolchevique desde 1903. Detenido en numerosas ocasiones. Elegido para el comité central en la conferencia de Praga de 1912. Miembro de nuevo del CC a partir de 1921. Impulsa la rusificación forzosa en Georgia con tal brutalidad, que Lenin pide su expulsión del partido. Íntimo colaborador de Stalin desde 1908, se opuso a él en el último año de su vida, para defender a sus colaboradores en el Comisariado de la Industria Pesada (Pyatakoy y otros) y a su hermano. Murió en extrañas circunstancias.
- PLATTEN, Fritz (1883-1942): Marxista suizo que fue el principal organizador del tren blindado que, cruzando Alemania, en abril de 1917 llevó a Lenin a Rusia desde su exilio en Suiza. Fundador del PC suizo y de la III Internacional, fue víctima de las purgas estalinistas y murió en un campo de concentración.
- PLEJÁNOV, Georgi (1856-1918): Fundador en 1883 del movimiento marxista en Rusia (el grupo Emancipación del Trabajo) y maestro de Lenin y Trotsky.

- Posteriormente degeneró, apoyó al gobierno zarista durante la I Guerra Mundial y en 1917 se opuso a los bolcheviques. A pesar de todo, Lenin siempre recomendó mucho sus primeras obras, especialmente las filosóficas.
- POTRÉSOV, Alexander (1869-1934): Menchevique de primera línea que en realidad era un liberal burgués. Prácticamente siempre se ubicó en la derecha del menchevismo.
- PREOBRAZHENSKI, Evgeni (1886-1937): Miembro del POSDR en 1903. Bolchevique en 1904. Condenado en varias ocasiones. Miembro del CC en agosto de 1917 y reelegido en 1918, 1919 y 1920. Se une a Trotsky en el debate sobre la cuestión sindical. Economista de gran valía, es el responsable de exponer las tesis económicas de la Oposición de Izquierdas en las reuniones del partido. En la polémica con Bujarin, se convierte en el abogado de la industrialización. Discrepa de Trotsky en la teoría de la revolución permanente. Expulsado del partido en 1927 y deportado posteriormente. Capitula, junto con Rádek, durante el viraje de Stalin a la izquierda en 1929. Detenido nuevamente en 1935, fue asesinado sin juicio.
- PYATAKOV, Yuri (1890-1937): Participa en círculos estudiantiles revolucionarios y en 1905 es uno de los dirigentes del comité interliceos; entonces era anarquista y perteneció durante un tiempo a un grupo terrorista. A partir de 1907 evoluciona hacia el marxismo, uniéndose a los bolcheviques tres años más tarde. Deportado, huya y se refugia en Japón, de donde retorna en 1917. Comunista de izquierda en 1918 y después miembro de la Oposición Militar. Salvado *in extremis* del fusilamiento a manos de los blancos, alcanza la presidencia del Tribunal Supremo. Es uno de los dirigentes de la joven generación a que alude Lenin en su *Carta al congreso*. Firmante de la declaración de los 46. Expulsado del partido en 1927 y deportado, capitula a los pocos meses. Rehabilitado, entra en el Comisariado de la Industria Pesada. Ejecutado tras el segundo juicio de Moscú.
- RÁDEK, Karl (1885-1939): Miembro de la socialdemocracia polaca desde 1900 a 1908, se traslada posteriormente a Alemania, donde colabora con el SPD. Participa en las conferencias de Zimmerwald y Kienthal. Se traslada a Rusia tras Octubre. Comunista de izquierda en la época de Brest-Litovsk. Trabaja para la III Internacional desde su fundación y asiste al congreso fundacional del KPD. Miembro del CC del partido ruso entre 1919 y 1924. Oposicionista de izquierda. Expulsado del partido en 1927, capitula dos años más tarde. Readmitido en 1930. Condenado a diez años en el segundo juicio de Moscú, murió durante su estancia en prisión.
- RAKOVSKI, Christian (1873-1941): La figura más destacada del movimiento marxista en los países balcánicos antes de 1917. Militante socialdemócrata desde 1889, se le prohíbe el acceso a todos los centros de estudios de Bulgaria. Expulsado de Alemania por actividades políticas. Colaborador de Trotsky desde 1913. Aunque expulsado de Rumanía en varias ocasiones, es

elegido diputado y dirige el partido socialdemócrata rumano en vísperas de la I Guerra Mundial. Encarcelado a su vuelta de Zimmerwald, es liberado por los rusos en 1917. Presidente del sóviet de Ucrania desde 1918 y de su gobierno desde 1919. Miembro del CC desde 1919 a 1925. Dirigente de la Oposición de Izquierdas desde su fundación. Trasladado a las embajadas soviéticas en Londres (1923) y París (1925-27). Expulsado del partido en 1927. Deportado a Astrakán y después a Siberia, aislado y enfermo, capitula en 1934, tras un intento fracasado de fuga. Condenado a veinte años de prisión en el tercer juicio de Moscú. Ejecutado por orden de Stalin tras la invasión nazi.

RASKÓLNIKOV, Feodor (1892-1939): Bolchevique desde 1910. Dirigente de los marineros de Kronstadt en 1917. Tras Octubre fue comisario en el Estado Mayor de la Flota Roja y, posteriormente, comisario de Asuntos Militares y Navales. Terminada la guerra civil, desempeñó tareas diplomáticas y administrativas. Reniega de Trotsky cuando la Oposición es condenada. En 1938, siendo diplomático en Bulgaria, se negó a regresar a la URSS y escribió un documento denunciando los crímenes de Stalin. Murió en Niza.

REED, John (1887-1920): Periodista norteamericano llegado a Rusia para cubrir la I Guerra Mundial. Testigo directo de la revolución de octubre en Petrogrado, cuyos acontecimientos relata en el libro *Diez días que estremecieron el mundo*, se hizo comunista y volvió a su país, donde participó en la fundación del PC de EEUU. Acusado de ser un espía, tuvo que huir y volvió a Rusia, donde murió. Está enterrado en el Kremlin.

REISS, Ignace (18??-1937): Oficial del servicio secreto soviético en Europa occidental. Se declaró públicamente partidario de Trotsky y se refugió en Suiza, donde fue asesinado un mes más tarde. Meses antes, cinco amigos y camaradas de lucha desde la juventud, oriundos, como él, de la Galicia polaca y que poco después también serían liquidados, le mandaron un mensaje desde la URSS recomendándole que no volviese. El mensaje acababa con las siguientes palabras: "Aquel de entre nosotros que sobreviva escribirá un día nuestra historia". Esa historia se escribió y su autora fue la viuda de Reiss, Elisabeth K. Poretski. Lleva por título *Nuestra propia gente* y está prologada por Trotsky.

RENNER, Karl (1870-1950): Político socialdemócrata reformista. Ministro de Asuntos Exteriores austríaco entre 1918 y 1920.

RIAZANOV, David (1870-1938): Narodniki a los 15 años, se une a la socialdemocracia a los 17. Condenado en 1889 a cinco años de cárcel y tres de libertad vigilada. Después de 1903 se niega a elegir entre bolcheviques y mencheviques. Colaborador con la *Pravda* de Trotsky. Internacionalista y colaborador de *Nashe Slovo* durante la I Guerra Mundial, participa en Zimmerwald. De vuelta en Rusia tras Febrero, se une al comité interdistritos. Conciliacionista después de Octubre. Expulsado del partido en 1931. Asesinado durante las purgas.

RIBBENTROP, Joachim (1893-1946): Ministro de Exteriores nazi desde 1938 hasta la derrota del III Reich. En su calidad de tal, en agosto de 1939 firmó con su homólogo soviético el pacto Mólotov-Ribbentrop de no agresión entre la Rusia estalinista y la Alemania nazi, que también incluía el reparto de Polonia entre ambos países.

RÍKOV, Alexei (1881-1938): Detenido en 1900 por organizar una manifestación el 1º de Mayo. Socialdemócrata desde 1901. Bolchevique en 1903. Detenido en diversas ocasiones, la revolución de 1905 lo pone en libertad y participa en el sóviet de San Petersburgo y en el congreso de Londres, en el cual se enfrenta a Lenin y se convierte en portavoz de los "hombres de comité". En 1910 dirige a los conciliadores. Detenido en 1914, se fuga, es detenido nuevamente y liberado tras el derrocamiento del zar. Se opone a las tesis de abril. Elegido para el CC en los congresos de abril y agosto de 1917, donde permanece hasta 1929. Sucedió a Lenin como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo en 1924. Junto con Bujarin y Tolski, dirige el ala derecha del partido. Expulsado del partido en 1937. Sobreseído su caso en el primer juicio de Moscú, fue condenado en el tercero y ejecutado.

ROBESPIERRE, Maximilien de (1758-1794): Uno de los principales protagonistas de la revolución francesa de 1789. Dirigió a los jacobinos e implantó el Terror. Fue guillotinado en el mes de termidor, al día siguiente de un golpe de Estado que marcó el inicio de un período reaccionario.

ROMANOV: Dinastía que reinó en Rusia desde 1613 hasta 1917.

ROZHKOV, Nikolai (1868-1927): Bolchevique en 1905. Detenido y deportado en 1908, es puesto en libertad por la revolución de 1917 y se une a Márkov. Más tarde se une a los bolcheviques.

RÜHLE, Otto (1874-1943): Socialdemócrata desde 1900. Él y Karl Liebknecht fueron los únicos diputados del SPD que en 1915 votaron en contra de los créditos de guerra. Espartaquista y fundador del KPD, más tarde se convirtió en uno de los "comunistas de izquierda" alemanes y rompió con el partido. En 1937 participó en la Comisión Dewey.

SCHEIDEMANN, Philipp (1865-1939): Político socialdemócrata alemán. Con Ebert, dirigente de los socialpatriotas durante la I Guerra Mundial. Entró en el gabinete del príncipe de Baden para intentar salvar la monarquía. Tras la caída del káiser, dirigió todos sus esfuerzos a aplastar el movimiento revolucionario. Después de la derrota de los espartaquistas, proclamó la república y encabezó un gobierno de coalición.

SEDOV, León (1906-1938): Hijo de Trotsky. Jugó un papel clave en la Oposición de Izquierdas Internacional. Fue asesinado por la GPU en un hospital de París mientras convalecía de una operación de apendicitis.

SEDOVA, Natalia (1882-1962): Segunda esposa de Trotsky.

SERGE, Victor (1890-1947): Revolucionario y escritor ruso, anarquista primero y bolchevique después. Encarcelado en Francia en 1917, no pudo volver a Rusia hasta 1919, uniéndose a los bolcheviques. Miembro de la Oposición

- de Izquierdas. Expulsado del partido en 1928. Detenido en 1993, gracias a la presión internacional fue uno de los pocos opositores liberados por Stalin, aunque su hermana, su suegra y tres cuñados —incluida Anita, que había “confesado” que ambos estaban involucrados en una conspiración dirigida por Trotsky— murieron en prisión. Escribió un libro sobre la revolución titulado *El año I de la revolución rusa*.
- SHLYÁPNIKOV, Alexander (1885-1937): Miembro del POSDR desde 1899. Bolchevique en 1903. Participa en la revolución de 1905 y después es condenado a dos años de prisión. Emigra y no retorna a Rusia hasta 1915. Opuesto en marzo de 1917 a la línea conciliadora de Kámenev y Stalin, en octubre se inclina a favor del gobierno de coalición. Comisario del pueblo para el Trabajo. Líder, junto con Kollontai, de la Oposición Obrera. Capituló en 1926. Expulsado del partido en 1933. Detenido en 1935 y muerto en prisión.
- SKÓBELEV, Matvei (1885-1938): Miembro del POSDR desde 1903. Colaboró con Trotsky en la *Pravda* de Viena. Elegido diputado de la IV Duma (1912), se unió a los mencheviques. Ministro de Trabajo del gobierno provisional. Opuesto inicialmente al gobierno bolchevique, en 1922 ingresó en el partido. Estalinista posteriormente, fue detenido y ejecutado durante las purgas.
- SMÍRNOV, Iván (1881-1936): Miembro del POSDR desde 1899. Bolchevique desde 1903. Organizador de la insurrección de Moscú de 1905. Detenido en numerosas ocasiones, suma muchos años de cárcel y deportación. Miembro del sóviet militar revolucionario del frente del este y organizador del 5º Ejército durante la guerra civil; a las puertas de Kazán es apodado “la conciencia del partido”. También se le conoció como “el Lenin de Siberia”, por dirigir íntegramente la soviétización de esa región. Firmante de la declaración de los 46. Expulsado del partido en 1927 y deportado, capitula dos años después. En 1931 se reúne con León Sedov en Berlín y acepta mandar un artículo para el boletín de la Oposición. Detenido en 1933 y condenado a muerte en el primer juicio de Moscú, donde su mujer fue testigo de cargo. Fue el único acusado que se enfrentó con el fiscal. Según Victor Serge, acabó lamentando el haber confesado, por ser indigno de un revolucionario, y se negó a firmar la petición de indulto (firma que, en cualquier caso, le habría servido de poco). Murió fusilado.
- SOKÓLNIKOV, Grigori (1888-1939?): Revolucionario desde 1903. Bolchevique desde 1905. Detenido en 1907, se le condena a la deportación perpetua, pero se fuga y emigra a Francia. En 1910 encabeza a los bolcheviques conciliadores. Durante la guerra colabora con *Nashe Slovo*. En 1917 vuelve a los bolcheviques y, con Stalin, dirige *Pravda* antes de la insurrección. Miembro del CC en 1917. Comisario del pueblo de Finanzas. Apoyó brevemente a la Oposición, pero se reconcilió pronto con Stalin. Ocupó diversos cargos directivos hasta 1926, después fue embajador. Condenado a diez años en el segundo juicio de Moscú, desapareció en prisión.

- SOKOLOVSKAYA, Alexandra (1872-1838?): Militante revolucionaria desde la década de los 80. Amiga de Trotsky, influyó en el acercamiento de éste al marxismo y fue su primera esposa. Arrestada en 1935, se la vio con vida por última vez en un campo de concentración siberiano.
- STALIN, Iosif (1879-1953): Miembro del POSDR desde 1898. Bolchevique desde 1903. Deportado en 1913. En Febrero es uno de los responsables del partido en Petrogrado y se muestra partidario de apoyar al gobierno provisional, pero en abril se posiciona con las tesis de Lenin y entra en el CC, en el que permanecerá hasta su muerte. Comisario para las Nacionalidades, primero, y para la Inspección Obrera y Campesina, después. Impulsor de la teoría del socialismo en un solo país, va eliminando paulatinamente a todos sus oponentes en el partido hasta que en la época de las purgas y los juicios de Moscú opta por exterminar físicamente a toda la vieja guardia bolchevique.
- STRUVE, Piotr (1870-1944): Dirigente de los llamados “marxistas legales” de finales del siglo XIX. En 1905 fue uno de los fundadores del partido kade-te y miembro de su comité central hasta 1916, cuando dimitió por pensar que el partido no debía oponerse tanto al gobierno en tiempos de guerra. En 1917 colaboró con los blancos y fue ministro de Wrangel.
- SUJÁNOV, Nikolai (1882-1939): Eserista hasta 1907. Participó en la revolución de 1905. Miembro del sóviet de Petrogrado en Febrero. Colabora con el gobierno provisional, pero se opone a la política bélica de Kerensky y a mediados del 17 se une a Márto. Rompe con los mencheviques en 1920. Aunque crítico con los bolcheviques, permaneció en Rusia y trabajó para el gobierno soviético. Murió fusilado.
- SVERDLOV, Yakov (1885-1919): Miembro del POSDR desde 1902, cuando, con 17 años, sufre su primera condena. Bolchevique desde 1903. Detenido en diversas ocasiones. Dirige *Pravda* en 1913. La Revolución de Febrero lo pone en libertad. Miembro del CC en agosto de 1917. Miembro del Comité Militar Revolucionario. Presidente del comité ejecutivo de los sóviets. Murió por causas naturales.
- THIERS, Adolphe (1797-1877): Historiador y político francés que presidió el gobierno que siguió al derrocamiento de Napoleón III en 1870. Al año siguiente, reprimió salvajemente la Comuna de París.
- TOMSKI, Mijaíl (1880-1936): Miembro del POSDR y bolchevique desde 1904. Participa en la revolución de 1905. Detenido en 1906, consigue fugarse y emigra. Detenido nuevamente en 1909 y condenado a cinco años de trabajos forzados. En 1917 se opuso a la insurrección. Miembro del CC desde 1919. Presidente del consejo central de los sindicatos soviéticos en 1919-28. Perteneció siempre a la derecha del partido y fue aliado de Bujarin y Ríkov hasta 1929, año en que los tres capitularon ante Stalin. Se suicidó en 1936, al abrirse un proceso contra él en el marco de los juicios de Moscú.

- TREPPER, Leopold (1904-1982): Bolchevique desde joven. Organizador de la Orquesta Roja, la red de espionaje soviético en la Alemania nazi. A pesar de los servicios prestados, fue encarcelado en la Lubianka a su vuelta a la URSS. Liberado diez años más tarde, retornó a su Polonia natal. Emigró a Israel a causa del antisemitismo creciente tras la guerra de los Seis Días.
- TSERETELI, Irakli (1881-1959): Dirigente menchevique de primera línea. Diputado en la II Duma. Tras Febrero, uno de los dirigentes de los llamados "defensistas revolucionarios" y ministro del gobierno provisional en dos ocasiones, primero de Correos y Telégrafos, y más tarde del Interior.
- TUJACHEVSKY, Mijaíl (1893-1937): Subteniente de la Guardia Imperial en 1914. Hecho prisionero por los alemanes, se fuga en octubre del 17, regresa a Rusia y se une a los bolcheviques. Comandante del 5º Ejército en 1918-19, alcanza numerosas victorias sobre los blancos. Subjefe de Estado Mayor y director de la academia militar en 1924. Suplente del CC en 1930. Mariscal en 1935. Juzgado en secreto y fusilado durante las purgas.
- TURGENEV, Iván (1818-1883): Novelista y dramaturgo ruso.
- URITSKI, Moisei (1873-1918): Militante socialdemócrata desde finales del siglo XIX. Deportado a Siberia entre 1897 y 1902, conoce allí a Trotsky, con el que más tarde colaborará en la *Pravda* de Viena. Dirigente del comité interdistritos. Ingresa en el CC en agosto de 1917. Miembro del Comité Militar Revolucionario. Asesinado por un eserista.
- VOLKOGONOV, Dimitri (1928-1995): Militar ruso. Dirigió el Instituto de Historia Militar, de donde lo echaron, en tiempos de Gorbachov, a raíz de la publicación de su biografía de Stalin. Tras la desaparición de la URSS, se convirtió en un acérrimo pro-capitalista y fue asesor de Yeltsin. Escribió también las biografías de Lenin y Trotsky.
- VOLODARSKI, V. (1891-1918): Miembro del Bund desde 1905, se afilia al partido socialdemócrata ucraniano. Detenido en 1908, se fuga y emigra a EEUU, donde más tarde colaborará con Bujarin y Trotsky en *Novy Mir*. Retorna a Rusia en el 17 y se une al partido bolchevique. Comisario del pueblo para la Información en 1918. Asesinado por un eserista.
- WILSON, Woodrow (1856-1924): Presidente de EEUU entre 1912 y 1920. Durante la I Guerra Mundial se ofreció como mediador entre los aliados y Alemania, proponiendo que se negociara una paz sin anexiones ni reparaciones. Su programa para la paz mundial, junto con los "14 puntos" y la Liga de las Naciones, predecesora de la ONU, como "tribunal mundial", etc., fueron aclamados por todos los liberales y socialpatriotas.
- WOLFF, Erwin (?-1937): Trotskista checoslovaco asesinado por la GPU en España. Fue secretario de Trotsky.
- WRANGEL, Piotr (1878-1928): General blanco que adquirió notoriedad durante la guerra civil. Tras la derrota de Denikin, Wrangel fue elegido comandante en jefe de los blancos. Durante casi un año, logró mantenerse en

- Crimea, hasta que en el otoño de 1920 el Ejército Rojo lo obligó a embarcarse, con los restos de su ejército, hacia Turquía y los Balcanes.
- YAKIR, Yona (1896-1937): Anarquista primero y bolchevique en abril del 17. Organizador de los sóviets de soldados. Jefe de los guardias rojos. En 1918 toma el mando de una división del Ejército Rojo. En 1927 protesta contra el trato que se le da a la Oposición. Asesinado con Tujachevsky.
- YEZHOV, Nikolai (1895-1939?): Movido por su sentimiento patriótico, se alistó como voluntario en el ejército zarista al estallar la I Guerra Mundial, del que desertó en febrero del 17. Afiliado al partido comunista en 1921. *Apparatchik* de segunda hasta 1934, cuando ingresa en el CC. En su calidad de comisario de la NKVD, organiza la gran purga de 1936. Sustituido por Beria en 1938, fue arrestado al año siguiente y desapareció.
- ZALUTSKI, Piotr (1879-1937): Bolchevique desde 1905. Miembro del CC en 1923-24. Un discurso suyo provocó la ruptura oficial de la troika. Miembro de la Oposición Conjunta. Expulsado, readmitido y vuelto a expulsar del partido con Zinóviev. Desaparecido y asesinado durante las purgas.
- ZASÚLICH, Vera (1849-1919): Participante en la fundación del grupo Emancipación del Trabajo en 1883. Miembro del comité de redacción de *Iskra*. Menchevique en 1903.
- ZETKIN, Clara (1857-1933): Militante socialdemócrata desde 1878. Delegada al congreso fundacional de la II Internacional (París, 1889). Internacionalista durante la I Guerra Mundial. Participó en la fundación de la Liga Espartaco y del KPD, de cuya dirección formó parte.
- ZINÓVIEV, Grigori (1883-1936): Miembro del POSDR desde 1900. Bolchevique desde 1903, inmediatamente después del II congreso del partido. Participó en la revolución de 1905 en Petrogrado. Miembro del CC en 1907. Durante la I Guerra Mundial fue un estrecho colaborador de Lenin y participó en las conferencias de Zimmerwald y Kienthal. Volvió a Rusia tras Febrero. En octubre de 1917, junto con Kámenev, se opuso a la insurrección y posteriormente defendió un gobierno de coalición con los reformistas. Presidente de la III Internacional en vida de Lenin, a la muerte de éste formó parte de la troika, con Kámenev y Stalin. En 1925, él y Kámenev rompen con Stalin a raíz de la teoría del socialismo en un solo país y se unen a Trotsky en la lucha contra la burocracia, dando lugar a la Oposición Conjunta. Expulsado del partido en 1927, capituló al año siguiente y fue readmitido. Expulsado nuevamente en 1932, volvió a capitular. En 1935, tras el asesinato de Kirov, fue condenado a diez años de prisión con cargos falsos. Fue nuevamente juzgado en el primer proceso de Moscú y asesinado.

GLOSARIO

Términos y acontecimientos políticos

Apparatchik: Término ruso que designa a un funcionario o burócrata de medio pelo.

Blanquismo: Referencia a las concepciones teóricas de Louis Auguste Blanqui (1805-1881), revolucionario francés participante en la revolución de 1848 y dirigente de la Comuna de París (1871). No consideraba necesaria la previa preparación política de las masas de la clase obrera antes de la toma del poder porque creía que éstas serían arrastradas por la acción decidida de una minoría de audaces revolucionarios.

Bolcheviques: Corriente marxista de la socialdemocracia rusa. Recibieron su nombre en el II congreso del POSDR (1903), dado que en las votaciones para elegir el comité central obtuvieron la mayoría (*bolshinstvó*), mientras que los socialdemócratas reformistas, encabezados por Mártoov, quedaron en minoría (*menshinstvó*), y fueron llamados mencheviques.

Bund (Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia): Formó parte del POSRD hasta el congreso de 1903, que aprobó un modelo de partido multinacional y centralizado, mientras que el Bund planteó un partido con estructura federal, del cual formaría parte como organización de los trabajadores socialdemócratas judíos. La propuesta fue rechazada y el Bund se escindió. Coincidió en ocasiones con los mencheviques, pero nunca con los bolcheviques. Se opuso a Octubre.

Cartismo: Primer movimiento obrero independiente de la historia, surgido en Inglaterra en los años 30 y 40 del siglo XIX. Plantearon peticiones al Parlamento en diversas ocasiones; la más conocida recibió el nombre de "Carta del Pueblo" (de ahí la denominación), que incluía siete reivindicaciones, empezando por el sufragio universal para los varones. Aunque su programa era meramente reformista, esto no libró a los cartistas de ser reprimidos por la burguesía.

Caso Dreyfus: Escándalo político acontecido en Francia entre 1894 y 1906 causado por la condena injusta del militar Alfred Dreyfus, acusado sin pruebas de espionar para Alemania, porque su origen judío lo convertía en sospechoso. La publicación, el 13 de enero de 1898, de la famosa carta del escritor Émile Zola denunciando todas las irregularidades del proceso, titulada "Yo acuso", provocó un enorme escándalo político.

Centrista: Término que se aplica a las organizaciones o personas que están en una posición intermedia ("centro") entre el reformismo y el marxismo, ya

sea porque estén evolucionando desde el primero hacia el segundo o viceversa. Por su propia naturaleza, es un fenómeno temporal.

Centurias Negras: Organización antisemita rusa.

Cheka: Policía política soviética fundada en 1917. Durante la guerra civil tuvo un destacado papel en la lucha contra la contrarrevolución. El ascenso de la burocracia la convirtió en una pieza fundamental de la represión estalinista contra los viejos bolcheviques, período en que se la conocía como GPU.

Comisión Dewey (o Comisión de Investigación de los Cargos contra León Trotsky en los Juicios de Moscú): Formada en 1937 en Estados Unidos y presidida por John Dewey, su objetivo fue limpiar el nombre de Trotsky. Aunque no era imparcial, dio a conocer hechos que demostraron que algunos cargos de los juicios de Moscú no podían ser verdaderos. Por ejemplo, Pyatakov había declarado que en diciembre de 1935 viajó a Oslo para “recibir instrucciones terroristas de Trotsky”; la Comisión Dewey demostró que ese viaje nunca tuvo lugar.

Comité interdistritos (también organización interdistritos y “socialdemócratas unidos”): Corriente del POSDR formada en 1913, tras la escisión definitiva del partido entre bolcheviques y mencheviques un año antes, con el objetivo de impulsar una futura reunificación. La actitud socialpatriota de los mencheviques en la I Guerra Mundial cambió las tornas, y en abril de 1917 rechazaron participar en una conferencia sobre la reunificación por considerar que estaría dominada por los mencheviques socialpatriotas. Muy activos durante toda la revolución (fueron el primer grupo socialdemócrata en sacar un panfleto en febrero del 17 llamando a un levantamiento armado), los acontecimientos y el giro a la izquierda del partido bolchevique tras la llegada de Lenin a Petrogrado en abril llevaron a la unificación de ambas corrientes en julio. Muchos miembros del comité interdistritos (Trotsky, Joffe, Lunacharski, Uritski, Riazanov, Volodarski...) jugaron un papel prominente durante y después de Octubre.

Conferencia de Kienthal: Ver *Conferencia de Zimmerwald*.

Conferencia de Zimmerwald: La I Conferencia Socialista Internacional se celebró del 5 al 8 de septiembre de 1915 en Zimmerwald (Suiza). En ella se enfrentaron los internacionalistas revolucionarios, encabezados por Lenin, y la tendencia centrista, impregnada por el espíritu conciliador y pacifista de Kautsky, que había roto en Alemania con la mayoría parlamentaria del SPD. Lenin y otros internacionalistas revolucionarios formaron la llamada izquierda zimmerwaldiana; entre ellos se encontraba Trotsky, que fue quien redactó el manifiesto de los internacionalistas consecuentes. En dicho manifiesto se calificaba de imperialista a la guerra mundial, se condenaba la conducta de los “socialistas” que habían votado a favor de los créditos de guerra y que entraron en gobiernos burgueses, y se hacía un llamamiento al movimiento obrero europeo para luchar contra la guerra y

por una paz sin anexiones ni compensaciones. La II Conferencia Socialista Internacional se celebró en otra localidad suiza, Kienthal, del 24 al 30 de abril de 1916. En ella el ala izquierda actuó más unida y tuvo más fuerza que en Zimmerwald. Gracias a los esfuerzos de Lenin, se aprobó una resolución que criticaba el socialpacifismo y el oportunismo de los dirigentes de la II Internacional. El manifiesto y las resoluciones aprobadas en Kienthal fueron un nuevo paso en el desarrollo del movimiento internacional contra la guerra. Zimmerwald y Kienthal contribuyeron a agrupar a los marxistas de la socialdemocracia internacional y establecieron un terreno de colaboración que cristalizaría definitivamente en la creación de la III Internacional (1919).

Conferencia Democrática: La Conferencia Democrática de toda Rusia, convocada por el comité ejecutivo central de los sóviets, dominado por mencheviques y eseristas, para debilitar el movimiento revolucionario, se celebró en septiembre de 1917 en Petrogrado. Acudieron más de 1.500 delegados, pero los grupos pequeñoburgueses, sóviets conciliadores, sindicatos, círculos comerciales e industriales, etc. estuvieron sobrerepresentados, con el fin de disminuir el peso de los trabajadores y así asegurar una mayoría conciliadora. Los bolcheviques participaron en la conferencia, que decidió formar el preparlamento (Consejo Provisional de la República), como fórmula para encarrilar el país por la senda del parlamentarismo burgués. Una reunión de los delegados bolcheviques convocada por el comité central decidió, por 77 votos contra 50, participar en él. Lenin no estuvo de acuerdo y propuso boicotarlo y concentrarse en preparar la insurrección. El comité central debatió su propuesta y fue aprobada, aunque Kámenev, Zinóviev, Ríkov y otros defendieron que se permaneciese en él y se renunciase a la insurrección. Para una apreciación sobre el preparlamento, véanse los artículos de Lenin *Los héroes del fraude y los errores de los bolcheviques* y *Del diario de un publicista*.

Croix-de-Feu (Cruz de Fuego): Grupo fascista francés del período de entre-guerras.

Declaración de los 46: Ver *Oposición de Izquierdas*.

Derrotismo revolucionario: Política de la izquierda de Zimmerwald y de la Internacional Comunista desde su fundación, consistente en transformar la guerra imperialista en guerra civil, es decir, en continuar e intensificar la lucha de clases contra la burguesía propia en el transcurso de la I Guerra Mundial.

División Salvaje: Tropa compuesta por montañeses del Cáucaso y miembros de tribus del Asia Central fieles al general Kornílov. Era conocida por su obediencia ciega y su crueldad.

Duma: Cámara baja del Parlamento ruso.

Emancipación del Trabajo: Primera organización marxista rusa, fundada en Suiza por Plejánov, Axelrod y Zasúlich en 1883.

Entente: La Entente Cordial fue un tratado de no agresión y para el reparto del mundo colonial firmado entre Francia y Gran Bretaña en 1904. Rusia se unió en 1907, dando lugar a la llamada Triple Entente. Este tratado fue la base de la alianza entre estos tres países durante la I Guerra Mundial, a la que se sumaría EEUU.

Eseristas: Miembros del Partido Social-Revolucionario, llamados así por su acrónimo. También se les conoce como socialrevolucionarios y s-r. Partido pequeñoburgués surgido en 1902 a resultas de la unificación de diferentes grupos y círculos narodnikis. Kerensky dirigía su ala derecha. Antes de 1917 fueron la corriente más influyente entre los campesinos. Sus concepciones eran una amalgama ecléctica de reformismo y anarquismo. Social-patriotas durante la I Guerra Mundial. Tras Febrero, junto a mencheviques y kadetes constituyeron el puntal principal del gobierno provisional. Rechazaron liquidar la propiedad terrateniente de la tierra, traicionando así el programa de la revolución agraria y convirtiéndose en defensores de los terratenientes. Tras Octubre, los eseristas de izquierda formaron gobierno con los bolcheviques, pero al poco tiempo se pasaron a la contrarrevolución.

Espartaquistas: Ver KPD.

GPU: Ver Cheka.

I Internacional (o Asociación Internacional de los Trabajadores, AIT): Fundada en 1864 en Londres y animada principalmente por Marx y Engels. Política-mente fue muy heterogénea, pero les proporcionó a ambos un marco para la batalla ideológica contra las corrientes reformista y anarquista del movimiento obrero. En 1872 se produjo la ruptura entre marxistas y bakuninistas.

II Internacional (o Internacional Socialista): Fundada en 1889 por partidos que se reclamaban marxistas, reunió en su seno a reformistas y revolucionarios. La I Guerra Mundial la hizo saltar en pedazos. Su VII congreso (Stuttgart, 1907) había aprobado una enmienda sobre la guerra propuesta por Lenin y Rosa Luxemburgo, que decía: "En caso de que, a pesar de todo, se declare la guerra, la clase obrera de los distintos países y sus representantes en los parlamentos deben procurar, por todos los medios, aprovechar la crisis económica y política provocada por la guerra para agitar a las masas populares y acelerar el hundimiento de la dominación capitalista de clase". El siguiente congreso (Copenhague, 1910) reiteró los planteamientos básicos de Stuttgart. Tras el estallido de la primera guerra balcánica (octubre 1912), y ante el peligro inminente de una guerra imperialista mundial, un congreso extraordinario (Basilea, noviembre 1912) aprobó un manifiesto que declaraba que los obreros considerarían un delito disparar unos contra otros. Las resoluciones de estos congresos fueron votadas por una amplia mayoría que incluía a los líderes más representativos de la II Internacional. A los pocos días del inicio de la I Guerra Mundial, muchos

de ellos se incorporaron como ministros en gobiernos de unidad nacional con sus respectivas burguesías. La II Internacional fue reconstruida en 1923, ya con un programa claro y explícitamente reformista, puesto que las alas marxistas de los partidos socialistas se habían adherido a la III Internacional.

III Internacional (también Comintern e Internacional Comunista, IC): Los dos primeros congresos de la IC tuvieron lugar en marzo de 1919 y julio de 1920. El primero aprobó las famosas tesis de Lenin sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado, y la plataforma de la Internacional. El segundo aprobó los estatutos y las veintiuna condiciones de adhesión. El III congreso tuvo lugar en junio de 1921. Si los dos primeros habían girado en torno a la idea de que los comunistas debían enfocar toda su actividad hacia la toma del poder a corto plazo en los países europeos, éste, celebrado tras el fracaso alemán de marzo de ese año, constata una estabilización de los regímenes burgueses y una recuperación de la socialdemocracia relativas. El IV congreso (noviembre 1922) fue fundamentalmente una profundización de los trabajos del tercero. El V congreso se celebró en junio-julio de 1924, cuando la lucha contra Trotsky y la Oposición de Izquierdas ya estaba bastante avanzada en la URSS. El VI congreso (1928) tuvo lugar en medio del proceso de gestación del giro ultraizquierdista de los estalinistas. Bujarin preside el congreso, pero éste es su canto de cisne: a pesar de aprobar un programa cuya redacción es casi exclusivamente obra suya, sienta las bases de una política totalmente opuesta. El séptimo y último congreso (llamado por Trotsky el "congreso de liquidación") tuvo lugar en 1935 y representó un nuevo giro en la política de la Internacional, ya completamente estalinizada. Aprobó la política de los frentes populares, una alianza interclasista con los sectores "democráticos" de la burguesía que, en la práctica, significó la recuperación de las ideas mencheviques de colaboración de clases que Lenin había combatido constantemente. La III Internacional fue disuelta por Moscú en 1943, como un gesto de Stalin hacia sus aliados imperialistas.

Internacional de Berna (o Internacional II y Media): Fundada en 1921 por partidos y grupos centristas, como el USPD alemán, que, bajo la presión del ambiente revolucionario entre las masas, habían roto con la II Internacional. El debate principal en su conferencia fundacional versó sobre democracia y dictadura. La conferencia aprobó una resolución que aplaudía la revolución en Rusia, Alemania y Hungría, a la par que condenaba la dictadura del proletariado y elogiaba la democracia burguesa. Aunque criticaban a la II Internacional, la política de sus dirigentes no difería esencialmente de la de aquella porque su misión principal era intentar frenar la creciente influencia comunista entre los trabajadores. En mayo de 1923, dos meses después del cierre del período revolucionario abierto en 1918 en Alemania, ambas se reunificaron.

Internacional Sindical Roja (o Profintern): Creada en 1920 como alternativa a la internacional sindical amarilla de Ámsterdam. Agrupó a las organizaciones sindicales que habían roto con el reformismo y a los marxistas de los sindicatos que contaban en sus filas tanto con reformistas como con revolucionarios.

Juicios de Moscú: Farsas judiciales orquestadas por Stalin contra todos los viejos bolcheviques que se le oponían (real o supuestamente), a quienes se acusó de todas las barbaridades imaginables: asesinato, colaboración con los nazis, conspiración para desintegrar la URSS y restaurar el capitalismo... En el primer juicio ("juicio de los 16", agosto 1936), iniciado a raíz del asesinato de Kirov, se acusó a dieciséis dirigentes de la Oposición, entre los que se encontraban Zinóviev, Kámenev y Smírnov. Todos fueron condenados a muerte y fusilados. En el segundo juicio ("juicio de los 17", enero 1937) se acusó a otros tantos dirigentes del partido, entre ellos Rádek, Pyatakoy y Sokólnikov. Trece fueron sentenciados a muerte y fusilados, y los demás, enviados a campos de concentración, donde no sobrevivieron mucho tiempo. En el tercer juicio ("juicio de los 24", marzo 1938) se acusó tanto a dirigentes del ala de derechas (Bujarin, Ríkov...) y de la Oposición de Izquierdas (Rakovski) como a antiguos represores (Yagoda). Todos fueron condenados a muerte y fusilados. Además, en junio de 1937 hubo un juicio secreto contra altos oficiales del Ejército Rojo, entre ellos Tujachevsky, que fueron condenados y ejecutados. Aunque todos los acusados confesaron sus "crímenes", esas confesiones fueron producto de las torturas generalizadas, que llevó a situaciones como la de Smírnov, que reconoció haber participado en el asesinato de Kirov a pesar de que en ese momento llevaba más de un año en la cárcel. Con las purgas, la burocracia quiso borrar la memoria histórica de Octubre y de la democracia obrera que implantó. Trotsky las calificó de "guerra civil unilateral contra el partido bolchevique". A finales de 1940, de los 24 miembros del comité central bolchevique de la revolución sólo sobrevivían 2 (Stalin y Kollontai), 7 habían muerto y los 15 restantes habían sido ejecutados o se habían suicidado a consecuencia de la caza de brujas.

Junkers: La aristocracia terrateniente prusiana, que constituía el sector más reaccionario del ejército alemán.

Kadetes: Miembros del Partido Demócrata Constitucionalista (formalmente, Partido de la Libertad Popular), así llamados por su acrónimo en ruso (KDT). Principal partido de la burguesía monárquica liberal rusa, fundado en 1905 por elementos de la burguesía, terratenientes de los zemstvos e intelectuales burgueses, que se encubrían con frases "democráticas" para ganarse a los campesinos. Aspiraban a un entendimiento con el zarismo, exhortaban a crear una monarquía constitucional y defendían la propiedad terrateniente. Apoyaron la represión zarista contra la revolución de 1905. Durante la I Guerra Mundial apoyaron la política anexionista del zar. Tras Octubre se convirtieron en los enemigos más encarnizados

de los bolcheviques, participando en todas las acciones armadas contrarrevolucionarias y en las campañas militares de los imperialistas.

KPD: Partido Comunista de Alemania. Fundado, entre otros, por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en un congreso celebrado el 31 de diciembre de 1918 y el 1 de enero de 1919. Su origen fue la Liga Espartaco, la corriente que agrupó a los internacionalistas del SPD tras la traición de los dirigentes del partido durante la I Guerra Mundial.

Liga Espartaco: Ver *KPD*.

Marxistas legales: Corriente revisionista del marxismo ruso a finales del siglo XIX. Rechazaban la dialéctica y despojaban al marxismo de su componente transformador, reduciéndolo a un método de análisis sociohistórico. Alguno de sus representantes, como Struve, acabó siendo un abierto reaccionario.

Mencheviques: Corriente reformista de la socialdemocracia rusa. Recibieron su nombre en el II congreso del POSDR (1903), dado que en las votaciones para elegir el comité central quedaron en minoría (*menshinstvó*), mientras que los socialdemócratas revolucionarios, encabezados por Lenin, obtuvieron la mayoría (*bolshinstvó*) y fueron llamados bolcheviques. En 1905 se pronunciaron por la subordinación de la revolución al programa político de la burguesía. Tras la derrota, en pleno período reaccionario, sus tendencias derechistas se manifestaron de forma aguda, pronunciándose a favor de la disolución del POSDR. Socialpatriotas durante la I Guerra Mundial. Tras Febrero, junto con los eseristas, fueron uno de los pilares del gobierno provisional y apoyaron incondicionalmente su política imperialista. Ver también *Mencheviques internacionalistas*.

Mencheviques internacionalistas: Pequeño sector de los mencheviques, liderado por Mártoy, que durante la I Guerra Mundial se opusieron al socialpatriotismo. Tras Febrero se desmarcaron de su partido y colaboraron con los bolcheviques en algunas cuestiones. Al triunfar Octubre, se pasaron abiertamente a la contrarrevolución.

Naródnaya Volia: Ver *Narodnikis*.

Narodnikis (populistas): Denominación que se daban los anarquistas rusos. En 1876 organizaron el grupo *Zemlia i Volia* (Tierra y Libertad), en el que comenzaron a desarrollarse tendencias políticas contradictorias. En 1879, la organización se escindió en dos: *Naródnaya Volia* (La Voluntad del Pueblo) y *Cherny Peredel* (Repartición Negra, alusión a la demanda del reparto de la tierra entre los "negros", los siervos), encabezado por Plejánov. Los primeros derivaron hacia el terrorismo individual y fueron aplastados tras el asesinato del zar Alejandro II (1881). El hermano mayor de Lenin pertenecía a este partido y fue ejecutado con otros militantes en 1887, tras un intento fallido de asesinar a Alejandro III. El grupo de Plejánov emigró y evolucionó hacia el marxismo, formando en Suiza la primera organización marxista rusa, el grupo Emancipación del Trabajo (1883).

NKVD: Ver *Cheka*.

Octubristas: Miembros de la Unión del 17 de Octubre, organización que representaba al gran capital industrial ruso. Se fundó en 1905 para impulsar las medidas del manifiesto que el 17 de octubre de ese año hizo Witte, presidente del consejo de ministros, partidario de hacer concesiones al movimiento revolucionario y de convocar elecciones a la Duma.

Oposición Conjunta: Nombre de la plataforma de los bolcheviques antiestalinistas tras la confluencia de Zinóviev y Kámenev con la Oposición de Izquierdas, después de que en 1925 ambos rompieran con Stalin a raíz de la teoría del socialismo en un solo país y se unieran a Trotsky en la lucha contra la burocracia.

Oposición de Izquierdas: Nombre de la primera plataforma impulsada por Trotsky en 1923 para agrupar a los bolcheviques opuestos a Stalin. La “declaración de los 46” es su manifiesto.

Oposición Militar: Plataforma en el seno del partido bolchevique (1918-19) que agrupó a los opositores a la política militar de Trotsky (disciplina férrea, centralización del ejército, utilización de especialistas militares no revolucionarios bajo supervisión de comisarios políticos).

Oposición Obrera: Plataforma en el seno del partido bolchevique (1921) con planteamientos sindicalistas y ultraizquierdistas, encabezada por Shlyápnikov y Kollontai.

Otzovistas: Grupo de bolcheviques que, en los debates sobre la política a seguir tras la derrota de 1905, rechazó la participación en la Duma y pidió la retirada de los diputados socialdemócratas. Su líder fue Bogdánov. El nombre viene de la palabra rusa para “retirar”.

Pogromos: Nombre que recibían en Rusia las matanzas de judíos. Los más sangrientos fueron organizados directamente por los gobiernos zaristas.

Populistas: Ver *narodniks*.

POSDR (Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia): Primer partido marxista ruso, fundado en 1898 por la confluencia de diversos círculos marxistas en diferentes ciudades y el Bund. En 1900 publicó el primer número de su periódico, *Iskra*. Su segundo congreso (1903) marcó el inicio de la diferenciación política entre el ala reformista (mencheviques) y el ala revolucionaria (bolcheviques), que se prolongaría durante varios años hasta que en 1912 se produjo la ruptura definitiva entre ambas. Los revolucionarios siguieron presentándose con las siglas POSDR(b) hasta su cambio de nombre por el de *Partido Comunista Ruso* (bolchevique) en marzo de 1918.

Preparlamento: Ver *Conferencia Democrática*.

Rabkrin (Inspección Obrera y Campesina): Creada en 1919 con el fin de luchar contra la burocratización y los abusos de poder en el aparato del Estado. Stalin fue designado comisario del pueblo para la misma. En sus manos se convirtió en todo lo contrario: en el mejor instrumento para la manipulación del aparato gubernamental y estatal. Lenin trató de organizar el ata-

que contra ella en el último período de su vida (ver *Más vale poco y mejor y Cómo debemos reorganizar la Inspección Obrera y Campesina*), con vistas al XII congreso, pero no pudo hacerlo por el agravamiento de su enfermedad.

Sejm: Cámara baja del Parlamento finlandés.

Socialdemócratas unidos: Ver *Comité interdistritos*.

Socialfascismo: Fórmula estalinista que equipara a la socialdemocracia con el fascismo. Como los consideraban a ambos iguales, para los estalinistas carecía de sentido la formación de un frente obrero único contra los nazis; incluso llegaron más allá y apoyaron iniciativas nazis contra gobiernos socialdemócratas (como el “referéndum rojo”), todo lo cual facilitó el ascenso de Hitler al poder. Ver también *Tercer período*.

Socialpatriota (o socialchovinista): Adjetivo que los marxistas aplicaron a los socialdemócratas que apoyaron a su burguesía nacional durante la I Guerra Mundial.

Socialrevolucionarios: Ver *Eseristas*.

Sóviets (consejos obreros): Nacidos como comités de lucha formados por delegados obreros elegidos y revocables en cada fábrica durante la revolución de 1905, los sóviets terminaron convirtiéndose en un poder obrero paralelo a la legalidad zarista, ya que se coordinaron y asumieron tareas de gestión económica y de la vida pública: control obrero en las fábricas, organización del transporte, reparto de víveres, etc., disputando al poder zarista sus propias atribuciones. Los sóviets, al igual que la Comuna de París en 1871, se revelaron como la forma embrionaria para organizar el futuro Estado obrero de transición al socialismo, una vez derrocado el poder político de la burguesía. Aunque tras Octubre darían nombre al nuevo Estado, en 1905 los bolcheviques no supieron comprender el significado de los sóviets. El único cuadro del POSDR que tuvo un papel destacado fue Trotsky, elegido presidente del sóviet de San Petersburgo y, de lejos, el miembro del partido con más autoridad y prestigio en aquel “ensayo general”.

Tercer período: Según el esquema proclamado por los estalinistas, el tercer período era la etapa final del capitalismo, el período de su inmediata liquidación y su sustitución por los sóviets. El primer período fue de 1917 a 1924 (crisis capitalista e insurrección revolucionaria); el segundo, de 1925 a 1928 (estabilización capitalista); y el tercero, de 1929 a 1934. La política de la III Internacional durante el tercer período estuvo marcada por el ultraizquierdismo, el socialfascismo, los sectarios sindicatos “rojos” y la oposición al frente único. Visto que sus resultados (entre otros, el ascenso de Hitler al poder) fueron desastrosos, los estalinistas viraron en redondo y en 1934 adoptaron la política oportunista de frente popular, impulsando alianzas con la burguesía “progresista” en aras de la defensa de la “democracia” frente al fascismo. Los resultados del frentepopulismo, cuya máxima expresión se vio en España durante la guerra civil, fueron igual de desastrosos.

Termidor: Mes del calendario revolucionario francés en que la reacción dio un golpe de Estado (1794), que llevó a la ejecución de Robespierre. Por analogía, el término designa el retroceso de un proceso revolucionario y la vuelta de los hábitos del antiguo régimen. Trotsky calificó el ascenso del estalinismo de “termidor soviético”.

Tratado de Brest-Litovsk: Tratado de paz entre la Rusia soviética y Alemania y Austria-Hungría firmado el 3 de marzo de 1918. La delegación soviética estuvo encabezada por Trotsky. Sus condiciones eran draconianas, pero los bolcheviques, presionados también por las actividades militares de los blancos, estimaron que bajo ningún concepto podían continuar en la guerra mundial. El tratado abrió una crisis en el partido, donde un sector (los “comunistas de izquierda”, encabezados por Bujarin) se opuso a la firma por cuestión de principios.

Trienio bolchevique: Período de la historia de España (1919-1921) de intensas luchas del movimiento obrero. Fue una secuela política de la Revolución Rusa.

Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera: Grupo marxista de San Petersburgo fundado en 1895. Lenin, Krúpskaya y Mártov pertenecieron a él. En 1898, su dirección pasó a manos de los “economicistas”, que consideraban que el movimiento obrero debía limitarse a reivindicaciones económicas.

USPD (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania): Fundado en 1917 por elementos centristas que rompieron con la socialdemocracia. La mayoría de sus miembros se afilió al PC en 1920. La minoría siguió existiendo como grupo independiente afiliado a la Internacional II y Media hasta 1922, cuando casi todos volvieron al SPD.

Vendée: Guerra que enfrentó a los revolucionarios y a los contrarrevolucionarios en el departamento francés del mismo nombre, entre 1793 y 1796. La Vendée simboliza la reacción campesina en el proceso de la Revolución Francesa.

Zemstvo: Forma de gobierno comarcal y provincial instituida en 1864 en Rusia. Fue una de las reformas liberales del zar Alejandro II, que también abolió la servidumbre de la gleba. Los zemstvos estaban dominados por la burguesía y fueron suprimidos después de Octubre.

Zimmerwaldiano: Ver Conferencia de Zimmerwald.

Prensa

Iskra (La Chispa): Órgano oficial del POSDR entre 1900 y 1903. La composición de su comité de redacción fue el detonante de la división entre bolcheviques y mencheviques en el II congreso del partido (1903), tras la cual quedó en manos de Plejánov y pasó a ser un periódico menchevique. Dejó de publicarse en octubre de 1905.

Izvestia (Las Noticias): Órgano del Sóviet de San Petersburgo durante la revolución de 1905. Se editó nuevamente durante 1917 y después se convirtió en el periódico oficial del Sóviet Supremo de la URSS.

Nachalo (El Comienzo): Hubo dos periódicos con esta cabecera. El primero fue un órgano de los “marxistas legales” de San Petersburgo, editado entre enero y junio de 1899, hasta que fue clausurado por el gobierno. El segundo *Nachalo* fue editado por Trotsky durante la revolución de 1905, tras la clausura por el gobierno de *Rússkaya Gazeta*. Tuvo una gran difusión e influencia política.

Nashe Slovo (Nuestra Palabra): Periódico internacionalista editado por Trotsky en París. Apareció entre 1915 y 1916, cuando Trotsky fue expulsado de Francia al aparecer ejemplares de *Nashe Slovo* en poder de marineros de la flota rusa amotinados en un puerto francés.

Novaya Zhizn (Vida Nueva): Primer periódico bolchevique legal. Se editó en San Petersburgo entre noviembre y diciembre de 1905.

Novy Mir (Nuevo Mundo): Periódico revolucionario editado en Nueva York por Bujarin y Kollontai entre 1916 y principios de 1917. Trotsky colaboró en él cuando arribó a la ciudad tras su expulsión de Francia.

Pravda (La Verdad): Hubo dos periódicos con este nombre, uno editado en Viena y otro en San Petersburgo. El *Pravda* original se publicó entre 1908 y 1912. Fue fundado en Viena por Trotsky, quien lo puso al servicio de su objetivo de volver a unir el POSDR. Tras el acuerdo de reunificación entre bolcheviques y mencheviques (enero 1910), pasó a ser un órgano del partido y Kámenev se incorporó al comité de redacción, que abandonó en agosto, cuando el acuerdo hizo aguas. El *Pravda* de San Petersburgo fue un periódico bolchevique fundado en 1912, tras la escisión definitiva del POSDR. Clausurado por el gobierno en 1914, se siguió publicando bajo diferentes nombres, hasta que lo pudo recuperar tras la caída del zar. Fue el órgano central del Partido Comunista de la Unión Soviética hasta 1991, cuando Yeltsin prohibió el PCUS por decreto.

Proletari (El Proletario): Tuvo dos etapas. En la primera se editó en Ginebra entre mayo y noviembre de 1905 como sucesor directo del *Vpériod* bolchevique;

Lenin era su redactor-jefe y dejó de editarse cuando se trasladó a San Petersburgo. En la segunda etapa fue el órgano de la fracción bolchevique tras el congreso de unificación de 1906 y se publicó hasta que un acuerdo del comité central del POSDR, en enero de 1910, dio paso al *Sotsial-Demokrat*.

Rússkaya Gazeta (La Gaceta Rusa): Periódico liberal de San Petersburgo con cuyo control se hizo Trotsky durante la revolución de 1905. Tras ser clausurado por el gobierno zarista, Trotsky fundó *Nachalo*.

Sotsial-Demokrat (El Socialdemócrata): Órgano conjunto del POSDR creado tras el acuerdo de reunificación entre bolcheviques y mencheviques en enero de 1910, que incluyó la desaparición de los órganos bolchevique (*Proletari*) y menchevique. Lo dirigieron Lenin y Zinóviev junto con los mencheviques Dan y Mártoov, que lo abandonaron en 1912.

Vpériod (Adelante): Nombre que recibieron tres periódicos socialdemócratas. El primero fue el órgano de los bolcheviques y se publicó en Ginebra entre enero y mayo de 1905, cuando fue sustituido por *Proletari*. El segundo apareció en 1907 como periódico de los otzovistas y otros sectores que proponían boicotear las elecciones a la Duma. El tercer *Vpériod* apareció en 1915 en Suiza a iniciativa de Lunacharski y en 1917 fue el órgano del comité interdistritos; dejó de publicarse tras la fusión de éste con el partido bolchevique.

BIBLIOGRAFÍA

- CARR, E. H., *La revolución bolchevique (1927-1923)*, Alianza Universidad, Madrid 1985.
- DEUTSCHER, Isaac, *El profeta desterrado*, Ed. Era, México 1963.
- ENGELS, Federico. *Anti-Dühring*.
- GRANT, Ted y WOODS, Alan, *Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2000.
- KRÚPSKAYA, Nadezhda, *Recuerdo de Lenin*, Ed. Fontamara, Barcelona 1976.
- LENIN, V. I., *Contra la burocracia*, Siglo XXI, Buenos Aires 1974.
- *El Estado y la revolución*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 1997.
 - *Las tesis de abril*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 1997.
 - *Obras Escogidas*, Ed. Progreso, Moscú 1961.
- STALIN, Iosif, *Los fundamentos del leninismo*, Pekín 1975.
- TREPPER, Leopold, *El gran juego*, Ed. Ariel, Barcelona 1977.
- TROTSKY, León, *Historia de la revolución rusa*, Ruedo Ibérico, París 1972.
- *La era de la revolución permanente*, Ed. Akal, Madrid 1976.
 - *La revolución permanente*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2001.
 - *La revolución traicionada*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 1991.
 - *Lecciones de Octubre* (en Grant, T. y Woods, A., *Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente*).
 - *Mi vida*, Ed. Pluma, Bogotá 1979.
 - *1905. Resultados y perspectivas*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2005.
- REED, John, *Diez días que estremecieron el mundo*, Ed. Akal, Madrid 1974.

Para completar el estudio de la Revolución de Octubre se pueden consultar también, entre otras, las siguientes obras:

- BROUÉ, Pierre, *El partido bolchevique*, Ed. Ayuso, Madrid 1973.
- GRANT, Ted, *Rusia: De la revolución a la contrarrevolución*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 1997.
- LENIN, *Enseñanzas de la Revolución*, Ed. Roca, Barcelona 1976.

- *La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 1998.

- *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Ed. Roca, Barcelona 1976.

- *Obras Completas*, Ed. Progreso, Moscú.

SERGE, Victor, *El año I de la revolución rusa*, Siglo XXI, Madrid 1972.

TROTSKY, *Terrorismo y comunismo*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2005.

WOODS, Alan, *Bolchevismo, el camino a la revolución*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2003.



Fundación Federico Engels

C/ Hermanos del Moral 33, bajo • 28019 Madrid

Tel: 914 283 870 • Fax: 914 283 871

fundación_federico@engels.org • www.engels.org

La Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels fue creada en 1987 con el objetivo de defender y difundir las ideas del marxismo revolucionario. Su actividad se centra en la publicación de materiales políticos que contribuyan a arrojar luz sobre los acontecimientos contemporáneos desde la óptica del socialismo científico, en un momento en que la ofensiva ideológica desatada contra las ideas socialistas exige un esfuerzo teórico y material por parte de todos aquellos que aspiramos a un cambio radical de la sociedad.

Haciéndote socio de la Fundación contribuyes a su sostenimiento económico, y favorecerás el desarrollo de sus actividades y publicaciones. Además recibirás los folletos que publiquemos, nuestra revista de debate político MARXISMO HOY, un descuento del 10% en los libros de nuestro catálogo y tendrás toda la información sobre las actividades públicas de la Fundación.

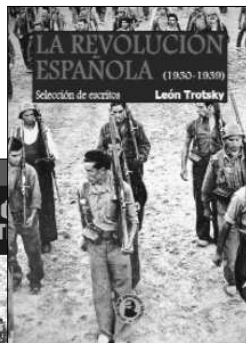
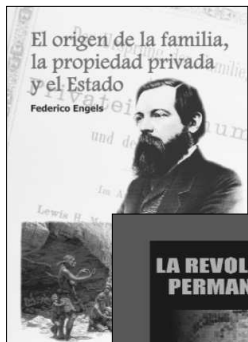
No lo dudes. Colabora con la Fundación, apoya las ideas del marxismo.

MARXISMO HOY

Revista de debate político

- Número 1 A cien años de la muerte de Federico Engels
- Número 2 La Transición española, un análisis marxista
- Número 3 La Revolución española (1931-1939)
- Número 4 Una alternativa socialista a la Unión Europea
- Número 5 Lecciones de Chile. A 25 años del golpe militar
- Número 6 El nuevo orden mundial del imperialismo
- Número 7 Perspectivas para la economía mundial
- Número 8 León Trotsky. Su pensamiento más vigente que nunca
- Número 9 La Transición española, un análisis marxista
- Número 10 América Latina hacia la revolución
- Número 11 Antonio Gramsci y la revolución italiana
- Número 12 Portugal 1974. La Revolución de los Claveles
- Número 13 La Comuna Asturiana de 1934
- Número 14 El marxismo y la guerra
- Número 15 El materialismo dialéctico y la ciencia
- Número 16 China, de la revolución a la contrarrevolución

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO



León Trotsky

- La revolución permanente
- La revolución traicionada
- La lucha contra el fascismo
- 1905
- Terrorismo y comunismo
- La revolución española (1930-39)

Federico Engels

- El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado

CUADERNOS DE FORMACIÓN MARXISTA

- | | |
|---|---|
| 1. Introducción al materialismo dialéctico. | talista y del movimiento obrero en Turquía. |
| 2. La república soviética húngara de 1919. | 7. Stalin: 50 años después de la muerte del tirano. |
| La revolución olvidada. | 8. Ascenso y caída de Napoleón Bonaparte. |
| 3. De noviembre a enero. La revolución alemana de 1918. | 9. El Islam y EEUU, ¿amigos o enemigos? / El resurgir del fundamentalismo |
| 4. El marxismo y la religión. | 10. El origen de los judíos |
| 5. El marxismo y el arte. | |
| 6. Breve historia del desarrollo capi- | |

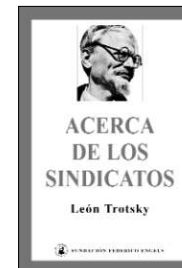
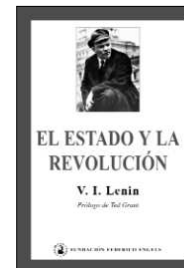
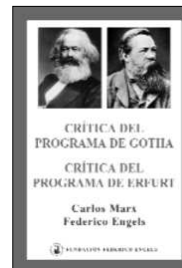
PVP 1,50 euros

ESCRITOS DE TED GRANT

1. · Por qué llegó Hitler al poder.
· Ascenso y caída de la Internacional Comunista.
2. · ¿Habrà una recesión? / ¿Resolverà la reflación nuestros problemas?
3. · La Revolución China.
· La revolución colonial y la división chino-soviética.

PVP 1,50 euros

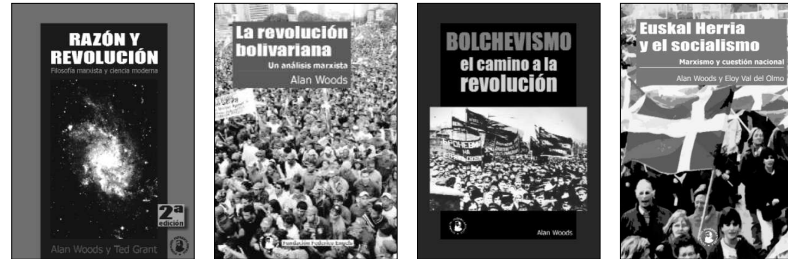
COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO



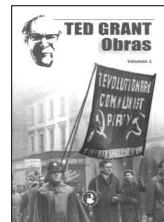
- | | |
|--|----------------------------|
| 1. El manifiesto comunista | <i>C. Marx / F. Engels</i> |
| 2. El Estado y la revolución | <i>V.I. Lenin</i> |
| 3. Las Tesis de Abril | <i>V.I. Lenin</i> |
| 4. La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo | <i>V.I. Lenin</i> |
| 5. Acerca de los sindicatos | <i>León Trotsky</i> |
| 6. Reforma o revolución | <i>R. Luxemburgo</i> |
| 7. Huelga de masas, partido y sindicato | <i>R. Luxemburgo</i> |
| 8. Qué es el marxismo / Su moral y la nuestra | <i>L. Trotsky</i> |
| 9. Salario, precio y ganancia / Trabajo asalariado y capital | <i>C. Marx</i> |
| 10. El 18 Brumario de Luis Bonaparte | <i>C. Marx</i> |
| 11. La guerra civil en Francia | <i>C. Marx</i> |
| 12. Crítica del programa de Gotha / Erfurt | <i>C. Marx / F. Engels</i> |
| 13. Problemas de la vida cotidiana | <i>L. Trotsky</i> |
| 14. El manifest comunista (català) | <i>C. Marx / F. Engels</i> |
| 15. Anarquismo y comunismo | <i>E. Preobrazhenski</i> |
| 16. La crisis de la socialdemocracia | <i>R. Luxemburgo</i> |
| 17. Contribución al problema de la vivienda | <i>F. Engels</i> |
| 18. L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana | <i>C. Marx / F. Engels</i> |
| 19. Introducción a 'Dialéctica de la naturaleza' (y otros) | <i>F. Engels</i> |

La Fundación Federico Engels publica regularmente su catálogo de libros y documentos. En él puedes encontrar más de cien títulos de obras de los clásicos del marxismo, muchas de ellas descatalogadas. Si estás interesado en recibirlo, escríbenos y te lo enviaremos gratuitamente; también puedes consultarlo en www.engels.org

COLECCIÓN CRÍTICA MARXISTA



- Razón y revolución.
Filosofía marxista y ciencia moderna *Alan Woods / Ted Grant*
- Rusia, de la revolución a la contrarrevolución *Ted Grant*
- Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente *A. Woods / T. Grant*
- Bolchevismo. El camino a la revolución *Alan Woods*
- La revolución bolivariana. Un análisis marxista *Alan Woods*
- Apuntes revolucionarios *Celia Hart*
- Euskal Herria y el socialismo.
Marxismo y cuestión nacional *Alan Woods / Eloy Val*



· 20 años de historia,
20 años de lucha

· Obras de Ted Grant
Volumen I



COLECCIÓN MEMORIA OBRERA

- Rebelión obrera en Tejas y Ladrillos *José Martín*
- 3 de marzo. Una lucha inacabada *Arturo Val del Olmo*
- Carrier. Lecciones de una lucha *Felipe Palacios*

